RUDOLF HÖSS

ARBEIT MACHT FREI

YO, COMANDANTE DE AUSCHWITZ

INTRODUCCIÓN DE
PRIMO LEVI



Yo, comandante de Auschwitz es el autorretrato de uno de los personajes más monstruosos de todos los tiempos: Rudolf Höss, el hombre que seguramente más supo sobre el modo en que los nazis intentaron llevar a cabo la así llamada «solución final». Capturado por los ingleses al finalizar la guerra, se le ordenó escribir estas memorias, tarea con la que al parecer disfrutó y que acometió con la mayor sinceridad. Rudolf Höss
(1900-1947)
fue nombrado comandante del campo de Auschwitz, donde organizó los asesinatos en masa desde 1940 hasta finales de 1943. Al finalizar la guerra huyó disfrazado, pero la Policía Militar británica lo capturó en marzo de 1946, y fue conducido a Nüremberg. En el transcurso del juicio, los prisioneros supervivientes que testificaron contra él lo definieron como una persona acostumbrada a desenvolverse con frialdad. El 2 de abril de 1947 fue condenado a muerte, y se tomó la sentencia con aparente indiferencia. Lo ahorcaron en el antiguo campo de concentración de Auschwitz, días más tarde. Un libro clásico: el documento esencial para entender los campos de exterminio.

Rudolf Höss

Yo, comandante de Auschwitz

ePub r1.3
Titivillus 30.03.2020

Título original: *Kommandant in Auschwitz*
Rudolf Höss, 1951
Traducción: Juan Esteban Fassio
Prólogo: Primo Levi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Introducción

Por lo general, quien acepta escribir un prólogo lo hace porque el libro le parece hermoso: agradable de leer, de alto nivel literario, hasta el punto de suscitar simpatía o, al menos, admiración hacia quien lo ha escrito. Este libro provoca todo lo contrario. Está lleno de infamias contadas con una torpeza burocrática que perturba; su lectura oprime, su nivel literario es mediocre y su autor, a pesar de sus esfuerzos por defenderse, aparece tal cual es: un canalla estúpido, verboso, basto, engreído y, por momentos, manifiestamente falaz. Sin embargo, esta autobiografía del comandante de Auschwitz es uno de los libros más instructivos que se hayan publicado nunca, porque describe con precisión un itinerario humano que es, a su modo, ejemplar: en un clima distinto del que le tocó crecer, según toda previsión, Rudolf Höss se habría convertido en un gris funcionario del montón, respetuoso de la disciplina y amante del orden; como máximo, un trepador de ambiciones moderadas. En cambio, paso a paso se transformó en uno de los mayores criminales de la historia.

A nosotros, supervivientes de los *Lager* nacionalsocialistas, a menudo se nos hace una pregunta sintomática, en especial por parte de los jóvenes: ¿cómo eran, quiénes eran «los del otro lado»? ¿Es posible que todos fuesen unos malvados, que en sus ojos nunca se avistase un brillo de humanidad? El libro responde a esta pregunta de manera exhaustiva: muestra con qué facilidad el bien puede ceder al mal, ser asediado por éste y, finalmente, sumergido, para sobrevivir en pequeñas islas grotescas: una vida familiar ordenada, el amor a la naturaleza y un moralismo Victoriano. Justamente porque su autor es inculto no se puede sospechar una colosal y sabia falsificación de la historia: no habría sido capaz de ello. Por el contrario, en sus páginas afloran evocaciones mecánicas de la retórica nazi, grandes y pequeños embustes, esfuerzos de autojustificación, tentativas de embellecimiento, pero tan ingenuos y transparentes que hasta el lector más desprevenido no tiene dificultades para identificarlos: resaltan en

el tejido del relato como moscas en la leche.

En resumen, el libro es una autobiografía esencialmente verídica, y es la autobiografía de un hombre que no era un monstruo o se convirtió en tal, ni siquiera en el apogeo de su carrera, cuando por orden suya se mataba en Auschwitz a miles de inocentes al día. Intento decir que se le puede creer cuando afirma que nunca ha disfrutado al infligir dolor y al matar: no ha sido un sádico, no tiene nada de satánico (algunos rasgos satánicos se perciben, en cambio, en el retrato que traza de Eichmann, su amigo y par: pero Eichmann era mucho más inteligente que Höss, y se tiene la impresión de que éste tomó por buenos ciertos alardes de aquél que no resisten un análisis serio). Fue uno de los máximos criminales que jamás hayan existido, pero en esencia de no era distinto de cualquier otro burgués de cualquier otro país; su culpa, no escrita en su código genético ni en el hecho de haber nacido alemán, reside en el hecho de no haber sabido resistir a la presión que un ambiente violento ejercía sobre él ya antes del ascenso de Hitler al poder.

Si queremos ser sinceros hemos de admitir que el joven empieza mal. Su padre, comerciante, es un «católico fanático» (pero cuidado: en el vocabulario de Höss, y en la terminología nazi en general, este adjetivo tiene siempre una connotación positiva), quiere hacer de él un sacerdote, pero al mismo tiempo lo somete a una rígida educación de tipo militar: no se hace ningún caso de sus inclinaciones y tendencias. Es comprensible, pues, que no sienta afecto hacia sus padres y que crezca huraño e introvertido. Pronto queda huérfano, atraviesa una crisis religiosa y, ante el estallido de la Gran Guerra, no vacila: su universo moral ya está reducido a una sola constelación: el Deber, la Patria, la Camaradería y el Valor. Parte como voluntario y lo arrojan, con diecisiete años, al salvaje frente iraquí; mata, es herido y siente que se ha convertido en un hombre, es decir, en un soldado: para él ambos términos son sinónimos.

La guerra es (siempre, pero en especial en la Alemania derrotada y humillada) una pésima escuela. Höss ni siquiera intenta reinsertarse en la vida normal; en el clima terrible de la posguerra alemana, se alista en uno de los tantos cuerpos de voluntarios con tareas esencialmente represivas, se ve envuelto en un asesinato político y es condenado a diez años de prisión. El régimen carcelario es duro, pero se adapta a él: no es un rebelde, la disciplina y el orden le gustan. También le gusta la expiación: es un preso modélico. Revela buenos sentimientos: había aceptado la violencia de la guerra porque obedecía a una orden impartida por la Autoridad, pero rechaza la violencia de sus compañeros de prisión, porque es espontánea. Ésta

será una de sus constantes: el orden es necesario, en todo; las directivas deben venir de arriba, son por definición buenas y deben ejecutarse sin discusión, pero de manera consciente; la iniciativa sólo se admite cuando contribuye a un cumplimiento más eficaz de las órdenes. La amistad, el amor y el sexo le resultan sospechosos; Höss es un hombre solo.

Al cabo de seis años es amnistiado; encuentra trabajo en una comunidad agrícola, se casa, pero admite que nunca logró comunicarse íntimamente, ni entonces ni después, cuando más lo habría necesitado, con su mujer. Éste es el momento en que la trampa se abre bajo sus pies: le ofrecen entrar en las SS y acepta, atraído por la perspectiva «de un rápido ascenso» y «las ventajas materiales que ello implicaba». Es también éste el momento en que cuenta al lector el primer embuste: «Cuando Himmler me invitó a formar parte de las SS como miembro del cuerpo de guardia de un campo de concentración, yo no tenía la menor idea de lo que aquello significaba; incluso era incapaz de imaginarlo». Venga, comandante Höss, para mentir se requiere más agilidad mental: es 1934, Hitler ya está en el poder y siempre ha hablado claro; el término *Lager*, en su nueva acepción, es muy conocido, pocos saben exactamente qué ocurre allí, pero nadie ignora que son lugares de terror y pesadilla, sobre todo, si uno pertenece a las SS. El «concepto» no es en absoluto «desconocido», ya es cínicamente explotado por la propaganda del régimen: «Si no te comportas como es debido, acabas en el *Lager*» es una frase casi proverbial.

En efecto, su carrera es rápida. Su experiencia carcelaria no ha sido inútil, sus superiores no se equivocan al ver en él a un especialista, y rechazan sus tibias solicitudes para que le permitan reemprender su carrera militar: tanto da servir en un lugar como en otro, el enemigo está en todas partes, en las fronteras y en el interior; Höss no debe sentirse disminuido. De modo que acepta, pues si su deber es hacer de verdugo, hará de verdugo con toda la diligencia posible: «Debo confesar que cumplí con mi deber de manera puntillosa [...] he sido severo con los prisioneros y, a veces, incluso duro». Que fue duro, nadie lo duda; pero que detrás de su «máscara de piedra» se escondía un corazón dolorido, como afirma, es una mentira no sólo indecente, sino pueril.

No es mentira, en cambio, su reiterada afirmación de que una vez dentro del engranaje era difícil salirse de él. Desde luego, no se corría riesgo de muerte ni de un castigo severo, pero era objetivamente difícil tomar distancia. La milicia en las SS comprendía una «reeducación» tan hábil como intensiva que halagaba la ambición de

los adeptos, quienes, en general incultos, frustrados y parias, se sentían revalorizados y exaltados. El uniforme era elegante y la paga buena; los poderes, casi ilimitados; la impunidad garantizada; hoy eran los dueños del país, y mañana (como rezaba uno de sus himnos), del mundo entero. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Höss ya es *Schutzhaftlagerführer* en Sachsenhausen, lo que no es poco, pero se merece un ascenso; acepta, con sorpresa y alegría, el nombramiento de comandante: se trata de un campo nuevo, aún en construcción, lejos de Alemania, cerca de una pequeña ciudad polaca llamada Auschwitz.

Es en verdad un experto, y lo digo sin ironía. En este punto, sus páginas se vuelven más animadas y sinceras: el Höss que escribe ya ha sido condenado a muerte por un tribunal polaco, y puesto que se trata de una decisión tomada por una autoridad debe aceptarse. Sin embargo, ello no es razón para renunciar a describir su hora más hermosa. Nos ofrece un verdadero tratado de urbanismo, sube al podio, su sabiduría no debe perderse, ni dispersarse su herencia; nos enseña cómo se planifica, construye y administra un campo de concentración para que funcione bien, *reibungslos*, aun a pesar de la ineptitud de los subordinados y la ceguera de los superiores, que le mandan más trenes llenos de prisioneros de los que el campo puede aceptar. ¿No es él el comandante? Pues que se las arregle. En este punto, Höss se torna épico: exige al lector admiración, alabanza y hasta conmiseración; fue un funcionario de una competencia y diligencia extraordinarias, lo ha sacrificado todo por su *Lager*, días y noches de reposo, afectos familiares. La inspección se muestra incomprensiva, no le manda los suministros que solicita, hasta el punto de que a él, funcionario modelo, atrapado entre las mandíbulas de la Autoridad, sólo le queda «robar el alambre de espino que necesitaba con urgencia… ¿No me habían dicho que debía arreglármelas como pudiese?».

Es menos convincente cuando se erige en maestro en sociología del *Lager*. Reprueba, con virtuoso disgusto, las luchas internas entre los prisioneros: esa gentuza no conoce el honor ni la solidaridad, las grandes virtudes del pueblo alemán; pero pocas líneas después se le escapa que «la propia administración sostiene y fomenta esas rivalidades», y aquí por administración debemos entender, él mismo. Describe con amaneramiento profesional las distintas categorías de prisioneros, interpolando en el antiguo desprecio inoportunos apostrofes de hipócrita piedad retrospectiva. Mejor los políticos que los criminales comunes, mejor los gitanos («confiados como niños») que los homosexuales; los prisioneros de guerra rusos son brutales, y

en cuanto a los judíos, nunca le gustaron.

Precisamente es en el tema de los judíos donde sus disparates llaman más la atención. No se trata de un conflicto: no es que el adoctrinamiento nazi choque con una nueva y más humana visión del mundo. Sencillamente, Höss no ha entendido nada, no ha superado su pasado, no se ha curado: cuando afirma (y lo dice a menudo) «ahora me doy cuenta […] ahora he comprendido que […]», miente a todas luces, como mienten hoy casi todos los «arrepentidos» políticos y quienes expresan su pensamiento con palabras en lugar de hacerlo con hechos. ¿Por qué miente? Quizá para dar una mejor imagen de sí mismo; quizá sólo porque sus jueces, sus nuevos superiores, le han dicho que las opiniones correctas ya no son las de antes sino otras distintas.

Precisamente el tema de los judíos nos permite comprobar cuánto ha pesado sobre Alemania la propaganda de Góbbels, y qué difícil es, incluso para un individuo complaciente como Höss, borrar sus efectos. Höss admite que los judíos estaban «bastante» perseguidos en Alemania, pero se apresura a señalar que su entrada masiva en los *Lager* fue perniciosa para el estado moral de éstos: los judíos, como se sabe, son ricos y con dinero se puede corromper a cualquiera, incluso a los honradísimos oficiales de las SS. Pero el puritano Höss (que en Auschwitz había tenido a una prisionera como amante y había procurado librarse de ella mandándola a la muerte) no está de acuerdo con el antisemitismo pornográfico del *Stürmer* de Streicher: este periódico «causó muchos males», no benefició en nada al «antisemitismo serio»; aunque no debe asombrarnos, dado que, improvisa Höss, era «un judío quien lo dirigía». Fueron los judíos los que difundieron (Höss no se atreve a decir «inventaron») las noticias sobre las atrocidades en Alemania, y por eso es justo castigarlos; pero Höss, el virtuoso, discrepa con su superior Eicke, que pretendía acabar con la diera [sic] difusión de rumores con el inteligente sistema de los castigos colectivos. La campaña sobre las atrocidades, anota Höss, habría proseguido «*aunque* se hubiese fusilado a centenares o millares de judíos»; la cursiva de ese *aunque*, gema de la lógica nazi, es mía.

En el verano de 1941, Himmler le comunica «personalmente» que Auschwitz será algo distinto de un lugar de aflicción: debe ser «el mayor centro de exterminio de todos los tiempos»: él, con sus colaboradores, debe apañárselas para encontrar los medios técnicos necesarios para conseguirlo. Höss no pestañea: es una orden como las demás, y las órdenes no se discuten. Ya se han llevado a cabo experiencias análogas en otros campos, pero los fusilamientos masivos y las inyecciones letales no son convenientes, hace falta algo más

rápido y seguro. Sobre todo, es preciso evitar «los baños de sangre», porque desmoralizan a los ejecutores. Después de las acciones más sangrientas algunos SS se suicidan, otros se entregan a la bebida; para salvaguardar la salud mental de los soldados es preciso algo aséptico e impersonal. La asfixia colectiva mediante los gases de combustión de los motores es un buen comienzo, pero debe ser perfeccionada: Höss y su segundo tienen la genial idea de emplear el Cyclon B, el veneno que se usa para matar las ratas y las cucarachas, y todo va a las mil maravillas. Höss, después del ensayo efectuado con 900 prisioneros rusos, siente una enorme «tranquilidad»: el asesinato masivo ha ido bien, tanto en cantidad como en calidad; nada de sangre, nada de traumas. Entre ametrallar gente desnuda al borde de la fosa que ella misma ha cavado y verter el contenido de una lata de veneno en un conducto de aire hay una diferencia fundamental. Su máxima aspiración ha sido alcanzada: su profesionalidad está demostrada, es el mejor técnico en matanzas. Sus envidiosos colegas han sido derrotados.

Las páginas más repugnantes del libro son aquellas en que Höss se demora en describir la brutalidad y la indiferencia con que los judíos encargados de la retirada de los cadáveres cumplen su trabajo. Representan una acusación inmunda, una denuncia de complicidad, como si aquellos infelices (¿no eran «ejecutores de órdenes» también ellos?) pudieran cargar con la culpa de quien los forzaba a hacer lo que hacían. El nudo del libro, y su embuste menos creíble, es cuando Höss afirma que, ante la matanza de niños, «sobrecogido de piedad, habría preferido desaparecer, pero no me estaba permitido manifestar la mínima compasión». ¿Quién le habría impedido «desaparecer»? Ni siquiera Himmler, su jefe supremo, que, pese a la reverencia que Höss le tributa, asoma en estas páginas como demiurgo y también como idiota pedante, incoherente e intratable.

Ni siquiera en las últimas páginas, que adquieren el tono de un testamento espiritual, Höss consigue mitigar el horror de cuanto ha cometido y sincerarse: «Ahora comprendo que el exterminio de judíos fue un error, un error total» (nótese, no «un crimen»). «De nada sirvió a la causa antisemita; por el contrario, permitió al judaísmo acercarse a su objetivo final». Poco después afirma que se «estremece» cuando oye hablar «de las espantosas torturas aplicadas a los prisioneros de Auschwitz y otros campos»: si pensamos que quien escribe esto ya sabe que morirá en la horca, quedamos atónitos ante su obstinación en mentir hasta el último aliento. La única explicación posible es ésta: Höss, como todos sus congéneres (no sólo alemanes: pienso también en las confesiones de los terroristas arrepentidos), se ha pasado la vida

haciendo suyas las mentiras que impregnaban el aire que respiraba y, por lo tanto, mintiéndose a sí mismo.

Podemos preguntarnos, y ciertamente alguien se lo preguntará, o lo preguntará, si hay motivo para reeditar este libro hoy, a cuarenta años del fin de la guerra y treinta y ocho de la ejecución de su autor. En mi opinión existen al menos dos motivos.

El primero es contingente. Hace pocos años comenzó una operación insidiosa: el número de las víctimas de los campos de exterminio habría sido muchísimo menor de cuanto afirma «la historia oficial»; en los campos jamás se habría usado gas tóxico para matar a seres humanos. En ambos puntos el testimonio de Höss es completo y explícito: en el caso de que lo hubieran obligado a ello, como pretenden los «revisionistas», no se entendería una formulación tan precisa y articulada, y con tantos detalles coincidentes con los testimonios de los supervivientes y los hallazgos materiales. Höss miente a menudo para justificarse, pero nunca sobre los datos que aporta; es más, parece orgulloso de su obra como organizador. Tendrían que haber sido muy sutiles, él y sus pretendidos mandantes, para urdir de la nada una historia tan coherente y verosímil. Las confesiones arrancadas por la Inquisición, o en los procesos de Moscú de los años treinta, o en las cazas de brujas, tenían un tono muy distinto.

El segundo motivo es esencial y de validez permanente. Hoy se derraman muchas lágrimas sobre el fin de las ideologías. Me parece que este libro demuestra, de manera ejemplar, a qué puede conducir una ideología que es aceptada con la radicalidad con que los alemanes asumieron las ideas de Hitler, y de los extremistas en general. Las ideologías pueden ser buenas o malas; es bueno conocerlas, compararlas y tratar de valorarlas; es siempre malo comprometerse con una, aunque se adorne con palabras respetables como Patria y Deber. Adonde conduce el Deber ciegamente aceptado, es decir, el *Führerprinzip* de la Alemania nazi, lo demuestra la historia de Rudolf Höss.

PRIMO LEVI
Marzo de 1985

Autobiografía

En las páginas siguientes quisiera hacer un balance de mi vida interior, evocando, de la manera más verídica, todos los acontecimientos esenciales de mi existencia y los efectos psicológicos, unas veces positivos y otras negativos, que han influido sobre mí.

Para dar una idea más exacta, es esencial que me remonte a los primeros años de mi infancia.

Hasta los seis años de edad viví con mis padres a las afueras de Baden-Baden. En el vecindario, donde sólo había fincas aisladas, carecía de compañeros de juego, pues los niños de los vecinos eran mayores que yo. Con la única compañía de los adultos, trataba, en la medida de lo posible, de sustraerme a su vigilancia para llevar a cabo exploraciones en solitario. La Selva Negra comenzaba muy cerca de nuestra casa, y sus enormes pinos ejercían sobre mí una mágica atracción. No me atrevía a aventurarme en aquel bosque, sino que me limitaba a disfrutar de él desde la ladera de la montaña, a cuyos pies se extendía el valle. Mis padres no me permitían ir más allá desde que una banda de gitanos había intentado raptarme mientras jugaba solo en el bosque. Por fortuna, un vecino que pasaba por allí consiguió arrancarme de las manos de mis raptores y devolverme a casa.

También me atraía el gran embalse de agua que abastecía la ciudad. Permanecía horas enteras pegado a la pared, escuchando el misterioso susurro del agua, incomprensible para mí a pesar de las explicaciones de los adultos. Pero la mayor parte del tiempo la pasaba en los establos y en las cuadras de las granjas cercanas; allí era donde solían encontrarme cuando me buscaban. Estaba loco por los caballos; nunca me cansaba de acariciarlos, hablarles y darles terrones de azúcar. Los cepillaba y me metía entre sus patas, para gran asombro de los campesinos. A nada temía, pues ningún animal me había coceado o mordido. Incluso mantenía excelentes relaciones con un toro famoso por su mal carácter. Y los perros eran mis mejores amigos. En cuanto se me presentaba la ocasión de entrar en una

cuadra, no había juguetes que valieran. Mi madre hacía lo imposible para apartarme de ese amor hacia los animales, que le parecía extremadamente peligroso. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron en vano. Yo me iba volviendo cada vez más solitario, y no me gustaba que me observaran mientras jugaba.

El agua también ejercía una irresistible atracción sobre mí; siempre me bañaba o lavaba mis ropas y otros objetos en el arroyuelo que atravesaba el jardín. Así arruiné muchos de mis juguetes y prendas de vestir. Es una pasión que siempre ha perdurado.

Cuando tenía seis años, nos instalamos a las afueras de Mannheim. Volvimos a alquilar una casa, pero, para mi gran desilusión, allí no había cuadras ni animales. Según me ha contado mi madre, la pena que me causó alejarme de éstos, de las montañas y del bosque hizo que enfermase durante semanas. Mis padres hacían lo posible por apartarme de esa exagerada inclinación, pero de nada servía: a falta de algo mejor, buscaba en mis libros imágenes de animales y, apartado en un rincón, soñaba con vacas y caballos. Cuando cumplí siete años me regalaron un poni, Hans, todo negro, de largas crines y ojos brillantes. Me puse loco de contento; por fin tenía un compañero. *Hans* me seguía a todas partes como si fuese un perro y, cuando mis padres no estaban en casa, lo hacía entrar en mi habitación. Los sirvientes no decían nada, pues me apreciaban mucho y no querían que me regañasen. Ya tenía varios compañeros de mi edad donde vivíamos; jugaba con ellos y participaba en sus bromas, pero prefería irme con mi poni al gran bosque del Palatinado, donde podíamos estar completamente solos y cabalgar durante horas sin cruzarnos con nadie.

Entonces me inscribieron en la escuela primaria, donde me iniciaría en las cosas serias de la vida. Sin embargo, en los primeros años no ocurrió nada destacable. Fui un alumno aplicado y trataba de hacer mis deberes lo antes posible a fin de disponer de la mayor cantidad de tiempo libre posible para pasear con Hans. Mis padres dejaban que hiciese más o menos lo que quería.

Sin embargo, mi vocación parecía trazada de antemano, pues mi padre había jurado que yo tomaría los hábitos. Toda mi educación iba encaminada a la realización de ese juramento. Una atmósfera profundamente religiosa reinaba en mi hogar; mi padre, que me educaba con estricta disciplina militar, era un católico devoto. En Baden-Baden apenas lo veía, porque casi siempre estaba de viaje por cuestiones de trabajo, a veces durante meses[1]. En Mannheim era distinto, pues disponía del tiempo necesario para ocuparse de mí, controlar mis estudios y hablar conmigo sobre mi futuro profesional.

Pero lo que a mí más me gustaba era escuchar el relato de sus años de servicio en África oriental, de los combates con los indígenas rebeldes, del siniestro culto a los ídolos que éstos profesaban; escuchaba arrobado su descripción de la acción generosa y civilizadora de los misioneros y me veía misionando en lo más recóndito de África, en plena selva virgen. Cuando nos visitó uno de los viejos y barbudos sacerdotes que mi padre había visto trabajar en ese continente, yo me quedaba pegado a la silla para no perder ni una palabra de la conversación y hasta me despreocupaba de mi poni. Mis padres salían poco, pero recibían a mucha gente, sobre todo a miembros del clero.

El fervor religioso de mi padre fue aumentando con los años. En cuanto sus ocupaciones se lo permitían, salíamos de peregrinación; fuimos a todos los lugares santos de Alemania, así como a Einsiedlen, en Suiza, y a Lourdes, en Francia. Mi padre rogaba que Dios me bendijera y me permitiera, en el futuro, convertirme en sacerdote. Por mi parte, era tan devoto como puede serlo un niño a esa edad y me tomaba muy seriamente mis deberes religiosos: me gustaba hacer de monaguillo y rezaba mis oraciones con veneración. Mis padres me habían educado en el respeto hacia los adultos, en especial hacia las personas ancianas, independientemente de su condición social. Pensaba que mi primer deber era socorrer a los demás en caso de necesidad y someterme a las órdenes y deseos de mis padres, mis maestros, el señor cura, los adultos en general e incluso los sirvientes. Dijeran lo que dijeran, ellos siempre tenían la razón.

Estos principios básicos en que fui educado pasaron a formar parte de mi sangre y de mi carne, por así decirlo. Todavía recuerdo que mi padre, opositor acérrimo de la política del gobierno por su ferviente catolicismo, siempre predicaba entre sus amigos que las leyes y los decretos del Estado debían obedecerse incondicionalmente.

Desde la infancia me inculcaron un profundo sentido del deber: toda orden de mis mayores debía cumplirse a conciencia y de manera exacta. Mi padre ponía especial cuidado en que yo obedeciese sus mandatos y deseos con meticulosidad. Aún recuerdo la noche en que me despertó por haberme dejado en el jardín el sudadero de *Hans* en lugar de colgarlo en el granero para que se secara, como él me había indicado. Nunca dejaba de repetir que una pequeña negligencia puede acarrear graves consecuencias. Por aquel entonces yo no lo acababa de entender, pero años más tarde la amarga experiencia me reveló la verdad de este principio, al que siempre he permanecido fiel.

Las relaciones entre mis padres estaban impregnadas de afecto, respeto y comprensión mutuos, y aunque nunca vi en ellos manifestaciones de ternura, tampoco presencié jamás una pelea o

discusión. Mientras que mis hermanas menores, de dos, cuatro y seis años, se mostraban cariñosas y se aferraban a las faldas de nuestra madre, yo seguía el ejemplo de mis padres y apenas exteriorizaba mis sentimientos. Todo lo que mis parientes podían esperar de mí era un apretón de manos y unas pocas palabras de agradecimiento.

Sabía lo mucho que mis padres me querían, pero nunca les transmití los pequeños o grandes pesares que suelen aquejar a un niño. Prefería arreglármelas solo. El poni era mi único confidente; sólo él, pensaba, podía comprenderme. Despreciaba las zalamerías de mis hermanas y sus intentos de acercarse a mí; jugaba con ellas cuando no me quedaba más remedio, pero prefería bromear e importunarlas hasta que corrían, hechas un mar de lágrimas, a refugiarse en los brazos de nuestra madre. En el fondo, y a pesar de la devoción que mostraban hacia mí, me resultaban extrañas, y me sentía incapaz de responder a sus sentimientos afectuosos, que no han dejado de prodigarme hasta hoy.

En cuanto a mis padres, los respetaba y hasta veneraba, pero era incapaz de expresarles amor, al menos de la clase que otros niños sienten hacia sus progenitores, como aprendí con los años. El por qué no lo sé, ni siquiera hoy encuentro una explicación.

Nunca fui lo que se dice un niño modelo, y tampoco lo que suele entenderse por buen muchacho. Participaba con mis compañeros en los juegos más brutales; no paraba de pelearme con ellos. Pese a lo mucho que me gustaba la soledad, tenía siempre a mi lado un buen grupo de camaradas, pero nunca me dejaba manejar por ellos; de hecho, me temían, porque me empeñaba en castigar sin piedad cualquier injusticia de la que pudiera ser víctima. Por el contrario, me entendía muy bien con una niña de origen sueco que quería estudiar medicina: en el instituto, siempre compartimos sin reñir el mismo banco, lo cual no era nada corriente.

Tenía yo trece años cuando se produjo un incidente que hizo vacilar por primera vez mis convicciones religiosas. Durante los habituales zarandeos que se producían a la entrada del gimnasio, un compañero al que empujé sin querer cayó por la escalera y se rompió un tobillo. Durante años, cientos de chicos, yo incluido, se habían caído por la escalera sin sufrir serias consecuencias. Sencillamente, aquel chico había tenido mala suerte. Enseguida me impusieron tres días de castigo. Era sábado por la mañana y, como todas las semanas, por la tarde fui a confesarme y expliqué lo sucedido con toda sinceridad. No hablé del asunto en mi casa para no arruinar el domingo a mis padres; de todos modos, se enterarían la semana siguiente, cuando les enseñara las notas. Pero por la noche recibimos

la visita de mi confesor, que era un buen amigo de la familia, y a la mañana siguiente mi padre me regañó y castigó severamente por no revelarles de inmediato lo sucedido. Me sentí abrumado, no tanto por el castigo impuesto como por la inesperada traición de mi confesor. ¿Acaso no nos habían enseñado que el secreto de la confesión era inviolable, sin importar lo serios que fuesen los pecados? Y hete aquí que un cura que gozaba de toda mi confianza, que conocía mis pecados veniales al detalle, acababa de violar dicho secreto, y esto a propósito de una tontería, de un incidente como los que se producen todos los días en un colegio. Sólo él podía haber informado a mis padres, ya que ese día ellos ni habían salido ni habían recibido visitas, además de que ningún compañero vivía cerca de nosotros y el teléfono estaba averiado. La indiscreción del cura era flagrante y a mí me pareció monstruosa. Mi fe en la Iglesia se había quebrantado; por primera vez empecé a dudar. El confesor hizo lo posible por recuperar mi confianza, pero a partir de entonces no he vuelto al confesionario. Cuando el cura y mi padre me interrogaron al respecto, respondí que me confesaba con el sacerdote de la capilla del colegio. Mi padre al menos pareció creerme; en cuanto al cura, estoy convencido de que conocía mis verdaderas razones. Así pues, dejé de confesarme, si bien no de comulgar. Nos habían enseñado que a quien hacía algo así le esperaba un castigo terrible, y que algunas personas incluso habían muerto mientras se encaminaban hacia el comulgatorio. En mi candor infantil, imploraba ardientemente la indulgencia de Dios y le rogaba que me perdonase los innumerables pecados que me sentía incapaz de confesar. Un día, con el corazón en un puño, comulgué en una iglesia donde nadie me conocía, y no sucedió nada terrible; salí entonces convencido de que Dios había escuchado mis ruegos y aprobaba mi conducta. Sin embargo, aquello me había trastornado el alma: la verdadera, la profunda fe infantil había dejado de existir.

Al año siguiente, mi padre murió de forma inesperada. No recuerdo que este suceso me hubiera afectado mucho. Quizá fuese demasiado pequeño para valorar el alcance de la pérdida. En cualquier caso, la desaparición de mi padre hizo que mi vida tomara un rumbo muy distinto del que él habría deseado.

La guerra acababa de estallar. La guarnición de Mannheim había partido hacia el frente. Convocaban a los reservistas; los primeros trenes cargados de heridos llegaron desde los campos de batalla. Había tanto que ver, que yo casi nunca estaba en casa. A fuerza de insistir, conseguí que mi madre me autorizara a entrar en la Cruz Roja como enfermero auxiliar.

Estaba tan impresionado por cuanto ocurría, que ya no recuerdo

muy bien el efecto que produjeron en mí los primeros soldados heridos. Sin embargo, aún los veo, con la cabeza o los brazos vendados y el uniforme (el nuestro era gris; el de los franceses, azul con pantalones rojos) manchado de sangre y de lodo; aún los oigo gemir cuando los bajaban del tren y los depositaban en los camiones. Corría entre ellos, repartiendo comida y tabaco. Fuera de las horas de clase, pasaba todo el tiempo en la estación, en los cuarteles o en los hospitales; trataba de no detenerme demasiado ante las camas de los heridos graves, pero los agonizantes y los muertos no podían escapar a mi mirada. Actualmente me siento incapaz de precisar qué sentimiento producían en mí.

Por otra parte, aquellas deprimentes escenas pronto eran borradas por la alegría y el buen humor de los heridos leves. No me cansaba de escucharlos hablar de los combates en que habían participado y de su vida en las trincheras, mientras sentía correr por las venas la sangre del soldado que había en mí. Durante generaciones, todos mis antepasados paternos habían sido oficiales; mi abuelo, un coronel, murió en 1870 al frente de su regimiento. Mi padre había abrazado la carrera militar por convicción y su entusiasmo por el ejército sólo se entibió tras renunciar a éste para entregarse a su pasión religiosa. Yo también quería ser soldado, y, sobre todo, no quería perderme esa guerra. Mi madre, mi tutor, de hecho todos mis parientes trataban de disuadirme o, al menos, de postergar la realización de mi proyecto hasta que hubiese terminado el bachillerato; también me recordaban que mi destino era convertirme en cura. Yo los dejaba hablar y desplegaba toda clase de argucias para poder partir hacia el frente. Solía esconderme en trenes militares, pero siempre acababan por descubrirme y, como me consideraban demasiado joven para el servicio, a pesar de mis protestas me devolvían a casa, acompañado por agentes de la policía militar.

Sin embargo, yo no me desanimaba: todos mis pensamientos y esperanzas estaban dirigidos a convertirme en soldado. El colegio, mi supuesto futuro como sacerdote, la casa familiar, todo pasaba a un segundo plano. Mi madre no logró vencer mi obstinación ni con su paciencia y bondad conmovedoras. Unos parientes le aconsejaron que me enviase a un seminario especializado en la formación de misioneros, pero a ella la idea no le convencía. Sabía que yo seguía siendo practicante, pero también que mis convicciones religiosas se habían debilitado; la mano autoritaria de mi padre ya no se dejaba sentir.

En 1916, con la ayuda de un capitán de caballería al que había conocido en el hospital, conseguí por fin unirme a las filas de un

regimiento en el que habían servido mi padre y mi abuelo[2]. Tras un breve período de instrucción me enviaron a Turquía, y de ahí al frente iraquí, todo ello sin que mi madre se enterase. No volví a verla; murió en 1917.

Siempre temía que descubriesen que me había alistado clandestinamente y me enviaran de regreso a casa. Pronto cumpliría los dieciséis años, y el viaje a través de varios países, la estancia en Constantinopla, ciudad que aún conservaba su carácter oriental, más el trayecto en tren y a caballo hasta el distante frente iraquí debieron de impresionarme profundamente. Sin embargo, no recuerdo bien todo ello, pues mis pensamientos se hallaban en otra parte.

Por el contrario, nuestro primer encuentro con el enemigo ha quedado perfectamente grabado en mi memoria.

Poco antes de su llegada al frente, nuestra unidad fue destinada a una división turca, y el destacamento de caballería al que yo pertenecía fue repartido como refuerzo entre tres regimientos. No estaba aún concluida esta operación cuando los ingleses —o, más exactamente, indios y neozelandeses— nos atacaron. Cuando el fuego se hizo más intenso, los turcos emprendieron la fuga. Nuestra pequeña tropa alemana tuvo que pelear por su vida en pleno desierto, entre rocas y ruinas de antiguas civilizaciones; pero la munición escaseaba, porque el grueso del destacamento se había quedado en la retaguardia con los caballos. Enseguida me di cuenta de que nos encontrábamos en una situación extremadamente peligrosa: el fuego de la artillería enemiga era cada vez más intenso y certero, mis camaradas caían heridos uno tras otro. Hablé al hombre que tenía a mi lado sin obtener respuesta; al volverme hacia él, vi que agonizaba con el cráneo destrozado. Jamás he vuelto a sentir un terror semejante al que se apoderó de mí en aquel momento. Si hubiese estado solo seguramente habría huido, como los turcos, para no correr la misma suerte. En mi desesperación, vi al capitán tendido detrás de una roca, disparando con el fusil de mi camarada muerto; estaba tan tranquilo como en un campo de tiro. De pronto, una extraña calma se apoderó de mí, y comprendí que yo también debía abrir fuego contra el enemigo. Nunca había disparado contra nadie, y hasta ese momento me había contentado con observar atemorizado a los hindúes que avanzaban lentamente hacia nosotros. Uno de ellos salió entonces de detrás de un montón de piedras. Todavía me parece verlo: era un hombre alto, de espaldas anchas, con una barba negra y puntiaguda. Dudé un instante, pensando en el camarada que había caído a mi lado; luego disparé y, temblando, vi desplomarse al indio. ¿Había apuntado bien? Lo ignoro; pero ¡era mi primer muerto! El hechizo se había roto. Continué

disparando, con mayor seguridad, tiro tras tiro, tal como me habían enseñado en el cuartel, sin pensar en el peligro. El capitán me dirigía palabras de aliento. El ataque se detuvo; los indios no esperaban que se les opusiera tan seria resistencia. Mientras tanto, los turcos habían vuelto y pasaban al contraataque; hacia el final del día habíamos recuperado todo el terreno perdido. Al avanzar, me detuve por un instante para contemplar a «mi muerto», y he de admitir que no me sentí nada feliz. Puede que hubiese matado o herido a algunos otros, pero estaba tan agitado que no puedo afirmar nada al respecto.

El capitán se declaró asombrado ante la calma que había demostrado durante mi primer combate, mi «bautismo de fuego». ¡Si supiera el miedo que había pasado! Más tarde, cuando me sinceré con él, se limitó a decir, entre risas, que a todos los soldados les ocurría lo mismo.

Yo tenía una confianza absoluta en mi capitán, lo veneraba y respetaba como a un padre. De hecho, mi relación con él era más profunda que la que había mantenido con mi verdadero progenitor. Él velaba por mí en todo momento. Aunque nunca manifestó ningún favoritismo hacia mí, me trataba con gran afecto, casi como a un hijo. Se resistía a enviarme a puestos avanzados en misiones de reconocimiento, y yo tenía que insistir para lograr su consentimiento. Jamás me propuso para un ascenso o una mención, pero se sentía más orgulloso que nadie cuando me los concedían [3]. Su muerte, acaecida en la primavera de 1918 durante la segunda batalla del Jordán, me afectó profundamente.

A principios de 1917, nuestra unidad fue enviada al frente de Palestina. Nos encontrábamos ahora en Tierra Santa, donde a cada paso surgían leyendas y nombres aprendidos en la infancia. Pero el ambiente distaba de ser el que habíamos imaginado durante nuestras lecciones de catecismo o a través de las ilustraciones de nuestros libros de historia sagrada.

Tras destinarnos a la vigilancia del ferrocarril de Hedjaz, nos transfirieron al sector de Jerusalén. Un buen día, al volver de una larga ronda por la orilla opuesta del Jordán, topamos con un convoy de carros cargados de musgo. Como nos habían ordenado que inspeccionáramos todos los vehículos en busca de las armas que los ingleses, por todos los medios posibles, enviaban a la población árabe, cansada de la dominación turca, hicimos detener el convoy y descargar todos los carros.

Por mediación de nuestro intérprete, un muchacho indio, los campesinos nos informaron de que el musgo era para los monasterios de Jerusalén, donde se vendía a los peregrinos. La explicación no me

pareció muy convincente, y poco después, cuando me hallaba herido en el hospital de Wilhelma, aldea alemana antaño creada por los colonos llegados de Wurttemberg huyendo de las persecuciones religiosas, mis compatriotas me dijeron que en Jerusalén ese musgo generaba un lucrativo comercio. Se hacía creer a los peregrinos que procedía del Gólgota y que las manchas rojas que presentaba eran rastros dejados por la sangre de Cristo. Se vendía a precios elevados. Los colonos alemanes aún tenían muchas historias que contarme sobre los métodos empleados en los Santos Lugares por los representantes de todas las Iglesias, para sacar dinero a los peregrinos en tiempo de paz; una vez curado tuve la oportunidad de presenciar estas actividades en Jerusalén y Nazaret. En tiempos de guerra los peregrinos eran poco numerosos, pero los soldados alemanes y austríacos compensaban sobradamente este hecho.

Hablé del tema con muchos de mis camaradas, porque me disgustaba la cínica manera en que las numerosas iglesias allí establecidas llevaban a cabo el comercio de reliquias supuestamente sagradas. La mayoría no compartía mi disgusto ante aquella vergonzosa explotación. Puesto que había gente lo bastante tonta para dejarse estafar, decían, que pagaran su estupidez. Otros consideraban dicho comercio una especie de industria turística como la que existe en prácticamente todos los grandes santuarios. Sin embargo, algunos católicos devotos, entre ellos yo mismo, condenaban con firmeza el deshonesto proceder de un clero que despojaba de sus últimas monedas a esas pobres gentes que habían vendido todos sus bienes para ir a rezar, una vez en la vida, al lugar mismo de la pasión de Cristo.

Debo agregar que todos los soldados de mi unidad eran católicos convencidos originarios de la Selva Negra. Jamás los oí proferir una sola palabra hostil contra la Iglesia. No obstante, las impresiones recogidas en el curso de nuestras conversaciones sobre ese comercio me han preocupado durante mucho tiempo, y desempeñaron un papel crucial en mi posterior decisión de apartarme de la Iglesia.

En esa misma época viví mi primera aventura amorosa. Una joven enfermera alemana me cuidaba en el hospital de Wilhelma. Tenía yo una herida de bala en la rodilla, además de sufrir un violento ataque de malaria; la fiebre me hacía delirar, y debían vigilarme de cerca. Aquella enfermera se ocupaba de mí con la devoción de una madre, aunque pronto observé que sus sentimientos no eran sólo maternales. Hasta entonces, yo no había conocido el amor. Se hablaba de eso entre los soldados, pero la ocasión de amar nunca se me había presentado durante aquella larga campaña en el extranjero. Habituado desde niño

a rechazar toda manifestación de cariño, me sentía muy desconcertado cuando ella me acariciaba tiernamente la mejilla, cuando se apoyaba o apretaba contra mí. Sin sus insinuaciones, nunca me habría atrevido a llevar esa aventura hasta el fin e iniciarme en el mágico encanto de una pasión. Era una mujer tan dulce, tan seductora, que mi amor hacia ella ha durado toda una vida. Renuncié a las conversaciones frívolas, las relaciones sexuales sin afecto sincero, los amoríos pasajeros y la frecuentación de los prostíbulos.

La guerra, que llegaba a su fin, me había hecho madurar física y moralmente, marcándome para siempre. Fuera de la estrechez de la vida familiar, mi horizonte se había ensanchado; conocí mundo y miserias humanas. El asustado colegial del primer combate se había convertido en un soldado, un guerrero rudo y curtido. Condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase era, a mis diecisiete años, el suboficial más joven del ejército alemán. Desde mi ascenso, ya sólo me empleaban para misiones importantes, lejanas, de reconocimiento y sabotaje tras las líneas enemigas. En esa época aprendí que la capacidad para comandar hombres no depende de los galones sino de las aptitudes personales, y que la calma fría e inquebrantable del oficial de mando resulta decisiva en situaciones complicadas. Pero también comprendí lo difícil que era servir de modelo a otros sin dejar entrever la angustia que nos corroe.

Cuando llegó la noticia del armisticio estábamos en Damasco. Tomé la firme decisión de no permitir que me internasen para regresar a la patria por mis propios medios. Mis superiores intentaron disuadirme, pero los hombres del destacamento que yo comandaba desde la primavera de 1918 se declararon, sin excepción, resueltos a seguirme. Todos ellos tenían más de treinta años, y yo, tan sólo dieciocho.

Así fue como emprendimos un azaroso viaje a través de Anatolia y (después de cruzar el mar Negro en un miserable barco de cabotaje) Bulgaria, Rumanía, las montañas nevadas de Transilvania, Hungría y Austria. No teníamos mapas y nuestras nociones de geografía tampoco iban más allá de lo aprendido en la escuela. Tuvimos que requisar alimentos para nosotros y nuestros animales; y, en Rumanía —que se había pasado al bando contrario—, nos vimos obligados a librar duros combates.

Al cabo de esa larga marcha de más de tres meses llegamos a Alemania y nos presentamos de inmediato en nuestra unidad de reserva, donde nadie esperaba ya nuestro regreso. Por lo que sé, fuimos la única unidad que volvió íntegra de semejante campo de operaciones.

Durante la guerra me habían asaltado constantes dudas acerca de mi vocación religiosa. El incidente del confesionario había hecho mella en mí, y el comercio con reliquias sagradas en los lugares santos había socavado definitivamente mi confianza en el clero. No hablaba con nadie de estas cosas, pero el camino que mi padre había elegido para mí me repugnaba cada vez más. En su última carta, escrita poco antes de morir, mi madre me volvía a suplicar que no olvidara la voluntad de mi padre acerca de mi futuro. Una lucha interior se libraba en mi alma entre el respeto debido a mis progenitores y el rechazo a la idea de tomar los hábitos. Al volver a Alemania, sin embargo, aún no había decidido nada en firme.

Mi tutor y toda mi familia insistieron en que ingresara sin pérdida de tiempo en un seminario, donde hallaría el ambiente necesario para prepararme para mi predestinada vocación. Nuestro hogar ya no existía, mis hermanas residían en diversos conventos. Me afectó dolorosamente la pérdida de mi madre; era como si ya no tuviese un hogar. Los «queridos parientes» se habían repartido los objetos que hubieran podido recordarme la casa paterna. Estaban convencidos de que ni yo ni mis hermanas necesitaríamos esos bienes terrenales, pues yo sería misionero y ellas permanecerían en el convento. Había el dinero indispensable para pagar el convento de mis hermanas y mi admisión en un seminario de misioneros.

Profundamente afligido e irritado por esa actitud desaprensiva de mi familia, me dirigí a casa de mi tío y tutor para decirle, sin rodeos, que no tenía intenciones de tomar los hábitos. Él pretendió forzar la situación alegando que no estaba dispuesto a pagarme otra carrera que no fuera la que mi padre había elegido para mí. Entonces decidí renunciar a mi parte de la herencia en beneficio de mis hermanas, y el mismo día hice las declaraciones necesarias ante el notario. Permanecí impasible ante las diligencias emprendidas por mi parentela para apartarme de mi decisión: yo quería seguir mi propio camino en soledad. Furioso, al día siguiente partí hacia Prusia Oriental para, sin despedirme de mis familiares, incorporarme a los Freikorps destinados en los países bálticos [4].

El problema de mi vocación estaba resuelto. Era otra vez soldado; había encontrado de nuevo un hogar, un refugio cerca de mis camaradas. Qué extraño: yo, el solitario habituado a no expresar sus pensamientos ni sus sentimientos, siempre me sentí atraído por ese ambiente de camaradería que permite apoyarse mutuamente en caso de dificultad o peligro.

Los combates en los países bálticos se distinguían por un carácter encarnizado y salvaje que no había conocido durante la Gran Guerra

ni conocería en el curso de las acciones con los Freikorps. No existía un frente en el sentido estricto de la palabra, el enemigo estaba en todas partes. Cada refriega se transformaba en una carnicería, proseguida hasta el completo aniquilamiento del adversario. Los letones destacaban muy especialmente en este tipo de enfrentamientos. Por primera vez fui testigo de atrocidades cometidas contra la población civil. Los letones se vengaban cruelmente de compatriotas que habían albergado o aprovisionado a soldados alemanes o rusos del Ejército blanco: incendiaban las casas y quemaban vivos a sus ocupantes. ¡Cuántas veces tendría que presenciar el horrible espectáculo de casas quemadas y cuerpos carbonizados de mujeres y niños! Me parecía entonces que la locura destructiva de los hombres había alcanzado su paroxismo y que no podría ir más allá.

Aunque luego asistí a espectáculos aún más espantosos, no consigo borrar de mi memoria esas cabañas medio quemadas y una familia carbonizada en la linde de un bosque a orillas del río Dvina. Entonces yo aún podía rezar, y no dejé de hacerlo.

Los Freikorps representaban en Alemania un fenómeno típico de los confusos años de entre 1918 y 1921. Los sucesivos gobiernos necesitaban que se produjera algún episodio inquietante en las fronteras o en el interior del país en que no fuese lícito emplear la policía ni, más tarde, la Reichswehr, bien por la insuficiencia de sus fuerzas o bien por razones políticas. Esos mismos gobiernos estaban siempre dispuestos a no reconocer los Freikorps una vez que el peligro había pasado, y si las investigaciones francesas se hacían más apremiantes; se procedía entonces a la disolución de la unidad y se iniciaban acciones contra las organizaciones surgidas para recoger su herencia, a la espera de un nuevo alistamiento.

Esta unidad de voluntarios estaba formada por elementos muy diversos. Había en ellos oficiales y soldados desmovilizados incapaces de adaptarse a la vida civil, aventureros que buscaban su oportunidad, parados que querían abandonar la inacción y renunciar a la beneficencia, jóvenes entusiastas que se alistaban como voluntarios, por patriotismo. Cada uno de ellos, sin excepción, debía jurar fidelidad al líder de su Freikorp. El líder personificaba la unidad y, sin él, la unidad dejaba de existir; se creaba así un *esprit de corps*, un sentimiento de solidaridad que nada podía romper. Nuestra cohesión se afirmaba a medida que el gobierno se empeñaba en perseguirnos. ¡Ay del que rompiera esos lazos sagrados o, peor aún, los traicionara!

Como el gobierno se veía obligado a negar la existencia de estos cuerpos francos, las autoridades eran incapaces de iniciar procesos

cuando se producían en sus filas crímenes tales como robo de armas, violaciones de secretos militares y alta traición. Por lo tanto, los Freikorps y las organizaciones que los sucedían administraban la justicia por sus propios medios; así se constituyeron, según el modelo de antiguas instituciones alemanas creadas en situaciones análogas, los famosos tribunales de la *Vehmgericht*[5]. Numerosos traidores fueron condenados por esos tribunales y ejecutados sin conocimiento de la población civil ni de la administración. Muy rara vez el Tribunal Estatal para la Defensa de la República[6], creado a tal efecto, ha detenido a los verdugos y dictado sentencia.

Pero eso fue precisamente lo que ocurrió en mi caso. Me condenaron a diez años de trabajos forzados, como instigador y principal participante en una condena de muerte dictada por la *Vehmgericht* en la que me había visto involucrado. En efecto, habíamos ejecutado al hombre que había delatado al compatriota Schlageter ante los franceses. Uno de los nuestros había informado del asunto al *Vorwarts*, el principal periódico del partido socialdemócrata, según dijo para librarse de sus propios remordimientos; pero, en realidad, como supimos más tarde, lo hizo a cambio de una gran suma de dinero. Los detalles de la ejecución nunca fueron del todo revelados, pues nuestro denunciante había bebido demasiado en el momento en que actuamos y no conservaba un recuerdo lo bastante preciso de los hechos. Los que sabían, preferían callar. Por mi parte, lo cierto era que había presenciado la ejecución pero no había participado en la misma ni, mucho menos, la había organizado. Sin embargo, cuando durante la instrucción del proceso comprobé que el camarada que había ejecutado la sentencia sólo podía ser incriminado por mi testimonio, me autoinculpé y él fue exonerado. Huelga decir que yo no desaprobaba en absoluto la ejecución del traidor, y debo agregar que Schlageter, víctima de la mencionada delación, era un viejo y buen amigo mío, con el que había combatido en los países bálticos y en el Ruhr. Habíamos estado juntos en la Alta Silesia, tras las líneas enemigas, y participado en muchas operaciones clandestinas con el fin de procurarnos armas.

Hoy, como ayer, estoy firmemente convencido de que el traidor merecía la muerte. Como ningún tribunal alemán se hubiera arriesgado a condenarlo, lo hicimos nosotros, según la ley tácita que nosotros mismos dictamos adaptándonos a las exigencias del momento. Pero también me temo que sólo quienes vivieron esa época y reflexionaron sobre la entonces confusa situación de nuestro país están en condiciones de comprenderme[7].

Ni durante los nueve meses que duró la instrucción del proceso ni

en el juicio mismo imaginé lo grave que podía ser mi situación. Estaba firmemente convencido de que evitaría cualquier condena. En 1923, la situación política del Reich era tan tensa que la caída del régimen, viniese de donde viniese, parecía inevitable. Yo estaba seguro de que, en el momento justo, alguno de nuestros camaradas acudiría a liberarnos. El fracaso del *putsch* hitlerista del 9 de noviembre de 1923 debería haber disipado mis ilusiones, pero yo continuaba esperando una nueva coyuntura favorable[8]. Por más que mis dos abogados defensores me explicasen que, vista la composición del tribunal y las medidas tomadas contra las organizaciones patrióticas, me encontraba en una situación muy difícil, y que no cabía excluir la posibilidad de una condena a muerte o, en el mejor de los casos, a largos años de prisión, yo no podía ni quería creer en ello. A la espera de ser procesados, gozamos de todos los privilegios posibles, porque había entre nosotros más elementos de izquierdas, sobre todo comunistas, que miembros de los partidos de derecha. Incluso Zeigner, ministro de Justicia de Sajonia, compartía nuestra suerte, acusado de tráfico de influencias y prevaricación[9]. Nos permitían escribir y recibir cartas y paquetes. Estábamos suscritos a los periódicos y, por lo tanto, sabíamos todo lo que ocurría en el exterior, pero las medidas de aislamiento eran muy estrictas: nos vendaban los ojos cada vez que nos sacaban de la celda y no podíamos mantenernos en contacto con nuestros camaradas, si no era gritándonos a través de la ventana.

Durante el proceso, cuando nos llevaban a la sala del tribunal y nos dejaban sin vigilancia en los descansos entre sesiones, podía hablar más prolongadamente con mis amigos; aquellas conversaciones me parecían mucho más importantes e interesantes que el proceso en sí. El dictamen nos dejó completamente indiferentes y ese día volvimos a la cárcel alegres, despreocupados, entonando nuestras viejas canciones de combate y rebeldía. No creo que lo que nos animaba fuera el «humor del condenado a la horca», como reza el dicho alemán. Por mi parte, continuaba rechazando la idea de cumplir sentencia.

El duro despertar no tardó en producirse, cuando poco después me trasladaron a otra prisión, y un mundo nuevo, hasta entonces desconocido, empezó para mí. En esa época, la cárcel no se parecía en nada a una colonia de vacaciones.

Toda nuestra vida se hallaba reglamentada hasta en sus mínimos detalles, estábamos sometidos a una disciplina estrictamente militar. Nos exigían la ejecución minuciosa de un reglamento cotidiano, calculado con precisión. La menor trasgresión de ese régimen suponía un castigo severo, más duro si cabe puesto que servía de pretexto a los

funcionarios para dar su opinión desfavorable ante cualquier solicitud de gracia o, más exactamente, de reducción de pena.

Como prisionero político hallado culpable de un delito de condena, no compartía celda con nadie. Era mi único privilegio, aunque al principio, tras nueve meses de confinamiento solitario en la cárcel de Leipzig, no me lo pareciera. Más tarde, sin embargo, lo agradecí. La vida en las grandes celdas comunes ofrece pequeñas distracciones, pero en mi celda individual podía organizar a mi antojo la jornada de trabajo; por otra parte, estaba alejado de los prisioneros comunes, que a menudo imponen un régimen de terror en las celdas colectivas. Sólo por terceros adquirí algunas nociones de ese terror al que se hallaban sometidos, sin piedad, quienes no pertenecían al hampa ni compartían sus ideas. La administración de las prisiones prusianas, tan eficaz en unos aspectos, no podía evitar esa clase de conductas.

Por aquel entonces yo creía que después de tantas aventuras en países lejanos, tantos encuentros con hombres de toda condición, ya nada tenía que aprender sobre la naturaleza humana; pero, al entrar en contacto con criminales, enseguida me di cuenta de mi error. Pese a mi régimen de aislamiento, todos los días tenía la oportunidad de tratar a otros prisioneros en el patio o en las duchas. Hablaba con los peluqueros, con los encargados de repartir el correo y distribuir el trabajo; por la noche escuchaba las conversaciones susurradas de los internos. Un abismo de vicios, pasiones y aberraciones humanas se abría frente a mí.

Apenas había empezado a cumplir mi condena, oí a un vecino de celda contarle a otro cómo había asaltado la casa de un guardia forestal. Antes de nada, había comprobado que el hombre se encontraba tranquilamente sentado en la taberna. Después, armado con un hacha, había matado primero a la criada y luego a la esposa del guardia, que estaba a punto de salir de cuentas. Al oír gritar a los cuatro niños de la casa, el asaltante los había arrojado uno a uno contra un muro, rompiéndoles el cráneo para que no continuaran con sus «chillidos». Confesaba sus crímenes acudiendo a expresiones tan crudas y chocantes que lo habría estrangularlo allí mismo. No pude dormir en toda la noche. Desde entonces he ido oyendo relatos aún más terribles, sin dejarme impresionar tanto como la primera vez; el que había confesado aquellos hechos ante mí era un delincuente varias veces condenado a muerte y otras tantas indultado. Estaba yo todavía preso, cuando una noche consiguió escapar de la celda tras matar con una barra de hierro a un celador que se cruzó en su camino. Fue apresado por los policías que salieron a perseguirlo en el momento mismo en que acababa de asesinar a un pacífico transeúnte

al que pretendía despojar de sus ropas. Lo cierto es que la prisión de Brandeburgo albergaba entre sus muros a la crema de la fauna criminal de Berlín. Había carteristas, rufianes y estafadores famosos, así como ladrones especializados en forzar cajas fuertes y otros condenados por los más variados delitos de carácter sexual.

Durante su estancia en prisión, todos esos criminales recibían auténticas lecciones en lo referente a su oficio. Los jóvenes, o «novatos», eran iniciados en los secretos de la profesión por los mayores, que se reservaban los trucos más difíciles. Los viejos cobraban por dichas clases, caro y de las formas más diversas. Por ejemplo, recibían tabaco, que aunque estaba prohibido en la prisión, siempre se podía obtener de contrabando con la complicidad de los guardias jóvenes, que se quedaban la mitad. Asimismo, se aseguraban la colaboración de los «novatos» en los golpes que pensaban dar después de su liberación; muchos crímenes importantes fueron planificados al detalle tras los muros de aquella prisión. La homosexualidad estaba muy extendida, así que los prisioneros más jóvenes y agraciados eran causa de intrigas y acerbas rivalidades.

Basándome en la experiencia adquirida durante largos años de observación, me considero capacitado para afirmar que la homosexualidad, tan difundida en las cárceles, sólo raras veces es una inclinación innata, una predisposición malsana. En la mayor parte de los casos se trata de hombres dotados de un fuerte instinto sexual que, ante la imposibilidad de satisfacerlo, se sienten empujados al vicio. Buscan un estímulo, una actividad excitante en un ambiente donde ningún obstáculo de orden moral se alza ante ellos.

Entre toda esa masa de criminales, eran numerosos aquellos que, incapaces de resistirse al atractivo de una ganancia fácil, se habían transformado en ladrones o estafadores en los duros años de la posguerra y la inflación. Muchos de ellos, arrastrados al delito por circunstancias desgraciadas, luchaban valerosamente para sustraerse a las influencias antisociales del entorno y comenzar una vida nueva tras haber cumplido su condena. Pero muchos otros eran demasiado débiles para no sucumbir a la acción del terror criminal a que se veían sujetos durante largos años: se transformaban en seres al margen de la ley para el resto de su existencia.

La vida en la celda presentaba rasgos comunes con el confesionario. Ya en Leipzig, antes de mi condena, había asistido a muchas conversaciones de calabozo a calabozo. Un marido y su mujer intercambiaban sus quejas y trataban de consolarse mutuamente. Cómplices de un crimen, se acusaban recíprocamente de traición. Otros se entregaban a confidencias que hubieran permitido al fiscal

arrojar luz sobre los crímenes más misteriosos.

En aquellos tiempos me asombraba escuchar a los presos revelar con tanto descaro sus secretos más íntimos. ¿Era el peso de la soledad lo que empujaba a semejante franqueza? ¿O acaso la necesidad, propia de todo ser humano, de comunicarse con el prójimo? A la espera de ser procesados, esas conversaciones de una celda a otra eran, sin embargo, muy limitadas, y resultaban peligrosas por la vigilancia permanente de los guardianes. En prisión, por el contrario, éstos no intervenían a menos que se produjese un incidente grave.

En la prisión de Brandeburgo los reclusos sometidos a régimen de aislamiento se dividían en tres categorías: 1) Presos políticos y jóvenes que cumplían su primera condena por delitos comunes. 2) Criminales especialmente violentos y problemáticos, que sembrarían el caos si se los confinaba en celdas colectivas. 3) Presos que corrían peligro en dichas celdas colectivas, bien por negarse a someterse al terror de los criminales o bien porque habían traicionado a sus camaradas y temían que éstos intentaran vengarse.

Todas las noches escuchaba sus conversaciones y, al hacerlo, penetraba cada vez más profundamente en la psicología del mundo del hampa. Más tarde, durante mi último año entre rejas, cuando trabajaba en el economato tuve ocasión de completar mis conocimientos por medio del contacto cotidiano y permanente con ese mundo.

El auténtico criminal, por disposición natural o por vocación, ha renunciado definitivamente a la comunidad de los ciudadanos. Combate contra ella cometiendo delitos, no quiere formar parte de la misma y considera que el crimen es su «profesión». Sólo practica la camaradería cuando le resulta útil, aunque también puede establecer relaciones de sometimiento, similares a la de una prostituta con su rufián. Nociones morales como la fidelidad y la fe le parecen tan ridículas como la de propiedad. Considera que su condena y su estancia en la cárcel son gajes del oficio, accidentes de trabajo, meros fallos. Intenta organizar el tiempo de su condena de la manera más agradable posible. Como está informado sobre las diferentes prisiones, sus particularidades, el carácter de sus funcionarios, etc., trata de que lo trasladen a la que le parece más conveniente. Es incapaz de la menor expresión de ternura; rechaza cualquier esfuerzo de quienes pretenden educarlo o conducirlo por la buena senda. Sin embargo, por razones tácticas, sabe hacerse pasar por un pecador arrepentido si con ello puede obtener la reducción de la condena. Brutal y vulgar, siente auténtico placer cuando se le presenta la ocasión de herir sentimientos sagrados para los demás.

Un ejemplo bastará para ilustrar esta actitud. En 1926 y 1927, la administración había decidido aplicar en las cárceles métodos humanitarios y progresistas. Entre otras innovaciones, los domingos por la tarde se organizaban en la capilla de la prisión conciertos en los que participaban algunos de los más importantes artistas de Berlín. Allí escuché el «Ave María» de Gounod, interpretado por una célebre cantante berlinesa con una sensibilidad y una perfección exquisitas. La mayoría de los reclusos estaban muy emocionados, pues había que tener realmente un corazón muy duro para no sentirse conmovido por aquella música; pero los había que permanecían refractarios. Apenas terminó la pieza oí a un veterano de la cárcel, que estaba cerca de mí, decir a su vecino: «¡Quién pudiera poner las manos en esos diamantes!». Era todo lo que un criminal antisocial, en el verdadero sentido de la palabra, había podido extraer de aquella sublime interpretación musical.

Sin embargo, entre esos típicos criminales profesionales había una buena cantidad de presos que no entraba estrictamente en dicha categoría. Eran casos límite, hombres que se habían degradado atraídos por la aventura del crimen. Otros luchaban con todas sus fuerzas contra las tentaciones del espejismo; y los había, por fin, de naturaleza débil, que habían sucumbido una primera vez y se sentían atrapados entre sus buenas intenciones y las nefastas influencias de la cárcel.

En una palabra, todos los grados, todas las gamas de la sensibilidad humana estaban presentes en esos grupos, y nada era tan frecuente como ver a esos hombres pasar de un extremo a otro.

Los de temperamento frívolo, superficial, no se dejaban impresionar por la pena a que se los había condenado. Como carecían de espiritualidad alguna, no pensaban en el futuro, y al salir de la cárcel continuaban con su anterior vida, sin importarles que la policía volviera a encarcelarlos.

Los de carácter serio, en cambio, tenían una actitud muy distinta. La condena los atormentaba sin cesar. Esos hombres trataban de escapar a la atmósfera maléfica de las celdas colectivas; sin embargo, obsesionados por sus pensamientos, una vez transferidos a una celda individual no soportaban la soledad.

Nuestra cárcel ofrecía también la posibilidad de compartir celda con otros dos reclusos, pero eso sólo en casos, muy raros, en que tres hombres fueran capaces de soportar, con el tiempo, esa vida de contacto casi promiscuo. Que yo sepa, ninguno de estos grupos duraba mucho. A menudo, la administración se veía obligada a cambiar a un preso por otro o a dispersarlos. En la cárcel, el hombre más

benevolente pronto se vuelve insoportable; hipersensible, pierde toda consideración por los demás y resulta imposible convivir con él.

No eran sólo el estar recluido, la monotonía de los horarios, la perpetua disciplina a base de incontables órdenes y reglamentos, los gritos y las injurias de los celadores lo que torturaba a los reclusos más equilibrados. También sufrían pensando en el futuro, en la vida que les esperaba después de la liberación. Volvían una y otra vez sobre ese angustioso problema: ¿serían capaces de reintegrarse en la sociedad, o quizás ésta los rechazaría?

Para los que estaban casados, se sumaban los problemas familiares. Se preguntaban si su mujer permanecería fiel durante una separación tan larga. Todo eso los deprimía profundamente, y ni el trabajo diario ni las lecturas serias durante las horas de reposo lograban distraerlos.

Solía ocurrir que esos hombres acababan locos o se suicidaban sin motivo aparente. Por «motivo aparente» se entiende: malas noticias de casa, el divorcio, la muerte de un ser querido, el rechazo de una petición de gracia o similares.

Entre los que no soportaban la prisión incluyo también a los veleidosos y pusilánimes. Pero éstos eran muy impresionables: las propuestas tentadoras de algún veterano de prisión o un poco de tabaco bastaban para hacerles olvidar sus mejores intenciones; aunque un buen libro o una hora de reflexión los devolvía a la buena senda.

Estoy convencido de que muchos prisioneros habrían conseguido redimirse si las autoridades penitenciarias se hubieran mostrado más humanas y menos burocráticas. Esto debe aplicarse, sobre todo, a los representantes del clero de las dos confesiones: encargados de la censura de la correspondencia, estaban más capacitados que nadie para hacerse una idea del estado de ánimo y la mentalidad de su rebaño.

Desgraciadamente, todos esos funcionarios estaban cansados y amargados por la monotonía de su tarea. No se molestaban en analizar las penalidades de quienes luchaban seriamente contra sus propias malas inclinaciones. Cuando uno de esos reclusos se armaba del valor suficiente para solicitar el apoyo moral de un sacerdote, enseguida se daba por supuesto que intentaba pasar por pecador arrepentido para obtener un indulto. Y los había hipócritas, por cierto.

Pero cuántas veces he oído las quejas de presos que, víctimas de sus sufrimientos morales, no habían recibido ningún auxilio de los representantes de la administración. Para esos caracteres serios, propensos a corregirse, el efecto psicológico de la condena era infinitamente más penoso que las privaciones materiales. Comparados con los temperamentos superficiales, el castigo que sufrían era doble.

Superado el período de inflación galopante, la situación política y económica de Alemania se había consolidado y se asistía a un gran resurgimiento de las ideas democráticas. Entre las numerosas medidas adoptadas por el gobierno durante ese período, algunas tendían a una aplicación más humana y liberal de las condenas. Al conceder a los reclusos un trato inspirado en la bondad y ciertos principios pedagógicos, se contaba con reintegrar en la sociedad a aquellos individuos que habían violado las leyes del Estado. Según la teoría de que cada criminal era «el producto del medio», se trataba de asegurar que, cuando saliese de la cárcel, recibiese un apoyo material que le permitiera abrirse paso en la vida y apartarse del mundo del hampa. Estaría sometido a una tutela que le haría olvidar su anterior actitud antisocial y le impediría volver a la senda del crimen.

También se pretendía elevar el espíritu de los condenados, introduciendo para ello métodos de educación general, tales como la organización de conciertos o conferencias que versaran sobre la moral y los principios fundamentales de la sociedad humana. Los responsables de las instituciones penitenciarias fueron invitados a poner más atención a los problemas personales de los reclusos. En cuanto a éstos, se decidió someterlos a un sistema que les permitiera alcanzar, si daban prueba de buena conducta, diligencia en el trabajo y deseo de rehabilitarse tras dos etapas intermedias (que implicaban importantes y hasta entonces impensables privilegios), un tercer grado que les otorgara la libertad condicional y un acortamiento de la pena que podía llegar a la mitad de la misma.

Entre los 800 internos de nuestra cárcel, fui el primero en alcanzar ese tercer grado. Hasta el día de mi liberación, no habían encontrado más que una docena de reclusos dignos de dicho privilegio. En mi caso, ya había cumplido todas las condiciones requeridas para obtenerlo; de hecho, nunca me habían castigado ni amonestado, siempre había superado de sobras mi cuota de trabajo diario, cumplía una pena en prisión por primera vez, no había perdido mis derechos civiles y era considerado un preso político. Pese a ello, había sido condenado por el Tribunal Supremo, por lo que sólo podía obtener una reducción de condena por decreto presidencial o como consecuencia de una amnistía.

Al fin comprendía el alcance de la situación en que me hallaba. Habían bastado unos días de cárcel para hacerme entrar en razón. La carta de uno de mis abogados acababa de destruir mis últimas esperanzas: me condenaban a diez años de trabajos forzados. A partir de entonces vi las cosas con claridad y decidí actuar en consecuencia. Hasta ese momento había vivido al día, tomando la vida tal como se

me ofrecía, sin pensar seriamente en el futuro; en adelante, me iba a sobrar tiempo para reflexionar sobre mis actos pasados, reflexionar sobre mis errores y debilidades, prepararme para una existencia posterior más fecunda.

Durante los períodos en que no me convocaban para servir en los Freikorps había aprendido un oficio. Había desarrollado una auténtica pasión por la agricultura, y ahí estaban mis certificados para atestiguar que, en ese ámbito, tenía todas las posibilidades de éxito. Ya había dado pruebas de ello[10].

Pero todavía me faltaba comprender el verdadero sentido de la vida. Por absurdo que pueda parecer, empecé a buscarlo tras los muros de la prisión… ¡para encontrarlo mucho más tarde!

Habituado desde niño a la obediencia absoluta, a la limpieza y el orden meticulosos, no tenía inconveniente en someterme a las duras exigencias de la disciplina carcelaria. Me empeñaba en respetar rigurosamente los reglamentos, mantenía mi celda pulcra y ordenada y ni siquiera los más maliciosos tenían motivos para criticarme. Me habitué incluso a la deprimente monotonía de las jornadas en prisión, tan distinta de mi ajetreado pasado y tan contraria a mi naturaleza inquieta.

Durante los dos primeros años, para mí era todo un acontecimiento recibir carta del exterior cada tres meses. Me pasaba días enteros sumido en la espera, elaborando las hipótesis más variadas sobre el contenido del mensaje que me enviaba mi novia o, más exactamente, la persona que la administración Consideraba como tal. En realidad, nunca había visto a esa joven, hermana de un camarada; ni siquiera había oído hablar de ella. Pero como sólo podía intercambiar correspondencia con mis allegados, mis camaradas me habían buscado una «novia» cuando todavía estaba en la prisión de Leipzig. La buena muchacha siguió enviándome cartas durante todo el tiempo de mi encarcelamiento, se encargó de mis peticiones y me tuvo al Corriente de cuanto pasaba entre mis amigos, comunicándoles también a ellos mis respuestas.

A lo que nunca logré acostumbrarme fue a pequeñas argucias de los funcionarios subalternos. Siempre me irritaban, sobre todo cuando eran intencionadas y conscientemente dañinas. En general, los altos funcionarios, así como la mayoría de los subalternos, se comportaban correctamente conmigo; pero, entre estos últimos, había tres socialdemócratas que no compartían mis ideas políticas y se empeñaban en torturarme con sus pequeñas molestias, continuas y humillantes; menos daño me habrían hecho moliéndome a golpes. Porque cada prisionero, por poco sensible que sea, sufre mucho más

con esas persecuciones injustificadas y las considera mucho más degradantes que los malos tratos físicos. Aunque yo trataba de permanecer impasible la mayoría de las veces, jamás lo conseguí.

No me molestaban los modales groseros de esos subalternos, caracteres primitivos siempre dispuestos a manifestar su poder, como tampoco me incomodaba ver a esos funcionarios de cortos alcances ejecutar diligentemente, con una sonrisa en los labios, las órdenes más absurdas. Y aceptaba sin murmurar el comportamiento vulgar en que se complacían los presos. Pero lo que me sacaba de mis casillas era el lenguaje rencoroso y procaz que esos presos empleaban para ensuciar cuanto consideramos bello y sagrado, sobre todo, si advertían que con ello herían nuestros sentimientos.

Sólo hallaba consuelo en los libros. Siempre he creído que un buen libro es la mejor de las compañías, pero mi vida anterior a la cárcel era tan agitada que nunca pude dedicarle a la lectura toda la atención que merecía. En la soledad de mi celda, sobre todo durante los dos primeros años de mi condena, los libros se transformaron en el más preciado de los bienes.

Tras esos dos años sin sufrir incidentes dignos de mención, de pronto me volví irritable, nervioso. Caí en un estado enfermizo. El trabajo me repugnaba, cuando hasta entonces me sentía a gusto haciendo de sastre en uno de nuestros talleres. Ya no podía comer; no conseguía tragar bocado. Me resultaba imposible leer o concentrarme. Durante horas caminaba de un extremo a otro de mi celda, como un animal enjaulado. No lograba conciliar el sueño. Hasta entonces había gozado de un reposo profundo; en cambio, ahora me despertaba presa de la agitación y de nuevo me ponía a caminar. Cuando, agotado, caía en la cama para al fin dormir, me asaltaban atroces pesadillas en las que me perseguían, me fusilaban, me arrojaban a un abismo. Cada noche vivía un auténtico calvario. Oía tocar todas las horas. A medida que se acercaba el amanecer, me invadía la angustia al pensar que el nuevo día iba a dar comienzo y yo tendría que volver a codearme con otros seres humanos. Trataba con todas mis fuerzas de combatir esa obsesión, aunque siempre en vano. Quería rezar, pero había perdido la costumbre de hacerlo. Ya no encontraba el camino que lleva a Dios. Estaba convencido de que, como yo lo había abandonado, Dios no podía venir en mi ayuda. Mi ruptura con la Iglesia me torturaba, y me reprochaba amargamente haber incumplido la voluntad de mis padres y renunciado al sacerdocio. Por más que me repitiese a mí mismo que la decisión tomada en 1922 había sido el resultado de una larga evolución durante los años de la guerra, no conseguía encontrar la calma. Mi agitación aumentaba por horas. Mi estado físico empeoraba

y mi mente rozaba la locura. El jefe de taller se extrañaba al verme totalmente distraído, incapaz de realizar mi tarea; yo trabajaba más que nunca, pero todo lo hacía mal.

Decidí no comer durante unos días, con la esperanza de recuperar el apetito perdido. Hasta que un jefe de celadores me sorprendió cuando arrojaba mi comida al cubo de la basura. Ese hombre, siempre fatigado e indiferente, se había apercibido, sin embargo, de mi aspecto enfermizo y mi extraña conducta. Me observaba atentamente desde hacía varios días: él mismo me lo contó después. Sin pérdida de tiempo me llevaron a ver al médico, un anciano empleado en la prisión desde hacía décadas. Me escuchó con mucha paciencia, hojeó mi expediente y declaró, con absoluta calma: «Psicosis de prisión. No es grave, ya se le pasará». Me llevaron a una celda de observación y me pusieron una inyección: enseguida caí en un profundo sueño. Durante los días siguientes me suministraron calmantes y la ración de alimentos reservada para los enfermos. Mi agitación se atenuó; empezaba a reponerme. A petición mía me autorizaron a regresar a mi celda y descartaron la idea de ponerme en una colectiva. En esos días el director de la cárcel me comunicó que, como recompensa por mi buena conducta y diligencia en el trabajo, habían resuelto ascenderme a la segunda categoría, y que en adelante gozaría de ciertos privilegios como escribir una vez por mes y recibir cuantas cartas quisiera, así como libros y manuales. Se me autorizó a dejar una lámpara encendida hasta las diez, poner flores en la ventana y conversar varias horas con otros presos los domingos y festivos.

Ese rayo de luz contribuyó más que todos los medicamentos a curarme de mi depresión. Sin embargo, algunos rasgos profundos de mi enfermedad subsistirían durante largo tiempo. Solo en prisión, en medio del aislamiento más absoluto, es fácil dejarse invadir por cosas ajenas a la vida normal. ¿Es posible comunicarse con los muertos? Las horas en que me invadía aquella profunda agitación, antes de caer en un desequilibrio total, veía a mis padres en carne y hueso ante mí, y he hablado con ellos como si aún estuviera bajo su tutela. Hoy sigo sin encontrar una explicación a esas apariciones, de las que nunca he hablado con nadie.

Durante los años siguientes observé en otros reclusos esa psicosis de prisión, que en muchos casos llevaba a ataques de locura furiosa o a la demencia completa. Los que lograban superar esa psicosis permanecían mucho tiempo en estado de postración, mientras que algunos nunca llegaban a reponerse.

En mi opinión, la mayoría de los suicidios que se produjeron durante mi permanencia en la cárcel fueron inducidos por esa psicosis,

que destruye todas las consideraciones razonables contra la muerte voluntaria y lleva a adoptar actitudes extremas a quienes desean huir de la tortura mental para encontrar de nuevo la paz.

La experiencia me dice que los casos de locura fingida son extremadamente raros entre los presos, pues el traslado a un asilo de alienados no reduce la pena en modo alguno. Si no quedan internados en el asilo hasta el fin de sus días, una vez comprobada su curación deben cumplir enteramente el resto de la pena. Quizá por eso los reclusos sienten un temor casi supersticioso a que se les tome por locos.

Recobrados el equilibrio y la calma, proseguí mi existencia carcelaria sin incidentes dignos de mención. Durante las horas muertas aprendía inglés. Hice que me enviaran manuales y, más tarde, libros y publicaciones periódicas. Así, sin otra ayuda exterior, adquirí un buen conocimiento de esa lengua. Por otra parte, era una excelente forma de disciplinar la mente.

Amigos y familiares de mis amigos me enviaban regularmente toda clase de buenos libros. Me interesaban especialmente la historia y las teorías sobre razas y herencia. El domingo jugaba al ajedrez con los reclusos cuya compañía me agradaba, tratando así de estimular mi agilidad mental. También recibía el estímulo exterior de las cartas, los diarios y las publicaciones periódicas que recibía de todas partes en gran cantidad; y, si la melancolía y la irritación volvían a apoderarse de mí, me bastaba con pensar en la crisis que acababa de superar para disipar los negros nubarrones: el temor de una recaída actuaba sobre mí como un latigazo.

El cuarto año de mi condena pasé al tercer grado carcelario, lo que me permitía disfrutar de varios privilegios. Podía escribir una carta en papel común cada quince días, sin importar lo larga que fuera; no estaba obligado a trabajar y podía elegir en qué hacerlo. Mi remuneración había aumentado notablemente (de ocho a cincuenta *pfennings*[11] por día), y me permitían gastar hasta veinte marcos al mes. Además —y éste era un privilegio muy apreciable— podía escuchar la radio y fumar a determinadas horas.

Un día quedó una vacante para el puesto de escribiente en el almacén de la intendencia, y presenté mi candidatura. Conseguí así un trabajo relativamente ameno y la posibilidad de contactar con reclusos de toda clase, que venían todos los días a cambiar la ropa de vestir o de cama y a buscar herramientas de trabajo. Los celadores que los acompañaban y los demás empleados me informaban ampliamente sobre todos los rumores de la cárcel. El almacén era un centro de difusión de toda clase de noticias, ciertas y falsas.

Las noticias falsas son el elixir vital de una prisión, se difunden con la rapidez del relámpago. En su aislamiento, el preso está dispuesto a admitir cualquier cosa: la noticia más absurda es aceptada de inmediato, comentada y comunicada a los demás. Uno de mis colaboradores, que trabajaba en el almacén desde hacía diez años y casi formaba parte del material de inventario, experimentaba una alegría realmente satánica inventando y difundiendo las noticias más inverosímiles para ver qué efecto producían. Actuaba con mucha habilidad y nunca se sabía si había que tomar en serio o no las historias que propalaba.

En una ocasión, yo también fui víctima de sus embustes. Se había difundido el rumor de que yo tenía la posibilidad de recibir a mujeres en mi celda por la noche, gracias a las amistades que me había granjeado en la administración. Uno de los presos se encargó, por intermedio de un imbécil celador, de presentar una queja basada en esa patraña a la comisión de control. En medio de la noche, el jefe de esta comisión, acompañado por el director de la cárcel y un grupo de funcionarios arrancados de la cama, se presentaron en mi celda con la esperanza de sorprenderme en flagrante delito. A pesar de las profundas investigaciones practicadas, no se llegó a establecer la identidad del denunciante ni la del recluso que habían inventado la historia. Sólo en el momento de mi liberación, mi colega del almacén me confesó que él había lanzado la falsa noticia y que mi vecino de celda había redactado la queja con el único fin de molestar al director, ya que éste había rechazado su pedido de gracia. Existía en verdad una gran distancia entre la causa y su efecto.

En mi nuevo puesto de trabajo también podía observar la llegada de los nuevos presos. El delincuente profesional se presenta con aplomo y despliega una sonrisa insolente. La pena más dura no le impresiona: siempre es optimista, espera alguna coyuntura favorable. A menudo sólo había pasado «fuera» algunas semanas y era como si, transcurrido el permiso, volviese a su residencia permanente. Por el contrario, el condenado por primera vez o el reincidente por cosas de la vida, franquea el umbral de la prisión con tristeza, deprimido, tímido, amedrentado y lacónico. El sufrimiento, la infelicidad y la desesperanza se leen en su rostro: un psicoanalista o un sociólogo encontrarían en él material de sobra para documentarse…

Al final de la jornada, siempre me sentía feliz de regresar a mi celda, después de todo lo que había visto y oído. Revivía mis impresiones y sacaba mis conclusiones. Me sumergía en mis libros, mis diarios y los mensajes de mis amigos. Ellos elaboraban proyectos para mi futuro, después de mi liberación. Su conmovedor deseo de

levantarme el ánimo me hacía sonreír, pues mi carácter se había endurecido y ya no necesitaba consuelo. Aún me quedaban cinco años de cárcel por delante y no había la menor esperanza de una reducción de la condena. Varias solicitudes de indulto presentadas al presidente Von Hindenburg por personalidades influyentes e incluso por intervención directa de un íntimo amigo suyo habían recibido un rechazo categórico, motivado por consideraciones políticas. Yo había renunciado a toda esperanza de obtener la libertad anticipadamente y me sentía fuerte para soportar el resto de la condena sin demasiados perjuicios psíquicos o morales. Tenía, también, mis propios proyectos para el futuro: quería perfeccionarme en el conocimiento de idiomas para servirme de ellos en mi futuro oficio. Así pues, lo había previsto todo… ¡menos una liberación anticipada!

Ésta me fue concedida en el momento en que menos lo esperaba. De manera totalmente repentina, la extrema izquierda y la extrema derecha del Reichstag se pusieron de acuerdo para votar una amnistía[12]: la una y la otra tenían mucho interés en obtener la libertad de sus prisioneros políticos. Al cabo de seis años de prisión, retomaba la vida normal. Junto con muchos otros, volvía a ser un hombre libre.

Aún hoy me veo en la gran escalinata de la estación de Potsdam, en pleno centro de Berlín, contemplando extasiado la multitud que iba y venía por la plaza. Si un hombre no se hubiera acercado a mí para preguntarme adonde quería ir, me habría quedado allí, indefinidamente. Lo miré con expresión imagino que de estúpido y respondí con medias palabras, de manera tal que se marchó de inmediato. El espectáculo que tenía ante mis ojos me parecía irreal: creía hallarme en el cine. Mi liberación había sido demasiado repentina, demasiado inesperada, y todo me parecía inverosímil y extraño.

Una familia amiga me había telegrafiado para invitarme a visitarla en Berlín. Conocía bien la capital y la casa donde me esperaban no estaba muy lejos; sin embargo, tardé en llegar allí. Durante los primeros días tenía la impresión de estar soñando y siempre que salía a la calle me hacía acompañar por alguien, pues no prestaba atención a las señales y al tráfico incesante. Me llevó un tiempo adaptarme a la realidad.

Mis amigos se mostraban muy amables conmigo. Me llevaban al cine, al teatro y a fiestas y reuniones; en definitiva, hacían todo lo posible por distraerme y darme cuanto necesitase.

Era demasiado para mí: mis facultades estaban embotadas y yo deseaba la calma. Quería alejarme lo más rápidamente posible del

ruido de la gran ciudad y retirarme al campo. Al cabo de unos diez días encontré un puesto de empleado agrícola y puse en marcha mi proyecto. Habría podido aceptar numerosas invitaciones y gozar de vacaciones más prolongadas, pero yo quería trabajar: el reposo forzado había durado demasiado.

Familias y camaradas amigos habían elaborado para mí los proyectos más diversos. Todos querían asegurar mi existencia y facilitar mi vuelta a la vida normal. Me proponían ir al África oriental, a México, Brasil, Paraguay, Estados Unidos, siempre con la buena intención de alejarme de esa Alemania donde corría el riesgo de verme involucrado una vez más en la lucha política de la extrema derecha.

Había otros, especialmente mis antiguos camaradas, que querían que desempeñase un papel prominente en las primeras filas de las fuerzas de choque del NSDAP[13].

Rehusé las ofertas de unos y de otros. Yo era miembro del partido desde 1922[14] y aprobaba enteramente su programa, pero he de admitir que me disgustaba el tono con que llevaba a cabo su campaña de propaganda electoral, adulando los más bajos instintos de las masas para ganarse su favor. Entre 1918 y 1923 había aprendido a conocer lo bastante a las «masas». Estaba dispuesto a continuar como miembro del partido, pero sin asumir funciones ni adherirme a ninguna de sus organizaciones subalternas. Mis proyectos eran de orden totalmente distinto. También me negaba a viajar al extranjero; quería quedarme en Alemania y contribuir a la reconstrucción de mi país. Tenía en mente un trabajo de largo aliento, con una meta lejana: establecerme en el campo.

Mis largos años de aislamiento en la celda de una prisión me ayudaron a comprender que sólo me atraía una cosa: llegar a tener una granja con la que alimentar y asegurar una existencia sana a una familia numerosa. Ese proyecto se convirtió en el objetivo de mi existencia.

Apenas hube salido de la cárcel, contacté con los Artamanen, una comunidad de jóvenes de ambos sexos profundamente interesados en el destino de su país que había conocido a través de sus folletos durante mi estancia en la cárcel. Procedían de los movimientos juveniles de diversos partidos nacionalistas y pretendían llevar a cabo una vida sana, laboriosa, una vida campestre que dejara atrás la atmósfera superficial y disoluta de las grandes ciudades. Renunciaban al alcohol, al tabaco y a cuanto pudiera ejercer una mala influencia sobre el cuerpo y el espíritu. Soñaban con regresar a la tierra de sus antepasados, a la misma donde tuvo sus orígenes la nación alemana.

Ése era también mi deseo, la meta que en vano había buscado durante tanto tiempo.

Abandoné, pues, mi puesto de empleado agrícola y me incorporé a la comunidad de los que pensaban como yo. Cuando advertí que mis antiguos camaradas y amigos eran incapaces de comprender mi decisión, tan opuesta a sus ideas convencionales, rompí con ellos: quería empezar mi nueva vida sin trabas de ningún tipo.

En los primeros días encontré a la que más tarde sería mi esposa; la animaba el mismo ideal que a mí y había tomado, junto con su hermano, el camino que luego la llevó hasta los Artamanen. En cuanto nos vimos supimos que estábamos hechos el uno al otro. Era como si nos conociéramos desde niños. Nuestra actitud frente a la vida era exactamente la misma; nos completábamos en todos los sentidos y nuestra confianza mutua no tenía límites.

Por fin había encontrado a la mujer con la que había soñado durante mis largos años de soledad. Nuestra absoluta armonía perduraría durante toda nuestra vida en común. Y aún hoy perdura pese a las vicisitudes de nuestra existencia, pese a todas las influencias externas, a través de los días de felicidad y desgracia. La única pena que le he causado ha sido la de no ser capaz de revelarle mis pensamientos más íntimos: siempre he insistido en resolver por mí mismo los problemas que más me angustiaban.

Nos casamos lo antes posible[15]. Habíamos elegido libremente, por convicción profunda, una vida dura y laboriosa, y queríamos empezarla juntos. Éramos conscientes de las dificultades que nos esperaban, pero nada nos haría desistir. Aunque en el curso de los cinco años siguientes nuestra vida no fue fácil, ni por un instante nos desanimamos: nos alegraba de manera especial ver que, con nuestro ejemplo, lográbamos nuevos adeptos a nuestras ideas.

Teníamos ya tres hijos, listos para participar en el brillante futuro que augurábamos. Esperábamos la próxima concesión de las parcelas que nos habían sido asignadas.

Sin embargo, el destino iba a apartarme del camino que con tanta convicción y seguridad recorría. En junio de 1934, Himmler me convocó para que me uniese a los destacamentos más activos de las SS[16]. Por extraño que parezca en mí, no tardé mucho en decidirme. La tentación de volver a ser soldado era demasiado fuerte o, en todo caso, lo bastante fuerte para impedirme tomar en consideración las objeciones de mi mujer. Ella se preguntaba si realmente encontraría satisfacción espiritual en el oficio que me proponían y si éste me acapararía por entero; pero, cuando vio hasta qué punto me atraía mi vieja vida de soldado, terminó por aceptar mis deseos.

Existía la posibilidad real de un rápido ascenso, con todas las ventajas materiales que ello implicaba. De ese modo, me decía a mí mismo, podía seguir siendo fiel a mis ideales aunque en parte me alejara del camino fijado. Mi mujer y yo nunca dejamos de creer que algún día encontraríamos un lugar que nos sirviera de refugio a nosotros y a nuestros hijos. Pensaba que cuando nuestro país hubiese recobrado la paz, tanto interior como exterior, abandonaría el servicio activo y me instalaría en una granja que sacaría adelante con mis propias manos. Tras muchas dudas y reflexiones tomé la decisión de unirme activamente a las SS.

Cuando hoy pienso en todo ello, debo confesar que lamento profundamente dicha decisión. Mi vida y la de mi familia habrían tomado un curso muy distinto. Es cierto que hoy no tendríamos ni una casa ni una granja, pero habríamos disfrutado de largos años de trabajo satisfactorio. Desgraciadamente, nadie puede adivinar su propio destino o saber cuál es el camino correcto y cuál no.

Cuando Himmler me invitó a formar parte de las SS como miembro del cuerpo de guardia de un campo de concentración, yo no tenía la menor idea de lo que aquello significaba; incluso era incapaz de imaginarlo. En el aislamiento de nuestra vida campestre en Pomerania, apenas habíamos oído hablar de los campos de concentración.

Yo sólo esperaba convertirme nuevamente en soldado, reemprender mi carrera militar.

Entonces me enviaron a Dachau.

Allí volví a ser un recluta, con las penas y alegrías que ello representa, y me encargué de reclutar a otros y de llevar con ellos la vida propia del soldado[17]. Durante la instrucción se nos decía que los prisioneros que había detrás de las alambradas eran gente peligrosa, «enemigos del Estado», como los llamaba Eicke, inspector de campos de concentración. Nos enseñaron cómo tratarlos y en qué casos hacer uso de las armas. Se insistía en lo peligrosos que podían llegar a ser. Yo sólo los veía trabajar y entrar o salir del campo, aunque los camaradas que servían allí desde 1933 me hablaban mucho de ellos.

Recuerdo perfectamente la primera vez que presencié un castigo corporal. Dos prisioneros que habían robado cigarrillos en la cantina fueron condenados a recibir veinticuatro bastonazos. Eicke ordenó que una compañía presenciara el cumplimiento del castigo. Nos hicieron formar en cuadrado abierto, con las armas al hombro; en el centro había un potro de madera.

Los dos prisioneros fueron llevados al centro por los jefes de

compañía y luego se presentó el comandante[18], ante quien se presentaron el jefe de custodia preventiva del campo y el comandante de alto rango de la compañía. Cuando el *Rapportführer* leyó el veredicto, el primer preso, un ratero enclenque e impenitente, fue echado sobre el potro. Dos soldados lo sujetaron por la cabeza y las manos, mientras dos jefes de compañía lo golpeaban alternativamente. El hombre no dejó escapar el menor quejido.

El otro prisionero, un preso político fornido de complexión fuerte, se comportaría de manera muy diferente. Desde el primer golpe lanzó un grito feroz y trató de zafarse de los soldados que lo sujetaban. El comandante le ordenó varias veces que se estuviera quieto, pero él siguió gritando hasta el último golpe. Yo estaba en la primera fila, obligado a no perder detalle del espectáculo; si me encontrara en la segunda fila, habría apartado la vista. Aquellos gritos me daban escalofríos. Estaba horrorizado. Más adelante, sobre todo una vez comenzada la guerra, asistí a no pocas ejecuciones, pero ninguna me afectó tanto como ese castigo del que fui testigo, no sabría decir por qué.

En las cárceles, los castigos corporales constituyeron una práctica habitual hasta la revolución de 1918, en que fueron abolidos. El celador encargado de aplicarlos todavía formaba parte del servicio de prisiones; lo llamábamos el Rompehuesos. Era un individuo brutal, de aspecto repulsivo, que siempre olía a alcohol y para quien los reclusos no eran más que números. Sin duda, se trataba del hombre ideal para esa clase de tarea. A mi paso por prisión tuve ocasión de ver, en la celda de castigo, los palos que se empleaban para atormentar a los reclusos, y me estremecí sólo de imaginarlos en manos del Rompehuesos.

Después, cuando como soldado raso me tocaba presenciar esos castigos, procuraba ubicarme en las últimas filas. Y, cuando ya por fin ascendí a jefe de compañía[19], intentaba escabullirme siempre que podía, sobre todo en el momento de los golpes. Esto no era demasiado difícil, pues nada complacía más a mis colegas que reemplazarme. Cuando ascendí a *Rapportführer*, y más tarde, a *Schutzhaftlagerführer*, ya no podía tomarme esa libertad y mi deber me repugnaba. Por fin, siendo comandante del campo y, por lo tanto, responsable de ordenar la aplicación del castigo corporal, muy rara vez presencié su cumplimiento. Por otra parte, nunca autoricé sin meditarlo cuidadosamente la aplicación de esta forma de castigo. No sabría explicar por qué, pero me producía especial aversión.

Por esa época conocí a otro *Blockführer* que compartía mis sentimientos y que desaparecía cuando había que presenciar la

aplicación de un castigo. Se trataba de Schwarzhuber, futuro *Schutzhaftlagerführer* de los campos de Birkenau y Ravensbrück. Los jefes de compañía que se prestaban a asistir a esos penosos espectáculos eran, en casi todos los casos, individuos perversos, brutales, violentos y vulgares, y se comportaban como tales con sus camaradas y familiares. Para ellos, los convictos no eran seres humanos. Cuando, años después, fueron acusados de malos tratos cometidos en otros campos, tres de ellos se ahorcaron en la cárcel. Pero en las tropas había no pocos miembros de las SS que consideraban el apaleamiento un espectáculo atractivo, una especie de fiesta popular. Yo no era uno de ellos.

Aún prestaba servicio en Dachau cuando fui testigo de este incidente: unos suboficiales de las SS empleados en la carnicería del campo habían organizado, con ayuda de algunos presos, cierto tráfico ilegal a gran escala, y cuatro de ellos habían sido condenados por un tribunal de Múnich (entonces todavía no existían tribunales especiales para los SS) a cumplir pena de prisión. Su degradación pública tuvo lugar ante la guardia del campo reunida en su totalidad. Nuestro jefe, Eicke, les arrancó con sus propias manos insignias y galones, los hizo desfilar frente a las diversas compañías y, por último, los entregó a la justicia. A continuación pronunció un largo discurso: nos dijo que él habría preferido internarlos en el campo junto a sus cómplices, tras molerlos a palos, pero que el *Reichsführer* de las SS[20] no lo habría permitido. La misma suerte les esperaba, continuó, a todos los que entraran en contacto con ellos, ya fuera movidos por intenciones criminales o por compasión, puesto que ambos motivos eran igualmente reprensibles. Mostrarse compasivo con los «enemigos del Estado» constituía una debilidad que éstos aprovecharían de inmediato. Sentir piedad hacia ellos era indigno de un SS: en las filas de las SS no había lugar para los «blandos», que harían mejor retirándose a un convento. Se necesitaban hombres duros y decididos; no en vano iban siempre armados y llevaban la calavera en la gorra. Los SS eran los únicos soldados que, aun en tiempos de paz, se enfrentaban al enemigo, ese enemigo que estaba detrás de las alambradas.

Para un soldado, la degradación o expulsión de las filas de su unidad siempre resulta penosa. En lo que a mí concernía, estaba particularmente conmovido, pues era la primera vez que presenciaba algo así. Pero nada me había dejado más pasmado que las palabras de Eicke. Todavía no tenía muy claro qué significaban las frases «enemigos del Estado» y «el enemigo detrás de las alambradas», porque aún no los conocía. Sin embargo, mi ignorancia a este respecto

duraría muy poco.

Después de servir durante seis meses en mi unidad, fui transferido al campo con los oficiales y suboficiales más antiguos en calidad de *Blockführer*, por orden de Eicke.

El cambio no me gustaba en absoluto. Aprovechando una visita de Eicke al campo, solicité una entrevista con él y le pedí que hiciera una excepción conmigo y me permitiera permanecer en mi unidad. Le expliqué que la vocación militar corría por mis venas, y que la esperanza de volver a ser soldado me había llevado a unirme a las SS.

Eicke conocía muy bien mis antecedentes. En su opinión, la experiencia que poseía tras el tiempo pasado en prisión me hacía especialmente apto para la vigilancia de los reclusos; de hecho, no había nadie más capacitado para esa tarea que yo. Además, la suya era una orden formal, no quería hacer excepciones en favor de nadie, y a mí, como soldado, sólo me quedaba obedecer.

En aquel momento sentí un gran pesar por haber abandonado el trabajo duro, pero libre, al que me había consagrado en los años anteriores. Deseaba reemprender las duras labores del campo; sin embargo, ya no había marcha atrás.

Empecé mis nuevas funciones con una sensación de extrañeza. Ante mí se abría un nuevo mundo, un mundo al que quedaría encadenado durante los diez años siguientes.

Era cierto que tenía a mis espaldas seis años de prisión y que había aprendido a conocer la vida y las costumbres de los presos, sus alegrías y sus penas, su mentalidad y sus miserias; pero el campo de concentración era algo totalmente nuevo; en este sentido, debía aprenderlo todo.

Junto con otros dos recién llegados, Schwarzhuber y Remmele, futuro comandante de Eintrachthütte[21], me soltaron entre los reclusos sin que el *Rapportführer* nos hubiese dado la menor instrucción previa.

Por la tarde, en el recuento, me sentí un poco incómodo ante los condenados a trabajos forzados puestos a mi cargo. Miraban con curiosidad al nuevo «jefe de compañía» (así se llamaba entonces a los *Blockführer*). ¿Qué preguntas se harían mientras me miraban? No encontré la respuesta hasta pasado un tiempo.

Mi *Feldwebel* (sargento primero) estaba encargado de la vigilancia directa de la «compañía», después también llamada bloque. Él y sus cinco *Kapos* eran presos políticos, comunistas curtidos, pero habían sido soldados y guardaban un buen recuerdo de su paso por el ejército. Enseñaban el orden y la limpieza a los internados que, en general, llegaban al campo sucios y harapientos: yo nunca debía

intervenir en este aspecto. Los reclusos, por su parte, hacían todo lo posible por disimular su mala traza, pues según su conducta y los resultados de su trabajo podían obtener la libertad al cabo de seis meses. Si su reeducación se consideraba incompleta, permanecían en el campo durante un nuevo período de entre tres y seis meses.

En poco tiempo llegué a conocer a cada uno de los doscientos setenta hombres que componían mi compañía, y podía hacerme una idea de las posibilidades de liberación de cada uno de ellos. Como *Blockführer*, fueron pocos los que me vi obligado a transferir a la categoría de «antisociales» y enviar a la cárcel. Se trataba de individuos que robaban cuanto podían, repudiaban el trabajo y se comportaban como auténticos gandules. Pero, en general, salían del campo mejorados y los reincidentes eran muy pocos.

A excepción de éstos y de los antisociales, la mayoría de los reclusos se sentían avergonzados de su condición, sobre todo los de mayor edad que hasta entonces no habían tenido problemas con la justicia y, de pronto, se veían castigados por su excesiva afición a la cerveza, que los llevaba a descuidar sus obligaciones. La Oficina de Trabajo de Baviera había juzgado necesario internarlos. Sabían muy bien que serían liberados tras purgar sus penas y se amoldaban con mayor o menor facilidad a los peores aspectos de la existencia en los campos.

Sin embargo, su número no sobrepasaba el diez por ciento del total de reclusos. El noventa por ciento se repartía entre las siguientes categorías: judíos, emigrantes, homosexuales, *Bibelforscher*[22], una compañía de antisociales y siete de presos políticos, la mayoría de ellos comunistas. Estos últimos nunca sabían cuánto duraría su internamiento, ya que dependía de factores imprevisibles; y, debido a esa incertidumbre, su vida en el campo de concentración representaba para ellos una verdadera tortura. Tuve ocasión de hablar con muchos presos políticos, perfectamente razonables y reflexivos, y en todos los casos aceptaban los inconvenientes de su situación: la arbitrariedad de los SS y de la administración, la dura disciplina, el tener que compartir durante años un espacio mínimo, la monotonía del trabajo cotidiano. Pero, si algo les resultaba insoportable, incluso a los más fuertes, era la incertidumbre de cuánto duraría todo aquello.

Su libertad a menudo dependía de una decisión arbitraria de funcionarios subalternos y, según mis observaciones, ése era el factor que más afectaba psicológicamente a los reclusos.

Un profesional del crimen condenado a quince años de trabajos forzados sabe que, transcurrido ese tiempo o probablemente mucho antes, recuperará la libertad. El preso político, por el contrario, es

enviado al campo de concentración por un período indeterminado; tal vez un año o tal vez diez[23]. La revisión periódica de las penas, a la que tenían derecho los reclusos alemanes, era una mera formalidad. La decisión incumbía a la oficina que había ordenado el internamiento, y esa oficina nunca estaba dispuesta a reconocer que había cometido un error. La víctima del error era, inevitablemente, el recluso; para él no existía ninguna posibilidad de protestar o apelar. De manera excepcional se procedía a realizar «investigaciones suplementarias», que en muy contadas ocasiones conducían a inesperadas puestas en libertad. Pero no se podía contar con ello. Por lo general, la duración del período de detención dependía del azar.

Los guardias encargados de la custodia se dividen en tres categorías, ya se trate de una cárcel para presos preventivos, un penal o un campo de concentración. En su mano está hacer de la vida del preso un infierno o algo soportable.

La primera categoría la constituyen los malvados, los malintencionados, los individuos crueles y brutales, que consideran al recluso un objeto sobre el que ejercer sus inclinaciones perversas, descargando su furia o su complejo de inferioridad sin hallar la menor resistencia. No conocen la piedad ni ningún otro sentimiento humano. Aprovechan la menor oportunidad para torturar a los condenados que tienen a su cargo, sobre todo a quienes les resultan antipáticos, ya sea con o sin motivo. Su aberración no conoce límites, y va desde la mezquindad hasta la saña más terrible, según la disposición de cada uno. Experimentan una particular satisfacción al infligir torturas mentales a sus víctimas. Ninguna prohibición puede poner coto a su conducta; sólo una vigilancia severa y permanente es capaz de contenerlos. Buscan continuamente nuevos métodos de tormento, tanto psíquico como físico. ¡Ay de los reclusos si estos individuos infames tienen jefes indulgentes con sus inclinaciones perversas o, peor aún, susceptibles de compartirlas!

La segunda categoría, a la cual pertenece la mayoría de los guardias, está constituida por los indiferentes, los que cumplen con su deber en la medida en que es imprescindible hacerlo, con mayor o menor celo. Los reclusos son objetos confiados a su cuidado, y no les preocupa lo que pueda pasarles. Se atienen estrictamente a la letra del reglamento, por comodidad. Actuar de acuerdo con el espíritu del mismo les parece en extremo fatigoso. Por otra parte, su mentalidad está demasiado limitada para ello.

No tienen intención de hacer sufrir a nadie, pero su indiferencia, su estrechez de miras, su deseo de no complicarse la vida son tales que, sin quererlo, infligen verdaderas torturas físicas y morales a no pocos

reclusos. Ellos son los principales responsables de una situación que permite a algunos presos ejercer un nefasto dominio sobre sus compañeros de desgracia.

Existe, por fin, una tercera categoría, formada por hombres comprensivos y benévolos por naturaleza, capaces de sentir piedad por quienes sufren. Pero aun entre ellos hay que establecer distinciones. Están los que se atienen estrictamente al reglamento, sin admitir la menor desviación, pero que saben interpretarlo en favor de los reclusos cuando lo consideran, oportuno. Tratan de aliviar su estado en la medida de lo posible o, al menos, de no crearles sufrimientos innecesarios.

Y los hay que se muestran bondadosos hasta la ingenuidad, que nunca hacen observaciones a los presos, que tratan de satisfacer todos sus deseos y ayudarlos por todos los medios posibles. Guiados por su bondad y una piedad desmesurada, se niegan a creer que entre los reclusos pueda haber individuos malvados.

En términos generales, la mezcla de disciplina, buena voluntad y comprensión proporciona al interno cierta seguridad. Una mirada amable, un cordial asentimiento o una palabra agradable pueden obrar maravillas, sobre todo en personas de carácter sensible. El hecho de que la situación de un preso reciba cierta atención, por poca que sea, produce en él un efecto inesperado: hasta el hombre más desesperado, falto de toda esperanza, se anima al ver o notar la menor señal de compañerismo humano.

Todo recluso procura mejorar su suerte y hacer más tolerables sus condiciones de vida, para lo cual se aprovecha de la indulgencia que pueda manifestarse hacia él. Existen individuos sin escrúpulos que para ello intentan, por todos los medios, descubrir el punto más débil de funcionarios excesivamente indulgentes o incluso pusilánimes.

Cuando un celador, aunque sólo sea por una vez, se muestra confiado con un preso dotado de una voluntad más fuerte que la suya, puede dar lugar a una serie de abusos y provocar actos en que su responsabilidad se verá seriamente comprometida. Se empieza dejando pasar a escondidas cartas inofensivas y se termina siendo cómplice de una evasión.

He aquí algunos ejemplos que pueden ilustrar la actitud de las tres categorías de celador en situaciones idénticas.

Veamos primero una cárcel para presos preventivos. El recluso ruega al celador que suba la calefacción de su celda porque ha contraído la gripe. El celador, que pertenece a la categoría de los «malvados», apaga de inmediato la calefacción. Luego se divierte observando las reacciones del preso, que camina celda arriba y celda

abajo intentando entrar en calor. Por la noche, un celador indiferente viene a reemplazar al «malvado», y el preso repite su petición. El indiferente abre al máximo la válvula del radiador y se desentiende. Al cabo de una hora, el calor es tal que el preso debe dejar la ventana abierta durante toda la noche: por la mañana, su fiebre ha aumentado notablemente.

Trasladémonos ahora a un penal donde el celador malintencionado conduce a los presos a la ducha. Al llegar al vestuario ordena abrir las ventanas de par en par, porque la estancia está llena de vapor. Pero nos hallamos en pleno invierno. A gritos empuja a los presos bajo las duchas, de las que el agua sale casi hirviendo; hace girar el grifo y el agua, de repente, sale helada; entonces obliga a los presos a permanecer un buen rato bajo el agua. Todos están tan ateridos de frío que no aciertan a vestirse, y el guardián los observa con una sonrisa sardónica.

En otra ocasión (también en pleno invierno), un guardián indiferente conduce a los presos a las duchas. Mientras éstos se desnudan, él se sienta en un taburete y se pone a leer el periódico. Pasado un momento se decide a interrumpir su lectura y abrir el grifo. El agua hierve y nadie se arriesga a sufrir quemaduras, pero el celador ha vuelto a su periódico y no atiende los reclamos que le hacen. Cuando llega a la última página se pone de pie y cierra el grifo. Los presos se visten y vuelven a sus celdas sin haber podido lavarse. Pero el celador mira el reloj: es la hora prescrita por el reglamento. Ha cumplido con su deber.

Por fin estamos en un campo de concentración. La escena discurre en la cantera. El celador benevolente procura no cargar en exceso las vagonetas; va a comprobar el estado de los rieles y ordena alquitranar las traviesas. Dobla la cantidad de hombres encargados de empujar las vagonetas cuando han de subir una colina. La jornada transcurre sin gritos y la carga ha alcanzado con creces la cantidad esperada.

El celador malintencionado carga en exceso las vagonetas y ordena que las empujen sin preocuparse del número de brazos necesarios en los lugares donde el terreno se empina. No envía a nadie a verificar el estado de los rieles y las traviesas. Las vagonetas descarrilan, los *Kapos* protestan; a mediodía, muchos de los reclusos no están en condiciones de volver al trabajo, incapaces de sostenerse en pie. Durante todo el día se oyen gritos. Por la tarde se ha acarreado la mitad de la cantidad estipulada.

El celador indiferente no presta la menor atención a las actividades de su grupo de trabajo, deja la vigilancia en manos de los *Kapos* y éstos actúan con negligencia. Los reclusos que reciben un trato de

favor pasan la jornada sin hacer nada; los demás tienen que trabajar a destajo. Los centinelas no ven nada: su jefe nunca está.

Estos tres ejemplos resumen innumerables casos, como yo mismo he podido constatar, y con otros semejantes podrían llenarse volúmenes. Nos señalan con claridad hasta qué punto la vida de los prisioneros depende de la disposición y la actitud de los celadores, y eso a pesar de todas las normas y reglamentos.

No sólo las condiciones físicas hacen penosa la vida de los presos, sino, en primer lugar, las imborrables impresiones que producen en ellos la arbitrariedad, la maldad y la perfidia de los individuos indiferentes o viciosos encargados de su vigilancia o de la guardia del campo.

El preso está pertrechado contra la severidad más dura e implacable siempre que ésta corresponda a las exigencias de la justicia. Por el contrario, la arbitrariedad, el trato injusto, lo hieren como garrotazos, al tiempo que le hacen experimentar un insoportable sentimiento de impotencia.

En general, los prisioneros y sus celadores deben ser considerados representantes de dos mundos mutuamente hostiles. En la mayoría de los casos es el preso quien representa el papel de la víctima obligada a defender su vida. Como no dispone de armas, busca otras maneras de defenderse. Unos oponen a su adversario la armadura de su obstinación, se tragan la cólera y prosiguen su camino. Otros se comportan de forma hipócrita y obtienen ventajas gracias a su astucia. Y los hay, por fin, que se pasan al bando contrario y, convertidos en *Kapos*, se aseguran una existencia soportable. Unos se lo juegan todo a una carta y tratan de evadirse, mientras que otros se rinden, languidecen físicamente y terminan suicidándose.

Los hechos son como los he descrito, tan crueles e inverosímiles como pueden parecer. Mi larga experiencia me permite afirmar que todo ocurre como lo he descrito.

En la vida del recluso, el trabajo ocupa un lugar especialmente importante: puede hacer que su existencia sea más soportable o llevarlo a la perdición.

Para todo prisionero que goce de buena salud y se halle en condiciones normales, el trabajo constituye una necesidad y satisface una íntima urgencia. Sin duda, hay que hacer una excepción con los holgazanes y los parásitos sociales, que bien pueden continuar vegetando sin que ello les afecte.

A los demás, en cambio, el trabajo les permite olvidar el vacío de su existencia y los aspectos más dolorosos de la privación de libertad. Les procura incluso satisfacción, en la medida en que acepten el

trabajo libremente y de buen grado.

Si tienen la suerte de encontrar una ocupación que se corresponda con su capacidad o profesión, el trabajo les aporta un equilibrio psicológico difícil de quebrantar, incluso en las circunstancias más desfavorables.

En prisiones y campos de concentración, el trabajo es una obligación impuesta por la fuerza. Y, sin embargo, cada preso es capaz de esforzarse voluntariamente siempre y cuando se lo trate bien. Su íntima satisfacción influye en su buen estado de ánimo, mientras que la desafección hacia el trabajo puede hacer su vida insoportable.

Si los inspectores del trabajo y los capataces se hubieran dignado a tomar estos hechos en consideración, si hubieran abierto los ojos cuando visitaban talleres y canteras, se habrían podido evitar mucho sufrimiento y desgracias.

En lo que a mí respecta, siempre me ha gustado trabajar. Realicé los trabajos manuales más duros en las peores condiciones: trabajé en las minas, en las fábricas de ladrillos, conduje camiones, talé árboles, fabriqué traviesas, extraje turba. No existe tarea agrícola que no haya ejecutado con mis propias manos. Pero no conforme con trabajar, observaba atentamente a mis compañeros, su existencia, sus costumbres, sus condiciones de vida. Me creo, pues, con derecho a afirmar que conozco el significado profundo del trabajo y que sé apreciar sus resultados.

Sólo me sentía satisfecho conmigo mismo después de hacer bien mi trabajo, y nunca he exigido a mis subordinados más de lo que yo mismo habría hecho.

Cuando estaba en Leipzig cumpliendo prisión preventiva, me faltaba el trabajo, pese a todas las distracciones que me proporcionaba el desarrollo de mi proceso (lectura de prensa, visitas, importante correspondencia). En respuesta a una solicitud mía, me asignaron una tarea: pegar bolsas de papel. Era un trabajo monótono, pero llenaba gran parte de la jornada y me proporcionaba una ocupación regular que yo mismo había buscado libremente, y eso era lo más importante.

Al ser transferido a la cárcel elegí —en la medida de lo posible— un trabajo no puramente mecánico, que me obligara a prestar cierta atención. Él mismo me protegió de pensamientos inútiles y deprimentes durante las largas horas del día. Volvía a mi celda con la sensación de haber dejado detrás una buena jornada de labor. Privarme de ella habría sido el castigo más duro que podrían haberme impuesto.

Ahora, en la prisión donde me encuentro, el trabajo físico es lo que más echo de menos. Estoy agradecido a quienes me encargaron

redactar mi declaración y mi confesión, a las que consagro todo mi tiempo.

He mantenido muchas conversaciones sobre el tema del trabajo con compañeros de infortunio en la prisión y, después, con los prisioneros de los campos de concentración, sobre todo en Dachau. Todos estaban convencidos de que la inactividad detrás de los muros de una cárcel o las alambradas de los campos sería, a la larga, insoportable.

El trabajo representa para los reclusos no sólo un castigo eficaz, en el mejor sentido de la palabra porque les permite disciplinarse y luchar contra la nefasta influencia de la prisión, sino además un excelente medio educativo para quienes carecen de firmeza y energía: realizar un esfuerzo constante los aleja de una vida dedicada al crimen.

Todo lo anterior, sin embargo, no es aplicable más que en condiciones normales, y sólo así puede entenderse el lema: «El trabajo os hará libres»[24]. Eicke, nuestro jefe, tenía la firme intención de obtener la liberación para los prisioneros, de cualquier categoría, que se hubieran distinguido por su dedicación al trabajo, pero la Gestapo y la policía judicial del Reich no se ponían de acuerdo con él. Aunque se salió con la suya en ciertos casos, la guerra puso fin a sus buenas intenciones.

Me he extendido sobre el problema del trabajo porque mi propia experiencia me ha demostrado su valor psicológico. Lo que después se ha hecho con el trabajo obligatorio de los internados es otro problema sobre el que ya volveremos.

Durante el tiempo que pasé en Dachau como *Blockführer* pude establecer un contacto directo con los reclusos, incluso fuera de mi compañía. Estaba encargado de censurar la correspondencia que enviaban (en esa época, todavía tenían derecho a hacerlo). Cuando se lee la correspondencia de un preso a lo largo de un período más o menos largo, se llega a adquirir una imagen bastante exacta de su mentalidad. Para ello, basta con poseer cierto conocimiento del alma humana. En las cartas que envía a su mujer o a su madre, trata de exponer, con mayor o menor sinceridad, sus problemas y sufrimientos; pero, a la larga, no puede disimular sus verdaderos pensamientos y engañar al observador experimentado.

Tras oír hablar a Eicke de los «peligrosos enemigos del Estado» con tanta insistencia y convicción, todos nuestros SS habían terminado por compartir su punto de vista. Yo quería conocer a esos «enemigos del Estado» y comprender por qué eran realmente tan peligrosos.

¿Y con qué me encontré? Pues con un pequeño número de

comunistas y socialdemócratas recalcitrantes, decididos a retomar sus actividades ilegales y a sembrar el caos entre la población una vez que fueran liberados, según confesaban abiertamente.

Algo muy distinto ocurría con el resto de los reclusos. Habían sido militantes del partido comunista o del socialdemócrata, habían luchado y trabajado por sus ideales. Con sus actividades personales habían perjudicado en mayor o menor medida la expansión de las ideas patrióticas del NSDAP; pero, al verlos de cerca, enseguida se comprobaba que se trataba de hombres pacíficos e inofensivos que, tras comprobar que sus proyectos eran irrealizables, querían permanecer cerca de sus familias y retomar una actividad pacífica y lucrativa. Estoy convencido de que entre 1935 y 1936 se habría podido liberar tranquilamente, sin que el Tercer Reich corriera riesgos de ningún tipo, la tercera parte de los internados en Dachau.

Sólo la cuarta parte de esos reclusos creía, con auténtico fanatismo, que su universo momentáneamente destruido iba a resucitar. A ésos sí que habría que haber mantenido tras las alambradas como enemigos peligrosos del Estado. No costaba reconocerlos, aunque se recatasen en sus confesiones y a veces intentaran, no sin habilidad, disfrazar sus ideas.

Infinitamente más inquietantes eran, para el conjunto del Estado y la nación, los profesionales del crimen, los antisociales, los que ya habían sido condenados veinte o treinta veces.

Eicke quería eliminar entre los SS todo sentimiento de piedad hacia los reclusos. Sus órdenes y sus discursos, en los que insistía sobre el carácter criminal y peligroso de la actividad de los presos, no podían caer en saco roto. Adoctrinados sin cesar, los individuos toscos, primitivos y frustrados engendraban hacia los presos una antipatía y un odio difícilmente imaginables para la gente de fuera. La influencia de Eicke se dejó sentir con fuerza extraordinaria en todos los campos de concentración, en toda la tropa y los oficiales de las SS y su efecto perduró muchos años después de que Eicke renunciara a su puesto de inspector[25].

Esta «doctrina del odio» explica todos los malos tratos y torturas infligidos a los internados de los campos de concentración. Además, se veía reforzada por la influencia de viejos comandantes como Loritz y Koch, para quienes los prisioneros no eran seres humanos sino «rusos» o «canacos», como se los llamaba despectivamente.

Los reclusos, por supuesto, no ignoraban los sentimientos inculcados a sus guardianes. Para los más fanáticos y obstinados de entre ellos, eso no hacía más que confirmarlos en su punto de vista inicial; en cuanto a los hombres de buena voluntad, se sentían

rechazados y ofendidos.

Cada vez que Eicke daba una orden a sus subordinados, el hecho enseguida repercutía en el ambiente del campo. Los internados estaban abatidos y observaban con angustia la actitud cada vez más hostil de la mayoría de los guardianes, así como la divulgación de rumores terribles sobre nuevas represalias. En poco tiempo, la inquietud era general.

Muchas veces he oído decir en Dachau: «¿Por qué los SS nos odian tanto? Después de todo somos personas como ellos». Esto da una idea aproximada de la relación general existente entre los reclusos y los SS.

Por mi parte, no creo que el odio de Eicke hacia los «peligrosos enemigos del Estado» haya sido tan profundo como parecía demostrar ante sus hombres. Más bien creo que, con esa continua invocación del «culto a la severidad», pretendía estimular el celo y la energía de los SS. En mi opinión, no era consciente del efecto que producirían sus incitaciones al odio.

Formado en los principios de Eicke, imbuido de sus enseñanzas, ejercí mis funciones en el campo de concentración como *Blockführer*, como *Rapportführer* y como administrador de abastecimiento, y aquí debo confesar algo. Cumplí con mi deber de manera puntillosa, y por ello recibí la aprobación general. He vigilado a los reclusos sin desfallecer ni un solo instante, he sido severo y, a veces, incluso duro con ellos. Pero yo también había estado entre rejas el tiempo suficiente para saber cuáles eran sus necesidades. Los desafortunados «incidentes» que se producían en el campo de concentración no dejaban de afectarme. Cada vez que me llamaban para certificar un suicidio o un accidente de trabajo, cada vez que veía fusilar a un fugitivo, verdadero o presunto, cada vez que tenía que asistir a los apaleamientos o castigos infligidos por orden de Loritz, exhibía un rostro glacial aunque por dentro experimentara una gran turbación. Mi máscara impasible les hacía creer que no hacía falta incitarme a la severidad, como a otros SS a quienes encontraban demasiado «blandos».

En este punto debo reconocer mi culpabilidad. Me había dado cuenta de que aquel trabajo no era para mí, pues no estaba de acuerdo con los métodos aplicados por Eicke ni con su idea de cómo debía organizarse un campo de concentración. En mi fuero interno me sentía demasiado solidario con los reclusos, ya que durante mucho tiempo también yo había vivido su triste experiencia.

En ese momento debería haberme presentado ante Eicke o el *Reichsführer* de las SS[26] y declarar que no me consideraba apto para servir en un campo de concentración, ya que me identificaba

demasiado con los prisioneros.

Sin embargo, no tuve el valor de hacerlo, pues no quería descubrir mi estado de ánimo y confesar mi debilidad, y era demasiado obstinado para reconocer abiertamente que me había equivocado al renunciar a mis actividades agrícolas.

Tras unirme voluntariamente a las SS, me había habituado demasiado al uniforme negro para renegar de él. Si me hubiera confesado demasiado «blando» para realizar el trabajo que se me exigía, eso hubiese significado inevitablemente mi exclusión o, en el mejor de los casos, una destitución definitiva. Y era algo a lo que no podía hacer frente.

Me debatí mucho entre la convicción personal y la fidelidad al juramento que había prestado a las SS y al Führer. ¡Cuántas veces me pregunté si tenía derecho a desertar! Hasta mi esposa ignoraba el dilema que me torturaba y que guardaba para mí. Como nacionalsocialista viejo, estaba firmemente convencido de la necesidad de los campos de concentración. Había que poner bajo severa custodia a los enemigos del Estado; había que privar de libertad a los elementos antisociales y a los profesionales del crimen que escapaban al rigor de las leyes vigentes. Sólo así el pueblo conseguiría defenderse de ellos. Estaba firmemente convencido de que esa tarea sólo podía ser cumplida por los SS, encargados de la salvaguarda del nuevo Reich.

Dicho esto, no estaba de acuerdo con las propuestas de Eicke a propósito del trato que debía dispensarse a los prisioneros; como tampoco estaba de acuerdo con que apelase a los más bajos instintos del cuerpo de guardia ni con su selección de personal incapaz, al que se mantenía en funciones pese a haber dado sobrado ejemplo de su incompetencia y perversión. Y tampoco estaba de acuerdo con la arbitrariedad con que se fijaban los plazos de internamiento.

Sin embargo, al seguir prestando servicio en el campo de concentración, aceptaba las ideas y las normas allí vigentes. Me reconcilié con mi suerte, sin perder la esperanza de encontrar, algún día, otro empleo; aunque, según Eicke, yo estaba extraordinariamente capacitado para llevar a cabo mis funciones.

Me había sometido a lo inevitable, pero no deseaba permanecer indiferente al sufrimiento humano. Siempre experimenté esos sentimientos, y, aun así, admito que la mayoría de las veces no los tuve en cuenta, porque no me estaba permitido ser «blando». Así pues, para que no me acusaran de débil, quise hacerme el «duro».

Fue entonces cuando me transfirieron a Sachsenhausen[27].

Allí me familiaricé con las actividades y métodos de la inspección

de los campos. Aprendí a conocer más de cerca la personalidad de Eicke y la influencia que ejercía sobre el campo y las tropas. También entré en contacto con la Gestapo. A través de la cuantiosa correspondencia oficial, me hice una idea bastante aproximada de las relaciones existentes entre los servicios superiores de las SS. En otras palabras, adquirí una visión mucho más amplia.

Un camarada empleado en el servicio de enlace del Estado Mayor de Hesse me contó muchas cosas sobre el círculo inmediato del Führer. Otro antiguo amigo ocupaba un puesto importante en el cuartel general del Movimiento de la Juventud del Reich; otro estaba encargado del servicio de prensa en el Estado Mayor de Rosenberg, un tercero trabajaba en el Colegio Médico del Reich. En Berlín solía encontrarme con viejos camaradas de los Freikorps, y gracias a ello fui incrementando mis conocimientos sobre el ideario del NSDAP. En aquellos años, Alemania estaba en plena expansión; la industria y el comercio florecían más que nunca. Los éxitos obtenidos por Adolf Hitler en política exterior saltaban a la vista e imponían silencio a quienes aún se atrevían a combatir al régimen.

El NSDAP dominaba el Estado. Sus logros eran innegables; sus métodos y fines, los únicos justos. Tal era entonces mi profunda convicción.

Las dudas que había experimentado a propósito de mi aptitud para servir en los campos de concentración quedaron relegadas a un segundo plano, en primer lugar porque ya no estaba, como en Dachau, en contacto directo con los internados. Por otra parte, en Sachsenhausen no existía esa atmósfera de odio que había conocido en Dachau, y eso a pesar de que las oficinas de Eicke se encontraban allí. Pero con las tropas era diferente: muchos jóvenes reclutas, muchos jóvenes oficiales de las SS salidos de la academia militar y sólo unos pocos veteranos.

También el comandante era de otro temple[28]. Estricto e inflexible, lo movía un sentido fanático del deber y un deseo sincero de justicia. Este veterano del nacionalsocialismo y las SS me servía de modelo, y hasta me parecía que mi propia naturaleza era un reflejo atenuado de la suya. En muchas ocasiones se mostraba sensible y hasta benevolente, pero en lo referente a los asuntos de servicio daba pruebas de una severidad y una dureza implacables. Me inspiraba en su carácter para reprimir en mí todo síntoma de debilidad y para someterme a las exigencias de mi deber como miembro de las SS.

La guerra acababa de estallar, y ese hecho marcaba una fatídica fecha en la evolución de los campos de concentración. Nadie podía prever entonces a qué siniestros designios iban a servir más tarde,

durante el desarrollo de las hostilidades.

El primer día de la contienda, Eicke pronunció un discurso ante los jefes de la reserva, llamada a reemplazar en los campos a las unidades de las SS. Insistió en la necesidad de aplicar las duras leyes de la guerra. En adelante, cada miembro de las SS debía olvidar su existencia anterior y entregarse a la causa en cuerpo y alma; debía considerar sagrada cada orden y ejecutarla sin dilación, por terrible que le pareciera. El *Reichsführer* quería que todos los SS fueran un ejemplo de sacrificio y estuvieran dispuestos a dar la vida por el pueblo y la patria.

La tarea más importante que incumbió a los SS durante esa guerra fue la de proteger el Estado de Adolf Hitler contra todo peligro, en especial los procedentes del interior. Una revolución al estilo de la de 1918 o una huelga obrera en las fábricas de municiones como la de 1917[29] eran, a partir de ahora, impensables. Todo enemigo del Estado que osara levantar la cabeza, todo aquel que intentase sabotear el esfuerzo de guerra, debía ser aniquilado. Tal era la voluntad del Führer.

Eicke, por su parte, inspirándose en esa consigna exigía a sus subordinados que inculcasen a los reservistas llamados a servir en los campos una dureza implacable contra los prisioneros. Tendrían más trabajo que hacer y órdenes más duras que obedecer. Había llegado la hora de que los miembros de las SS demostrasen que el intensivo adiestramiento recibido estaba justificado. Sólo ellos podían proteger al Estado nacionalsocialista de la amenaza internacional, ya que ninguna de las otras organizaciones poseía la firmeza necesaria.

Esa misma noche asistimos a la primera ejecución llevada a cabo en Sachsenhausen en tiempos de guerra.

Un comunista empleado en la fábrica Junkers de Dessau se había negado a participar en los trabajos de defensa aérea, razón por la cual había sido denunciado por la policía local, arrestado y conducido al cuartel general de la Gestapo en Berlín para su interrogatorio. Cuando el *Reichsführer* de las SS[30] vio el informe de las actas, dio la orden de fusilarlo sin demora.

Según una circular secreta llegada en el momento de la movilización, todas las ejecuciones ordenadas por el *Reichsführer* de las SS o por la Gestapo debían tener lugar en el campo más próximo.

A las diez de la noche, Müller, uno de los jefes de la Gestapo[31], nos anunció por teléfono que un mensajero había partido con la orden que debía ser ejecutada de inmediato.

Poco después vimos llegar un furgón con dos funcionarios de la Gestapo y un civil esposado. El comandante abrió el sobre que le

enviaban. El mensaje no contenía más que unas pocas líneas: «Por orden del *Reichsführer*, este hombre debe ser fusilado. La sentencia le será anunciada y se ejecutará una hora después».

El comandante comunicó la orden que acababa de recibir al condenado. El hombre no perdió la calma, aunque al poco rato confesó que confiaba en escapar a la pena de muerte. Se le permitió escribir a su familia y, por petición suya, le llevaron cigarrillos.

Avisado por el comandante del campo, Eicke se personó allí antes de que el plazo hubiera expirado.

Como ayudante, yo era jefe del Estado Mayor del comandante y, de acuerdo con la orden secreta de movilización, debía proceder a la ejecución. Aquella misma mañana habíamos recibido la orden, y ni yo ni el comandante habíamos pensado que en pocas horas tendríamos que fusilar a un hombre.

Convoqué rápidamente a tres suboficiales de personal del Estado Mayor, hombres veteranos y más bien imperturbables. Les expliqué lo que iba a pasar y lo que se esperaba de ellos.

Sin pérdida de tiempo, se excavó un hoyo en la arena que había junto al cercado del cementerio para clavar un poste. Luego llegó un furgón con el condenado. El comandante le ordenó que se pusiese delante del poste. Yo lo acompañé hasta allí. El hombre, muy sereno, se colocó en el lugar indicado y declaró hallarse preparado. Retrocedí un paso y di orden de disparar. El hombre se desplomó en el suelo y le disparé el tiro de gracia. El médico constató que había recibido tres balas en el corazón. Eicke y algunos jefes de los reservistas asistieron a la ejecución.

Aquella mañana, ninguno de nosotros pensaba que, al recibir las instrucciones de Eicke, habría que ejecutarlas tan rápidamente. Ni el propio Eicke se lo esperaba, según nos confesó más tarde.

Yo había estado tan ocupado con los preparativos, que sólo cobré plena conciencia de lo ocurrido cuando todo hubo terminado. Los oficiales presentes en la ejecución se reunieron en el comedor de oficiales, pero cada uno permanecía sumido en sus pensamientos; fue imposible entablar verdaderas conversaciones. Todos recordábamos las instrucciones de Eicke y empezábamos a comprender que la guerra traería innumerables horrores. Sin contarme a mí, los allí presentes eran hombres maduros que habían servido como oficiales durante la Primera Guerra Mundial y formaban parte de las SS desde hacía mucho tiempo. Todos habían desempeñado un papel activo en los enfrentamientos contra los enemigos del NSDAP cuando éste todavía luchaba por su supervivencia. Sin embargo, estaban extraordinariamente impresionados por lo que acababan de

presenciar; y yo, tanto como ellos.

En las jornadas siguientes asistiríamos a muchas escenas como aquélla. Tenía que formar casi cada día con mi pelotón de fusilamiento. Casi siempre para ejecutar a saboteadores o a hombres que se negaban a hacer el servicio militar; nosotros sólo conocíamos las causas de su condena por medio de los funcionarios de la Gestapo que los custodiaban, pues la orden de ejecución no las mencionaba.

Hubo un caso que me impresionó muy especialmente. En plena noche, nos habían traído para una ejecución inmediata a un jefe de las SS y miembro de la Gestapo al que había tratado bastante, pues venía a menudo a entregarnos prisioneros importantes u órdenes secretas. Justamente la víspera había charlado con él en el comedor de oficiales y discutimos sobre los fusilamientos. Ahora le tocaba a él, y era yo quien debía hacer cumplir la orden de ejecutarlo. Aquello era demasiado incluso para nuestro comandante. Después de la ejecución dimos un largo paseo en silencio por el campo, tratando de dominar nuestros sentimientos. Los oficiales que habían traído al condenado nos contaron su caso. Había recibido la orden de detener y llevar al campo de concentración a un antiguo militante del partido comunista al que conocía desde hacía tiempo, pues era el encargado de vigilarlo. El comunista siempre había obrado de buena fe y, por gentileza, el oficial de las SS lo había acompañado hasta su casa para que se cambiara de ropa y se despidiera de su esposa. Mientras el oficial de las SS y su ayudante conversaban con la mujer, el comunista encontró la manera de huir por otra habitación. Cuando descubrieron la evasión, ya era demasiado tarde. El oficial de las SS anunció el hecho a la Gestapo y fue arrestado de inmediato. El *Reichführer* de las SS ordenó que le formaran consejo de guerra; una hora después, era condenado a muerte, mientras que a su ayudante le tocaba cumplir una larga pena de prisión. Heydrich y Müller trataron en vano de interceder por él. Era la primera negligencia grave en el cumplimiento del deber cometida por un oficial de las SS desde el estallido de la guerra, y debía ser castigada de manera ejemplar. El condenado era un hombre respetable que mediaba la treintena, casado y padre de tres hijos; siempre se había mostrado extraordinariamente responsable, pero había pecado de generoso y confiado.

Afrontó la muerte con calma y resignación.

Todavía hoy no comprendo cómo tuve la sangre fría necesaria para dar la orden de disparar. Los tres hombres del pelotón de fusilamiento no conocían la identidad de la víctima; mejor así, pues de lo contrario les habrían temblado las manos. Yo estaba tan nervioso que me costó sostener la pistola con firmeza para darle el tiro de gracia en la sien.

No obstante, logré dominarme y nadie se apercibió de mi estado de ánimo. Lo sé porque, unos días después, se lo pregunté a los tres suboficiales del pelotón de fusilamiento.

¡Cuántas veces tuve que esforzarme por aquel entonces para parecer duro e implacable! Pensaba que se me exigía realizar un esfuerzo sobrehumano; sin embargo, Eicke exigía que fuésemos aún más severos e inclementes con los prisioneros. Afirmaba que un SS debía ser capaz de aniquilar a sus propios padres si éstos ofendían al Estado o traicionaban el ideario de Adolf Hitler. «¡Sólo una cosa debe contar: la orden dada!», rezaba el membrete del papel en que escribía sus cartas.

Durante las primeras semanas de la guerra descubrí el sentido de este lema y la interpretación que Eicke le daba. Y no sólo yo, sino muchos otros antiguos miembros de las SS. Algunos de ellos, de alto rango, tenían el coraje de declarar en el comedor que el trabajo de verdugos que nos obligaban a hacer ensuciaba nuestro uniforme negro. Sus palabras llegaron a oídos de Eicke, que les soltó un sermón y convocó en el acto una reunión de los oficiales de las SS del distrito de Oranienburgo, entonces bajo su mando. Los términos del discurso que nos dirigió eran aproximadamente éstos: «Las opiniones de quienes tachan de "trabajo de verdugos" el realizado por las SS son la prueba de que esos individuos, pese a pertenecer desde hace mucho al cuerpo, aún no han comprendido la tarea que les corresponde: defender el nuevo Estado por todos los medios que tengan a su alcance. Todo adversario debe ser internado o eliminado, según su grado de peligrosidad, y sólo las SS pueden aplicar cualquiera de las dos medidas. Sólo las SS están llamadas a garantizar la seguridad del Estado, mientras no se hayan dictado leyes lo bastante eficaces. El deber de destruir a un enemigo dentro del Estado no se diferencia en nada del que nos obliga a aniquilar a nuestro adversario fuera, en el campo de batalla; por lo tanto, en ningún caso puede considerarse un trabajo degradante. Quienes opinan lo contrario aún no se han librado de los viejos conceptos burgueses que la revolución hitleriana ha vuelto caducos. Son síntomas de debilidad y sensiblería impropios de un miembro de las SS». Eicke advertiría de esta actitud peligrosa al *Reichsführer*, para que éste dispusiera las sanciones necesarias. En resumidas cuentas: Eicke prohibía de manera terminante la expresión de cualquier sentimiento de piedad hacia los prisioneros; sólo toleraría en sus filas a hombres que se mostraran duros sin reserva y que comprendieran el alcance simbólico de su insignia de honor, la calavera.

El *Reichsführer* se abstuvo de sancionar directamente a los oficiales

aludidos, limitándose a reunirlos y dirigirles una reprimenda. Pero éstos jamás fueron ascendidos, sino que permanecieron hasta el final de la guerra en los campos de concentración como oficiales subordinados al inspector. Es cierto que sufrieron mucho, pero también aprendieron a callar y obedecer las órdenes sin rechistar.

Otra medida tomada al principio de la guerra consistía en hacer comparecer a los reclusos aptos para el servicio ante comisiones especiales enviadas a los campos de concentración por las autoridades del distrito militar. La lista de los examinados era enviada a la Gestapo y los órganos administrativos del NSDAP: unos eran movilizados, otros permanecían en los campos, bien vigilados.

Entre los internados en Sachsenhausen había un buen número de Testigos de Jehová. Muchos de ellos se negaban a llevar armas y fueron condenados a muerte por el *Reichsführer* de las SS. Las ejecuciones se llevaron a cabo ante todos los reclusos formados, con los Testigos en primera fila.

Yo había tenido ocasión de conocer varias clases de fanáticos religiosos: en peregrinaciones y conventos, en Palestina, Irak y Armenia; eran católicos, ortodoxos, musulmanes, chiles y semitas. Pero los Testigos de Jehová del campo de Sachsenhausen, en particular dos de ellos, superaban de lejos todos esos «estereotipos». Ambos se negaban a tener la menor relación con la vida militar. Decían que no recibían órdenes de los hombres, sino de Jehová, a quien reconocían como su único jefe. Nos vimos obligados a apartarlos de los de su secta y encerrarlos en una celda, pues no paraban de incitarlos a seguir su ejemplo.

Eicke los había hecho apalear varias veces por indisciplinados, pero ellos aceptaban el castigo con un fervor que, de tan dichoso, parecía perverso. Incluso suplicaron al comandante que se los castigara más aún, para dar testimonio de Jehová.

Como era de esperar, se negaron a presentarse ante la comisión de reclutamiento, y ni siquiera aceptaron firmar los formularios enviados por las autoridades militares. El *Reichsführer* los condenó a muerte. Cuando se les anunció el veredicto, casi se volvieron locos de contento. Estaban exultantes, no podían dominar su impaciencia ante la proximidad de la muerte; juntaban las manos y, elevando los ojos al cielo, gritaban sin cesar: «¡Pronto estaremos cerca de ti, oh, Jehová! ¡Qué felicidad, encontrarnos entre los elegidos!». Unos días después, los correligionarios presentes en la ejecución pretendían que también se los fusilara a ellos. Fue muy difícil contenerlos y hubo que llevarlos al campo por la fuerza: un espectáculo casi insoportable.

Cuando les llegó el turno de morir, corrieron hacia el paredón. Por

nada del mundo habrían dejado que los esposaran, porque querían levantar las manos al cielo invocando a Jehová. Se colocaron frente al panel de madera que servía de diana, con el rostro iluminado, henchidos de una alegría que ya no tenía nada de humana. Así me imaginaba yo a los primeros mártires del cristianismo: esperando de pie en la arena a ser devorados por las fieras. Aquellos hombres recibieron la muerte [32] con una expresión de alegría extática, los ojos mirando al cielo y las manos juntas para la plegaria. Todos los que presenciaron la ejecución —incluidos los soldados que integraban el pelotón— estaban muy impresionados.

En cuanto al resto de Testigos de Jehová, el martirio de sus compañeros incrementó su fanatismo. Varios de ellos, que ya habían firmado una declaración según la cual se comprometían a poner fin a su proselitismo (cosa que podía ayudarlos a obtener la libertad), se retractaron, ansiosos por continuar sufriendo, incluso más que hasta el momento.

En la vida corriente, los Testigos de Jehová, hombres y mujeres, eran individuos tranquilos, educados, generosos, solidarios y muy trabajadores. En su mayoría se trataba de artesanos, pero también se contaban entre ellos campesinos de la Prusia Oriental. En tiempos de paz, cuando se conformaban con reunirse para rezar, el Estado los consideraba inofensivos; pero a partir de 1937 su propaganda se intensificó, con lo que atrajeron sobre ellos la atención de las autoridades. Se llevaron a cabo investigaciones y detenciones de responsables, y se obtuvo así la prueba de que los adversarios del Reich trabajaban intensamente en la difusión de las ideas de esa secta con el fin de minar, mediante la religión, las defensas del pueblo alemán. Cuando se declaró la guerra quedó claro que se habría corrido un gran riesgo de no haber detenido entonces a los miembros más activos y fanáticos de los Testigos de Jehová. De ese modo se consiguió detener a tiempo la propagación de sus ideas.

En el campo se comportaban como trabajadores laboriosos y merecedores de toda confianza, y su deseo de sufrir para mayor gloria de Jehová era tan grande que se los habría podido enviar fuera del campo sin necesidad de centinelas. Sin embargo, también eran inflexibles en su negativa a participar en cualquier actividad relacionada con el ejército o la guerra, por mínima que fuese. Así, por ejemplo, las mujeres de la secta internadas en Ravensbrück, se negaban rotundamente a empaquetar vendas para los primeros auxilios. Algunas de esas fanáticas no querían alinearse en las formaciones y sólo se dejaban contar en grupos dispersos.

Todos los Testigos de Jehová internados en el campo pertenecían a

la Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia. Hay que reconocer, sin embargo, que ignoraban por completo cómo estaba organizada dicha asociación; sólo tenían contacto con los responsables encargados de distribuir las octavillas y presidir sus reuniones. Tampoco tenían la menor idea sobre los objetivos políticos de quienes se aprovechaban de su fanática credulidad. Cuando se hablaba con ellos, enseguida respondían que no entendían nada. Se limitaban a obedecer la llamada de Jehová y prestarle fidelidad. La voluntad de Jehová se les manifestaba en sus visiones; se revelaba a través de la lectura correcta de la Biblia, de los sermones y los libelos de su secta. Para ellos constituía la verdad en estado puro; no había necesidad de interpretarla. Nada les parecía más bello ni deseable que sufrir e incluso morir por Jehová, pues se trataba del medio más seguro de acceder a la categoría de los elegidos. Así, aceptaban sin rechistar su ingreso en prisión, con todos los sufrimientos que ello implicaba. Resultaba conmovedor ver con cuánta entrega cuidaban de sus correligionarios y les brindaban toda la ayuda posible.

No obstante, muchos de esos iluminados también se mostraron dispuestos a abjurar de su fe sin haber sufrido la menor coacción. Firmaban el solemne compromiso de romper todo lazo con la Unión Internacional y someterse a las leyes del Estado, renunciando a cualquier forma de proselitismo. Tras firmar la renuncia, permanecían un tiempo en el campo, hasta que las autoridades estuviesen seguras de su sinceridad. Y, cuando eso ocurría, se los ponía en libertad.

Naturalmente, esos renegados eran muy mal vistos por sus correligionarios, que los sometían a una fuerte presión moral y, a veces, los llevaban a revisar su decisión, especialmente en el caso de las mujeres, más sensibles al remordimiento. En cualquier caso, su fe no se podía quebrantar de manera definitiva; incluso los propios renegados permanecían fieles a Jehová, aunque abandonaran la comunidad. Si alguien llamaba su atención sobre las contradicciones de su doctrina, contestaban que sólo los hombres las veían, puesto que para Jehová no existían; Él y su doctrina eran infalibles.

Tanto Eicke como el propio Himmler dijeron en varias ocasiones que la fe ciega de los Testigos de Jehová podía servir de modelo a las SS, cuyos miembros debían dar muestras de un fanatismo acérrimo en su adhesión a Hitler y el nacionalsocialismo. Sólo se aseguraría el porvenir del Reich hitleriano cuando todos los SS estuvieran imbuidos de la nueva concepción del mundo, sacrificando por completo su «yo» a la gran causa.

Volviendo a las ejecuciones que tuvieron lugar en Sachsenhausen al comienzo de la guerra, quisiera describir las diversas actitudes de

los condenados ante la muerte inminente.

Los Testigos de Jehová, como acabo de decir, parecían felices, animados por la fuerte convicción de que unos instantes después entrarían en el Reino de Dios.

Quienes objetaban al servicio militar o practicaban el sabotaje por convicción política, se mostraban firmes en su decisión y, resignados, se sometían pacíficamente a su inexorable destino.

En cuanto a los profesionales del crimen, los antisociales en el sentido estricto de la palabra, algunos exhibían una actitud cínica e insolente, esforzándose por disimular el miedo; otros, poseídos por la rabia, oponían resistencia a sus guardianes mientras se deshacían en gemidos y pedían la asistencia de un sacerdote. Me bastará con citar dos ejemplos. Los hermanos Sass fueron detenidos en Dinamarca durante una redada y entregados a las autoridades alemanas conforme a los tratados internacionales. Eran ladrones de gran reputación especializados en el robo de cajas fuertes que actuaban en toda Europa. Habían sido condenados varias veces, y otras tantas habían logrado evadirse, burlando todas las medidas de seguridad. Su último golpe, un trabajo espectacular, fue el saqueo de una modernísima cámara acorazada ubicada en el sótano de un gran banco berlinés. Para llegar a su objetivo habían excavado un túnel desde el cementerio que se hallaba del otro lado de la calle. Ya en el sótano se apoderaron tranquilamente de valores, divisas, lingotes de oro y joyas por una suma más que considerable. Luego depositaron su botín en diversas tumbas. El cementerio se transformó así en «su banco», al que acudían cuando necesitaban fondos. Y allí fueron apresados por la policía. El tribunal de Berlín condenó a uno de los ladrones a doce años de trabajos forzados, y al otro, a diez. Era la pena máxima prevista por las leyes alemanas de aquel entonces.

Dos días después del veredicto, el *Reichsführer*, en uso de sus poderes extraordinarios, hizo sacar a los dos bandidos de la cárcel preventiva y los envió a Sachsenhausen con orden de inmediato fusilamiento.

Los funcionarios que los trajeron en un furgón nos contaron que, durante el viaje, los dos hombres se habían mostrado muy arrogantes, exigiendo con insistencia que les dijeran adonde los llevaban.

Cuando llegaron al lugar previsto para la ejecución, en el centro de la cantera, les leí la orden que los condenaba a muerte. Entonces armaron un gran alboroto: «¡No puede ser! Pero ¿esto qué es? Para empezar, necesitamos ver a un cura», etc.

Como no querían ponerse ante el poste, me vi obligado a atarlos. Se resistían furiosamente. Me sentí realmente aliviado cuando pude

dar la orden de abrir fuego.

Un reincidente, ya varias veces condenado por atentar contra las buenas costumbres, había arrastrado a una niña berlinesa de ocho años al portal de un edificio para luego violarla y asesinarla. El tribunal lo condenó a una pena de quince años de trabajos forzados; aunque el mismo día del veredicto lo enviaron a Sachsenhausen con orden de ejecución.

Aún lo recuerdo, bajando del furgón en la entrada del patio, con una cínica sonrisa en la cara. Era un individuo siniestro y depravado de mediana edad: en una palabra, un típico asocial. Cuando le anuncié que iba a ser fusilado, palideció y se puso a gritar, entre ruegos y sollozos. Pedía clemencia; era un espectáculo verdaderamente repulsivo. También a él tuve que atarlo al poste, preguntándome si ese pingajo humano, desprovisto de todo sentido moral, podía tener miedo a un «más allá». ¿Cómo explicar, si no, su conducta?

Antes de la guerra, cuando se celebraban los Juegos Olímpicos de Berlín, las autoridades habían procedido a una operación de limpieza en las vías públicas, que se saldó con la detención de mendigos y vagabundos, así como de homosexuales y prostitutas. También a ellos los habían enviado a los campos de concentración, para reeducarlos y asignarles ocupaciones más útiles. En Dachau, donde los homosexuales eran infinitamente menos numerosos que en Sachsenhausen, su presencia planteaba un serio problema para la administración. El comandante y el jefe de la guardia del campo estimaban preferible repartirlos entre las diferentes barracas; yo no pensaba lo mismo: los conocía muy bien, de mi experiencia en prisión.

En efecto, pasado un tiempo, los informes de todas las compañías señalaban que las relaciones homosexuales se extendían entre los internados. Se aplicaron sanciones que de nada sirvieron: el contagio se extendía rápidamente.

Propuse reunidos en un solo bloque y así se hizo. Se nombró a un jefe de compañía que supiera manejarlos. Se les hizo trabajar separados de los demás reclusos: durante un buen período tuvieron que empujar las apisonadoras usadas para allanar el terreno en el campo de concentración. A ese grupo fueron agregados algunos presos de otros sectores dados al mismo vicio.

La epidemia desapareció de golpe. Desde entonces, sólo se dieron casos aislados que fueron reunidos en una sola barraca, donde estaban sometidos a una vigilancia lo bastante severa para evitar que se entregaran a su vicio.

Recuerdo un caso especialmente llamativo. Se trataba de un príncipe rumano que vivía en Múnich con su madre, conocido en toda

la ciudad por sus inclinaciones contra natura. Se había vuelto imposible y su internación en Dachau era inminente, eso sin tener en cuenta sus relaciones mundanas y políticas. La Gestapo afirmaba que ese juerguista inveterado se había cansado de las mujeres, y que había hallado en la homosexualidad una sencilla manera de distraerse. El *Reichsführer* de las SS pensaba que el rudo trabajo y las duras condiciones de vida en un campo de concentración contribuirían a su rápida curación. Cuando nos lo trajeron, yo ignoraba las causas de su internación; pero enseguida reconocí en él a un invertido auténtico. Me bastó con observar su mirada inquieta, sus movimientos afeminados y ondulantes, sus sobresaltos al oír el menor ruido. Cuando el comandante lo interpeló bruscamente, se puso a llorar. No quería ir a la ducha, alegando que le daba vergüenza. Supimos cuál era la verdadera razón de su reticencia en cuanto se desnudó: llevaba todo el cuerpo tatuado, recubierto hasta las muñecas y los tobillos de obscenos dibujos. Allí estaban representadas todas las perversiones imaginables e inimaginables, aunque también hombres y mujeres en cópula normal. Era un álbum viviente que, por cierto, habría interesado enormemente a los sabios especializados en desviaciones sexuales. Durante el interrogatorio explicó que se había hecho los tatuajes en todos los puertos del Viejo y el Nuevo Mundo.

Teníamos orden de fotografiar, para los servicios antropométricos, todos los tatuajes encontrados en el cuerpo de los reclusos. Cuando éste fue llevado ante el fotógrafo, le asaltó una enfermiza agitación. De nuevo en su bloque, dije al jefe de la compañía que lo hacía responsable de ese hombre: ni un solo instante debía escapar a su vigilancia. Al cabo de unas horas, cuando volví para ver a aquel extraño ser, el jefe de compañía me rogó que lo relevara sin tardanza. No podía más. El príncipe se había mantenido todo el tiempo frente a la estufa, inmóvil, mirándolo fijamente. Y cada vez que alguien se le acercaba, lo tocaba o trataba de moverlo, entraba en un estado de extremada excitación sexual y empezaba a masturbarse. Entonces lo llevé al médico. Tan pronto como se le formularon las primeras preguntas sobre su estado, la excitación volvió a apoderarse de él. Declaró experimentar deseos sexuales inmoderados desde la adolescencia que lo llevaban a ser incapaz de satisfacer sus propios impulsos de manera convencional.

El médico no tardó en preparar un informe destinado al *Reichsführer*. Su conclusión era formal: el lugar de ese hombre no estaba en un campo de concentración, sino en una clínica; no había esperanza alguna de reeducarlo mediante el trabajo. A la espera de la resolución del *Reichsführer*, fue enviado a trabajar con los demás en la

cantera. Tenía que acarrear arena. Pero apenas le quedaban fuerzas para levantar la pala y, cuando se disponía a empujar una carretilla vacía, cayó redondo al suelo. Hice que lo llevaran de vuelta a su barracón y redacté un informe para el comandante. Al día siguiente, éste quiso observar aquella reacción con sus propios ojos; el hombre tenía que trabajar como fuera, porque el *Reichsführer* así lo había ordenado. Sin embargo, tuvimos toda clase de problemas para llevarlo hasta el arenal, que no estaba precisamente lejos de allí. Caminaba a trompicones. Era impensable hacerle trabajar, eso hasta Loritz lo veía; así que lo devolvimos al barracón para que guardara cama. ¡Ni con ésas! No dejaba de masturbarse. El médico le habló como a un niño enfermo, pero de nada sirvió. Le ataron las manos, le administraron calmantes, le pusieron compresas frías: nada. Cada vez estaba más débil, pero seguían quedándole fuerzas para bajar de la cama y arrastrarse hasta los otros reclusos. Su estancia en el campo se hizo imposible, de manera que fue encerrado en el calabozo hasta nueva orden. Dos días después murió mientras se masturbaba. Apenas llevaba cinco semanas en el campo de concentración.

El *Reichsführer* exigió un informe detallado y la autopsia de su cadáver. Asistí a ella: no se comprobó ninguna anomalía física, pero sí un decaimiento general. Un profesor del Instituto de Patología de Munich nos dijo, después de la autopsia, que nunca en su larga carrera había visto un caso similar.

También estuve presente cuando el comandante permitió que la madre se acercara al cadáver del desgraciado. Ella nos dijo que esa muerte era una bendición del cielo para ella y para su hijo. En todas partes se había vuelto intolerable a causa de su desordenada vida sexual. La madre se había dirigido a los más ilustres especialistas de toda Europa, sin obtener el menor éxito; su hijo había estado internado en clínicas, pero siempre se había escapado. Incluso estuvo en un convento, aunque por poco tiempo. Desesperada, la madre le había aconsejado que se suicidara, pero él no había tenido valor para hacerlo. Al menos, ahora, había encontrado la paz… Todavía me estremezco al pensar en él.

En Sachsenhausen se reunió a los homosexuales en una única barraca desde el principio. Trabajaban separados de los otros, en una cantera. No era un trabajo fácil: cada uno de ellos debía extraer a diario cierta cantidad para llenar un número estipulado de vagonetas. Estaban expuestos a las inclemencias del tiempo, puesto que cada día debían procurar la materia prima para los talleres de alfarería. El régimen era el mismo en invierno que en verano.

Ese penoso trabajo destinado a volverlos «normales» no ejercía la

misma influencia sobre las distintas categorías de homosexuales.

Evidentemente, resultaba muy saludable para los «chaperos», esas prostitutas de sexo masculino que preferían sus ocupaciones lucrativas al trabajo, por sencillo que fuera. En realidad, no eran verdaderos invertidos: para ellos, el vicio sólo era una profesión.

Las duras condiciones de vida en el campo de concentración sumadas al arduo trabajo actuaban favorablemente sobre ellos. La gran mayoría se consagraba asiduamente al trabajo y trataba de no hacerse notar, con la intención de obtener cuanto antes la libertad. Evitaban confraternizar con homosexuales auténticos, para demostrar que nada tenían que ver con ellos.

En efecto, muchos de esta categoría eran puestos en libertad, sin riesgo de recaer en el vicio. Aprendían la lección, sobre todo porque casi todos eran aún muy jóvenes.

Existía otra categoría que se podía reeducar: la de los hombres que habían descubierto tendencias homosexuales tras mantener relaciones demasiado frecuentes con mujeres y buscaban, con ello, encontrar un nuevo aliciente en sus monótonas vidas.

Por el contrario, los que se habían dejado arrastrar de manera permanente por sus inclinaciones viciosas, no tenían cura. Apenas se diferenciaban de los verdaderos homosexuales que, por otra parte, escaseaban. El trabajo pesado y la vigilancia severa no contribuyeron en nada a su restablecimiento. En cuanto hallaban la ocasión, se arrojaban los unos en brazos de los otros. Por acusado que fuera su decaimiento, continuaban entregados a su vicio. Se les reconocía desde lejos: sus modales afeminados, su afectación, su manera dulzona de expresarse, su actitud amable con los invertidos o con quienes tuvieran inclinaciones homosexuales los distinguían claramente de quienes se habían apartado del vicio, querían curarse definitivamente y ofrecían al observador atento todos los síntomas de una rápida curación.

Mientras que individuos empujados por una firme voluntad de renunciar a su vicio se mostraban capaces de soportar el trabajo más duro, los otros empeoraban lentamente; según su constitución, su deterioro físico era más o menos rápido. Aun en el caso de que renunciaran a sus prácticas, esos seres de naturaleza hipersensible sabían que jamás obtendrían la libertad, y esa tensión psicológica contribuía enormemente a su decadencia física.

No costaba prever un fatal desenlace cada vez que la enfermedad o la muerte despojaban a uno de esos hombres de su «amigo». Muchos de ellos se suicidaron. En la situación en que se hallaban, el «amigo» lo era todo para ellos. De hecho, incluso alguna vez hemos visto a dos

amigos suicidarse juntos.

En 1944, el *Reichsführer* organizó en Ravensbrück unos tests de «renuncia». Cierto número de homosexuales que no había dado pruebas definitivas de su renuncia al vicio fueron llevados a trabajar con prostitutas, permaneciendo siempre sometidos a una muy estricta vigilancia. Se había ordenado a las mujeres que se acercasen a esos hombres como quien no quiere la cosa y ejercieran sobre ellos sus encantos sexuales. Los que realmente habían mejorado aprovechaban la ocasión sin hacerse rogar; en cuanto a los incurables, ni siquiera miraban a las mujeres. Si éstas se mostraban demasiado provocativas, daban media vuelta con disgusto y horror. Tras haberlos sometido a ese test, se procedió a seleccionar a los que parecían merecer la liberación. Pero, como última verificación, se les ofrecía una oportunidad más de mantener relaciones con personas de su mismo sexo. Casi todos se negaban a ceder ante las provocaciones de los verdaderos invertidos; pero también había casos dudosos, hombres que querían aprovechar las dos oportunidades y se podrían denominar «bisexuales».

Sólo puedo decir que la posibilidad de observar la vida y el comportamiento de reclusos homosexuales de todas las categorías me ha parecido extremadamente instructiva.

También había en Sachsenhausen una serie de presos llamados «prominentes», y otros, «especiales».

Se llamaba «prominentes» a los que habían desempeñado un papel importante en la vida pública. Por lo general, en el campo se les trataba como a los demás presos políticos y no gozaban de privilegios particulares[33]. Tras la declaración de guerra, su número creció notablemente como consecuencia de la reiterada detención de quienes habían sido responsables de los partidos comunista y socialista.

Los internados «especiales» eran aquellos que, por orden de la policía del Estado, debían permanecer aislados de los otros presos, en el interior o en las proximidades del campo de concentración. Sólo algunos iniciados debían conocer sus nombres y lugares de encarcelamiento. Antes de la guerra eran poco numerosos; después formaron una categoría bastante importante. Pero ya volveremos sobre este tema.

En 1939, el campo de Sachsenhausen también albergó a profesores y estudiantes checos, así como a profesores polacos de la Universidad de Cracovia. Habían sido instalados en un barracón especial. Que yo recuerde, no estaban obligados a trabajar; por lo demás, estaban sometidos al régimen común. Al cabo de unas semanas, los profesores de Cracovia fueron puestos en libertad: muchos docentes alemanes

habían intercedido por ellos ante Góring y el Führer. En total, los profesores arrestados ascenderían a unos cien, aunque yo sólo los vi en el momento de su llegada y nunca oí hablar de ellos durante su estancia en el campo.

Sin embargo, existe un recluso «especial» del que quisiera hablar largo y tendido. Su actitud era muy particular, y tuve ocasión de observarlo de cerca: se trata de Niemöller, el pastor evangélico.

Durante la Primera Guerra Mundial había cobrado fama como comandante de submarinos. Después del armisticio se hizo pastor y líder espiritual de la «Iglesia confesional», una de las muchas en que se escindió la Iglesia evangélica alemana. El Führer, que quería reunificarla, había designado un obispo para todo el Reich. Muchos grupos «evangélicos» y el propio Niemöller se negaron a reconocer la autoridad de ese obispo, oponiéndole una resistencia violenta. La parroquia de Niemöller se encontraba en Dahlelm, un barrio residencial de las afueras de Berlín, y servía de centro de reunión para todos los protestantes reaccionarios de la capital y de Potsdam, para todas las viejas excelencias imperiales y todos los adversarios del régimen nacionalsocialista. Niemöller predicaba la resistencia: por eso fue arrestado[34]. Instalado en Sachsenhausen, en una barraca con celdas individuales, gozaba de todas las ventajas: podía escribir a su mujer cuando quería; una vez al mes recibía su visita y ella le traía todos los libros, cigarrillos y víveres que él quería; le estaba permitido pasearse por el patio que había delante de su barraca; su celda estaba provista de todas las comodidades. En una palabra, se hacía por él todo lo posible. El comandante tenía orden de ocuparse de él e informar sobre sus deseos.

Al Führer le interesaba que Niemöller renegara de su actitud. Llegaban a Sachsenhausen eminentes personalidades para tratar de convencerlo; especialmente, el almirante Lanz que durante años había sido su superior en la Marina y pertenecía a su Iglesia confesional. Pero no servía de nada. Niemöller no estaba dispuesto a cambiar de parecer. Él pensaba que el Estado no tenía derecho a intervenir en los asuntos de la Iglesia y dictarles sus leyes, invadiendo las competencias de las comunidades religiosas. La Iglesia confesional prosperaba, y Niemöller se había convertido en un mártir; su esposa mantenía vivas sus ideas. Yo estaba muy al corriente de todo eso, porque leía su correspondencia y presenciaba las visitas que recibía en la oficina del comandante. En 1938, Niemöller se dirigió al gran almirante Raeder, comandante en jefe de la Marina, para anunciarle que renunciaba a llevar el uniforme de oficial, pues no estaba de acuerdo con el Estado al cual debía servir la Marina. Al principio de la guerra había querido

incorporarse como voluntario y tenía pedido un puesto de comandante de submarino, pero el Führer lo rechazó por su negativa a llevar el uniforme del Estado nacionalsocialista. Desde hacía un tiempo, Niemöller sopesaba su conversión al catolicismo. Sus argumentos eran muy extraños: afirmaba que, en las cuestiones esenciales, su Iglesia confesional coincidía con el catolicismo. Su mujer le desaconsejaba esa conversión de manera enérgica. En mi opinión, Niemöller esperaba obtener su liberación convirtiéndose a la Iglesia católica; sin embargo, de haber sido así, sus fieles jamás lo habrían seguido. Mantuvimos interesantes conversaciones, y en todos los aspectos de la vida cotidiana se mostraba muy comprensivo, incluso cuando se trataba de temas que no dominaba; pero, en cuanto se abordaban asuntos de la Iglesia, caía el telón de acero. Defendía a capa y espada sus puntos de vista y se mostraba hostil a los argumentos más convincentes que se le pudieran ofrecer. Pero, desde el momento que se decía preparado para convertirse al catolicismo, debería haberse mostrado dispuesto a reconocer al régimen, ya que la Iglesia católica había firmado un concordato con el Estado. Una de sus hijas le causaría una gran decepción. El pastor tenía siete vástagos que, desde que tenían uso de razón, proseguían su obra con energía, junto a la madre. Pero una de las hijas rompió las cadenas al querer casarse a toda costa con un oficial de la Marina perteneciente a otra confesión. Niemöller trató en vano de disuadirla: cuando obtuvo la autorización para verla, trató de convencerla con los mejores argumentos pero no pudo evitar su casamiento.

En 1941, cuando el *Reichsführer* dio la orden de concentrar en Dachau a todos los presos eclesiásticos[35], Niemöller fue enviado allí con los demás. Tuve oportunidad de verlo en 1944. Gozaba de una libertad de movimientos aun mayor y ocupaba una celda con Wurm, quien había sido obispo evangélico de Poznan. Se le trataba con total consideración[36]. Desde el punto de vista material, no le faltaba nada, y su estado psíquico no se había visto mermado por años de prisión.

Mientras que, en Dachau, el elemento predominante estaba integrado por «los rojos» (reclusos políticos), «los verdes» (criminales de derecho común, antisociales) eran mayoría en Sachsenhausen[37]. Toda la atmósfera del campo se resentía por ello, aunque se hubieran confiado las funciones esenciales a los reclusos políticos. El espíritu de cuerpo tal como yo lo había conocido entre los presos de Dachau, faltaba por completo. Los dos campos, rojo y verde, se enfrentaban violentamente en beneficio de la administración, que sacaba partido de la situación.

Las evasiones eran relativamente más numerosas en Sachenhausen que en Dachau; sobre todo, eran organizadas y ejecutadas con más prudencia y meticulosidad.

Una evasión en Dachau sorprendía a todo el campo. Sin embargo, en Sachsenhausen, no lejos de la residencia de Eicke, la evasión adquiría un carácter de acontecimiento extraordinario. Si estaba en casa, en Oranienburgo, Eicke acudía al campo en cuanto oía la sirena. Quería conocer en el acto los menores detalles de la evasión y establecer la responsabilidad de los culpables de distracción o negligencia. Cuando había indicios probatorios de que el evadido se hallaba aún en las cercanías, se establecía y se mantenía durante varios días una cadena de centinelas sobre una vasta extensión en torno al campo de concentración. Noche y día se practicaban búsquedas y registros; el comandante, el jefe de la guardia del campo y los oficiales de servicio no se daban ni un respiro. Eicke sostenía que ninguna evasión podía tener éxito. En la mayoría de los casos, con la ayuda de los centinelas, se llegaba, en efecto, a apresar al evadido en su escondrijo o en el refugio que él mismo se había excavado. Pero ¡menuda tensión en el campo! Los reclusos debían permanecer de pie hasta el primer relevo de centinelas, a veces durante dieciséis o veinte horas seguidas. Mientras proseguían las búsquedas, estaba prohibido hacerles trabajar. Sólo se mantenían las actividades esenciales para la subsistencia del campo. Cuando el fugitivo lograba salvar la cadena de centinelas o cuando había huido de un comando que trabajaba fuera, se ponía en marcha un inmenso aparato de captura. Todos los SS y todos los policías disponibles de los alrededores debían participar en esa tarea. Se vigilaban los ferrocarriles y las rutas. Gendarmes motorizados, dirigidos por radio, recorrían caminos y senderos. Había centinelas en los puentes de todos los cursos de agua, muy numerosos en los alrededores de Oranienburgo. Se avisaba a los habitantes de granjas aisladas, la mayoría de los cuales ya habían sido puestos al corriente por los aullidos de la sirena. Por otra parte, sabían que la mayoría de los reclusos eran profesionales del crimen y tenían buenas razones para temerlos. Si descubrían sus huellas, avisaban a las patrullas o a la administración del campo. Así, con la ayuda de la población, fue como se logró atrapar a algunos fugitivos. Cuando uno de éstos era hallado, lo hacían desfilar ante todos los reclusos formados en fila (y, a ser posible, con la presencia de Eicke), sosteniendo un cartel que decía: «He vuelto». Al mismo tiempo debía hacer sonar un gran tambor. Terminado el desfile, le aplicaban veinticinco garrotazos y luego lo enviaban a la compañía disciplinaria[38]. El SS que lo había hallado o atrapado era citado en

la orden del día y gozaba de una licencia especial. Los policías o civiles que habían colaborado en la captura recibían un regalo en especie. Cuando un SS impedía una fuga por su actitud circunspecta y atenta, Eicke le concedía una licencia y un ascenso. Aquellos que, por el contrario, habían facilitado la fuga, aunque fuera debido a una pequeña negligencia, sufrían las sanciones más severas. Los malos tratos eran aún más graves en el caso de reclusos cómplices de la evasión.

Merecen ser evocadas algunas evasiones producidas en circunstancias extraordinarias.

Siete malhechores, profesionales del crimen, habían logrado excavar un túnel entre la barraca en que se hallaban y el bosque vecino. El túnel pasaba por debajo de la alambrada; una cama tapaba la entrada. La tarea fue facilitada por el hecho de que la barraca estaba construida sobre pilotes. Habían trabajado durante varias noches sin llamar la atención de sus camaradas. Una semana más tarde, un *Blockführer* de permiso en Berlín encontró a uno de los fugitivos en la calle, a horas intempestivas; lo reconoció y procedió de inmediato a su arresto. Durante el interrogatorio, el hombre facilitó las señas de sus cómplices y éstos fueron detenidos sin mayor dificultad.

Un internado homosexual logró evadirse de la cantera, desafiando a guardianes, centinelas y alambradas. No hay indicios que permitan explicar su huida, pues los vehículos para el transporte de arcilla estaban controlados por dos SS y el oficial de mando en persona. Se realizaron búsquedas en los bosques colindantes, con un gran despliegue de patrullas, pero no se descubrió el menor rastro. Diez días después, el administrador del campo recibió un mensaje del puesto fronterizo de Warnemünde: unos pescadores habían entregado al fugitivo. Fueron a buscarlo y le pidieron explicaciones. Éste es su relato: llevaba semanas enteras preparando la fuga, estudiando todas las posibilidades, hasta que, por fin, aprovechó la salida de un tren cargado de materiales. Se había destacado por su diligencia en el trabajo y lo habían elegido para vigilar los raíles y lubricar las ruedas de los vagones. Durante largas jornadas había observado los métodos que se aplicaban en el control de los trenes a su partida. Cada noche eran revisados de arriba abajo. Lo mismo ocurría con la locomotora diésel; sólo que la chapa protectora bajaba casi hasta los raíles y nadie se molestaba en mirar debajo de la máquina. Sin embargo, él había observado que la chapa protectora posterior se podía levantar. Mientras el tren permanecía detenido para su control, se deslizó bajo la máquina, se agarró a un eje y partió con el tren. Cuando el tren

redujo la velocidad, se dejó caer en la primera curva y el tren le pasó por encima. Se internó en el bosque y echó a caminar rumbo al norte. Sabía que lo descubrirían, que el jefe de su compañía alertaría al campo por teléfono y que enseguida pondrían centinelas en los puentes. En efecto, cuando llegó al gran canal que une Berlín con Stettin, el puente ya estaba vigilado. Se ocultó en un árbol hueco desde el que podía divisar el canal y el puente. Yo había pasado alguna vez junto a ese sauce. Por la noche cruzó el canal a nado y prosiguió su camino evitando caminos y aldeas. En la cabaña de una cantera encontró ropa de obrero. Se alimentaba de fruta y de la leche que ordeñaba a las vacas del campo. Así llegó, a través de Mecklemburgo, hasta el mar Báltico. No tuvo inconveniente en robar un velero en un pueblo costero para poner rumbo a Dinamarca. Poco antes de entrar en aguas territoriales danesas topó con unos pescadores que, de lejos, reconocieron su embarcación. Convencidos de que se trataba de un ladrón, lo persiguieron y entregaron luego a las autoridades de Warnemünde.

Otro delincuente, originario de Berlín y pintor de profesión, trabajaba dentro del campo en las casas de los SS. Tenía una relación con la sirvienta del médico que vivía en las barracas y frecuentaba la casa, donde siempre tenía algo que hacer. Ni el médico ni su mujer advirtieron la intimidad que se había establecido entre su sirvienta y el recluso. En un momento dado, el matrimonio se ausentó por unos días y dio vacaciones a la joven: era una oportunidad única. Tras haber comprobado que los dueños de la casa se habían marchado, el preso entró en el sótano por una ventana que la muchacha había dejado entreabierta. Arrancó una tabla de la pared del ático y se preparó un escondite. Una vez allí, practicó un agujero en el tabique de madera que daba al exterior para observar a los centinelas y una gran parte del campo de los SS. Se aprovisionó de víveres, bebidas y un revólver en caso de emergencia. Cuando escuchó el ulular de la sirena volvió a su escondite, tapó la tabla que faltaba en la pared con un pesado mueble y se puso a esperar.

En caso de evasión, tanto el recinto de los SS como el resto del campo eran registrados. Desde el primer momento, la casa donde el hombre se ocultaba despertó mis sospechas por hallarse inhabitada, así que fui a inspeccionarla personalmente. Por supuesto, no descubrí nada, ni siquiera en la habitación donde el hombre, armado con un revólver, se ocultaba tras el tabique. Él mismo me confesó más tarde que seguramente habría disparado si lo hubieran descubierto. Quería recuperar su libertad a cualquier precio, porque se le acusaba de haber tomado parte en un robo con asesinato cometido años atrás y un

cómplice suyo en el campo lo había delatado por celos de homosexual; la instrucción del sumario ya estaba en curso. Los puestos de guardia se mantuvieron durante cuatro días. Al quinto, nuestro hombre salió de su escondrijo y tomó el tren rumbo a Berlín. Se había vestido con las mejores galas del médico y, durante los días precedentes, se había alimentado bien: las botellas de vino y licor que dejó vacías daban prueba de ello. Para colmo de la osadía, se había llevado dos grandes maletas llenas de dinero, ropa, cámaras fotográficas y otros objetos de valor, todos elegidos con mucho cuidado. Al cabo de unos días y por la mayor de las casualidades, fue identificado por una patrulla en una taberna de Berlín, en el momento mismo en que trataba de vender los últimos artículos de su botín.

La sirvienta, con la que el delincuente había concertado una cita, fue enviada al campo de Ravensbrück. El más sorprendido de todos fue el médico, que no esperaba encontrar su casa en tan completo desorden. Eicke quería pedirle cuentas sobre el revólver, pero lo dejó correr cuando se enteró de que el médico presentaría una denuncia por daños y perjuicios.

Estos tres ejemplos me parecen suficientes para ilustrar las impresiones variadas y pintorescas que me llevé de Sachsenhausen.

Si mal no recuerdo, en las Navidades de 1939 me nombraron *Schutzhaftlagerführer*[39] de ese campo. En enero de 1940, el *Reichsführer* nos hizo una visita sorpresa y, poco después, el comandante del campo era reemplazado por un recién llegado, Loritz. Al *Reichsführer* le parecía que la disciplina se había relajado en Sachsenhausen, y Loritz fue llamado a restablecerla. Sin duda, el hombre tenía las cualidades necesarias para esta tarea: yo había tenido ocasión de apreciar sus métodos expeditivos en 1936, siendo *Rapportführer* en Dachau.

Iba a empezar un período muy desagradable para mí. Loritz me perseguía sin descanso: era muy rencoroso y no podía perdonarme que, en 1938, yo hubiera abandonado Dachau y aceptado el puesto de adjunto de su peor enemigo: el comandante de Sachsenhausen[40]. Sospechaba injustificadamente que había obtenido ese puesto intrigando a sus espaldas; cuando, en realidad, el comandante me lo había ofrecido porque se consideraba culpable de que en Dachau yo ocupara un puesto sin porvenir, asignado a causa de mi excesiva lealtad hacia él durante sus días de *Schutzhaftlagerführer* allí.

Loritz opinaba que se debían tomar medidas drásticas para restablecer la disciplina de inmediato, tanto entre los SS como entre los presos.

Mientras tanto, el anciano comandante Baranowski había muerto,

y Eicke se alegraba tanto como Glücks de haber encontrado en Loritz a un hombre de carácter férreo que lo sustituyera. Eicke dejaba que hiciera lo que se le antojara, pues ya bastante tenía él con la formación de su nueva división; y Glücks, nuevo inspector de campos de concentración, lo veía como un comandante de la vieja guardia que lo apoyaría sin reservas.

En el momento en que la inspección general iba a proceder a la organización del nuevo campo de Auschwitz, Loritz no tardó en proponer mi candidatura como comandante; así se libraría de mí y podría buscar un *Schutzhaftlagerführer* para su campo más acorde con sus ideas: Suhren, futuro comandante de Ravensbrück y exayudante general de Loritz en las SS.

Así fue como, de manera tan inesperada, me convertí en el comandante del nuevo campo de «cuarentena»[41] que pronto sería construido en Auschwitz.

El campo estaba muy lejos, en algún lugar de Polonia[42]. Un extenso dominio se abría para el cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración, que tendría allí total libertad de acción.

Por mi parte, no estaba en mis cálculos acceder con tal prontitud al puesto de comandante. De hecho, había algunos *Schutzhaftlagerführer* veteranos que esperaban desde hacía tiempo un ascenso como ése. La tarea que me incumbía de ahora en adelante no era nada fácil; se trataba de transformar, en el plazo más breve posible, un campo de edificios bastante bien construidos[43] pero completamente deteriorados, carcomidos por la miseria, en un conjunto susceptible de albergar, pasajera o permanentemente, a 10 000 presos. La higiene brillaba por su ausencia. Antes de abandonar Oranienburgo, me habían dicho que no esperara recibir mucha ayuda y que más bien tendría que arreglármelas yo solo. ¡En Polonia encontraría lo que durante años había sido imposible conseguir en Alemania!

Sin duda, es mucho más fácil construir un campo nuevo que adaptar un conglomerado de casas y barracas que requiere grandes trabajos de edificación. Todo debía concluirse lo más rápidamente posible. Apenas llegué a Auschwitz, las autoridades policiales de Breslau me preguntaron cuándo me podrían enviar los primeros convoyes de prisioneros.

Enseguida comprendí que, para hacer de Auschwitz algo medianamente utilizable, debía contar con el arduo e incansable trabajo de todos, desde el comandante hasta el último recluso[44].

Si quería implicarlos a todos en semejante tarea, tendría que romper con métodos y costumbres considerados tradicionales en los campos de concentración. Si quería exigir el máximo esfuerzo de mis

hombres y colaboradores, debía dar ejemplo.

Comencé mis tareas en Auschwitz inspirándome en estos conceptos. Me levantaba a la misma hora que los SS y me ponía en marcha antes de que éstos comenzaran su servicio. No terminaba mi trabajo hasta entrada la noche, y no pasaba una noche sin que me despertaran los telefonazos anunciándome tal o cual incidente.

Por otra parte, para obtener rendimiento de los presos era indispensable tratarlos mejor. Abrigaba la esperanza de lograr para ellos un mejor lecho y una mejor alimentación. Debía eliminar todos los defectos organizativos que había observado en otros campos de concentración; si lo lograba, podría exigir a los reclusos participación voluntaria y máximo esfuerzo en el trabajo de reconstrucción.

Desde los primeros meses, o más exactamente desde las primeras semanas, caí en la cuenta de que debía desengañarme. La mejor voluntad, las intenciones más firmes se romperían inexorablemente debido a las flaquezas humanas y la obstinación de la mayoría de los oficiales y hombres puestos bajo mis órdenes. No escatimaba ningún medio para convencer a mis colaboradores de lo bien fundado de mis intenciones y explicarles que la única manera de cumplir nuestra tarea era la de ponerse manos a la obra todos juntos.

De nada servirían todos mis esfuerzos. Los «veteranos», formados durante años por Eicke, Koch y Loritz, habían asimilado sus métodos de tal manera, que ni con la mejor voluntad del mundo habrían podido renunciar a los procedimientos a los que se habían habituado en los otros campos de concentración. En cuanto a los novatos, aprendían muy rápido con los veteranos, aunque el aprendizaje no fuera de los mejores.

Fracasé, también, en mis esfuerzos por obtener del Cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración un reducido número de oficiales y suboficiales que me hubieran podido ser útiles en Auschwitz. La administración no quería saber nada. Lo mismo ocurría en el caso de los reclusos susceptibles de desempeñar puestos de confianza. El *Rapportführer* Palitzsch fue el encargado de elegir en Sachsenhausen a una treintena de hombres de cualquier profesión para esa tarea, todos ellos delincuentes de derecho común, porque la administración se negaba a entregar presos políticos a Auschwitz.

De esa treintena de hombres, apenas diez me convencían. Palitzsch los había seleccionado según su propio criterio, fijándose en aquellos que parecían capaces de tratar a los internados según los usos establecidos. Era fiel a sus convicciones y no podía actuar de otra manera[45].

Así fue como todo el engranaje de la organización interna del

campo se volvió defectuoso. Desde el comienzo, los hombres fueron formados de acuerdo con principios cuya nefasta influencia se manifestaría luego de manera estrepitosa.

Quizás habría sido posible manejarlos si mis dos colaboradores inmediatos, el *Schutzhaftlagerführer* y el *Rapportführer*, se hubieran sometido a mi voluntad, dejándose impregnar de mis ideas. Pero ni podían ni lo deseaban por su estrechez de miras, su obstinación, su crueldad y, ante todo, por su deseo de ahorrarse inútiles complicaciones; todo ello constituía un obstáculo infranqueable. Los individuos elegidos como hombres de confianza eran exactamente de la calaña que más convenía a sus propósitos.

En todo campo de concentración, el *Schutzhaftlagerführer* es el verdadero amo. Puede que el comandante deje su impronta sobre la organización teórica de la vida de los presos; él da las órdenes y, en definitiva, es el responsable de todo. Pero el poder efectivo pertenece al *Schutzhaftlagerführer*, o incluso al *Rapportführer*, siempre y cuando éste sea más voluntarioso e inteligente que su inmediato superior. Por más que el comandante imparta las órdenes destinadas a organizar la vida de los reclusos, la manera en que se ejecutan sus órdenes depende de esos otros dos hombres; en este sentido, el comandante está enteramente a merced de su buena voluntad y comprensión. Y, si no confía en ellos o los considera incompetentes, sólo puede asegurarse de que sus órdenes son ejecutadas poniéndolas él mismo en práctica.

Ya bastante duro es para un comandante de regimiento cerciorarse de que todos, absolutamente todos, cumplen sus órdenes tal como él las concibe ni que se trate de faenas cotidianas. ¡Cuánto más difícil será para el comandante de campo, a menudo mal comprendido, que debe dar órdenes de máxima importancia cuya ejecución es casi siempre incontrolable! El prestigio y la necesidad de mantener la disciplina no le permiten preguntar a los reclusos sobre el trato dispensado por los SS, salvo casos excepcionales; por ejemplo, para investigar un crimen. Aun entonces, el preso da sólo respuestas evasivas o declara su total desconocimiento de los hechos por temor a represalias.

Aprendí bastante de todas estas cosas mientras ejercía como líder de compañía, *Rapportführer* y comandante de custodia preventiva en Dachau y Sachsenhausen. También sé perfectamente hasta qué punto era fácil para los administradores de un campo malinterpretar las órdenes del comandante e incluso actuar en sentido contrario, sin que las autoridades lo notaran.

En Auschwitz, no tardé en descubrir que mis subordinados

abusaban de semejantes procedimientos. Para lograr un cambio radical sería preciso cambiar de inmediato a todo el personal; y esto, ni que decir tiene, jamás lo habría consentido la inspección general.

De manera que no tenía posibilidad alguna de supervisar la ejecución de mis órdenes hasta el último detalle sin asumir yo mismo las tareas de otro y abandonar lo esencial de mi propia tarea: crear, lo antes posible, un campo medianamente utilizable.

Si hubiera tenido en cuenta la mentalidad de mis subalternos en el primer período, cuando los presos empezaban a llegar, habría permanecido en el campo sin abandonarlo un solo instante. Sin embargo, era el momento preciso en que debía ausentarme casi permanentemente, para contrarrestar la incapacidad de los funcionarios.

Poner el campo en marcha ya había supuesto mantener largas conversaciones con los organismos administrativos, con el jefe del distrito y el gobernador de la provincia. Y, dado que mi segundo comandante era un inútil, también yo debía ocuparme de aprovisionar a tropas y reclusos, ya fuera de pan, carne o patatas. Incluso conseguir paja requería mi presencia en las granjas vecinas. Como no podía contar con la menor colaboración del cuerpo de inspectores, tenía que arreglármelas solo para obtener gasolina por todos los medios, lícitos e ilícitos. Fui a las ciudades de Zakopane y Rabka[46] a comprar marmitas para la cocina de los presos y, en busca de catres y jergones, llegué hasta el país de los Sudetes.

El jefe de las construcciones del campo era incapaz de procurarse los materiales más indispensables: una vez más, debía hacer yo su trabajo. Por aquel entonces se discutían en Berlín las responsabilidades presupuestarias a propósito de la ampliación de Auschwitz. Según lo acordado, el campo seguía perteneciendo a la Wehrmacht, que lo había cedido a las SS sólo mientras durara la guerra.

Diversas autoridades policiales de Berlín, Breslau y Cracovia, insistían en saber cuándo podríamos recibir contingentes más o menos importantes de presos.

A mí me preocupaba un problema muy diferente: ¡de dónde sacar un centenar de metros de alambre de espino! Había montañas enteras en el almacén de los ingenieros de Gleiwitz, pero no podía tocar nada sin permiso especial del Cuerpo Superior de Ingenieros de Berlín. Por su parte, la Inspección general se negaba a emprender ningún trámite en este sentido. Sólo me quedaba robar la cantidad de alambre de espino que necesitaba con urgencia. Para conseguir chatarra hacía desmontar los restos de viejas fortificaciones de campaña y destruir

antiguos refugios. Y, cuando topaba con alguna instalación militar abandonada, hacía cargar todo el material allí existente, sin preocuparme de las «competencias». ¿No me habían dicho que debía arreglármelas como pudiese?

Al mismo tiempo, las autoridades desalojaban a todos los habitantes de la primera zona[47] cercana al campo y preparaban la evacuación de una segunda zona. Para variar, me correspondía a mí organizar la explotación de esas tierras cultivables que pasaban a nuestro poder.

Hacia finales de noviembre de 1940 fui convocado por el *Reichsführer* y recibí orden de proceder a un ensanche del territorio del campo. Estaba bastante ocupado con la construcción y organización del campo propiamente dicho, pero ése era el principio de una ininterrumpida serie de nuevas planificaciones y nuevos trabajos[48].

Obsesionado por mi trabajo, no quería dejarme vencer por las dificultades: era demasiado ambicioso para eso. Cada nuevo obstáculo no hacía sino estimular mi afán.

Es de suponer que la multitud y variedad de mis tareas me dejaban poco tiempo para ocuparme personalmente de los presos. Me veía obligado a confiar esta actividad a subalternos tan poco recomendables como Fritzsch, Meier, Seidler y Palitzsch, los cuales sabía que no administrarían el campo conforme a mis ideas e intenciones.

Pero yo no podía estar en todo. Se me imponía una elección: o me ocupaba sólo de los presos o dedicaba toda la energía posible a la reconstrucción y el ensanche del campo. En ambos casos había que consagrarse por entero, sin posibles términos medios. Ahora bien: la construcción y el ensanche del campo eran mi labor esencial, y continuarían siéndolo en los años siguientes aun cuando vinieran a sumársele muchas otras tareas. A eso consagraba todo mi tiempo, todos mis pensamientos; y a eso subordinaba todo lo demás, pues era la única forma de dirigir el conjunto.

Glücks me acusaba de querer hacerlo todo yo solo, sin dejar trabajar a mis subordinados. Según él, debía tomarlos tal como eran y resignarme a su incompetencia e ineficacia.

Por más que le explicara que disponía de un personal muy mal elegido para puestos de *Kapo* y suboficial, cuya incapacidad, negligencia y mala voluntad me imponían la necesidad absoluta de encargarme en persona de las tareas más urgentes, él se negaba a aceptar mis argumentos. Opinaba que un comandante debía ser capaz de dirigir el campo y tenerlo en un puño sin abandonar su despacho, contentándose con dar órdenes por teléfono y, ocasionalmente, hacer

un corto recorrido de inspección. ¡Santa simplicidad! Glücks nunca había trabajado en un campo y era incapaz de comprender mis dificultades.

Las críticas de mi superior me hundían en la desesperación. Me había dedicado por entero al cumplimiento de mi tarea, y para él mi forma de actuar respondía a un exceso de celo, era una especie de juego que me impedía ver con claridad.

El *Reichsführer* vino de visita en marzo de 1941 [49]. Cuando me asignó nuevas y más importantes tareas sin aportar la menor ayuda para solucionar las necesidades más acuciantes, mi última esperanza de obtener colaboradores más dignos de confianza se desvaneció.

Entre mis subordinados había buenas personas, pero desgraciadamente no eran ellas las que ocupaban puestos de responsabilidad. Así que no me quedaba más remedio que plantar cara a los gerifaltes, sobrecargarlos de trabajo, pedirles cosas que fueran incapaces de cumplir.

Debido al ambiente de desconfianza general que reinaba en Auschwitz, yo mismo me acabé transformando en otro hombre.

Hasta entonces, y mientras no me dieran motivos para lo contrario, siempre había tenido en cuenta sólo la cara buena de los que me rodeaban, sobre todo cuando se trataba de camaradas. Sin embargo, esta confianza ya me había deparado varios disgustos.

Mi transformación empezó en Auschwitz, donde los que decían ser mis colaboradores me jugaban malas pasadas a cada momento y me proporcionaban día a día nuevas decepciones.

Me volví desconfiado; en todas partes veía el deseo de abusar de mí y sospechaba lo peor. Así fue como herí los sentimientos de excelentes personas, perfectamente decorosas; ya no confiaba en nadie.

Algunos viejos camaradas me habían decepcionado tanto, me habían engañado de tal manera, que hasta la camaradería misma —un sentimiento que hasta entonces había sido sagrado para mí— cobraba el aspecto de farsa.

Rehuía todo contacto con los camaradas. Espaciaba las reuniones y me sentía feliz cuando encontraba un buen pretexto para justificar mi ausencia. Esta actitud me valía reproches siempre renovados, e incluso el propio Glücks juzgó necesario llamarme la atención sobre la ausencia de lazos amistosos entre el comandante de Auschwitz y sus subordinados.

Pero yo no podía hacer nada, mi decepción era demasiado grande. Volví a encerrarme en mí mismo, me hice duro e inaccesible.

Mi familia sufría; muchas veces mi mujer me encontraba

insoportable. Yo, por mi parte, no hacía más que pensar en mi trabajo y relegaba a un segundo plano todo sentimiento humano.

Mi mujer hacía lo posible por sustraerme a esa obsesión: invitaba a mis amigos del exterior y los reunía en casa con mis colaboradores del campo, esperando así mejorar mi relación con estos últimos. También organizaba reuniones fuera del campo, siempre con el mismo propósito. Sin embargo, ella era tan poco mundana como yo.

Sus esfuerzos surtieron efecto y, durante un tiempo, me hicieron huir de la soledad; no obstante, pronto sufrí nuevas decepciones y volví a encerrarme en mi torre de marfil.

Hasta quienes apenas me conocían se compadecían de mí. Pero yo ya no quería cambiar: mi desilusión me había convertido en un ser insociable.

Después de organizar yo mismo una reunión con íntimos camaradas, solía permanecer mudo, hosco: habría preferido desaparecer, quedarme solo y no ver a nadie. Entonces trataba de recomponerme y buscaba refugio en el alcohol. Eso me hacía más sociable, sentía una alegría desbordante. Nunca he tenido mal vino y no me siento atacado por nadie bajo la influencia del alcohol. Lo cierto es que después de haber bebido algunos vasos me volvía benevolente, me abandonaba a confidencias de las que habría sido incapaz en otras circunstancias. Pero pocas veces me entregaba a excesos alcohólicos y, cuando había bebido bastante, desaparecía sin que nadie lo notara. No podía desatender el servicio de ninguna de las maneras; por tarde que volviera a casa, me presentaba en mi despacho puntual, aseado y bien dispuesto. Siempre exigía la misma conducta a mis subordinados y no quería desmoralizarlos con un mal ejemplo.

Ellos, por su parte, no parecían comprenderme muy bien. Se presentaban puntuales, molestos y forzados, criticando violentamente a «ese viejo marmota». Pero, si quería estar a la altura de mi cargo, me incumbía el papel de motor infatigable que debía incitar a todo el mundo al trabajo, tanto a los SS como a los presos, y combatir su negligencia, su indiferencia, su falta de celo. Una resistencia activa se quebranta fácilmente; en cambio, ocurre todo lo contrario con una resistencia pasiva, imperceptible, contra la cual no hay ningún recurso, ni siquiera la lucha encarnizada. Por lo tanto, para combatir la mala voluntad, no me quedaba más remedio que actuar con rigor.

Auschwitz en plena actividad

Antes de la guerra, los campos de concentración sólo habían

servido para consolidar la seguridad del Estado. Sin embargo, desde el principio de las hostilidades, el *Reichsführer* les asignó un papel totalmente distinto: eran el medio para obtener la mano de obra necesaria. Cada preso debía servir a las necesidades de la guerra y transformarse, en la medida de lo posible, en obrero del armamento, de la misma manera que cada comandante debía explotar su campo con ese único fin[50].

Según la voluntad del *Reichsführer*, Auschwitz estaba destinado a ser una inmensa central de material de guerra accionada por los deportados. Las indicaciones que nos dio cuando nos visitó en marzo de 1941 eran lo bastante precisas. No se trataba ya de ensanchar el antiguo campo para recibir a 30 000 reclusos; había que crear un campo nuevo con capacidad para 100 000 prisioneros de guerra y tener a 10 000 presos disponibles para la fábrica Buna[51]. Eran cifras nuevas en la historia de los campos de concentración pues, en esa época, un campo que albergara a 10 000 presos era ya algo descomunal.

Me impresionaba la insistencia de Himmler en subrayar la necesidad de proceder a su construcción e instalación inmediatas, sin tener en cuenta las lagunas existentes y todas las dificultades con las que topábamos en el curso de nuestro trabajo. La manera en que desestimaba las objeciones de los *Gauleiters* («líderes de zona») y del gobernador de la provincia demostraba claramente que tenía en vista algo extraordinario.

Cuando servía en las SS y bajo las órdenes del *Reichsführer*, aprendí a no dejarme impresionar por nada. Sin embargo, me sorprendió el tono duro e implacable con que Himmler exigía la ejecución inmediata de sus nuevas instrucciones. El propio Glücks estaba asombrado. Yo sería el único responsable de todo. Me encargaban que hiciera surgir de la nada, en el menor tiempo posible, algo inmenso, colosal. Sabía, por experiencia, que no podía contar con ninguna ayuda significativa por parte de las autoridades superiores, y había aprendido a conocer en gran medida el valor de mis «colaboradores».

¿Y cuál era la situación de mi mano de obra en el campo de concentración? ¿Qué había pasado, mientras tanto, con la custodia preventiva?

La dirección del campo había hecho todo lo posible por mantener con los presos las tradiciones establecidas por Eicke. Es más: cada cual trataba de superarse. Fritzsch aplicaba los métodos de Dachau; Palitzsch, los de Sachsenhausen, y Meier, los de Buchenwald.

Traté de explicarles que los conceptos de Eicke habían quedado obsoletos hacía tiempo, al volverse impracticables en razón de las

nuevas funciones asignadas a los campos de concentración; ellos, simplemente, se negaban a creerme. El «método Eicke» convenía mejor a sus mentes obtusas y no había manera de hacerles olvidar las enseñanzas del maestro. Si mis órdenes y mis instrucciones eran contrarias a ese método, se empeñaban en desacatarlas.

Ahora bien: como ya he dicho, eran ellos quienes dirigían el campo, quienes formaban a los *Kapos*, desde los jefes de compañía hasta los últimos escribientes; ellos enseñaban cómo tratar a los internados. Yo no disponía de recurso alguno contra su resistencia pasiva; sólo quien ha trabajado durante años en un campo puede comprenderme.

En las páginas anteriores he tenido ocasión de hablar sobre la influencia ejercida por los *Kapos* «responsables» de los otros presos. Esta influencia se manifestaba en todos los campos, pero en Auschwitz-Birkenau, con masas de presos demasiado numerosas para ser controlados eficazmente, era un factor esencial. Podría pensarse que la similitud de destinos y sufrimientos creaba entre los presos lazos indestructibles; nada más lejos de la realidad.

El egoísmo feroz no se manifiesta en parte alguna con más brutalidad que en la prisión. El instinto de conservación incita a los hombres a adoptar una actitud tanto más egoísta cuanto más dura es su vida.

Incluso personas que a diario se habían revelado benevolentes y caritativas, bajo las duras condiciones de reclusión tiranizaban a sus compañeros de infortunio cuando eso les ofrecía la posibilidad de mejorar, por poco que fuera, su propia suerte.

En cuanto a los fríos, egoístas o, peor aún, criminales por naturaleza, les bastaba con esperar la menor ventaja para mostrarse despiadados con los demás. Esta abominable manera de proceder no sólo ocasionaba a los presos sufrimientos físicos que, aun siendo capaces de sobrellevar las penosas condiciones de su existencia, padecían un dolor inexpresable cuando se veían traicionados por sus propios camaradas. Las brutalidades o la perfidia de los guardianes producían en ellos mucho menos daño que la maldad de sus compañeros de infortunio: nada les postraba tanto como el sentimiento de impotencia total que generaban las torturas morales infligidas por estos últimos. ¡Ay de los presos que trataran de rebelarse contra semejantes procedimientos o salieran en defensa de uno de sus desamparados compañeros! El terror que se sembraba en los campos de concentración era tal que a nadie se le ocurría correr ningún riesgo.

¿Que por qué reclusos privilegiados y *Kapos* actuaban así contra los demás detenidos? Sólo para hacerse valer ante los guardianes y

vigilantes alentados por el mismo espíritu. Esperaban obtener ciertas ventajas y hacer más agradable su vida mostrándose aptos para sus tareas, aunque fuera a costa de los demás detenidos.

La posibilidad de actuar así les venía dada por guardianes y vigilantes, que permanecían indiferentes ante sus maniobras y no querían tomarse la molestia de intervenir. Éstos llegaban incluso a aprobar su conducta, los incitaban a la brutalidad, gozaban satánicamente cuando lograban enfrentar a unos presos contra otros[52].

No olvidemos que, entre los responsables, existían seres brutales, vulgares, depravados y criminales que no necesitaban incitaciones de ningún tipo para hacer sufrir a sus camaradas física y moralmente por puro sadismo, empujándolos incluso al suicidio.

Ahora que soy yo el preso, dentro de mi limitado universo he tenido que observar en varias ocasiones hechos semejantes, aunque en menor cantidad.

Con más claridad que en ningún otro lugar, la prisión hace aflorar la verdadera naturaleza humana. El hombre se deshace de todo lo que no pertenece a su verdadera naturaleza, de todo aquello que la educación y las costumbres le han inculcado. No juega al escondite consigo mismo. Se muestra desnudo, tal como es verdaderamente: bueno o malo, según el caso.

¿Cómo influían las condiciones de vida en el campo de Auschwitz sobre las diversas categorías de internados?

Para los alemanes, súbditos del Reich de todas las categorías, no había problemas. Ocupaban, casi sin excepción, todos los puestos de «responsabilidad», suficientemente elevados para brindarles la posibilidad de satisfacer todas sus necesidades materiales. Lo que no podían obtener por vía legal, se lo procuraban de otra manera[53]. Por otra parte, ese privilegio se extendía, en Auschwitz a todos los representantes de la administración, cualesquiera que fueran su nacionalidad o su «triángulo»[54]. Sólo de la inteligencia, la audacia y la falta de escrúpulos dependía el éxito. Nunca faltaban oportunidades.

Desde el momento en que se emprendió la Acción judía, no existía prácticamente nada que no se pudiera conseguir de una manera u otra[55]. En este sentido, los *Kapos* que ejercían funciones elevadas gozaban, además, de impunidad.

Hasta principios de 1942, los detenidos polacos representaban el contingente más importante del campo.

Todos ellos sabían que permanecerían recluidos por lo menos hasta el fin de la guerra. En general, estaban convencidos de que Alemania

perdería la guerra, y después de Stalingrado ya nadie lo dudó. Gracias a los informes que recibían sobre nuestros adversarios, estaban bien informados sobre la «situación real» de Alemania.

En Auschwitz, nada era más fácil que escuchar la radio: no faltaban receptores. Incluso en mi propia casa se escuchaban los boletines enemigos. Con la complicidad de los trabajadores civiles y, a veces, de los propios SS, era posible establecer correspondencia con el exterior[56]. Cada convoy de presos traía las últimas noticias. Y, como para la propaganda enemiga la derrota de las potencias del Eje era sólo cuestión de tiempo, los reclusos polacos no veían razones especiales para desesperarse.

Sólo se preguntaban quién de ellos tendría la suerte de sobrevivir. Esta incertidumbre pesaba dolorosamente sobre ellos: todos y cada uno temían ser víctimas de la fatalidad. Una epidemia podía acabar con ellos, podían ser fusilados o ahorcados como rehenes, podían ser llevados ante un consejo de guerra y condenados a muerte como participantes en un grupo de resistencia. También podían ser liquidados en represalia, ser víctimas de un accidente de trabajo mortal provocado, o morir por malos tratos o por cualquiera de las desgracias a las que estaban expuestos[57].

El preso debía preguntarse constantemente si sería capaz de mantener su integridad física, cuando su alimentación resultaba cada vez más insuficiente y el hacinamiento de prisioneros era cada vez más insoportable, mientras las condiciones de higiene se agravaban y el trabajo era igual de duro que siempre.

A todo esto se sumaban las preocupaciones por familiares y amigos. ¿Seguían en sus casas? ¿No los habrían arrestado para llevárselos como trabajadores forzados? ¿Estarían vivos?

Muchos reclusos polacos trataron de terminar con la obsesión por evadirse. No era ésta una empresa demasiado difícil en Auschwitz, donde las posibilidades eran innumerables. Nada más sencillo que distraer la atención de los guardianes y crear las otras condiciones previas. Todo dependía del valor, la audacia y un mínimo de suerte. Cuando se juega todo a una carta, ya se sabe que la vida está en juego.

A esos proyectos de evasión se oponía, sin embargo, el temor de las represalias, del arresto de los miembros de la familia, de la matanza de una decena —o un número mayor— de infortunados compañeros.

Muchos evadidos no se dejaban detener por dichas consideraciones. Una vez fuera del recinto de la guardia, podían contar con la colaboración de la población civil de los alrededores; lo que viniera después no les planteaba problema alguno. Si el golpe no tenía éxito, era el fin. De una manera u otra, no había más salida que

la muerte.

Cuando se fusilaba a un fugitivo, el campo entero debía desfilar ante su cadáver para que le sirviera de ejemplo. Este espectáculo hacía dudar a muchos de los que pensaban fugarse; otros, por el contrario, no se dejaban impresionar, pues sabían que el noventa por ciento de las evasiones tenía éxito[58].

A menudo me preguntaba cuáles podían ser las sensaciones que experimentaban los presos durante ese lúgubre desfile. Escrutaba sus rostros atentamente y en ellos leía el sobrecogimiento, la piedad por la desgraciada víctima y la voluntad de vengarse llegado el momento.

Veía en sus rostros las mismas expresiones cuando se les llamaba a presenciar una ejecución, aunque entonces los delataba el temor por sufrir una suerte semejante.

También debo mencionar aquí los consejos de guerra y el exterminio de rehenes, que sólo afectaban a los presos polacos.

En la mayoría de los casos, esos rehenes llevaban presos cierto tiempo; pero ni ellos ni la administración del campo sabían por y para qué habían sido elegidos. De pronto, una orden de la policía de seguridad era transmitida por radio: «Los detenidos enumerados a continuación deben ser fusilados o ahorcados como rehenes».

Sólo disponíamos de unas horas para ejecutar la orden y redactar un informe. Íbamos a buscar a las víctimas a sus lugares de trabajo o las arrestábamos en el momento de pasar lista, y luego las aislábamos del resto. Los reclusos más veteranos del campo ya sabían lo que les esperaba o, al menos, lo sospechaban.

En el «Búnker»[59] se les leía la orden de ejecución. Durante el primer período de 1940 — 1941 eran ejecutados por un pelotón de fusilamiento. Después, morían ahorcados o de un tiro en la nuca disparado con un fusil de pequeño calibre. En cuanto a los reclusos internados en la enfermería, se les administraba una inyección letal.

El consejo de guerra de Katowice se reunía cada cuatro o seis semanas en el Búnker de Auschwitz. Allí eran procesados los inculpados que, en la mayoría de los casos, ya llevaban una buena temporada en el campo. Se les interrogaba con ayuda de un intérprete y se les preguntaba si confesarían. Todos los presos que vi juzgar confesaron con total franqueza y mucha seguridad, sin sufrir la menor coacción; varias mujeres se distinguieron por su especial valentía.

En la mayoría de casos se dictaba una pena de muerte y la ejecución tenía lugar de inmediato. Al igual que los rehenes, esos condenados marchaban resignados hacia su destino con la cabeza bien alta, convencidos de que se sacrificaban por su patria. A menudo leía en sus ojos ese fanatismo que me recordaba a los Testigos de Jehová

cuando se les ejecutaba.

Los criminales de derecho común, condenados por el consejo de guerra por haber cometido actos de bandidaje o ataques a mano armada, afrontaban la muerte de manera muy distinta. Unos se mostraban indiferentes, obtusos; otros se lamentaban e imploraban gracia, como en Sachsenhausen. Los que morían por un ideal se mostraban valientes y fuertes hasta el final, los antisociales se obstinaban, desfallecían y trataban de resistirse ante lo inevitable.

Aunque las condiciones generales de existencia en Auschwitz no tuvieran, en realidad, nada de atractivo, ningún detenido polaco quería ser trasladado a otro campo. Cuando se les anunciaba su partida, hacían todo cuanto estaba en su poder para conseguir una excepción en su favor. En 1943, cuando llegó la orden general de trasladar a todos los polacos a los campos en el interior del Reich, me vi literalmente desbordado por las solicitudes de permanencia enviadas por los responsables de talleres y explotaciones. Nadie podía prescindir de los polacos. Tuve que recurrir a la fuerza y proceder a un intercambio calculado según los porcentajes. Nunca oí hablar de un recluso polaco que hubiera solicitado voluntariamente su transferencia a otro campo. No me explico por qué querían quedarse en Auschwitz.

Entre los detenidos polacos había tres grandes grupos políticos que se enfrentaban con violencia: el más importante estaba integrado por nacionalistas chauvinistas. Se disputaban los puestos influyentes. Si a uno de ellos se le confiaba un cargo de responsabilidad dentro del campo, procuraba ganarse la adhesión de su grupo y eliminar a los de otros. Las intrigas prosperaban, y me atrevo a afirmar que más de uno de los casos mortales de fiebre tifoidea o tifus debían ser puestos en el haber de esas luchas partidistas. Los médicos solían decirme que las luchas de poder eran especialmente violentas en la enfermería. Lo mismo ocurría en la oficina encargada de la distribución de mano de obra[60]. Éstos eran los puntos clave del campo de concentración. Quienes se apoderaran de ellos eran los amos: podían colocar a sus amigos; librarse de aquellos que tenían la desgracia de no caerles en gracia, o incluso liquidarlos. En Auschwitz, todo era posible.

Esas luchas políticas por el poder no se desataban sólo entre los reclusos polacos de Auschwitz. Había adversarios políticos en todos los campos y de todas las nacionalidades. Incluso los rojos españoles internados en Mauthausen se dividieron en dos grupos fuertemente hostiles. Cuando estuve en la prisión preventiva y en penitenciaría, también presencié luchas intestinas entre hombres tanto de derechas como de izquierdas.

En los campos de concentración, la propia administración sostiene

y fomenta esas rivalidades, llegando hasta introducir discrepancias raciales y de categorías, además de las políticas. De esta manera se trataba de impedir una cohesión demasiado estrecha entre los reclusos que, de prosperar, no le hubiera permitido dominar a esos millares de presos. La antigua máxima del Imperio británico, «¡Divide y vencerás!», también era válida para la dirección de un campo de concentración.

Presos rusos y gitanos

Otro contingente importante estaba formado por los prisioneros de guerra rusos, encargados de construir el campo de concentración de Birkenau.

El campo de prisioneros de Lambsdorf, que se hallaba bajo la dirección de la Wehrmacht, nos los entregó en un completo estado de degradación física. Para llegar a Auschwitz habían caminado durante semanas, sin ningún avituallamiento: durante las paradas eran conducidos a los campos más cercanos para que buscaran alimento como animales. Según parece, reunieron a no menos de doscientos mil presos rusos en Lambsdorf, donde casi todos se instalaron en refugios que les hicieron cavar en la tierra. Las vituallas eran insuficientes e irregulares. Los presos cocinaban en sus agujeros, aunque la mayoría devoraba cruda su ración.

La Wehrmacht no preveía semejantes masas de prisioneros de guerra en 1941, y las oficinas responsables disponían de una organización demasiado rígida para dar soluciones improvisadas. También hago notar que, tras la derrota de 1945, los presos de guerra alemanes se hallarían en la misma situación. Tampoco los aliados estaban preparados para dar cabida a tal cantidad de hombres, que se limitaron a reunir en terrenos cercados con alambres de espino para abandonarlos a su suerte, como habían hecho con los rusos[61].

Con esos prisioneros que apenas se podían tener en pie, yo debía afrontar la construcción del campo de Birkenau. Según las órdenes de Himmler, deberían haber enviado a Auschwitz prisioneros seleccionados, capaces de trabajar. Por lo que decían los jefes del convoy, eran de lo mejor que había en Lambsdorf; y, en efecto, no les faltaba voluntad de trabajar, pero estaban tan agotados que no podían hacer nada. Recuerdo perfectamente haberles distribuido raciones suplementarias cuando ellos todavía estaban en el campo principal. El resultado era nulo; su organismo ya no respondía, el cuerpo descarnado era incapaz de digerir alimento. Morían como moscas: su debilidad era tal que sucumbían a la menor indisposición. Los he visto morir a millares atracándose con patatas y remolachas. Hubo un tiempo en que empleaba a 5000 rusos casi a diario para descargar trenes enteros de remolachas. Los trenes ocupaban ya todas las vías, y montañas de remolachas cubrían los raíles. Pero de nada servía. El estado físico de los rusos era tal que no reaccionaban de ninguna manera. Se arrastraban sin rumbo, la mirada ausente, y se ocultaban

en un rincón para llevarse a la boca algo comestible encontrado por azar o para morir en silencio. La situación empeoró aún más durante el invierno de
1941-1942,
cuando el terreno se cubrió de lodo. Los presos soportaban más o menos el frío, pero la constante humedad y la vida en las rudimentarias barracas improvisadas donde fueron instalados durante la construcción de Birkenau acababan rápidamente con ellos. El número de muertes aumentaba sin cesar. Incluso los más resistentes caían uno tras otro. Las raciones suplementarias no surtían efecto. Comían todo lo que podían, pero no lograban saciar su hambre.

Una vez vi con mis propios ojos una columna rusa compuesta por varios centenares de hombres que, en el camino de Auschwitz a Birkenau, se precipitó sobre un campo de patatas. Los centinelas, rebasados y sorprendidos, no podían detenerlos. Por suerte, llegué a tiempo para restablecer el orden. Los rusos se arrojaban a los silos y no había manera de detenerlos. Algunos murieron masticando, con las manos llenas de patatas.

Esos hombres no tenían la menor consideración los unos por los otros; el instinto de supervivencia había destruido en ellos todo sentimiento humano. Los casos de canibalismo no eran raros en Birkenau. Un día encontré a un ruso tendido entre dos montones de ladrillos: lo habían abierto en canal y le habían arrancado el hígado. Se mataban entre ellos para apoderarse del alimento más miserable. Durante un paseo a caballo fui testigo del siguiente hecho: un ruso se había ocultado tras un montón de piedras para comer un mendrugo de pan, y otro le arrojó un ladrillo a la cabeza para quitarle el pan. Yo estaba al otro lado de la alambrada; para cuando encontré un acceso y llegué al lugar, a aquel pobre desgraciado ya le habían partido el cráneo. En cuanto al otro, había huido y era impensable encontrarlo entre la multitud de rusos que circulaba por allí. Durante la construcción de la primera franja de Birkenau, al cavar los cimientos a menudo se encontraban cuerpos de rusos asesinados, parcialmente devorados y sepultados en el lodo.

Así se explica la misteriosa desaparición de tantos rusos. Desde una ventana de mi casa, en cierta ocasión observé que un ruso arrastraba un barreño detrás del bloque contiguo a la *Kommandantur* para limpiarlo. De pronto, otro ruso apareció en la esquina del bloque, se detuvo un instante, se precipitó sobre el recipiente, empujó al hombre que lo había arrastrado hasta allí contra el alambre electrizado y se marchó. El centinela ubicado en el mirador había observado toda la escena, pero era demasiado tarde para abrir fuego sobre el fugitivo.

Hice venir de inmediato al *Blockführer* de servicio y ordené que se cortara la corriente; luego fui al campo a buscar al culpable. El hombre arrojado contra el alambre electrizado estaba muerto y no había manera de encontrar a su agresor.

Ya no eran hombres; se habían transformado en bestias que sólo pensaban en comer. Se había reunido a más de diez mil hombres, la mano de obra necesaria para construir el campo de Birkenau; sin embargo, hacia el verano de 1942[62] sólo quedaban unos centenares. Esa minoría representaba el papel de una élite. Trabajaban a la perfección y se los utilizaba como comandos volantes cuando se trataba de hacer un trabajo urgente. Pero nunca perdí la impresión de que habían sobrevivido en detrimento de sus camaradas, por ser más tenaces, más encarnizados y menos escrupulosos.

Si la memoria no me falla, en el verano de 1942, esos hombres organizaron una evasión colectiva. Aunque la mayoría fue abatida por los centinelas, muchos otros lograron huir.

Aquellos a quienes se logró traer de vuelta al campo explicaron que se habían decidido a ese acto de desesperación porque temían ser llevados a la cámara de gas. Se les acababa de anunciar su próxima transferencia a otro sector, recientemente terminado, y creían que era sólo un pretexto. En realidad, nunca había existido la intención de llevar a los rusos a las cámaras de gas. Pero ellos tenían la certeza de que así habían liquidado a sus compatriotas comisarios e instructores políticos, y pensaban que iban a sufrir la misma suerte[63]. Eso alimentó la psicosis colectiva…

Los gitanos también formaban un contingente considerable.

Mucho tiempo antes de la guerra, en el momento de las acciones emprendidas contra los antisociales, se había empezado a internar a los gitanos en campos de concentración. Un departamento de la Oficina de la Policía Criminal del Reich[64] era el encargado de vigilarlos. Siempre se hacían investigaciones en sus campamentos, para dar caza a individuos no gitanos que se habían infiltrado y que eran enviados a los campos como antisociales o refractarios al trabajo. En esos campamentos, también se procedía a investigaciones biológicas. El *Reichsführer* quería garantizar, a toda costa, la conservación de las dos tribus gitanas más importantes, a las que consideraba descendientes directas de la raza indogermánica primitiva y que conservaban sus usos y costumbres en estado puro. Quería que todos fueran registrados sin excepción. Beneficiarios de la ley de «protección de monumentos históricos», debían ser buscados por toda Europa e instalados en una región determinada, donde los sabios pudieran estudiarlos cómodamente.

Para ejercer un control más efectivo sobre los gitanos nómadas, en 1937-1938
los reunieron a todos en «campos de habitación» instalados en las afueras de las grandes ciudades. Sin embargo, en 1942, se dio la orden de detener, en toda la extensión del Reich, a todas las personas de sangre gitana, incluidas las mestizas, para enviarlas a Auschwitz. No se tomaba en consideración ni la edad ni el sexo. La única excepción se hacía en favor de los «gitanos puros», reconocidos como miembros de las dos tribus principales: éstos debían establecerse en el distrito de Oldenburgo, a orillas del lago Neusiedler. Los destinados a Auschwitz debían permanecer allí mientras durara la guerra, en un «campo familiar».

Las normas según las cuales se debía proceder a esos arrestos no eran lo bastante precisas. Los diversos representantes de la Policía Criminal las interpretaban a su gusto. Así fue como vimos llegar a toda una serie de personas que en ningún caso debieron ser internadas. Por ejemplo, habían detenido a muchos militares de permiso que, pese a sus condecoraciones y heridas de guerra, eran descendientes de gitanos o mestizos. Entre ellos había un miembro veterano del partido nacionalsocialista cuyo abuelo gitano se había instalado en Leipzig: ese hombre estaba al frente de un importante comercio de la ciudad y se había distinguido durante la Primera Guerra Mundial. También había una estudiante que ejercía en Berlín las funciones de Führerin en la Liga de Muchachas Alemanas[65]. Muchos otros casos análogos señalé a la administración de la Policía Criminal del Reich. En aquel momento se realizaron verificaciones periódicas y muchos obtuvieron la libertad; pero apenas se notaba en el grueso de detenidos.

No sabría decir cuántos fueron, exactamente, los gitanos y mestizos internados en Auschwitz. Sólo sé que ocupaban todo un sector previsto para albergar a 10 000 personas[66]. Ahora bien: las condiciones generales de vida en Birkenau no eran para nada las que habrían correspondido a un «campo familiar». Si realmente se tenía la intención de retener a los gitanos sólo durante la guerra, todas las condiciones indispensables para la realización de ese plan brillaban por su ausencia: ni siquiera era posible asegurar a los niños un mínimo de alimentación apropiada. Durante un tiempo, apelando a supuestas órdenes de Himmler, logré conseguirles cierto avituallamiento, pero pronto tuve que dejar de recurrir a este método, pues el Ministerio de Alimentación prohibió todo suministro de víveres a los niños internados en campos de concentración.

En julio de 1942, Himmler nos visitó de nuevo y le hice realizar

una detallada ronda de inspección en el campo de los gitanos. Lo vio todo: las barracas abarrotadas de gente, las insuficientes condiciones sanitarias, la enfermería repleta de enfermos. Incluso a los niños afectados de «noma»[67], una horrible epidemia infantil que recordaba a los leprosos de Palestina. Pude ver esos cuerpecitos descamados, esas mejillas tan hundidas que se volvían translúcidas, la lenta putrefacción de esos cuerpos vivos.

Himmler tomó nota de las tasas de mortandad, relativamente bajas en relación con el conjunto del campo, pero enormes en relación con el número de niños internados. No creo que, entre los recién nacidos, muchos sobrevivieran más de unas semanas.

Con una completa y precisa visión de conjunto de la situación, Himmler dio orden de liquidar a todos los gitanos, menos a los que aún fuesen aptos para el trabajo. Así se procedía con los judíos.

Le hice notar que los internados en el campo de concentración no correspondían exactamente a las categorías previstas para Auschwitz. Y entonces él ordenó a la dirección de la Policía Criminal del Reich que procediera, lo más rápido posible, a un minucioso rastreo con el fin de extraer del conjunto de gitanos internados a los aptos para el trabajo. Esa investigación no llevaría menos de dos años. Los hombres reconocidos aptos para el trabajo fueron transferidos a otros campos; no obstante, en agosto de 1944, todavía quedaban en Auschwitz unos cuatro mil gitanos destinados a la cámara de gas. Hasta entonces habían ignorado la suerte que les esperaba. Sólo se dieron cuenta cuando fueron llevados por barracas enteras al crematorio I[68]. No resultó nada fácil hacerles entrar en la cámara de gas. Yo no asistí personalmente al exterminio, pero Schwarzhuber[69], mi colaborador, me aseguró que ninguna ejecución de judíos le había resultado tan penosa como ésa. Conocía bien a todas las víctimas y había mantenido con ellas una relación cordial.

Esos gitanos eran confiados como niños. Por lo que sé, en general no sufrían demasiado ante las duras condiciones de su existencia, salvo por las trabas que se les ponía a sus costumbres nómadas. Éstas, poco evolucionadas, les permitían adaptarse a la promiscuidad del hábitat, a las malas condiciones de higiene e incluso a una alimentación insuficiente. No se tomaban demasiado a pecho las enfermedades y la muerte, que los acechaban a cada paso. Conservaban su actitud infantil y, por lo tanto, eran inconsecuentes en sus actos y pensamientos, divirtiéndose de buena gana siempre que podían. Tampoco se tomaban demasiado en serio el trabajo, y buscaban el lado bueno de las cosas aun cuando se tratara de lo peor.

Jamás observé en ellos miradas sombrías o rencorosas. Cuando

íbamos a su campo, salían de sus barracas, tocaban sus instrumentos musicales, impulsaban a sus hijos a bailar y exhibían todos sus dones de saltimbanquis. Disponían de un gran parvulario provisto de los más variados juguetes, donde sus niños podían retozar a gusto. Cuando se les dirigía la palabra, respondían con toda confianza y formulaban toda clase de buenos deseos.

Siempre tuve la impresión de que no eran plenamente conscientes de la situación en que se encontraban.

Entre ellos había luchas feroces. Las diversas tribus y clanes se combatían encarnizadamente, poniendo de manifiesto la fogosidad de su raza.

Los miembros de cada clan estaban muy unidos, y se profesaban afecto recíprocamente. Cuando se seleccionaba a los hombres aptos para el trabajo, la separación provocaba escenas emocionantes, mucho dolor y lágrimas. Pero se les tranquilizaba y consolaba prometiéndoles que más tarde se volverían a encontrar.

Durante cierto tiempo, los hombres aptos para el trabajo fueron empleados allí mismo, en el campo principal de Auschwitz. Hacían lo imposible por ver de vez en cuando a los miembros de su clan, aunque fuera de lejos; a menudo faltaban al recuento, torturados por la separación, y no escatimaban en artimañas para deslizarse hasta el sector reservado a los suyos.

Cuando iba a Oranienburgo para la inspección general de los campos, solía verme interpelado por gitanos que me habían conocido en Auschwitz y esperaban obtener de mí noticias de sus parientes. Muchos habían pasado ya por la cámara de gas, y era muy triste tener que dar evasivas a esa gente que me abordaba con tanta confianza. En Auschwitz me causaron no pocas preocupaciones pero, de alguna manera, eran mis presos preferidos. Su espíritu nómada les impedía permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Esos «bohemios», siempre dispuestos a vagabundear, tenían una marcada predilección por los comandos de transporte, ya que así podían satisfacer su curiosidad yendo de un lado a otro, además de las posibilidades que tenían de robar. Naturalmente, nada se podía hacer contra esas inclinaciones innatas. Su concepto de la moral era muy particular: para ellos, no había nada de reprensible en el robo y tampoco llegaban a comprender que se lo castigara. Estoy hablando de la mayoría de detenidos, los verdaderos gitanos vagabundos y los mestizos completamente adaptados a las costumbres gitanas. Mi juicio no se extiende a los gitanos sedentarios, habitantes de las ciudades ya impregnados en la civilización y en sus vicios.

Me habría interesado aún más en la vida de los gitanos de no haber

sido entonces presa del terror que me imponía la orden de liquidarlos.

Hasta mediados de 1944, nadie conocía las órdenes de exterminio, salvo los médicos y yo. Éstos recibieron del *Reichführer* la consigna de suprimir discretamente a los enfermos y, muy especialmente, a los niños. ¡Esos niños que tanto confiaban en los médicos! Nada resulta más difícil que ejecutar tales órdenes fríamente, anulando todo sentimiento de piedad.

A partir de 1942, los judíos constituyeron la parte principal de los detenidos de Auschwitz. ¿Cuál era su comportamiento? ¿Qué influencia ejercía sobre ellos la detención?

En los campos de concentración había judíos desde el principio y yo había aprendido a reconocerlos bastante bien durante mi estancia en Dachau. Pero en esa época los judíos tenían la posibilidad de emigrar con sólo obtener la visa de entrada en cualquier país extranjero. Para ellos era sólo cuestión de tiempo, dinero o relaciones con el exterior. Muchos podían librarse del campo de concentración pasadas unas semanas, después de haber obtenido todas las autorizaciones necesarias. No obstante, quedaban excluidos de esta posibilidad los judíos que habían tenido relaciones con mujeres arias, que habían ejercido actividades políticas en la República de Weimar o que se habían visto implicados en escándalos públicos.

Los que tenían esperanzas de emigrar trataban, ante todo, de evitar las menores complicaciones mientras todavía estuvieran en el campo. Trabajaban con empeño, en la medida de lo posible (pues la mayoría de ellos no tenía experiencia en el trabajo manual), su conducta era tranquila y cumplían sus obligaciones a conciencia.

No obstante, la vida en Dachau no era fácil: realizaban un trabajo muy duro en las canteras; se ejercía sobre ellos una vigilancia muy estricta, siguiendo las órdenes de Eicke, y los guardianes, ávidos lectores del *Stürmer*[70], los miraban con malos ojos.

Este periódico, con el que se empapelaban las paredes de todos los cuarteles y cantinas, llamaba a los judíos «corruptores de la nación alemana» y alimentaba el odio contra ellos. El resto de detenidos que, en el fondo, no albergaba el menor sentimiento antisemita, también sufría la influencia de dicho periódico, fijado en los muros del campo. Los judíos reaccionaban contra esa pequeña campaña aplicando métodos típicamente judíos: sobornando a los demás presos. Tenían dinero suficiente para comprar cualquier cosa en la cantina, y regalaban bombones y embutidos a los más pobres. De esta manera, siempre los tenían dispuestos a ayudarlos. Algunos *Kapos* les asignaban tareas más fáciles, otros los enviaban a enfermería. Conocí el caso de un judío que se hizo arrancar las uñas de los dedos gordos

de los pies por un enfermero al que había regalado un paquete de cigarrillos: así logró que lo hospitalizaran.

Los judíos tenían que soportar, sobre todo, a jefes de compañía y capataces que, curiosamente, también eran judíos. Un jefe de compañía llamado Eschen se distinguió por ello. Implicado, después, en un caso de homosexualidad, se ahorcó para escapar al castigo. Mientras vivió, no renunció a la maldad ni a la presión psicológica para torturar a los reclusos. Los incitaba a violar el reglamento y los denunciaba de inmediato. Los empujaba a cometer actos de violencia contra los *Kapos* o contra cualquier otro preso, sólo para poderlos castigar. Si no los denunciaba, los sometía a un terror perpetuo. Encarnaba el «Mal». Despreciaba a los SS, pero enseguida se prestaba a cometer un crimen contra hombres de su propia raza. Varias veces quise destituirlo, pero fue en vano, pues Eicke quería mantenerlo en su puesto a toda costa.

El propio Eicke había inventado para los judíos un procedimiento especial de vejación colectiva. Cada vez que la prensa mundial lanzaba una campaña de protesta contra «los horrores de los campos de concentración», prohibía a los judíos abandonar sus catres durante un mes o un trimestre. Sólo se les permitía levantarse y abandonar el bloque durante las comidas y el recuento. Tampoco podían airear las barracas, cuyas ventanas estaban cerradas a cal y canto. Era una sanción que los detenidos sufrían duramente. Obligados a permanecer acostados durante todo el día, se ponían nerviosos, irritables, no podían soportarse entre ellos, discutían y se peleaban.

Eicke sostenía que la campaña de protesta estaba organizada exclusivamente por judíos que habían emigrado tras su liberación de Dachau, por lo tanto, era justo que el conjunto de los judíos sufriera las consecuencias.

Por mi parte puedo decir que nunca me gustó el *Stürmer*. Este semanario antisemita, dirigido por Julius Streicher, me desagradaba por su mala presentación, su apelación a los instintos más bajos y el predominio de temas sexuales, por no decir pornográficos. Este periódico causó mucho daño sin beneficiar en nada al antisemitismo serio. No me asombró enterarme, tras la derrota, de que era un judío quien lo dirigía y escribía los artículos más violentos que en él se publicaban[71].

Yo era un adepto fanático del nacionalsocialismo y estaba convencido de que nuestro ideal penetraría en todos los países y acabaría por triunfar, una vez adaptado a las peculiaridades locales; así se terminaría con la supremacía judía. Por lo demás, el antisemitismo no era un fenómeno nuevo, sino que se manifestaba en

el mundo entero cada vez que los judíos se volvían demasiado poderosos y proclamaban en demasía sus procedimientos habituales.

Pero no creo que se pueda prestar servicio al antisemitismo con una propaganda de odio como la del *Stürmer*. Había que emplear armas más eficaces para combatir al judaísmo en lo espiritual. Nuestro ideal, creía yo, era bueno en sí mismo, y su fuerza haría que prevaleciera tarde o temprano.

Para combatir la campaña de la prensa extranjera, yo no esperaba nada de las sanciones colectivas dictadas por Eicke. Aquella campaña continuaría, aunque se hubiese fusilado por ello a centenares o millares de judíos. No obstante, yo pensaba entonces que era justo castigar a los judíos que teníamos en nuestro poder, puesto que los hombres de su raza se dedicaban a difundir rumores acerca de los «horrores» de los que eran víctimas.

En noviembre de 1938, Goebbels procedió al montaje de la famosa «Noche de los cristales rotos», en represalia por el asesinato en París del diplomático Von Rath a manos de un judío. En todo el Reich fueron rotos los cristales de todas las tiendas judías, e incendiadas las sinagogas. Se impidió a los bomberos extinguir los incendios. Para defenderlos de la «cólera del pueblo», todos los judíos que aún desempeñaban un papel importante en el comercio y la industria fueron detenidos y enviados a los campos de concentración, con la etiqueta «Judíos en custodia preventiva».

Entonces aprendí a reconocerlos.

El campo de Sachsenhausen, donde antes casi no había judíos[72], ahora estaba literalmente infestado de ellos. La corrupción, prácticamente desconocida hasta entonces, apareció masivamente bajo las formas más diversas.

Para los detenidos «verdes» (los delincuentes), los judíos eran materia de explotación y, por lo tanto, los acogieron con alegría. Nos vimos obligados a prohibir que los judíos recibieran dinero porque, de lo contrario, un completo desorden se habría apoderado de la vida del campo. Esos judíos rivalizaban en todo entre ellos. Trataban de agenciarse una función cualquiera y, una vez que habían ablandado a los *Kapos*, se inventaban nuevos puestos en los que trabajar. No vacilaban en presentar falsas acusaciones contra sus compañeros con tal de alcanzar cierta estabilidad. Y, cuando llegaban a ser «alguien», se dedicaban a oprimir sin piedad a los de su raza, superando en todos los sentidos a los «verdes».

Muchos judíos, sumidos en la desesperación por las persecuciones que sufrían, se arrojaron contra los alambres de espino electrizados, se ahorcaron o trataron de huir, sabiendo de antemano que morirían

acribillados por los centinelas.

El comandante del campo de Sachsenhausen juzgó oportuno informar a Eicke de esos incidentes, que cada vez se hacían más frecuentes. Pero Eicke respondió simplemente: «Déjelos. Que los judíos se devoren entre ellos».

Quisiera subrayar aquí que, personalmente, nunca sentí odio hacia los judíos. Aunque los consideraba enemigos de nuestro pueblo, insistía en tratarlos como a los demás reclusos, sin establecer ninguna distinción entre ellos. Por otra parte, el odio no es un rasgo que me caracterice. Pero sé qué es el odio y cómo se manifiesta. He visto el rostro del odio y he sentido sus efectos…

En 1941, el *Reichsführer* juzgó necesario proceder al exterminio de todos los judíos, sin excepción alguna[73]. Sin embargo, la orden dada en este sentido pronto fue reemplazada por otra que exceptuaba a los hombres aptos para el trabajo, que serían empleados en las industrias de armamento. Entonces, Auschwitz se convirtió en un campo de concentración para judíos. Los llevaron allí en contingentes nunca vistos hasta el momento.

Antes, los judíos podían esperar que, tarde o temprano, se procediera a su liberación, y esa esperanza hacía que su detención fuera más tolerable. Ahora, en Auschwitz, ya no tenían nada que esperar. Todos se consideraban condenados a muerte, pues sabían que se les perdonaría la vida sólo si eran capaces de trabajar.

La mayoría de ellos ya no se hacían ilusiones: fatalistas, sufrían con paciencia e indiferencia todas las miserias, los sufrimientos y las torturas. En vista de su inevitable fin, se volvían indiferentes a todo y su derrumbe moral aceleraba su decadencia física. Habían perdido las ganas de vivir y, por lo tanto, sucumbían ante el menor accidente[74]. Sabían que, de una manera u otra, morirían. Basándome en mis observaciones, puedo afirmar categóricamente que la elevada mortandad de judíos no se explica sólo por el extenuante trabajo (en general, no tenían este hábito), la alimentación insuficiente, la superpoblación de las barracas y todos los demás inconvenientes de la vida en el campo de concentración. Estoy convencido de que su estado psicológico fue el factor determinante.

Prueba de ello es que, en otros campos y en otras canteras, donde las condiciones generales de vida eran infinitamente mejores, la mortandad de los judíos era casi tan grande o, en comparación, incluso mucho mayor que la de otros detenidos. Solía observarlo durante mis rondas, ordenadas por el cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración[75].

Este estado de cosas se manifestaba más claramente aún entre las

mujeres. Ellas se debilitaban mucho más rápidamente que los hombres aunque, en general, el sexo femenino se muestre más resistente [76].

Ocurría lo contrario con los intelectuales judíos procedentes de países occidentales, que disponían de mayor fuerza moral y una voluntad más firme de vivir.

Sin embargo, no podían hacerse ninguna ilusión sobre su suerte, sobre todo los médicos de profesión. Pero no perdían la esperanza. Contaban con que pudiera producirse una feliz coyuntura gracias a la cual, un día, lograran salvar sus vidas. También ellos estaban bien informados por la propaganda enemiga, y daban por hecha la próxima derrota de Alemania.

Para ellos se trataba, antes que nada, de apoderarse de un puesto que los apartara de la masa, de los accidentes mortales, que les procurara ventajas especiales y mejorara las condiciones materiales de su existencia.

Empeñaban toda su ciencia y su voluntad en asegurarse una situación «vital», en el verdadero sentido del término. Y su lucha era tanto más encarnizada cuanto más codiciado era el puesto; una lucha sin miramientos, a vida o muerte. Ninguno de ellos se acobardaba ante ningún medio, ni siquiera ante el más reprensible, para agenciarse una de esas plazas o para mantenerse en ella. Generalmente, la victoria sonreía al menos escrupuloso.

Por mis anteriores experiencias en diversos campos estaba bastante informado sobre los métodos empleados para alzarse con la victoria en las luchas e intrigas que se urdían en torno a los mejores puestos. Pero descubrí que aún me faltaba mucho por aprender sobre los judíos puestos a mis órdenes en Auschwitz; la necesidad es madre de la invención, y allí era una cuestión de supervivencia.

También tuve la oportunidad de observar un fenómeno de otra clase. Hombres que habían llegado a ocupar puestos con garantía de seguridad, perdían el control de la situación cuando se enteraban de la muerte de un ser querido. Ninguna causa material les provocaba tal debilitamiento: esos hombres no estaban enfermos y sus condiciones de vida no habían cambiado, pero los judíos tienen, casi todos, un sentido muy desarrollado de la familia. Cuando se les informaba de la muerte de uno de los suyos, la vida perdía todo atractivo para ellos y ya no veían razones para luchar por su propia existencia. Y he visto precisamente lo contrario durante el exterminio en masa, pero ya volveré sobre ello más adelante.

Todo lo que acabo de decir es también aplicable a las diversas categorías de detenidas del sexo femenino.

Pero la situación de las mujeres era mucho más penosa, mucho

más insoportable, porque las condiciones generales de vida en el campo de mujeres eran infinitamente peores en lo que concierne al hacinamiento y las instalaciones sanitarias. Por otra parte, nunca se logró poner orden en el campo de mujeres[77], precisamente porque, desde el principio, esa espantosa promiscuidad no lo permitió.

El hacinamiento general de la masa era, bajo todos los aspectos, más notorio que entre los hombres. Cuando las mujeres alcanzaban cierto nivel de deterioro, se abandonaban del todo. Como fantasmas, desprovistas de toda voluntad, vagaban entre las barracas o se dejaban llevar por otras. Hasta que un buen día morían. Esos cadáveres ambulantes ofrecían un aspecto terrorífico.

En el campo de concentración femenino, la categoría «verde» tenía algo especial. Al parecer, de Ravensbrück nos habían enviado lo peor de la humanidad: esas mujeres superaban con creces a sus homólogos masculinos en vulgaridad, bajeza y envilecimiento. Casi todas eran prostitutas con varias condenas, y también había criaturas francamente repelentes. Huelga decir que esas terribles mujeres daban rienda suelta a sus más bajos instintos con las detenidas a las que debían vigilar, lo cual era inevitable. Ahora bien, el propio Himmler había declarado, durante su visita a Auschwitz en 1942, que las consideraba especialmente apropiadas como *Kapos* de las mujeres judías.

Casi todas esas mujeres sobrevivían, si no caían víctimas de alguna epidemia. Para ellas, el sufrimiento moral no existía.

Aún hoy las veo participar en la matanza de Budy. No creo que los hombres sean capaces de tal grado de brutalidad. Me estremezco pensando cómo estrangulaban a las judías francesas, cómo las mataban a hachazos y las descuartizaban[78].

Afortunadamente, no todas las mujeres «verdes» (de derecho común) y «negras» (antisociales) eran tan depravadas. Había entre ellas cierto número de «seres humanos» capaces de sentir simpatía por las demás reclusas, aunque eso les costaba ser perseguidas por las otras representantes de su categoría y despreciadas por la mayoría de los *Kapos*.

En el polo opuesto estaban las Testigos de Jehová, vulgarmente designadas «abejas» o «gusanos de la Biblia». Desgraciadamente eran poco numerosas y andaban muy buscadas, a pesar de su postura más o menos fanática. Se las empleaba en las familias numerosas de los SS, en las casas de los miembros del Waffen-SS e incluso en la casa que servía de lugar de reunión a los jefes del campo; pero solían trabajar la tierra o criar aves de corral en Harmense[79] y en diversas granjas.

No era necesario vigilarlas ni hacer que los centinelas supervisaran

su trabajo. Se mostraban diligentes y serviciales en su trabajo, pues así pensaban obedecer las órdenes de Jehová. La mayoría de ellas eran alemanas de cierta edad, aunque también había algunas jóvenes holandesas. Durante tres años empleé en mi casa a dos mujeres bastante mayores, y mi mujer solía decirme que ella no habría podido hacer el trabajo mejor que esas reclusas. Prodigaban conmovedores cuidados a nuestros hijos, grandes y pequeños, y éstos se habían encariñado con ellas como si fueran de la familia. Al principio temíamos que tratarían de convertir a los pequeños al culto de Jehová, pero no hicieron nada semejante y se abstenían incluso de abordar temas religiosos en su conversación con los niños, asombrosa discreción para quien conoce su fanatismo.

Entre ellas había otros seres maravillosos. Una de esas mujeres, empleada en casa de un Führer de las SS, se empeñaba en anticiparse a todos sus deseos; sin embargo, se negaba rotundamente a cepillar e incluso tocar su uniforme, su gorra y sus botas, en una palabra, todo lo que guardara la menor relación con lo militar. En general estaban conformes con su suerte. Esperaban que los sufrimientos de la detención les aseguraran un buen lugar en el reino de Jehová, adonde deseaban llegar lo antes posible. Cosa extraña: estaban convencidas de que era justo hacer sufrir y morir a los judíos, porque sus antepasados habían traicionado a Jehová. Siempre las consideré unas pobres locas, felices a su manera.

Las demás mujeres detenidas, de nacionalidad polaca, checa, rusa y ucraniana estaban empleadas, cuando su fuerza se lo permitía, en las labores agrícolas. De esta manera se las sustraía a la mala influencia de las masas hacinadas en el campo. Las condiciones de vida en las granjas de Raisko[80] eran notablemente mejores. Siempre me causaron mejor impresión las reclusas empleadas en trabajos agrícolas e instaladas fuera del campo. No sufrían la presión de la multitud: de lo contrario, no habrían sido capaces de ejercer con tan buena voluntad el trabajo que se les exigía.

El campo de mujeres, masificado ya desde el principio, llevaba a las detenidas al aniquilamiento moral y, tarde o temprano, a la decadencia física.

Las condiciones que reinaban en este campo eran deplorables en todos los sentidos. Esto fue así incluso en los inicios, en que aún formaba parte del campo principal; posteriormente, con la llegada de los primeros contingentes de judías eslovacas, todas las barracas se llenaron en cuestión de días. En el mejor de los casos, las duchas y letrinas no podían ser utilizadas ni por un tercio de las reclusas.

Para mantener una apariencia de orden en aquel hormiguero

habría sido necesario disponer de fuerzas mucho más importantes que ese pequeño grupo de *Kapos* puestas a nuestra disposición por el campo de Ravensbrück, las cuales no habían sido elegidas entre las mejores.

En Ravensbrück mimaban mucho a las *Kapos*. Se hacía lo imposible para mantenerlas al servicio de los campos y, para atraer a nuevas candidatas, se les ofrecían condiciones de existencia muy ventajosas. Estaban muy bien instaladas y su salario superaba de lejos las sumas que habrían podido ganar afuera. Su trabajo no era especialmente agotador. Se las trataba con total consideración, según el deseo expresamente formulado por Himmler y, sobre todo, por Pohl.

Hasta entonces, las condiciones generales del campo de Ravensbrück eran perfectamente normales y no había problemas de masificación.

En cambio, ahora, esas *Kapos* privilegiadas habían venido a Auschwitz con la misión de contribuir, en las circunstancias más difíciles, al buen funcionamiento de una organización totalmente nueva. Ninguna había elegido ese puesto por sí misma y, desde el principio, la mayoría manifestó el deseo de marcharse para volver a la vida tranquila, apacible y confortable de Ravensbrück.

La principal *Kapo, Frau* Langefeldt, no estaba ni por asomo a la altura de su tarea, pero se obstinaba en no seguir las instrucciones que le daba el *Schutzhaftlagerführer* (comandante del campo de custodia preventiva), a quien yo había confiado, sin pedir autorización, la vigilancia del campo femenino, para poner fin al desorden. No pasaba un día sin que se viviera un drama, sobre todo en el momento del recuento. Las *Kapos* corrían en todas las direcciones como gallinas alocadas; entre ellas se podían contar tres o cuatro mujeres en su sano juicio, aunque las otras enseguida se lo hacían perder. Como la principal *Kapo* aspiraba al puesto de *Lagerführer* independiente, no tardó en objetar una decisión que la sometía a un funcionario de su mismo rango y que yo me vi obligado a anular. Cuando Himmler vino a Auschwitz en ronda de inspección el mes de julio de 1942, le mostré, en presencia de la propia *Kapo*, el desorden que reinaba en el campo de mujeres y declaré que *Frau* Langefeldt nunca estaría en condiciones de dirigir convenientemente su campo. Rogué a Himmler que la subordinara al *Schutzhaftlagerführer*, pero se negó categóricamente, haciendo caso omiso de mi opinión. Según él, el campo femenino debía ser dirigido por una mujer; como mucho, aceptaba que un Führer estuviese a disposición de *Frau* Langefeldt para secundarla en su tarea.

Pero ¿qué Führer se sometería a una mujer? Cada uno de aquellos

a quienes encargué esta misión me pedía, al cabo de un cierto tiempo, que lo reemplazara por otro. Cuando llegaban convoyes importantes y yo disponía de tiempo, asistía a la recepción para dirigir personalmente su acomodo.

Así fue como el campo de mujeres se encontró, desde el principio, en manos de las propias reclusas. Esta autonomía se iba afirmando a medida que el campo se ampliaba y las vigilantes perdían el control. De esta manera, las mujeres de categoría «verde», más astutas y carentes de escrúpulos, obtuvieron la supremacía pese a la presencia de elementos «rojos» entre las responsables y jefas de compañía. La mayoría de las «supervisoras» (como también se llamaba a los *Kapos* de sexo femenino) eran casi todas «verdes» o «negras». Y, gracias a ellas, acabarían reinando en el campo de mujeres las más espantosas condiciones.

Pese a todo lo que acabo de decir, las supervisoras que nos enviaron de Ravensbrück eran infinitamente superiores a las que llegaron después. Fue vana la activa propaganda desplegada por las organizaciones femeninas del partido nacionalsocialista: eran muy pocas las voluntarias que llegaban para servir en campos de concentración y, como cada vez urgía más cubrir los puestos vacantes, había que recurrir a medidas rigurosas. Cada fábrica ponía cierto porcentaje de sus empleadas a disposición del cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración para que éste las utilizara como supervisoras. Y, dado que durante la guerra faltaba mano de obra femenina, se entiende que las empresas no eligieran para esa tarea a sus mejores elementos.

Esas supervisoras recibían instrucciones en Ravensbrück durante unas semanas. Luego se las echaban a las reclusas. Una vez más, el campo de Auschwitz era uno de los menos favorecidos en este sentido; porque Ravensbrück, donde se procedía a la clasificación y el reparto, donde se preparaba la instalación de un campo de trabajo femenino, lógicamente se reservaba a las que parecían más aptas para sus propias necesidades.

Así que el nivel moral de nuestras supervisoras era, casi siempre, extremadamente bajo. Muchas fueron llevadas ante los tribunales de las SS acusadas de robo en relación con la *Action Rheinhardt*[81]. Por despiadadas que fueran las sanciones, ellas seguían robando y, muchas veces, incluso utilizaban a las demás reclusas como intermediarias.

He aquí un ejemplo que ilustra bien la situación: una supervisora se había rebajado a mantener relaciones con los presos, en general *Kapos* «verdes» que remuneraban sus favores con piezas de oro u objetos preciosos[82]. También se relacionaba con un *Stabsscharführer*,

en cuya casa guardaba, bien embalados, los tesoros penosamente ganados. El muy imbécil ignoraba la conducta de su novia, y es de imaginar cuál sería su sorpresa cuando encontraron todas esas riquezas en su casa. Como castigo, Himmler hizo que aplicaran a la supervisora 50 golpes de «gummi»[83] y la condenó a cadena perpetua en un campo de concentración.

Al igual que la homosexualidad en los campos masculinos, el lesbianismo causaba estragos en los campos de mujeres. Ni los castigos más severos, a cargo de comandos de represalia, podían impedir esas prácticas. Una y otra vez era informado de relaciones de este tipo entre reclusas y supervisoras, lo cual permite juzgar cuál sería el nivel moral de las últimas.

Sin duda, las supervisoras no podían tomarse en serio su servicio. No era nada fácil castigarlas por negligencia en el ejercicio de sus funciones. Si se las arrestaba, lo consideraban como un favor, porque así no tenían que salir los días en que hacía mal tiempo; por otra parte, los castigos debían ser dictados por el inspector del campo o por Pohl, y tanto el uno como el otro querían castigar lo menos posible. En su opinión, bastaba con sermonear a las supervisoras y dirigir sus actividades a limar esas dificultades. Esas mujeres no ignoraban la posición de sus superiores y, en la mayoría de los casos, actuaban en consecuencia.

Yo siempre he tenido un gran respeto por las mujeres en general. Pero, en Auschwitz, me vi forzado a cambiar de parecer, y llegué a la conclusión de que antes de profesar respeto a una mujer hay que conocerla bien.

Aunque la mayoría de supervisoras eran tal como acabo de describirlas, debo admitir que también había entre ellas algunas buenas personas, muy respetables y dignas de toda confianza. Seguro que el ambiente de Auschwitz las hacía sufrir, pero no podían evadirse de él porque estaban en guerra; a menudo me contaban sus miserias, más aún a mi mujer, y sólo podíamos reconfortarlas con la perspectiva de que las hostilidades pronto cesarían, lo cual era un muy débil consuelo.

En el campo de mujeres de Auschwitz, los comandos que trabajaban en el exterior estaban sometidos a la vigilancia de los *Hunderführer*, que tenían a su disposición los perros guardianes. En Ravensbrück ya habían entregado perros a las supervisoras de los comandos exteriores, para economizar personal. Si bien todas llevaban revólver, el *Reichsführer* pensaba que los perros eran un medio de intimidación más eficaz: todas las mujeres temen a los perros, mientras que los hombres apenas les prestan atención. En Auschwitz,

la vigilancia de los comandos exteriores siempre planteaba problemas debido a la gran cantidad de reclusos. Nunca había suficientes tropas. Los puestos de centinela eran muy útiles cuando se trataba de vigilar las grandes canteras, pero el sistema era inaplicable en la agricultura, en excavaciones y en situaciones en las que los detenidos debían desplazarse varias veces al día. Por eso resultó necesario emplear a un mayor número de *Hunderführer*, menos numerosos que las supervisoras. Ni siquiera había suficientes con nuestros 150 perros. Según los cálculos de Himmler, se habrían podido ahorrar dos centinelas por cada perro. Quizás esto se cumpliera en los comandos femeninos, donde la sola presencia de un perro infundía miedo a cualquiera.

En materia de soldados, nada peor podría haberse hallado que el comando propuesto para los perros guardianes de Auschwitz. Cuando buscábamos voluntarios para las funciones de Führer, se presentó medio regimiento *Sturmbann SS* del campo de concentración. Los hombres creían que se trataría de un servicio más fácil y distraído; sin embargo, como era imposible satisfacer todas las solicitudes, los jefes de compañía adoptaron una solución salomónica eligiendo de entre los candidatos a las «ovejas negras» de las que querían desembarazarse. La mayoría había sufrido sanciones disciplinarias y, si el jefe de la tropa se hubiera molestado en estudiar sus diarios de comportamiento, jamás se habría decidido a utilizarlos para semejante ocupación.

Después fueron enviados a un curso en el Instituto Experimental de Adiestramiento Canino de Oranienburgo, donde varios de ellos enseguida fueron declarados no aptos. Cuando los demás regresaron a Auschwitz, tras haber completado los estudios preparatorios, poco costó comprobar su ineficacia. Unos pasaban el tiempo jugando con los perros; otros se escondían en algún lugar para dormir, sabiendo que los perros les despertarían ante un «enemigo cercano»; y otros se divertían conversando con la supervisora o las reclusas. Muchos de ellos incluso mantenían asiduas relaciones con las supervisoras [84] «verdes». Siempre destinados en el campo femenino, para ellos nada era más fácil que alcanzar sus fines.

Cuando se aburrían, echaban los perros a las reclusas. Si eran sorprendidos, siempre tenían excusa: los perros se habían soltado o bien se habían abalanzado sobre una presa sospechosa cuya actitud les había llamado la atención. Por otra parte, el reglamento los obligaba a ampliar, día a día, el adiestramiento de sus perros.

La administración, que deseaba ahorrarse la formación de nuevos aspirantes a *Hunderführer*, había prescripto su destitución sólo en caso

de que maltrataran o descuidaran a los perros o bien fueran culpables de faltas graves que entrañaran diligencias judiciales. Su conducta desesperaba al encargado de los perros, un viejo suboficial que desde hacía veinticinco años vivía entre animales; pero los hombres sabían que no arriesgaban nada, pues era difícil encontrarles sustitutos. Aunque un mejor oficial al mando habría podido devolver perfectamente la razón a toda esa horda, todos se desentendían alegando estar ocupados en otras tareas mucho más importantes. No sabría decir cuántas discusiones mantuve al respecto con el jefe de los SS al que acababa de exponer mis quejas. Glücks, inspector de campos de concentración, sostenía que yo no acababa de entender la misión de las tropas, así que nunca lo convencí de proceder a la destitución inmediata de los *Hunderführer* que se volvían imposibles en el campo. Si Glücks me hubiera tratado de otra manera, se habrían evitado muchos problemas.

A medida que la guerra se prolongaba, Himmler insistía cada vez más en reemplazar las fuerzas de vigilancia por medios mecánicos, tales como vallas alambradas fácilmente desplazables, hileras de alambre electrificado en las canteras de explotación permanente e incluso minas y un mayor número de perros. Prometió ascensos rápidos a los comandantes de campo que inventaran eficaces métodos de vigilancia para reducir el número de centinelas, pero nada de eso dio resultado.

Según él, los perros podían ser adiestrados para impedir la fuga de reclusos; bastaba con hacerlos correr constantemente alrededor de ellos como si de un rebaño de corderos se tratara. Un solo centinela podría vigilar a un buen centenar de reclusos con varios perros a su disposición. Sin embargo, los ensayos realizados en este sentido tampoco tuvieron éxito. Los hombres no son animales y los perros no son humanos; por más que se los adiestre contra los presos, que se les inculque el respeto hacia el uniforme y se les enseñe la distancia más allá de la cual nadie debe acercarse o alejarse de la cantera, los reflejos humanos siguen siéndoles extraños. Si los reclusos quisieran engañarlos, les bastaría con atraer la atención de los perros hacia un lugar determinado: un amplio sector se quedaría sin vigilancia y resultaría aprovechable para una evasión.

Los perros tampoco habrían podido impedir una evasión masiva. En tal caso, podrían herir a varios reclusos, pero los demás los habrían sacrificado a ellos y a su «pastor».

Por otra parte, Himmler pensaba reemplazar por perros a los centinelas instalados en sus miradores. Los perros debían correr en grupos entre dos hileras de alambres de espino alrededor del campo o

de la cantera de explotación permanente. Si los presos se acercaban a ellos, se pondrían a ladrar y les impedirían el paso a través del obstáculo. Otro fracaso más: los perros se dormían o se dejaban engañar. Cuando el viento soplaba en contra, o bien no percibían nada o bien el puesto de guardia no oía sus ladridos.

La colocación de minas fue también una empresa azarosa. Había que instalarlas en lugares muy precisos y anotar esos emplazamientos en un plano de manera no menos precisa, pues las minas se inutilizarían y serían reemplazadas cada tres meses. Pero, por una u otra razón, había que atravesar el terreno minado, lo cual revelaría a los detenidos qué lugares no estaban minados.

Globocnik[85] había aplicado este sistema en los campos de exterminio, pero en Sobibor el campo minado que había sido minuciosamente montado no impidió a los judíos una evasión general en la que terminaron con casi todo el personal de vigilancia. Les había bastado con descubrir cuáles eran los senderos no minados.

Así se demostró una vez más que la utilización de procesos mecánicos y el empleo de animales nada pueden contra la inteligencia humana. Con un poco de reflexión y sangre fría, y en condiciones climáticas favorables, los presos franquearon la doble alambrada electrizada varias veces sirviéndose de los métodos más sencillos. En cambio, sólo una ocasión en que dos centinelas se acercaron demasiado a las alambradas pagaron con la vida su imprudencia.

He explicado ya que mi tarea principal consistía en acelerar por todos los medios posibles la construcción de las instalaciones dependientes del campo de concentración de Auschwitz y competencia de las SS.

A veces, en períodos de calma, creía llegar al final de mis aflicciones y preveía el momento en que todas las medidas dictadas por Himmler estarían ejecutadas, y todas las construcciones, terminadas. Pero enseguida veía surgir nuevos proyectos de carácter no menos urgente.

Las órdenes del *Reichsführer*, las dificultades creadas por el estado de guerra, los incidentes cotidianos, las oleadas de nuevos reclusos, no me dejaban un momento de tregua. Me sentía atormentado y, por mi parte, perseguía a todos mis subordinados, SS o civiles, a las administraciones interesadas, a las empresas privadas y a los detenidos. Siempre quería adelantar trabajo, realizar los proyectos que otorgarían a Auschwitz mejores condiciones de existencia. Himmler nos exigía el cumplimiento de nuestro deber y el sacrificio de nuestra personalidad. Todo alemán debía entregarse por entero a la causa común para ganar la guerra.

Según la idea de Himmler, los campos de concentración tenían que servir a las necesidades del armamento. Todo lo demás debía quedar subordinado a ese fin, sin consideración alguna. En este sentido, nada era tan significativo como su indiferencia ante las condiciones realmente infrahumanas en que vivían los internados. El armamento progresaba, eso era lo esencial; y se abandonaba a todo el que fuera incapaz de participar en ese progreso.

Estaba prohibido expresar sentimientos contrarios. Yo no ignoraba la miseria de los detenidos, pero debía mostrarme cada vez más duro, más glacial, más despiadado. Quizá supiera demasiadas cosas, pero no debía dejarme impresionar ni detener por quienes sucumbían en el camino. El objetivo final seguía siendo el mismo: ganar la guerra.

Así entendía yo mi deber. Puesto que no podía ir al frente, debía hacer todo lo posible en la retaguardia para apoyar a los combatientes.

Ahora me doy cuenta de que todo ese encarnizamiento mío en el trabajo, todos mis esfuerzos para espolear el celo de los demás, no podían contribuir en nada a la victoria alemana. Pero, en esa época, estaba firmemente convencido de que acabaríamos ganando la guerra y no quería permitirme el menor traspié ni el menor desfallecimiento.

Según la voluntad de Himmler, Auschwitz estaba destinado a ser el mayor campo de exterminio de toda la historia de la humanidad.

En el verano de 1941, cuando me dio personalmente la orden de preparar en Auschwitz una instalación destinada al exterminio en masa y me puso al frente de la operación, yo no podía hacerme una idea de la envergadura de semejante empresa y de las consecuencias que acarrearía. En aquella orden había algo monstruoso que sobrepasaba de lejos las medidas precedentes.

Sin embargo, los argumentos que Himmler arguyó me hicieron pensar que sus instrucciones quedaban perfectamente justificadas. No podía reflexionar: tenía que ejecutar la consigna. Mi horizonte no era lo bastante amplio para permitirme elaborar un juicio personal sobre la necesidad de exterminar a todos los judíos.

Desde el momento en que el propio Führer se había decidido por «una solución final del problema judío», ningún miembro veterano del partido nacionalsocialista podía plantearse preguntas, y menos aún si se trataba de un oficial de las SS. «¡Führer, ordena, nosotros te seguimos!», representaba mucho más que una simple fórmula, un eslogan, Para nosotros, esas palabras tenían el valor de un solemne compromiso.

Tras mi detención, me han señalado varias veces que podía haber objetado a la ejecución de esa orden o bien, llegado el caso, asesinado

a Himmler. No creo que tal idea haya podido ocurrírsele a uno solo de los miles de oficiales de las SS. Imposible, impensable. De hecho, muchos oficiales de las SS criticaron la orden, especialmente severa, de Himmler. Protestaron, refunfuñaron; sin embargo, no hubo un solo caso en que se negaran a obedecer.

Entre los oficiales de las SS, muchos fueron los afectados por la implacable dureza de Himmler, aunque estoy firmemente convencido de que ninguno de ellos habría osado levantarle la mano; no habrían albergado esa idea ni en sus más íntimos pensamientos. En calidad de *Reichsführer SS*, Himmler era «intocable»: las órdenes que daba en nombre del Führer eran sagradas. No admitían contemplaciones, objeciones ni interpretaciones. Se ejecutaban sin piedad y sin atender a las consecuencias, aun a costa de nuestra propia vida, la que muchos oficiales de las SS perdieron durante la guerra.

No en vano, en los cursos de entrenamiento para SS nos mostraban a los japoneses como ejemplo luminoso de sacrificio al Estado y a un emperador de esencia divina. El recuerdo de esos cursos de formación no se borraba de nuestra mente como el de las conferencias universitarias, sino que se nos quedaba profundamente grabado y Himmler sabía muy bien lo que podía exigir de nosotros.

Actualmente, los extranjeros no entienden que no haya habido un solo oficial SS que se negara a ejecutar una orden de Himmler o hiciera desaparecer al *Reichsführer* como reacción contra órdenes especialmente crueles.

En nuestra opinión, el Führer siempre tenía razón y otro tanto se aplicaba a su suplente directo, el *Reichsführer*. ¿Acaso Inglaterra, un país democrático, no permanece fiel a este principio fundamental, aceptado por todo ciudadano consciente de sus deberes: «*Right or wrong —my country*»?

Antes de que empezara el exterminio masivo de judíos, en casi todos los campos de concentración se procedería, entre 1941 y 1942, a la liquidación de los instructores políticos y los comisarios políticos soviéticos.

Conforme a una orden secreta del Führer[86], comandos especiales de la Gestapo fueron encargados de rastrear a esos instructores y comisarios en todos los campos de prisioneros de guerra para trasladarlos a los campos de concentración más próximos, donde serían «liquidados». Para justificar la adopción de esta medida, nos contaron que los rusos también mataban a todos los soldados alemanes miembros del partido nacionalsocialista o afiliados a alguna de sus organizaciones, especialmente los miembros de las SS. Asimismo, se nos dijo que los funcionarios políticos del Ejército Rojo

tenían la misión, en caso de caer prisioneros, de sembrar el caos en los campos y talleres y sabotear el trabajo siempre que pudieran.

Así, Auschwitz recibió su lote de funcionarios políticos del Ejército Rojo destinados a ser liquidados. Los que se encontraban en los primeros convoyes, relativamente poco importantes, fueron ejecutados por pelotones de fusilamiento.

Durante uno de mis viajes, mi suplente, el *Schutzhaftlagerführer* Fritzsch usó gas para matarlos. En esa ocasión empleó un preparado de cianuro (Cyclon B) que tenía a mano porque en el campo de concentración se utilizaba como insecticida. Me informó de esto a mi regreso; para el convoy siguiente se usó de nuevo el mismo gas.

Se mataba a los prisioneros con gas en las celdas del bloque 11. Yo asistí a la escena, protegido con una máscara antigás. El hacinamiento en las celdas era tal que las víctimas morían apenas entraba el Cyclon B. Un breve grito, casi ahogado, y todo había terminado. Quizá me había impresionado demasiado ese primer espectáculo de matanza con gas para tomar clara conciencia de lo que veía; por el contrario, recuerdo con mayor precisión la manera en que, poco después, 900 rusos fueron exterminados con gas letal. Como utilizar el bloque 11 requería preparativos demasiado complicados, los llevaban al viejo crematorio de Auschwitz. Mientras los rusos eran descargados de los camiones, se practicaron varios agujeros en el techo de tierra y hormigón del mortuorio. Los hombres se desnudaron en una antecámara y franquearon tranquilamente el umbral: se les había dicho que los iban a despiojar. Cuando por fin todo el convoy estuvo reunido en el mortuorio, las puertas se cerraron y el gas empezó a salir por los agujeros practicados en el techo. No sé cuánto tiempo duraría esa ejecución. Durante un buen rato se siguieron oyendo las voces de las víctimas. Lo que al principio eran gritos aislados, a la voz de «¡Gas!», después se convirtieron en un alarido general. Todos se precipitaron hacia las dos puertas, pero éstas no cedieron a la presión. Se abrieron al cabo de unas horas, y fue entonces cuando vi por primera vez los cuerpos amontonados de los muertos.

Me invadió una sensación de terror y malestar. No obstante, siempre me había imaginado que el uso de gas letal entrañaba sufrimientos mayores que los causados por la asfixia, y ninguno de esos cadáveres revelaba la menor crispación. El médico me explicó que el cianuro ejerce una influencia paralizante en los pulmones, tan rápida y poderosa que no provoca fenómenos de asfixia semejante a los producidos por monóxido de carbono o ausencia total de oxígeno.

Por aquel entonces, el exterminio de prisioneros de guerra rusos no me preocupó de manera especial: se había dado una orden y yo debía

ejecutarla. Pero debo confesar, con toda franqueza, que el espectáculo que acababa de presenciar había causado en mí una impresión más bien tranquilizadora. Cuando nos enteramos de que pronto se procedería al exterminio masivo de los judíos, ni yo ni Eichmann [87] estábamos informados sobre los métodos que se emplearían; sólo sabíamos que sería gas, pero no qué gas ni cómo se utilizaría. Ahora teníamos el gas y habíamos encontrado la manera de usarlo. Pensando en mujeres y niños, siempre imaginaba con horror los fusilamientos que se producirían. Estaba cansado de las ejecuciones de rehenes y diversos grupos de detenidos, ordenadas por Himmler o algún dirigente de la administración policial. Sin embargo, estaba tranquilo: ya no asistiríamos a esos «baños de sangre», y a las víctimas se les ahorraría la angustia hasta el último momento. Eso era lo que más me inquietaba al pensar en las descripciones que Eichmann me había hecho de las matanzas de judíos a manos de los «comandos operacionales», armados con ametralladoras y carabinas automáticas. En esas ocasiones se habían producido escenas espantosas: heridos que trataban de huir mientras se remataba a otros, sobre todo mujeres y niños; soldados del comando, incapaces de soportar esos horrores, que se suicidaban o enloquecían, cuando la mayoría se alcoholizaba para olvidar su espantosa faena. Según Höfle [88], los hombres de los destacamentos que efectuaban operaciones de exterminio bajo las órdenes de Globocnik consumían increíbles cantidades de alcohol.

En la primavera de 1942, llegaron de la Alta Silesia los primeros convoyes de judíos destinados a ser exterminados sin excepción.

Les hicieron cruzar las alambradas y los llevaron a una finca transformada en Búnker, al otro lado de los terrenos donde después se elevarían las construcciones del campo II. Al frente iban Aumeier, Palitzsch y algunos jefes de compañía, conversando con ellos de la manera más anodina. Para no despertar sus sospechas, los interrogaban sobre sus aptitudes y profesiones. Llegados a la finca, recibieron la orden de desnudarse y entrar en las cámaras donde serían desinfectados. Conservaron una calma perfecta hasta el momento en que algunos de ellos, de pronto asaltados por la sospecha, empezaron a hablar de asfixia y exterminio. Enseguida se apoderó del convoy una especie de pánico, que fue rápidamente controlado: los que todavía permanecían en el exterior fueron empujados a las cámaras y las puertas se cerraron con llave. Al llegar los siguientes convoyes se buscó entre los detenidos a los desconfiados y se los controló de cerca. En cuanto surgía alguna inquietud, se cogía discretamente a los perturbadores, se los llevaba detrás de la cabaña y allí se los mataba con carabinas de pequeño calibre, para que los

demás no oyeran las detonaciones. Por otra parte, la presencia del «comando especial[89]» y la actitud de sus miembros estaban destinadas a tranquilizar a preocupados y suspicaces; enseguida se calmaban, sobre todo cuando algunos hombres del comando especial entraban con ellos en las cámaras y se quedaban allí hasta el último momento, con un SS a la puerta.

Lo más importante era mantener una calma lo más completa posible durante toda la operación de llegada y desnudamiento. ¡Sobre todo, nada de gritos, nada de agitación! Si alguien no quería desnudarse, correspondía a los que ya lo habían hecho o a los hombres del comando acudir en su ayuda. Con buenas palabras, hasta los más recalcitrantes se tranquilizaban y se quitaban las ropas. Los detenidos del comando especial trataban de acelerar el ritual, para que las víctimas no tuvieran tiempo de reflexionar.

Había algo de extraño en esa participación activa y afanosa de los hombres del *Sonderkommando* en la operación de desnudamiento e introducción de los condenados en las cámaras de gas. Nunca vi ni oí que ninguno de ellos dijera una sola palabra a las víctimas sobre la suerte que les esperaba. Muy al contrario: trataban, por todos los medios, de tranquilizar a quienes sospechaban algo. Si bien los condenados tenían sus buenas razones para no confiar en los SS, era lógico que depositaran toda su confianza en hombres de su propia raza. Debo aclarar que, para favorecer un buen entendimiento, los comandos especiales estaban formados exclusivamente por judíos de los países de donde provenían los condenados.

Esos judíos querían conocer detalles sobre la vida en Auschwitz y hacían preguntas relativas, sobre todo, a la suerte que habían corrido amigos o parientes llegados en convoyes anteriores. Resultaba interesante observar la maestría que los hombres del comando especial desplegaban para mentirles, la fuerza de convicción y los gestos con que subrayaban sus afirmaciones.

Muchas mujeres intentaban ocultar a sus críos entre los montones de ropa, pero los hombres del comando ponían especial atención y lograban convencer a las madres de que no se separaran de sus hijos. Ellas creían que la desinfección era peligrosa para los pequeños; de ahí sus intentos de ahorrarles dicha operación.

En ese ambiente no habitual, los niños muy pequeños solían ponerse a lloriquear. Sin embargo, tras haber sido consolados por sus madres o los hombres del comando, se calmaban y entraban jugando en las cámaras de gas, bromeando entre ellos con un juguete en las manos.

Varias veces observé a mujeres ya conscientes de su destino que,

con un miedo mortal en la mirada, todavía hallaban fuerzas para bromear con sus hijos y tranquilizarlos.

Una de ellas se me acercó al pasar y, señalándome a sus cuatro hijos, agarrados de la mano para ayudar amablemente al más pequeño a caminar por un terreno difícil, murmuró: «¿Cómo puede usted tomar la decisión de matar a esos hermosos niños? ¿No tiene corazón?».

Escuché también las ásperas palabras de un anciano al que tenía cerca: «Alemania pagará cara esta matanza de judíos». Leí el odio en sus ojos. Pero entró tranquilamente en la cámara de gas, sin preocuparse de los demás.

Otro día observé a una joven que no dejaba de correr de una cámara a otra para ayudar a ancianas y niños a desnudarse. Iba acompañada de dos niños en el momento de la selección. Su agitación y su aspecto físico me resultaron especialmente llamativos: no parecía judía. Ahora ya no tenía los dos niños a su lado. Hasta el final prodigó su ayuda a las mujeres y los niños que no habían terminado de desnudarse. Para cada uno tenía una palabra amable. Fue una de las últimas en entrar en el Búnker, se detuvo en el umbral y dijo: «Desde el primer momento supe que nos traían a Auschwitz para matarnos. Me hice cargo de dos niños para escapar a la selección de los detenidos aptos para el trabajo. Quería sufrir mi suerte siendo plenamente consciente de ello. Espero que todo pase rápido. Adiós».

Sin embargo, a veces podía ocurrir que, durante el desnudamiento, también algunas mujeres se pusieran a aullar, arrancarse los cabellos y gesticular como locas. Entonces había que cogerlas rápidamente, llevarlas detrás de la casa y pegarles un tiro en la nuca.

También oíamos a mujeres que nos cubrían de maldiciones en el momento en que el personal del comando abandonaba la cámara y comprendían qué iba a ocurrir.

Vi a una, en concreto, que se esforzaba por hacer salir a sus hijos justo cuando cerraban las puertas y gritaba: «¡Por lo menos salvad la vida de mis niños queridos!».

En resumen, se producían muchas escenas conmovedoras que no podían dejar indiferentes a algunos testigos.

Durante la primavera de 1942, centenares de seres humanos encontraron la muerte en las cámaras de gas. La mayoría de ellos no sospechaba nada. Su salud era perfecta; los árboles frutales que rodeaban la casa estaban en flor. Ese cuadro en que la vida se codeaba con la muerte ha quedado en mi memoria.

El proceso de selección que tenía lugar en la vía férrea daba lugar a múltiples incidentes: la ruptura de familias, la separación de los hombres de sus mujeres e hijos, provocaban siempre gran agitación en

todo el convoy. La inquietud aumentaba en el momento en que se realizaba la selección de detenidos aptos para el trabajo.

Las familias querían permanecer juntas a toda costa. Los que eran seleccionados volvían corriendo junto a sus parientes, las madres y los niños trataban de juntarse con las mujeres solteras y los hombres aptos para trabajar. Todo eso provocaba un desorden incalificable, y entonces teníamos que empezar de nuevo la selección. La estrechez del espacio disponible no permitía establecer medidas selectivas más eficaces. Todos nuestros esfuerzos para calmar a esa multitud enloquecida no conducían a nada; solía pasar que no nos quedaba más medio de restablecer el orden que utilizar la fuerza.

Como ya he señalado en diversas ocasiones, el sentido de familia está muy desarrollado entre los judíos. Se sienten muy unidos los unos a los otros; aunque, por lo que he podido observar, fuera de la familia les falta solidaridad. Cualquiera habría creído que, en la situación en que se hallaban, se ofrecían ayuda y protección mutua. No obstante, sucedía todo lo contrario: a menudo he comprobado, y también he oído decir, que algunos judíos —sobre todo, los procedentes de países occidentales— delataban a hermanos suyos que habían logrado ocultarse.

Recuerdo que un día, una mujer que ya se hallaba en la cámara de gas alcanzó a dar al *Unterführer* la dirección de una familia judía todavía en libertad. Otra vez, recibí de un hombre que se desnudaba y que, por su porte y sus ropas, parecía pertenecer a una clase social alta, un papelito con las direcciones de familias holandesas que ocultaban a judíos.

No alcanzo a comprender qué llevaba a esos judíos a revelar esa clase de información. ¿Sería por un deseo de venganza o por envidia de quienes posiblemente se salvarían?

No menos extraña me parecía la conducta de los hombres de los *Sonderkommandos*. Ellos sabían perfectamente que, al término de aquella operación, sufrirían la misma suerte que los millares de hombres de su raza que habían ayudado a exterminar.

Los impulsaba un celo que me dejaba estupefacto. Nunca precavían a las víctimas; se mostraban diligentes en ayudarlas a desnudarse, pero no dudaban en recurrir a la fuerza cuando hallaban cierta resistencia. Hacían salir a los alborotadores y montaban guardia junto a quienes iban a ser ejecutados. Escoltaban a las víctimas de manera que éstas no podían ver al hombre que ya se preparaba para pegarles un tiro en la nuca. Empleaban el mismo método con enfermos e inválidos que no se podían llevar a la cámara de gas. Y todo con gran sencillez, como si estuvieran de acuerdo con sus asesinos.

Con igual indiferencia retiraban los cuerpos de las cámaras de gas, les arrancaban los dientes de oro, les cortaban el pelo y los arrastraban hasta la fosa común o a los hornos crematorios. Mantenían vivo el fuego en los montones de cadáveres, removiéndolos para que llegara el aire.

Todas esas tareas las ejecutaban con aire de total indiferencia, como si se tratara de algo absolutamente normal. Comían y fumaban mientras arrastraban los cadáveres. No renunciaban a sus comidas, ni siquiera cuando tenían que ejecutar el trabajo más terrible: incinerar los cuerpos que habían quedado amontonados durante un tiempo en las fosas comunes.

Varias veces ocurrió que hombres del comando especial encontraban a parientes suyos entre los cadáveres o entre aquellos a quienes conducían a las cámaras de gas. Eso les afectaba visiblemente, aunque no daba lugar a ningún incidente.

Fui testigo presencial de uno de estos casos. Al sacar un cadáver de la cámara de gas, un hombre del comando especial hizo un gesto de sorpresa y se quedó petrificado; pero enseguida alcanzó a sus camaradas arrastrando el cadáver. Pregunté de inmediato al *Kapo* qué había pasado y descubrí que el judío había descubierto a su mujer entre los cadáveres. Me quedé un buen rato observándolo, sin notar en él nada raro; él continuaba arrastrando sus cadáveres. Cuando más tarde volví cerca del comando, lo vi comiendo con sus compañeros, como si tal cosa. ¿Había logrado dominar su emoción o en verdad se había vuelto indiferente a una tragedia como aquélla?

Siempre me he preguntado cómo hacían esos judíos del *Sonderkommando* para hallar en su interior la fuerza necesaria para cumplir día y noche su horrible faena. ¿Esperaban que un milagro los salvara, estando ya a las puertas de la muerte? ¿O se habían vuelto demasiado cobardes, demasiado inhumanos, después de haber visto tantos horrores, para poner fin a sus días y escapar a tan atroz existencia? Por mucho que lo piense, nunca logro encontrar una explicación a su conducta[90].

La vida y la muerte de los judíos me planteaban no pocos problemas que era incapaz de resolver. De hecho, los incidentes que acabo de mencionar se podían elevar al infinito; no hacen más que aclarar débilmente todo el proceso de exterminio.

Sería un error imaginar que la participación en ese exterminio, con todo lo que implica, haya sido aceptada como un hecho común cualquiera. Salvo muy contadas excepciones, todos los que tomaron parte en él, y yo antes que nadie, recibieron impresiones imborrables y amplia materia de reflexión.

Durante mis rondas de inspección, la mayoría de los participantes me buscaban para confiarme sus angustias y abrigaban la esperanza de que los calmara. En el curso de nuestras conversaciones con el corazón en un puño, siempre me hacían la misma pregunta: «¿Seguro que es necesario aniquilar a centenares de miles de mujeres y niños?». En mi fuero interno, no dejaba de hacerme esa pregunta.

Para tranquilizarlos y consolarlos, sólo se me ocurría una respuesta: invocar las órdenes del Führer. Estaba obligado a decirles que el exterminio de la judería era necesario para liberar de una vez por todas a Alemania y a la posteridad de nuestros enemigos más encarnizados.

Sabíamos que las órdenes del Führer eran incontestables sin excepción, y que los SS estaban obligados a ejecutarlas. Sin embargo, en el alma de todos se alzaban las dudas. Para transmitirles la fuerza moral que les permitiera cumplir su deber, debía mostrarme totalmente convencido de la necesidad de ejecutar tan crueles órdenes.

Todas las miradas estaban fijas en mí. Todo el mundo me observaba atentamente para ver cómo reaccionaba ante escenas semejantes a las aquí descritas. Cada una de mis palabras era largamente discutida por los hombres. Debía controlarme para no dejar escapar, en un momento de turbación, una frase que expresara mis dudas y mis angustias.

Me veía obligado a exhibir un aire frío e implacable cuando asistía a escenas que trastornarían a cualquier ser humano. No me estaba permitido apartar la vista aunque la emoción se apoderara de mí. Debía mostrar indiferencia mientras las madres entraban en las cámaras de gas con sus hijos de la mano, que reían o lloraban.

Una vez vi a dos niños tan enfrascados en sus juegos que ni la madre era capaz de llevárselos. Los judíos del *Sonderkommando* tampoco se atrevían. Jamás olvidaré la mirada de aquella madre que imploraba piedad, consciente de la suerte que les esperaba. Los que ya se encontraban en la cámara de gas empezaban a alborotarse: había que actuar. Todos me miraban, y yo hice una señal al *Unterführer* de servicio. Éste cogió en sus brazos a los niños, que forcejeaban violentamente mientras se los llevaba a la cámara, seguido por la madre, llorando hasta partir el alma. Sobrecogido de piedad, habría preferido desaparecer, pero no me estaba permitido manifestar la menor compasión.

Mis funciones me obligaban a asistir al desarrollo de la operación. Debía permanecer allí de noche y de día mientras sacaban los cadáveres, los incineraban, les arrancaban los dientes de oro o les

cortaban el pelo.

Esos horrores duraban horas, pero yo no podía alejarme, ni cuando cavaban los osarios, que despedían un olor espantoso, ni cuando quemaban los cadáveres. A petición de los médicos, también me tocó observar cómo morían las víctimas a través de los tragaluces de la cámara de gas.

No podía escapar a nada de eso porque era yo aquel a quien todos miraban. Debía mostrar al mundo que, no contento con dar órdenes, asistía a las operaciones en todas sus fases, como yo lo exigía también a mis subordinados.

Invitados por Himmler, numerosos miembros superiores del partido y oficiales de las SS venían a Auschwitz para asistir al exterminio de los judíos. Todos se sentían profundamente impresionados. Algunos de ellos, que antes habían defendido con fervor el exterminio, se espantaron y se encerraron en el más absoluto silencio tras asistir a esa «solución final del problema judío». Siempre me preguntaban cómo hacíamos, mis hombres y yo, para soportar tanto tiempo ese espectáculo.

Por mi parte, siempre respondía que debía callar todas mis emociones, pues me hallaba ante el terrible dilema de ejecutar, sin miramientos, las órdenes del Führer. Y todos esos señores me decían que no querrían hacerse cargo de semejante tarea. Ni siquiera los más «duros», como Mildner[91] y Eichmann, experimentaban el menor deseo de cambiar su puesto por el mío. Nadie me envidiaba por la tarea que me habían encomendado.

Tuve varias oportunidades de hablar largo y tendido con Eichmann sobre la solución definitiva del problema judío hasta en sus pormenores. Nunca le hablé de mis angustias personales, sino que más bien traté de descubrir las íntimas y verdaderas convicciones de mi interlocutor.

Para llegar a eso, no podía titubear ante ningún medio. Pero, ni los tragos más fuertes ni la ausencia de todo testigo indiscreto le hacían desdecirse de su punto de vista: con demente obstinación, preconizaba el aniquilamiento de todos los judíos a los que se pudiera echar mano. Había que proseguir el exterminio, decía, con toda la rapidez posible y sin piedad alguna. Tener la menor consideración significaba lamentarlo, después, con amargura.

En tales circunstancias, sólo me quedaba enterrar los escrúpulos de mi corazón. Y, debo confesar que, después de una conversación con Eichmann, esos escrúpulos, al fin y al cabo tan humanos, adoptaban en mi interior el aspecto de una traición al Führer.

No tenía manera de escapar a ese problema; debía proseguir mi

tarea, asistir al exterminio y la matanza, reprimir mis sentimientos y mostrar una indiferencia glacial. Sin embargo, no lograba apartar de mi mente ni esos detalles insignificantes que otros habrían olvidado. En Auschwitz, no había tiempo para aburrirse.

Cuando el espectáculo me trastornaba demasiado, no podía volver a casa con los míos. Hacía ensillar mi caballo y, galopando, me esforzaba por liberarme de mi obsesión. Por la noche me iba a las caballerizas y encontraba la calma entre mis caballos preferidos.

A menudo me asaltaba el recuerdo de incidentes ocurridos durante el exterminio; entonces salía de casa, porque no podía permanecer en el ambiente íntimo de mi familia. Mientras veía jugar a mis hijos o a mi mujer con el más pequeño en brazos y el rostro resplandeciente de felicidad, me preguntaba a mí mismo cuánto tiempo duraría esa felicidad. Mi mujer no se explicaba el porqué de mi tristeza; la atribuía a las preocupaciones relacionadas con mi puesto de trabajo.

Los hombres casados que trabajaban en los crematorios o en otros locales me confesaron muchas veces que experimentaban sentimientos similares a los míos. Ante el espectáculo de mujeres y niños que se encaminaban hacia la cámara de gas pensaban, sin quererlo, en sus propias familias.

Desde el momento en que se procedió al exterminio masivo, dejé de sentirme feliz en Auschwitz. Estaba descontento conmigo mismo, abrumado de trabajo, no podía fiarme de mis subordinados y mis superiores ni me comprendían ni me escuchaban.

A decir verdad, me encontraba en una situación poco envidiable; mientras que, para todo el mundo, «el comandante lleva una vida de lo más agradable» en Auschwitz.

Por supuesto, a mi familia no le faltaba nada. El menor deseo de mi mujer y mis hijos enseguida quedaba satisfecho. Los niños podían retozar en plena libertad, mi mujer cuidaba su pequeño «paraíso florido» y los reclusos hacían lo imposible por complacer a los más pequeños, colmándolos de atenciones.

Ningún expresidiario puede decir que se le trató mal en mi casa. ¡Qué mayor placer para mi mujer que poder dar un regalo a cada uno de quienes trabajaban en casa! Hasta mis hijos venían a pedirme cigarrillos para los presos, sobre todo, para los jardineros a quienes tanto apreciaban.

Todos los miembros de mi familia tenían mucho interés por la agricultura y los animales. Todos los domingos los llevaba a recorrer los campos, visitábamos las caballerizas y no dejábamos de echar un vistazo a las perreras. Queríamos mucho a nuestros dos caballos y al potrillo.

En el jardín, los niños siempre tenían animales de toda clase traídos por los reclusos: tortugas, lagartos, martas, gatos. Siempre había algo nuevo e interesante. En verano chapoteaban en el pequeño estanque del jardín o en el río Sola[92]. Su mayor alegría era que me bañara con ellos; pero apenas tenía tiempo para participar en sus juegos. Ahora lamento no haber dedicado más tiempo a mi familia. Pensaba que toda mi vida debía estar consagrada al servicio, y esta noción exagerada del deber ha hecho mi vida más difícil de lo que en realidad era. ¡Cuántas veces mi mujer me habrá sermoneado, diciéndome: «No pienses sólo en el servicio, también estamos nosotros»! Pero ella no sabía nada de mis preocupaciones obsesivas; jamás le dije una palabra al respecto.

En el momento en que se procedió a la división administrativa de Auschwitz a petición de Pohl, éste me dio a elegir entre dos puestos: comandante en Sachsenhausen o jefe de la Sección D1[93].

Bastante excepcional era ya que Pohl dejara elegir un puesto al propio interesado. Y, sin embargo, en esa ocasión llegó aún más lejos: me concedió un período de reflexión de veinticuatro horas. Quería mostrarse benevolente porque quería hacer que lamentara haberme marchado de Auschwitz.

En un primer momento sentí cierta pena por tener que alejarme de Auschwitz; estaba muy ligado a ese campo, donde tantas dificultades y abusos tuve que vencer, donde todavía quedaban por resolver tantos problemas pesados.

Pero, pensándolo bien, me sentía feliz de verme libre de Auschwitz. No me volvería a encargar de ningún otro campo. Ya había tenido suficiente, después de nueve años consagrados a la gestión de campos (tres años y medio de los cuales en Auschwitz). Por lo tanto, decidí aceptar el puesto de jefe de la Sección Di. Era la única posibilidad que me quedaba, ya que no me dejaban ir al frente. Hasta dos veces rechazó Himmler categóricamente las solicitudes que yo había redactado en ese sentido.

No me entusiasmaba el trabajo de oficina, pero Pohl me había dicho que allí podría ejercer mis funciones como me pareciese.

Cuando pasé a ocupar mi nuevo puesto de trabajo, el 1 de diciembre de 1943, Glücks me dejó absoluta libertad. No se alegraba mucho de tenerme en adelante entre sus colaboradores más inmediatos; pero, como Pohl lo deseaba, no le quedaba más remedio que resignarse ante lo inevitable.

En cuanto a mí, no creía para nada haber hallado una ocupación reposada. Mis proyectos estaban claramente definidos: quería facilitar la tarea de los comandantes de campo encarando los problemas desde

la óptica del propio campo, es decir, haciendo lo contrario de lo que habían hecho mis predecesores. Quería tener una noción exacta de las dificultades y los abusos, y ponerme así en condiciones de obtener de mis superiores decisiones acordes con la realidad.

Los documentos, las instrucciones y la correspondencia de todos los campos que tenía archivados en mi oficina me permitían seguir su evolución desde el momento en que Eicke había llegado a inspector, y hacerme una idea exacta de la situación. Muchos campos de concentración no los conocía personalmente. En mi oficina se registraba toda la correspondencia del cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración siempre y cuando no se tratara del empleo de mano de obra, de problemas sanitarios o de cuestiones puramente administrativas.

Pero eso era todo. Los legajos, los archivos, no proporcionaban información alguna sobre el estado real de los campos. Mi intención era ir a ver las cosas con mis propios ojos y llevarlos bien abiertos.

Así pues, emprendería muchos viajes de inspección conforme a los deseos de Pohl, que veía en mí a un especialista «activo» y no teórico de la vida en un campo de concentración.

De esa manera pude ver muchas cosas, comprobar numerosas deficiencias y abusos ocultos. Con la ayuda de Maurer —que dirigía la Sección D2 y representaba, como adjunto de Glücks, al verdadero inspector— llegué a arreglar muchas cosas. Sin embargo, en 1944 ya no había mucho que cambiar. Los campos empezaban a masificarse, con todos los inconvenientes que eso implicaba.

En Auschwitz, por ejemplo, la ejecución del nuevo plan de armamento traía aparejado el traslado de decenas de millares de judíos que, desgraciadamente, no ganarían nada con el cambio. Los edificios del lugar de destino, construidos de manera apresurada por oficiales que seguían los principios del Reich, ofrecían un aspecto lamentable. Además, los reclusos se vieron obligados a realizar trabajos muy duros, y las raciones de alimento que se les proporcionaba eran cada vez más escasas. Les habrían ahorrado mucho sufrimiento si los hubieran mandado directamente a las cámaras de gas. Morían al poco tiempo de llegar, sin haber prestado la menor utilidad a la industria del armamento. He tratado a menudo esta cuestión en mis informes, pero nada podía hacer contra la presión de Himmler, que siempre quería tener «más reclusos para el armamento». Se embriagaba de cifras que cada semana indicaban el creciente número de presos empleados en ese sector, pero no prestaba ninguna atención a la estadística de los muertos. Durante los años precedentes se encolerizaba cuando la mortandad aumentaba; ahora

ya no decía nada.

De haber seguido mis consejos, repetidos hasta la saciedad, y seleccionado en Auschwitz a los judíos más fuertes y sanos, los informes seguramente habrían revelado un número menor de trabajadores disponibles; sin embargo, se habría obtenido mano de obra utilizable durante más tiempo. Mientras que ahora las grandes cifras de «disponibles» se acumulaban solamente en el papel, en realidad se habría podido descontar de ellas un buen porcentaje desde el principio. Esos hombres constituían una carga para los campos, ocupaban el lugar y los alimentos de los que eran capaces de trabajar y, dicho fríamente, no servían para nada. A causa de su presencia, otros hambrientos perdían la capacidad de trabajar.

Ese decepcionante resultado era fácilmente previsible; creo haber hablado bastante sobre esto.

En mis nuevas funciones mantenía un contacto más estrecho e inmediato con la Dirección General de la Seguridad del Reich. Aprendí a conocer todas las secciones y todos los dirigentes que se ocupaban de los campos de concentración y que tenían sus cosas que decir. Me familiaricé, así, con la opinión que se tenía, en esa Dirección, de las tareas inmediatas en los campos. Esa opinión no era unánime, sino que variaba de unas oficinas a otras. He expuesto en detalle la del jefe de la Sección IV[94], pero nunca llegué a conocer bien sus puntos de vista, pues siempre se escudaba detrás del *Reichsführer*.

En cuanto a la subsección de custodia preventiva IVb[95], había permanecido fiel a los viejos principios heredados de la época de preguerra. Se preocupaban esencialmente de la guerra sobre el papel, pero no lo suficiente de las verdaderas necesidades creadas por la guerra. De hecho, tendrían que haber cesado a más oficiales de esta subsección.

En mi opinión, el arresto de los antiguos dirigentes de partidos hostiles al régimen cuando se declaró la guerra constituía un grave error. Adoptando esas medidas, el régimen no hacía sino aumentar el número de adversarios. En épocas de paz, había tiempo suficiente para destruir a los elementos subversivos; pero la subsección de custodia preventiva seguía dejándose guiar por los informes de servicios subordinados. Yo también tuve mis más y mis menos con esta subsección, pese a las buenas relaciones de camaradería que me ligaban a su jefe.

La subsección de las provincias del oeste y del norte, supervisada personalmente por Himmler, se mostraba muy prudente y trataba de evitar cualquier incidente. Los «presos especiales» sometidos a su competencia debían ser tratados con total consideración y empleados

en trabajos que no resultaran agotadores.

La subsección de las provincias del este era menos problemática. Los detenidos originarios de esa región representaban, aun haciendo abstracción de los judíos, el contingente principal de todos los campos. No se podía prescindir de esa mano de obra masiva, especialmente en las industrias de armamento. Las órdenes dadas en ese sector se sucedían unas a otras sin interrupción. Ahora veo claramente adonde llevaba todo esto; pero, en aquella época pedía constantemente que se mejorara su situación en Auschwitz, interrumpiendo el envío de nuevos convoyes. La Dirección General de Seguridad daba invariablemente carpetazo a mis informes: a los polacos no se los iba a tratar con guante blanco, y tampoco se quería oír nada al respecto. Sólo importaba que se cumplieran todas las medidas policiales prescritas. Lo que ocurriera con los reclusos era un problema que dejaba indiferente a la Dirección General de Seguridad, ya que el propio Himmler no le concedía especial importancia.

La actitud de la Oficina de Asuntos Judíos, representada por Eichmann y Günther, era perfectamente clara: todos los judíos debían ser exterminados, tal como Himmler había ordenado en el verano de 1941. Se levantaron serias objeciones cuando el propio Himmler, a propuesta de Pohl, dio la orden de seleccionar a judíos aptos para el trabajo.

La Dirección General de Seguridad abogaba por el exterminio total de los judíos. Para ella, la creación de cada nuevo campo de trabajo, la asignación de cada nuevo millar de judíos a las necesidades de la industria, implicaban el peligro de una liberación y brindaban a los judíos la esperanza de salvar su vida gracias a algún azar feliz. Ninguna oficina estaba tan interesada como ésta, que era portavoz de la Dirección General de Seguridad, en el aumento de la mortandad entre los judíos.

Pohl, por el contrario, seguía órdenes del *Reichsführer* para alimentar la industria del armamento con el mayor número posible de reclusos. Por lo tanto, asignaba la mayor importancia al aumento de reclusos a su disposición, aunque se tratase de judíos aptos para el trabajo escogidos en los convoyes enviados al exterminio. Concedía gran importancia, aunque en vano, a la conservación de esa mano de obra.

La Dirección General de Seguridad (RSHA) y la Dirección General de Economía y Administración (WVHA) defendían, por lo tanto, puntos de vista estrictamente opuestos.

Pero la posición de Pohl parecía tener más peso, pues contaba con el apoyo del *Reichsführer*, que reclamaba a presos para el armamento

de manera cada vez más imperiosa, y poder así cumplir las promesas que había hecho al Führer. Sin embargo, también era él quien, desde otra oficina, exigía el exterminio del mayor número de judíos.

A partir de 1941, año en que Pohl asumió la responsabilidad de los campos de concentración, éstos pasaron a ser considerados proveedores de mano de obra para el programa armamentístico del *Reichsführer*. Sus exigencias se volvían cada vez más despiadadas a medida que la guerra se iba haciendo más cruenta. Había que emplear como fuera a los reclusos, cuya mayoría estaba constituida por habitantes del este y, después, judíos.

La Dirección General de Seguridad y la de Economía y Administración se disputaban los campos de concentración. La primera les proporcionaba reclusos para que los liquidaran mediante ejecuciones o cámaras de gas, o bien, de manera más lenta, gracias a epidemias debidas a las espantosas condiciones que reinaban en los campos y que nadie estaba dispuesto a mejorar. La Dirección de Economía y Administración, por su parte, quería conservar a los reclusos para satisfacer sus necesidades. Sin embargo, dado que Pohl se dejaba inducir en error por las exigencias siempre crecientes de Himmler, contribuía sin quererlo al triunfo de las ideas de la Dirección General de Seguridad: millares de reclusos aptos para el trabajo eran destinados a morir, pues no tenían asegurada ninguna condición posible de existencia material. Ya entonces suponía yo que la situación sería exactamente ésa, pero me negaba a admitirlo; ahora que tengo una idea más clara, veo el segundo plano, la sombra siniestra que se cernía sobre los campos de concentración. De manera intencionada o no, esos campos se habían transformado en lugares de exterminio a gran escala.

La Dirección General de Seguridad había enviado a los comandantes una documentación detallada sobre los campos de concentración rusos. Recogía con gran detalle las condiciones que allí reinaban basándose en los testimonios aportados por los evadidos, y subrayaba especialmente que los rusos aniquilaban a poblaciones enteras empleándolas en trabajos forzados. Se pretendía, por ejemplo, que, cuando los reclusos de un campo dedicado a abrir un canal desaparecieran totalmente, llegaran refuerzos, más millares de kulaks u otros elementos peligrosos destinados a desaparecer como sus predecesores.

¿Se quería de esta manera preparar a los comandantes para su nueva tarea o hacer que se volvieran insensibles a una situación cada vez más acuciante? Como jefe de la Sección D1, debía emprender penosas investigaciones en los diversos campos de concentración y,

más a menudo todavía, en los campos de trabajo. Mi presencia no tenía nada de agradable para el comandante. En ocasiones, también me tocaba supervisar las partidas y llegadas de convoyes, por ejemplo, en Bergen-Belsen. Éste era un campo del que el cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración jamás se había ocupado. La Dirección General de Seguridad lo había destinado principalmente a los judíos llamados «dudosos»[96], y sólo de manera provisional. El comandante Haas, un *Sturmbannführer* de aspecto sombrío y reservado, reinaba allí como dueño y señor. En 1939, hubo un tiempo en que fue *Schutzhaftlagerführer* en Sachsenhausen, pero provenía directamente de las SS y sabía muy poco sobre la organización y la vida en los campos de concentración.

Llegado a Bergen-Belsen, no se había molestado en cambiar el menor aspecto en las construcciones o en las condiciones de higiene, entonces deplorables, en el antiguo campo de prisioneros de guerra que nos había pasado la Wehrmacht. En 1944 fue destituido por negligencias y líos de faldas, y yo tuve que desplazarme hasta allí para colocar en su lugar a Kramer[97], excomandante de Auschwitz II. El campo ofrecía un aspecto desolador. Las barracas destinadas a los reclusos, la intendencia y las tropas se hallaban en un estado de ruina total, y las condiciones de higiene eran peores que en Auschwitz.

Pero en esa época ya poco se podía hacer por las construcciones. Había logrado que Kammler[98] me enviara al arquitecto más competente, pero éste sólo podía improvisar, contentándose con pequeñas reparaciones. En cuanto a los daños causados por Haas, Kramer no disponía de medios para repararlos por mucho que lo intentara. En el momento de la evacuación de Auschwitz, un gran número de reclusos fueron enviados a Bergen-Belsen y, en unas horas, dicho campo quedó literalmente abarrotado. La situación que se dio fue tal que yo, acostumbrado como estaba a pasarlo mal en Auschwitz, me vi obligado a calificarla de «atroz». Kramer no podía hacer nada para remediarla. El propio Pohl se sintió turbado ante lo que vio durante un viaje relámpago de inspección que, por orden de Himmler, hizo a los campos de concentración. Por su cuenta y riesgo, Pohl expropió un campo vecino que pertenecía a la Wehrmacht, para obtener más espacio. Pero este nuevo campo se hallaba también en un estado lamentable: no había agua y las cloacas inundaban los terrenos de los alrededores en plena epidemia de tifus y fiebre amarilla. Enseguida se empezaron a construir cabañas de adobe para despejar un poco las barracas[99].

Pero todas esas medidas no eran suficientes y llegaban demasiado tarde. Al cabo de unas semanas, reclusos procedentes de

Mittelbau[100] se agregaron a la población del campo. No hay que asombrarse, pues, de que los ingleses encontraran el campo en un estado indescriptible, desbordante de cadáveres, agonizantes y enfermos, entre los cuales deambulaban los pocos detenidos todavía sanos[101].

La guerra, y especialmente los bombardeos aéreos, ejercían una influencia cada vez mayor en la vida de los campos. Las restricciones impuestas debían, necesariamente, contribuir al deterioro de las condiciones de vida. Los campos de trabajo cercanos a las principales empresas de armamento, muy bombardeadas, sufrían más que los otros.

La guerra aérea, los bombardeos de las fábricas, se cobraban innumerables víctimas entre los reclusos. Los aliados nunca tomaron como blanco un campo de concentración o, para ser más exactos, un campo «de detención preventiva». Pero los presos trabajaban en las fábricas de armamento y, por lo tanto, corrían la misma suerte que la población civil.

Desde que en 1944 se reforzó la ofensiva aérea, no pasó un día sin que nos anunciaran víctimas en algún campo. No podría ofrecer la cifra exacta, ni siquiera aproximada, pero se contaban por millares. He asistido personalmente a numerosos ataques aéreos y, por lo general, no se lanzaban sobre los abrigos destinados a los «héroes de la retaguardia». Eran ataques de inaudita violencia dirigidos contra las fábricas donde trabajaban reclusos. He visto cómo se comportaban, cómo morían junto a los centinelas que los vigilaban, a veces refugiados en el mismo agujero.

He visto a presos que prestaban ayuda a centinelas heridos. Esas violentas incursiones borraban toda diferenciación. No había ya vigilantes y vigilados: todos eran seres humanos que trataban de escapar a la lluvia de bombas[102].

Por mi parte, salí siempre indemne, aunque alguna vez me cubrieran los escombros. Fui testigo de muchas incursiones aéreas: vi Hamburgo, Bremen, y sobre todo Berlín, bajo los bombardeos. En Viena escapé milagrosamente a una muerte segura. Durante una ronda de inspección, mi tren fue atacado por aviones que se abalanzaron sobre él en picado. Muchas veces, las direcciones de Seguridad y de Economía y Administración fueron alcanzadas por las bombas, pero los destrozos siempre eran rápidamente reparados. Ni Müller ni Pohl estaban dispuestos a ser cesados de sus respectivos cargos. Desde entonces, nuestro país se encontraba bajo la línea de fuego, o al menos las ciudades más importantes. Nunca se sabrá el número exacto de víctimas de la guerra aérea; aunque, en mi opinión, debe de elevarse a

varios millones. Las cifras se mantenían en riguroso secreto y nosotros las desconocíamos [103] .

Siempre me acusaron de no haberme negado a cumplir las órdenes de exterminio y de haber participado en esa horrible matanza de mujeres y niños. Mi respuesta ya la he dado ante el tribunal de Nüremberg: ¿qué le habría pasado a un jefe de escuadrilla que se hubiese negado a lanzar un ataque contra una ciudad porque sabía, a ciencia cierta, que no había en ella ninguna empresa de armamento, ninguna instalación militar importante, y que las bombas matarían, sobre todo, a mujeres y niños? Evidentemente, lo habrían llevado ante un consejo de guerra. No se ha querido admitir esta comparación, pero considero que ambas situaciones son idénticas. Yo era un soldado, un oficial, como podía serlo ese jefe de escuadrilla. Ahora se dice que los miembros del *Waffen SS* no eran militares, que constituían una milicia del partido; pero, en realidad, éramos tan soldados como los de los otros tres ejércitos de la Wehrmacht.

Esas incursiones aéreas suponían una dura prueba para la población civil y, en primer lugar, para las mujeres, pues los niños habían sido enviados lejos, a las regiones montañosas fuera del alcance de los aviones. La prueba no era sólo de orden físico, sino también de orden moral, ya que toda la vida de las grandes ciudades estaba trastornada. Quien haya podido observar la actitud y la expresión de quienes se amparaban en los refugios privados o públicos recordará siempre la agitación, la angustia mortal que se apoderaban de ellos ante la cercanía de las «alfombras de bombas», cuando los edificios se sacudían y se desmoronaban y las mujeres daban alaridos, buscando protección junto a sus hombres.

Los propios berlineses, dotados de una resistencia muy poco común, a la larga quedaron agotados por las alertas y las carreras día y noche hacia los refugios.

En cualquier caso, el pueblo alemán no hubiera soportado demasiado tiempo la prueba moral de esta guerra de nervios…

Volviendo a las actividades de Sección D1, quisiera responder a la siguiente pregunta: ¿Los campos de concentración habrían podido ser reorganizados de manera diferente por otro inspector?

No lo creo. Ni el hombre más enérgico y autoritario habría podido sustraerse a las consecuencias del estado de guerra y la implacable voluntad de Himmler. Ningún Führer de las SS habría osado oponerse a las intenciones del *Reichsführer* o contravenir sus órdenes. Incluso un alto funcionario como Eicke notó siempre a sus espaldas la sombra de Himmler.

Fue Himmler, y sólo él, quien durante el curso de la guerra fijó el

carácter definitivo de los campos de concentración. Sólo él daba órdenes al servicio de Seguridad, sólo él tenía el derecho de hacerlo.

El servicio de Seguridad no era más que un órgano de ejecución. Tengo la firme convicción de que ninguna de sus acciones importantes pudo ser emprendida sin el consentimiento del *Reichsführer*. En la mayoría de los casos era él quien tenía la iniciativa, quien daba el impulso. Los SS, en general, no eran más que un instrumento de ejecución. Sólo a partir de 1944, cuando ya se esbozaba la derrota, tuvo que vérselas con un temible adversario.

Durante mis rondas de inspección por las fábricas que empleaban a reclusos, adquirí algunas nociones sobre el estado de nuestra industria armamentística. Pude comprobar muchas cosas que me asombraban profundamente y que los dueños de las empresas me confirmaban. En primer lugar, el estado de las construcciones aeronáuticas, que me parecía inquietante: Maurer, visitante asiduo del Ministerio de Armamento, me dijo que había averías, retrasos irreparables, encargos mal concebidos, proyectos de reorganización que habrían requerido largos meses de elaboración. Yo sabía que habían arrestado e incluso ejecutado a empresarios que no se habían mostrado a la altura de su tarea. Todo eso me hacía reflexionar.

Los portavoces del gobierno nos anunciaban constantemente nuevas invenciones, nuevas armas, pero no nos decían nada sobre el desarrollo de la guerra. Pese al lanzamiento de nuevos aviones de caza, los bombardeos enemigos eran cada vez más mortíferos. Habrían sido necesarias decenas de escuadrillas de caza para responder eficazmente a los ataques de dos mil o dos mil quinientos bombarderos de la más pesada artillería.

Nuestras nuevas armas seguían siendo, más bien, «proyectos» o «ensayos». Para ganar la guerra habría sido necesario organizar la industria de armamento de manera totalmente distinta. En cuanto una fábrica empezaba a trabajar a pleno rendimiento, un bombardeo arrasaba con ella. No se podía esperar para antes de 1946 la instalación de fábricas subterráneas cuyo trabajo pudiera «decidir la victoria», y eso tampoco habría servido de nada, porque la aviación enemiga habría trabado el abastecimiento de materias primas y la expedición de productos acabados. El mejor ejemplo estaba en las fábricas subterráneas de Mittelbau.

Los bombarderos destruían las vías férreas que iban hacia las montañas donde estaban ocultas las fábricas. El trabajo de meses de preparación, reducido a la nada. Los pesados cohetes V1 y V2 quedaban enterrados en la montaña. Apenas se colocaban unos raíles improvisados, el enemigo los volvía a destruir.

Tal era la situación general a finales de 1944. El frente este se «retiraba»; los soldados alemanes ya no resistían al adversario. El frente oeste, por su parte, también era repelido.

Pero el Führer decía que había que aguantar, a toda costa. Goebbels, en sus estudios y discursos, intentaba inspirarnos fe en el milagro: «¡Alemania vencerá!».

Por mi parte, cada vez abrigaba más dudas. Había visto demasiadas cosas que me llevaban a la conclusión de que así nunca ganaríamos la guerra. Aunque no podía renunciar a mi fe en la victoria final. El sentido común me decía que perderíamos la guerra, pero mi corazón estaba ligado al Führer y convencido de que venceríamos.

En la primavera de 1945, es decir, en un momento en que todos sentían que el final estaba cerca, mi mujer solía preguntarme cómo íbamos a ganar la guerra. ¿Acaso disponíamos de un arma secreta que manteníamos en reserva? Con el corazón en un puño, la consolaba, apelando a su fe: ¿qué derecho tenía yo a decirle lo que sabía, a ella o a cualquier otra persona? Estoy firmemente convencido de que Pohl y Maurer, mucho mejor informados, pensaban como yo. Pero nadie se hubiera atrevido a confesarse con otro. Si callaban era por temor a ser acusados de derrotistas. Ocurría, simplemente, que no querían admitir la legitimidad de sus dudas. Era imposible que nuestro comando estuviera condenado a perecer; por lo tanto, teníamos que ganar.

Cada uno de nosotros siguió trabajando encarnizadamente, como si la victoria dependiera de nuestros esfuerzos. En abril de 1945, cuando se quebró el frente del Oder, todavía nos empeñábamos, con la mayor energía, en mantener íntegro el contingente de reclusos empleados en aquellas empresas de armamento que todavía funcionaban. No se toleraría ningún desfallecimiento. Incluso estudiábamos en qué medida sería posible organizar la fabricación de armas con la mano de obra concentrada de la manera más primitiva en los campos de repliegue. Cuando uno de nuestros subordinados era declarado culpable de negligencia y se disculpaba arguyendo la inutilidad de cualquier esfuerzo, era severamente reprendido. En el momento en que Berlín estaba cercado y nos preparábamos para la partida, Maurer se disponía a llevar ante el tribunal de las SS a un miembro de su Estado Mayor.

He evocado en muchas ocasiones la insana evacuación de un campo de concentración.

Jamás olvidaré los espectáculos que presencié cuando fue aplicada

la orden de evacuación [104].

Como ya no recibía ningún informe del *Sturmbannführer* Baer, encargado de la evacuación de Auschwitz [105], Pohl me había enviado a la Silesia para ver qué pasaba allí.

Encontré a Baer en Gross-Rosen [106], donde trataba de organizar las llegadas. Le pregunté dónde estaba su campo, pero él no lo sabía con certeza. El primitivo plan de evacuación quedaba contrarrestado por el avance de los rusos hacia el sur. Retomé la ruta para tratar de llegar a Auschwitz y comprobar con mis propios ojos si había sido destruido, según las órdenes impartidas, todo lo que había allí de importante. Pero me vi obligado a detenerme a orillas del Oder, cerca de Ratibor: los carros de asalto rusos ya estaban patrullando el otro lado del río.

Al oeste del Oder, en todos los caminos y senderos, me había encontrado con columnas de reclusos que avanzaban penosamente sobre la espesa nieve. No había provisiones para ellos. Los *Unterführer* que dirigían esos convoyes de cadáveres vivientes ignoraban, en la mayoría de los casos, adonde debían llevarlos. Todo lo que sabían es que Gross-Rosen era la última etapa; cómo llegar hasta allí lo consideraban todo un misterio. Por propia decisión, requisaban los víveres en las aldeas que atravesaban, donde aprovechaban para concederse unas horas de reposo y seguían viaje. No se podía pasar la noche en granjas o escuelas, pues todos esos locales habitables estaban repletos de refugiados. No costaba seguir los rastros de ese «calvario», porque a cada cien metros se encontraba un detenido muerto de agotamiento o fusilado. A todos los convoyes que alcanzaba les indicaba la ruta del oeste, hacia el país de los Sudetes, para que evitaran el enorme atasco que se había formado cerca del Neisse. De la manera más severa posible, impedía que los jefes de los convoyes mataran a los reclusos incapaces de proseguir la marcha: tenían orden de enviarlos al Volkssturm (milicia popular de las aldeas). Desde la primera noche vi en el camino, cerca de Leobschütz, todo un pelotón de reclusos fusilados. Su sangre manaba todavía; era evidente que acababan de ser ejecutados. En una ocasión en que me encontré un cadáver en el camino, bajé del coche y oí disparos de revólver muy cerca. Eché a correr hacia el lugar de donde venía el ruido de disparos y llegué a tiempo para ver que un soldado detenía su moto y pegaba un tiro a un detenido apoyado contra un árbol. Lo interpelé violentamente, preguntándole por qué había matado a aquel desgraciado sobre el que no tenía responsabilidad. Me respondió con una risa insolente y me dijo que eso a mí no me incumbía. Llevaba conmigo el revólver y lo maté. Era un sargento mayor del Ejército del

Aire.

De vez en cuando me encontraba también a oficiales que venían a Auschwitz en los vehículos más diversos. Los ubicaba en los cruces de caminos, encargándoles reunir las columnas de detenidos que deambulaban por los alrededores, dirigiéndolas hacia el oeste y empleando, eventualmente, el ferrocarril. Asimismo, divisaba convoyes instalados en vagones plataforma destinados al transporte de carbón, detenidos en medio del camino sobre una vía muerta. Muchos hombres morían de frío; no había abastecimiento para ellos. Grupos de reclusos avanzaban lentamente hacia el oeste, sin ninguna escolta: habían sido liberados, y sus vigilantes, desaparecido. Me crucé con cuadrillas de prisioneros ingleses a quienes nadie acompañaba y que no querían caer en manos de los rusos. Soldados de las SS se subían a camiones que transportaban refugiados; funcionarios encargados de la construcción o la agricultura caminaban formando convoyes enteros. Pero nadie sabía adonde llevaba el camino: sólo conocían el nombre de Gross-Rosen, que les había sido asignado como destino. El campo estaba cubierto de nieve y el frío era intenso. Las rutas estaban congestionadas de columnas de la Wehrmacht y convoyes de prisioneros; abundaban los accidentes de tráfico en las resbaladizas carreteras.

Al borde del camino no sólo se veían los cuerpos de los prisioneros muertos; muchos refugiados estaban allí sentados, con su mujer e hijos. A la salida de una aldea, una mujer sentada en un tronco cantaba una nana a su hijo. Pero el niño estaba muerto, y su madre, loca. También se veía a muchas otras mujeres con sus niños arrastrando carretillas en las que se apilaban objetos de primera necesidad.

Trataban, no sin esfuerzo, de abrirse paso para huir del enemigo.

En Gross-Rosen el hacinamiento era total, pero Schmauser [107] había ordenado prepararse para la evacuación. Partí de inmediato hacia Breslau, con la idea de reunirme con él y transmitirle mis impresiones, recomendándole no abandonar Gross-Rosen. Entonces me mostró una orden de Himmler, enviada por radio, mediante la cual lo hacía responsable de la evacuación de todos los prisioneros aptos de los campos de su distrito.

Los convoyes que llegaban a la estación de Gross-Rosen eran alejados de inmediato. Pero no había alimentos para todos; ya no quedaba nada.

En los camiones descubiertos, los soldados de las SS descansaban tranquilamente, echados entre los cuerpos de los reclusos. Los supervivientes se sentaban encima de los cadáveres y masticaban un

mendrugo de pan. Era un espectáculo horrible, que habría podido evitarse.

Más adelante, asistí a la evacuación de Sachsenhausen y Ravensbrück. Se repetían las mismas escenas. Por suerte hacía menos frío y el tiempo era más seco; las columnas de reclusos podían acampar de noche al aire libre. Pero, al cabo de dos o tres días, se habían terminado las vituallas. La Cruz Roja [108] hacía lo posible por ayudar y distribuir víveres. Ya poco quedaba en los pueblos, cruzados durante semanas por columnas de refugiados. A todo esto venía a agregarse, en todos los caminos, la amenaza permanente de los bombardeos en picado.

Hasta el último momento desplegué toda mi energía para poner un poco de orden en el caos, aunque ya no podía servir de nada. Había llegado la hora de pensar en ponernos a salvo nosotros mismos. Desde finales de 1944, mi familia vivía en los alrededores de Ravensbrück. Por eso pude llevarla conmigo cuando el cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración decidió marcharse. Nos dirigimos hacia el norte, primero a Darss [109] y dos días más tarde a Slesvig-Holstein, siempre siguiendo las órdenes de Himmler. Ninguno de nosotros llegó a comprender por qué todavía nos necesitaban ni dónde podríamos prestar servicio. Además de los míos, tenía que ocuparme de la mujer de Eicke, de su hija, de los niños de ésta y de otros familiares que no debían caer en manos del enemigo. Nuestra huida se realizaba en espantosas condiciones. Nos desplazábamos de noche por las rutas congestionadas, con todas las luces apagadas. Como responsable de toda la columna, tenía que comprobar constantemente si los coches seguían unidos al resto del convoy. Glücks y Maurer tomaron otra ruta, por Warnemünde. En Rostock se averiaron dos grandes camiones que transportaban todo nuestro equipo de radio. Cuando pudieron reiniciar la marcha, ya se habían instalado barreras de carros de asalto y se vieron atrapados en una ratonera. Durante el día tratábamos de deslizamos rápidamente de un bosque a otro, porque la ruta era continuamente bombardeada. En Wismar, el *Feldmariscal* Keitel detenía al borde del camino a los desertores. En una granja, durante nuestra marcha, nos enteramos de que el Führer había muerto.

Mi mujer y yo tuvimos el mismo pensamiento: ahora nos tocaba a nosotros. Con el Führer desaparecía todo nuestro universo. ¿Acaso ahora la vida tenía algún sentido para nosotros? Nos perseguían, y acabarían encontrándonos. Quisimos envenenarnos. Había proporcionado veneno a mi mujer por si se producía un avance inesperado de los rusos, para que ella y los chicos no cayeran vivos en manos del enemigo. Pero renunciamos al suicidio por nuestros hijos y

decidimos someternos a nuestra suerte. Lo he lamentado toda mi vida. Tendríamos que haber muerto para ahorrarnos muchos sufrimientos, sobre todo los de mi mujer e hijos. No sé qué les espera. Lo único que sé es que tendríamos que haber perecido con el mundo al que nos unían lazos tan indestructibles.

Llevé a mi mujer y a mis hijos con *Frau* Thomsen, que había sido institutriz de los chicos en Auschwitz y que, durante el éxodo, se había instalado en casa de su madre en San Michaelisdam (Holstein). Por aquel entonces, yo ignoraba en qué lugar se instalaría el cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración. Me acompañaba mi hijo mayor, que no quería separarse de mí. Siempre esperamos ser empleados en las últimas pulgadas de terreno todavía libre de Alemania.

Para presentar nuestro último informe fuimos a Flensburg, adonde Himmler se había retirado con el gobierno del Reich. Ya nadie hablaba de combatir. La consigna era «sálvese quien pueda». Jamás olvidaré el momento en que me despedí del *Reichsführer*. Himmler irradiaba buen humor pese a que el mundo, nuestro mundo, había desaparecido. Si nos hubiera dicho: «Señores, todo ha terminado. Ustedes ya saben lo que deben hacer», yo le habría comprendido, pues esas palabras concordarían con ese sacrificio de sí mismo por un ideal que él predicara para los SS durante largos años. ¡Pero la orden que nos dio en el momento crucial fue que nos camufláramos dentro de la Wehrmacht!

Tal fue el adiós del hombre al que yo siempre había idealizado, el hombre que me inspiraba una confianza inquebrantable, el hombre cuyas órdenes y declaraciones me parecían palabras del Evangelio.

Intercambié una mirada con Maurer, no nos dijimos nada, pero nuestros pensamientos eran los mismos. Los dos éramos viejos nazis, viejos oficiales de las SS consagrados por completo a su ideal. De haber estado solos, habríamos cometido algún acto de desesperación; pero teníamos que ocuparnos de nuestro jefe de grupo, de los oficiales, de los hombres de nuestro Estado Mayor y de las familias en peligro.

Glücks agonizaba: lo llevamos al hospital de la Marina bajo un nombre ficticio. Gebhardt[110] se encargó de las mujeres y los niños que debían refugiarse en Dinamarca. El resto del grupo, provisto de documentos falsos, desapareció en las filas de la Marina. Con una orden de partida a nombre del cabo Franz Lang, me presenté a la escuela de señalización de la Marina, en la isla de Sylt. Envié a mi hijo con su madre, en mi coche y con mi chófer.

Como ya conocía algo de la vida de marino, pasé inadvertido. Me quedaba tiempo para reflexionar seriamente sobre todo lo ocurrido.

Un día, por casualidad, escuché por la radio que Himmler había sido arrestado y luego se había envenenado en la cárcel[111]. Yo siempre llevaba conmigo un frasco de veneno y pensaba utilizarlo llegado el momento.

Nuestra escuela fue evacuada y trasladada al espacio reservado para los internados, entre el canal de Kiel y el Schlei: los británicos destinaron el edificio de la escuela, con el conjunto de las islas del Frise, a albergar a los SS hechos prisioneros en su zona. Así que me encontraba cerca de mi familia, a la que pude ver en varias ocasiones. Mi hijo mayor venía a visitarme cada dos días. En calidad de agricultor profesional, obtuve una liberación anticipada. Pasé todos los controles británicos y me colocaron como obrero agrícola en una granja cerca de Flensburg. El trabajo me gustaba; gozaba de total independencia, pues el granjero seguía prisionero en zona americana. Permanecí allí durante ocho meses y me mantuve en contacto con mi mujer a través de su hermano, que trabajaba en Flensburg.

Éste me había informado de que yo era buscado por la Policía Militar Británica, que mi familia estaba siendo estrictamente vigilada y sometida a frecuentes pesquisas.

El 11 de marzo de 1946, a las once de la noche, vinieron a arrestarme.

Dos días antes se me había roto el frasco de veneno.

Me desperté sobresaltado, creyendo ser atacado por los ladrones que eran entonces muy comunes en la zona. No tuvieron, por lo tanto, ninguna dificultad en arrestarme. El tratamiento que recibí por parte de la Policía Militar Británica no fue especialmente clemente.

Me llevaron a Heide, casualmente al mismo cuartel donde los ingleses me habían liberado ocho meses antes.

Mi primer interrogatorio fue «contundente» en el sentido exacto del término. Firmé el acta, pero no sé cuál era su contenido: la mezcla de alcohol y látigo era demasiado sensible, incluso para mí. El látigo era mío; por azar se hallaba en el equipaje de mi mujer. No creo haber golpeado con él a mi caballo y nunca, con toda seguridad, a un preso. Pero el hombre que me interrogaba seguramente pensaba que me pasaba el día golpeando a los prisioneros con el látigo.

Al cabo de varios días me condujeron a Minden, al borde del Weser, centro de interrogatorios de la zona inglesa. Allí sufrí un tratamiento aún más brutal por parte del fiscal militar, un comandante inglés. El régimen de la prisión donde estaba encerrado se correspondía con la actitud de ese militar.

Tres semanas después me llevaron repentinamente a la peluquería, donde me cortaron el pelo y me afeitaron. También me autorizaron a lavarme. Desde mi arresto era la primera vez que me quitaban las esposas.

Al día siguiente me llevaron en un coche especial a Nüremberg, en compañía de un prisionero de guerra que habían traído de Londres como testigo de descargo para Fritzche[112]. Después de mis experiencias precedentes, mi estancia en el nuevo lugar de arresto me pareció una cura en un sanatorio. Estaba en el pabellón de los principales acusados y podía verlos constantemente cuando los llevaban al tribunal. Representantes de todos los países venían casi todos los días a dar una vuelta por nuestra cárcel y siempre me mostraban como a «una bestia feroz» muy curiosa.

Me habían traído a Nüremberg como testigo de descargo de Kaltenbrunner, a petición de su defensor. Ni siquiera hoy comprendo por qué fui yo el elegido entre todos con ese fin.

Las condiciones de mi arresto eran excelentes en todos los sentidos: disponíamos de una gran biblioteca y podía dedicarme todo el tiempo a la lectura. Sin embargo, los interrogatorios eran realmente muy penosos. No me maltrataban, pero la presión moral era insoportable. No puedo enfadarme con mis jueces: todos eran judíos.

Judíos deseosos de saberlo todo, me disecaron psicológicamente. Y no dejaban lugar a dudas sobre la suerte que nos esperaba.

El 25 de mayo, mi aniversario de bodas, fui conducido al aeródromo con Bühler[113] y Von Burgsdorff[114] y entregado a oficiales polacos. Un avión americano nos llevó a Varsovia vía Berlín. Aunque durante todo el viaje se nos trató de la manera más educada, tenía mis razones de temerme lo peor, pensando en mis experiencias en la zona británica y las insinuaciones que nos habían hecho, concernientes al tratamiento que nos esperaba en la Europa oriental. Los rostros y las actitudes de la multitud que asistió a nuestra llegada al aeródromo no podían inspirarnos confianza. Ya en prisión fui interpelado por varios de esos espectadores que me mostraron, tatuados en sus brazos, sus números de Auschwitz. No comprendía lo que me decían, pero tampoco eran precisamente palabras de bienvenida. Sin embargo, no me golpearon. El régimen era muy severo y yo estaba completamente aislado. A menudo venían a verme. Las nueve semanas que pasé allí fueron muy penosas. No tenía nada para leer, nada para distraer mi mente; tampoco estaba autorizado a escribir.

El 30 de julio llegué con otros siete alemanes a Cracovia. En la estación tuvimos que esperar largo rato la llegada de nuestro furgón.

Una multitud bastante importante se había reunido allí y nos insultaba copiosamente. Göth[115], uno de nuestros compañeros, fue reconocido de inmediato. Si el furgón no hubiera llegado a tiempo, nos habrían lapidado. Durante las primeras semanas, la prisión fue soportable; pero, de pronto, la actitud de los guardianes cambió radicalmente. Según su conducta y las conversaciones que más o menos alcanzaba a comprender, suponía que querían «acabar conmigo». Apenas me daban un mendrugo de pan y algunas cucharadas de sopa. Jamás me ofrecieron una segunda ración, aunque casi todos los días sobrara comida que era distribuida en las celdas vecinas. Si uno de los guardianes se atrevía a hacerme participar en la distribución suplementaria, los demás le silbaban para que no lo hiciera. Ahí fue donde aprendí a conocer el poder de los presos investidos de responsabilidades: lo dominan todo. Eran la prueba de la nefasta influencia que ejercían sobre sus codetenidos. También aprendí a conocer en detalle las diversas categorías de guardianes. Si el fiscal no hubiese intervenido, habrían terminado conmigo, tanto física como moralmente.

Mis nervios son de acero y tengo mucha experiencia de la vida; pero soportar la tortura moral a la que me sometían tres seres satánicos me superaba. Y no era yo el único a quien trataban así; había algunos otros entre los prisioneros polacos. Se han ido hace mucho tiempo, y ahora reina una apacible calma.

Debo decir con toda franqueza que no esperaba ser tratado con tanta corrección y deferencia en una prisión polaca. Y, sin embargo, así fue tras la intervención del fiscal.

¿Qué juicio emitiría actualmente sobre el Tercer Reich, sobre Himmler y sus SS, sobre los campos de concentración y la policía de seguridad? ¿Cómo valoro los acontecimientos que he presenciado en este ámbito? Como en el pasado, me mantengo fiel a la filosofía del partido nacionalsocialista. Cuando se ha adoptado una idea hace veinticinco años, cuando se está vinculado a ella en cuerpo y alma, no se renuncia porque aquellos que debían materializarla, los dirigentes del Estado nacionalsocialista, hayan cometido errores y actos criminales que han levantado contra ellos al mundo entero y hundido en la miseria al pueblo alemán durante décadas. Por mi parte, no soy capaz de tal renuncia. Leyendo las publicaciones de documentos encontrados y las actas de Nüremberg, he observado que los dirigentes del Tercer Reich provocaron, con su política de violencia, esta terrible guerra con todas sus consecuencias.

He comprendido que nuestros dirigentes, sirviéndose de una propaganda y un terror inauditos, llegaron a someter bajo su voluntad

a todo nuestro pueblo que, con raras excepciones, los ha seguido hasta el fin sin manifestar el menor espíritu de crítica o resistencia.

En mi opinión, la ampliación necesaria de nuestro espacio vital se habría podido alcanzar por medios pacíficos. Dicho esto, estoy firmemente convencido de que las guerras son inevitables y de que en el futuro volverán a producirse.

Sin embargo, para arrojar un tupido velo sobre la política de fuerza adoptada por nuestros dirigentes, era necesario hacer que sus medidas resultaran aceptables para la nación, deformando la realidad por medio de la propaganda. Para impedir que se manifestaran la duda o la oposición había que instaurar, igualmente, el terror que hemos conocido.

Por mi parte, creo que un enemigo serio puede ser desarmado si se le oponen principios mejores que los suyos.

Himmler era el más típico representante de una doctrina basada en el principio de liderazgo; cada alemán debía someterse, sin condiciones y sin críticas, a los dirigentes del Estado, considerados los únicos capaces de comprender y satisfacer las verdaderas aspiraciones populares.

Todo ciudadano que no se sometiera a esa doctrina debía ser eliminado de la vida pública. Con ese objeto, Himmler creó y educó a sus SS, fundó los campos de concentración y la Dirección General de Seguridad del Reich.

Para Himmler, Alemania era el único Estado con derecho a ejercer su dominio en Europa. Todos los demás pueblos quedaban relegados a un segundo plano. Las naciones de predominante sangre nórdica debían gozar de un tratamiento privilegiado, para que se las pudiera englobar, más tarde, en el cuerpo de Alemania. Los pueblos de sangre oriental, en cambio, debían ser destrozados y reducidos a la nada, al estado de ilotas.

Inspirándose en esas ideas se habían organizado, desde antes de la guerra, campos de concentración destinados a la internación de los enemigos del Estado. Gracias al procedimiento de selección, se transformaron en lugares de educación para los antisociales y, en ese sentido, rindieron servicios preciosos a la nación entera. También fueron un instrumento útil para la «lucha preventiva»[116] contra la criminalidad.

Pero, a partir de la declaración de guerra, esos campos se transformaron en lugares de exterminio directo e indirecto, donde sería aniquilada esa parte de la población de los territorios conquistados que se rebelaba contra sus conquistadores y opresores.

Ya he explicado extensamente mi actitud personal frente a los

«enemigos del Estado».

En cualquier caso, era un error proceder al exterminio de buena parte de las naciones enemigas. Se habrían podido reducir los movimientos de resistencia por medio de un tratamiento benévolo y razonable de la población de los territorios ocupados. El número de adversarios realmente importantes habría sido insignificante.

Ahora también reconozco que el exterminio de judíos constituía un error, un error total. Este aniquilamiento en masa ha despertado el odio del mundo entero contra Alemania. De nada sirvió a la causa antisemita; por el contrario, permitió a la judería acercarse a su objetivo final.

En cuanto a la Dirección General de Seguridad del Reich, no era más que el órgano ejecutivo, una prolongación del brazo policial de Himmler. Esta dirección y los propios campos de concentración estaban destinados a satisfacer la voluntad de Himmler y las intenciones de Adolf Hitler.

También he explicado, en páginas precedentes, el origen de los horrores que se producían en los campos de concentración. Por mi parte, nunca los he aprobado. Jamás he maltratado a un recluso, ni matado a ninguno de ellos con mis propias manos, como tampoco he tolerado los abusos de mis subordinados.

Y me estremezco cuando oigo hablar, durante los interrogatorios, de las espantosas torturas aplicadas a los detenidos de Auschwitz y otros campos. Por supuesto que sabía que, en Auschwitz, los detenidos eran maltratados por los SS, por los empleados civiles y, en igual medida, por sus propios compañeros de penurias. En su día, me opuse en vano a todo ello por todos los medios que tenía a mi alcance. Otros comandantes que compartían mis ideas obtuvieron resultados tan poco satisfactorios como los míos, pese a que dirigían campos menos importantes y más fáciles de vigilar.

Nada se puede hacer contra la maldad, la perfidia y la crueldad de algunos de esos individuos encargados de vigilar a los prisioneros, a menos que se los vigile a ellos mismos constantemente. Cuanto peor es el personal de guardia y vigilancia, más oprime a los presos. Las condiciones de mi detención actual confirman lo que digo.

En la zona británica, donde estaba sometido a la más estricta vigilancia, pude estudiar nuevamente, en todo detalle, la mentalidad de las tres categorías de guardianes. En Nüremberg, el «tratamiento individual» de tal o cual prisionero no era posible, pues todos los detenidos estaban sometidos a la vigilancia permanente del oficial de servicio.

Incluso a mi paso por Berlín fui maltratado sólo por terceros que,

de pronto, aparecían en los lavabos.

En la prisión de Varsovia, que (por lo que pude ver desde mi celda) estaba dirigida con disciplina y precisión, había un guardián —y sólo uno— que, en cuanto llegaba a nuestro pabellón, corría de una celda a otra para moler a palos a los alemanes. Excepto Von Burgsdorff, que se defendió a cachetes, los demás alemanes recibieron su buena ración de brutalidades. Era un joven de dieciocho o veinte años, cuya mirada reflejaba odio frío. Se consideraba judío polaco, aunque no lo parecía; también se mostraba implacable castigando a los detenidos, y sólo se detenía cuando un colega le señalaba la presencia de alguna persona. Estoy convencido de que ni los funcionarios superiores ni el director de la prisión habrían aprobado esa manera de actuar. Varias veces vinieron a preguntarme cómo me trataban, pero siempre callaba esas cosas frente a los funcionarios que me interrogaban, pues no se trataba más que de un guardián. Los demás se mostraban más o menos severos y huraños, pero ninguno de ellos me levantó la mano.

Como se ve, ni siquiera en una pequeña prisión el director podía impedir los abusos de sus subordinados. En un campo de las dimensiones de Auschwitz, ya era algo absolutamente imposible.

Por cierto: yo era duro y severo, a menudo demasiado duro y severo, tal como lo veo ahora. Contrariado por los desórdenes y las negligencias, a veces me permitía pronunciar palabras desagradables que habría sido mejor callar. Sin embargo, nunca fui cruel y no he maltratado a nadie.

Muchas cosas ocurrieron en Auschwitz —se dice que en mi nombre y por orden mía—, de las cuales nunca supe nada; de lo contrario, no las habría tolerado ni aprobado.

Pero, como las cosas ocurrieron en Auschwitz, soy yo el responsable. El reglamento lo dice expresamente: «El comandante es enteramente responsable de toda la extensión de su campo».

Ahora mi vida llega a su fin. A lo largo de estas páginas he expuesto todo lo que me ha ocurrido de esencial, todo lo que ha influido sobre mí y me ha impresionado. Me he expresado conforme a la realidad y la verdad; he contado lo que vi con mis propios ojos, dejando de lado los detalles que me parecían secundarios. También hay muchas cosas que he olvidado o que no recuerdo muy bien.

No soy escritor y no he manejado demasiado la pluma. Seguramente me habré repetido; también es probable que a menudo me haya expresado mal. Me han faltado la calma y la serenidad que me habrían permitido concentrarme en este trabajo. He escrito al correr de la pluma, sin recurrir a artificios. Me he pintado tal como soy.

He llevado una existencia plena y variada. El destino me llevó muy alto y me hundió en los abismos. La vida me ha golpeado muchas veces, pero yo siempre me he mantenido firme y nunca he perdido el coraje.

Dos estrellas me guiaron desde el momento en que volví adulto de una guerra en la que me había enrolado de niño: mi patria y mi familia.

Mi apasionado amor por la patria y mi conciencia nacional me condujeron al partido nacionalsocialista y a las SS.

Considero que la cosmovisión o *Weltanschauung* del nacionalsocialismo es la única apropiada para la naturaleza del pueblo alemán. Los SS eran, en mi opinión, los defensores activos de esa filosofía y eso los hacía capaces de devolver gradualmente al pueblo alemán a una vida conforme a su naturaleza.

Mi familia es para mí una cosa igualmente sagrada, a la que estoy ligado por lazos indisolubles.

Siempre me he preocupado por su futuro: la granja sería un día nuestra verdadera casa. Para mi mujer y para mí, nuestros hijos representaban el objetivo de nuestra existencia. Queríamos también darles una buena educación y legarles una patria poderosa.

Aun hoy, todos mis pensamientos van hacia mi familia. ¿Qué será de ellos? La incertidumbre que siento en este sentido hace que mi detención sea muy penosa.

Me he sacrificado definitivamente. Todo está en orden, ya no me preocupo por nada. Pero ¿qué harán ahora mi mujer y mis hijos?

El destino ha jugado extrañas bazas conmigo. Mi vida pendía constantemente de un hilo: durante la Gran Guerra, durante los combates de los cuerpos francos, en accidentes de trabajo. Una vez, mi coche chocó contra un camión y estuve a punto de perder la vida. En otra ocasión en que montaba a caballo, caí sobre una piedra y a punto estuve de ser aplastado por mi montura; salí del trance con algunas costillas fracturadas. Durante los bombardeos aéreos llegué a creer, más de una vez, que el final había llegado. Sin embargo, nada me ocurrió. Poco antes de la evacuación de Ravensbrück sufrí un accidente de automóvil y todos me dieron por muerto; me había vuelto a salvar.

El frasco de veneno que siempre llevaba encima se me rompió poco antes de que me arrestaran. Y así sucesivamente…

Una y otra vez el destino me ha librado de la muerte para hacerme sufrir, ahora, un denigrante final. ¡Cuánto envidio a mis camaradas caídos como soldados en el campo del honor!

Yo era una inconsciente ruedecilla en la inmensa máquina del

Tercer Reich. La máquina se rompió, el motor desapareció y yo debería hacer otro tanto. El mundo así lo pide.

Jamás habría accedido a revelar mis pensamientos más íntimos, más secretos, exhibiendo desde mi «yo», de no haber sido tratado aquí con tanta comprensión, tanta humanidad.

Para responder a esta actitud, debía contribuir, en la medida de lo posible, a aclarar algunos puntos oscuros.

Si se utiliza esta exposición, quisiera que no se dieran a publicidad los pasajes que conciernen a mi mujer, mi familia, mis momentos de ternura y mis dudas secretas[117].

Respecto a que el gran público continúe considerándome una bestia feroz, un sádico cruel, el asesino de millones de seres humanos: las masas no podrán tener otra imagen del excomandante de Auschwitz. Nunca comprenderán que yo también tenía corazón…

RUDOLF HÖSS

Cracovia, febrero de 1947

Anexo I

La «solución final» del problema judío en el campo de concentración de Auschwitz [118]

Fue en el verano de 1941 (no recuerdo ya la fecha exacta) cuando, por sorpresa, recibí la llamada de un ayudante de campo de Himmler para citarme ante el *Reichsführer* en Berlín. A diferencia de lo acostumbrado, me recibió a solas y me dijo lo siguiente:

«El *Führer* ha dado orden de proceder a la "solución final" del problema judío. Nosotros, los SS, seremos los encargados de cumplir esa orden.

»Los centros de exterminio ya existentes en la zona oriental no se hallan en condiciones de llevar a cabo las grandes acciones proyectadas. Con este objeto he elegido Auschwitz, primero por su situación favorable desde el punto de vista de las comunicaciones y, después, porque el emplazamiento destinado a esta acción puede ser fácilmente aislado y camuflado en esta región. Al principio había pensado confiar esta tarea a un oficial SS de rango superior; pero renuncié a ello para evitar discusiones sobre distribución de competencias. Por lo tanto, será usted quien de ahora en adelante se encargue de la tarea. El trabajo que le espera es arduo y penoso: conságrese a él en cuerpo y alma y haga abstracción de las dificultades que se le presentarán. El *Sturmbannführer* Eichmann, de la RSHA, irá a verlo próximamente y le comunicará todos los detalles.

»Las administraciones participantes serán informadas por mí llegado el momento oportuno. Usted guardará completo silencio sobre esta orden, incluso ante sus superiores. Tras su conversación con Eichmann me enviará sin pérdida de tiempo los planos de la instalación propuesta.

»Los judíos son los enemigos eternos del pueblo alemán y deben

ser exterminados. A partir de ahora, y mientras dure la guerra, todos los judíos a los que podamos echar mano deben ser aniquilados, sin excepción alguna. Si no logramos destruir ahora las bases biológicas de la judería, serán los propios judíos quienes, después, aniquilarán al pueblo alemán».

Recibida esta orden llena de significado, volví de inmediato a Auschwitz y me puse a estudiar los proyectos elaborados para las «acciones» en diversos países. No recuerdo exactamente el orden en que debían desarrollarse. En Auschwitz se empezaría por la Alta Silesia y las regiones vecinas del gobierno general (de Polonia). Simultáneamente, o poco después, les tocaría el turno a los judíos alemanes y checoslovacos. Más tarde serían los de los países occidentales: Francia, Bélgica y Holanda. Me dio también el número aproximado de convoyes esperados. Ahora no podría recordarlo [119].

Luego hablamos sobre el proceso de exterminio. Me explicó que sólo se emplearía el método del gas letal. Sería prácticamente imposible eliminar a las multitudes esperadas por fusilamiento. Por otra parte, si se tenía en cuenta la cantidad de mujeres y niños, este método sería demasiado pesado para los SS que lo aplicaran.

Eichmann me explicó la manera de matar a la gente durante el transporte en camiones empleando residuos de gas de motor [120] como se hacía entonces en la zona oriental. Pero ese método no era aplicable en los convoyes masivos esperados en Auschwitz. Me dijo, también, que en algunos lugares del Reich se había empleado el óxido de carbono para eliminar a alienados, pero que el uso de ese gas en las duchas exigía muchos preparativos. Por otra parte, no era seguro que se pudiera conseguir ese gas en cantidades suficientes para liquidar a masas tan considerables. La cuestión quedó sin resolver. Eichmann andaba buscando un gas de fácil obtención que se pudiera aplicar sin necesidad de instalaciones especiales: me comunicaría todo lo que consiguiera averiguar. Estuvimos de acuerdo en que la finca que se encontraba en el ángulo noroeste del futuro sector III de Birkenau era especialmente apropiada para los fines propuestos [121]. Estaba apartada, protegida de las miradas indiscretas por los bosquecillos y setos que la rodeaban, no demasiado alejada de la vía férrea. Los cuerpos serían depositados en fosas alargadas y profundas que se cavarían en las praderas adyacentes. En ese momento, todavía no encarábamos la incineración. Según nuestros cálculos, era posible matar simultáneamente, en los locales disponibles y con ayuda de un gas apropiado, a unas ochocientas personas. Esa cifra coincidía, efectivamente, con la capacidad luego comprobada.

Eichmann todavía no podía determinar la fecha del comienzo de la

«acción». Todo se hallaba en estado de preparación y Himmler no había dado aún la señal de partida. Volvió a Berlín para informar a Himmler de nuestras conversaciones.

Al cabo de unos días envié por mensajero especial al *Reichsführer* un plan detallado del emplazamiento junto con una descripción exacta de las instalaciones proyectadas. Nunca recibí una respuesta ni una resolución al respecto. Más tarde, Eichmann me dijo que Himmler estaba de acuerdo.

A finales de noviembre fui invitado a asistir en Berlín a una conferencia en las oficinas de Eichmann; participaron todos los funcionarios encargados del problema judío[122]. Los delegados de Eichmann en diversos países presentaron sus informes sobre el estado de las «acciones» emprendidas y las dificultades con que habían topado, tales como el albergue de prisioneros, la preparación de convoyes, el establecimiento de los horarios, etc. En esa ocasión, todavía no se me dio a conocer la fecha de comienzo de la «acción». Por otro lado, Eichmann no había descubierto aún los gases más apropiados.

En otoño de 1941, de acuerdo con una orden secreta y especial, instructores, comisarios y ciertos funcionarios políticos rusos fueron sacados por la Gestapo de los campos de prisioneros de guerra y enviados a los campos de concentración más cercanos para ser liquidados. A Auschwitz comenzaron a llegar pequeños convoyes de estos hombres, que fueron fusilados en las canteras cercanas a los edificios del Monopolio[123] o en el patio del bloque 11.

Durante mi ausencia por un viaje de servicio, mi sustituto, el *Standartenführer* Fritzsch, empleó por su cuenta y riesgo gases para exterminar a esos prisioneros de guerra[124]. Procedió de la siguiente manera: las diversas celdas y sótanos se llenaban hasta el tope de prisioneros rusos. Protegiéndose con máscaras de gas, se hacía entrar en las celdas el Cyclon B, que producía una muerte inmediata.

El Cyclon B era comúnmente empleado como insecticida por los oficiales Tesch y Stabinow. Siempre había una cantidad de gas a disposición de la administración. En los primeros tiempos, ese gas venenoso —un preparado de cianuro— era utilizado con la mayor precaución sólo por los empleados subalternos de Tesch y Stabinow. Más tarde, ciertos enfermeros graduados recibieron de esos oficiales la instrucción necesaria para utilizar el gas en la lucha contra parásitos y epidemias[125].

Cuando Eichmann regresó a Auschwitz, le informé sobre el uso del Cyclon B y decidimos emplearlo en los futuros exterminios masivos.

Se continuó matando con Cyclon B a los prisioneros rusos de las

citadas categorías; pero ya no se hacía en el bloque 11, porque después de emplear el gas había que ventilar todo el edificio durante dos días. Por ello se habilitó más tarde la morgue del crematorio con puertas herméticas y un techo perforado para la entrada del gas.

Pero, que yo recuerde, sólo un convoy de 900 prisioneros de guerra rusos fue exterminado allí con gas, y su incineración duró varios días. No se mató a ningún ruso con gas letal en la finca campestre que después fue utilizada para el exterminio de judíos.

No podría dar la fecha exacta con la que empezó la matanza de judíos. Probablemente fue en septiembre de 1941, o quizás en enero de 1942. Al principio se trataba de judíos que venían de la Alta Silesia oriental. Eran detenidos por la Gestapo de Katowice y enviados en convoyes por la vía férrea hasta la estación de Auschwitz, desde donde se les derivaba a una vía muerta, para hacerlos bajar por el lado oeste. Si mal no recuerdo, esos convoyes nunca transportaban a más de mil hombres cada uno.

Una vez apeados los judíos del tren, un destacamento de la Gestapo del campo se hacía cargo de ellos y, dirigidos por el *Schutzhaftlagerführer*, eran llevados en dos tandas a la instalación para el exterminio, normalmente conocida como el «Búnker».

Los equipajes quedaban al costado de la vía férrea y de allí se los trasladaba hasta el lugar donde se procedía a la selección. Ese lugar estaba cerca de la estación y recibía el nombre de «Canadá»[126].

Ya cerca del Búnker, los judíos recibían la orden de desnudarse: se les explicaba que serían encerrados en cámaras donde se los desinfectaría.

Todas las cámaras —cinco en total— se llenaban al mismo tiempo, las puertas herméticas se cerraban con llave y a continuación se introducía el contenido de los bidones de gas letal a través de los agujeros practicados en el techo.

Al cabo de una media hora se abrían las puertas —dos en cada cámara— y los muertos eran retirados y llevados a las fosas comunes en pequeñas vagonetas de un ferrocarril de campaña.

Las ropas eran transportadas en camión hasta el lugar de selección. Todo el trabajo (ayudar a las víctimas a desvestirse, llenar y vaciar el Búnker, retirar los cadáveres, cavar y llenar las fosas comunes) lo realizaba un «comando especial»[127] de judíos que vivían aparte y serían liquidados de igual manera después de cada acción de cierta importancia por orden de Eichmann.

Cuando llegaron los primeros convoyes, Eichmann nos transmitió una orden del *Reichsführer*, según la cual había que quitarles a los cadáveres los dientes de oro y cortarles los cabellos a las mujeres. Este

trabajo también lo hacía el comando especial.

La vigilancia de la operación de exterminio incumbía alternativamente al *Schutzhaftlagerführer* y al *Rapportführer*. Los enfermos que no podían ser llevados a las cámaras de gas eran ejecutados con un tiro en la nuca, disparado con un fusil de pequeño calibre.

Se exigía también la presencia de un médico de las SS. Los enfermeros especialmente formados para los trabajos de desinfección eran los encargados de hacer entrar el gas en las cámaras.

Mientras que en la primavera de 1942 sólo había «acciones» poco importantes, la llegada de convoyes se hizo más frecuente durante el verano, y nos vimos obligados a crear una nueva instalación para el exterminio. Con ese fin se eligió una finca situada al oeste de los futuros crematorios III y IV, en la que se realizaron las instalaciones necesarias. Para desnudarse, se levantaron dos barracas cerca del Búnker I y tres cerca del Búnker II.

El Búnker II era más grande y tenía aforo para 1200 personas. Durante todo el verano se continuaron transportando cadáveres a las fosas comunes. Sólo hacia finales del verano empezamos a incinerarlos. Al principio, una gran hoguera nos servía para 10 000 cadáveres; luego se procedió a la incineración en las fosas comunes vacías de los cadáveres precedentes. Primero los cadáveres eran rociados con derivados de petróleo; después, con alcohol metílico. En las fosas, las incineraciones proseguían noche y día sin interrupción.

A finales de noviembre, todas las fosas comunes fueron vaciadas. El número de cadáveres que habían sido enterrados allí se elevaba a 107 000. Esta cifra corresponde no sólo a los convoyes de judíos exterminados desde el principio hasta el momento en que se procedió a las incineraciones, sino también a los cadáveres de reclusos fallecidos en el campo de Auschwitz durante el invierno de 1941-1942, época en la que el crematorio permaneció fuera de servicio durante un largo período. La cifra incluye, también, a todos los presos del campo de Birkenau muertos en este período.

Durante la visita del verano de 1942, el *Reichsführer* asistió con atención a todo el proceso de exterminio, desde la descarga de los convoyes hasta el vaciamiento del Búnker II. En esa época todavía no se incineraba.

No hizo ninguna observación ni nos dirigió la palabra.

Estaban presentes el *Gauleiter* Bracht y Schmauser.

Poco después de la visita de Himmler, el *Standartenführer* Blobel nos trajo, desde las oficinas de Eichmann, una orden del *Reichsführer*.

Todas las fosas comunes debían ser dispersadas de tal manera que, en el futuro, no se pudieran sacar conclusiones sobre el número de incinerados.

Blobel ya había experimentado en Chelmno[128] con diversos métodos de incineración. Eichmann le encargó que me mostrara sus instalaciones.

Viajé a Chelmno con Hossler. Blobel había construido diversos tipos de hornos y empleaba como combustible madera y residuos de gasolina. También había tratado de destruir cadáveres con explosivos, pero el resultado estaba lejos de ser brillante. Las cenizas eran diseminadas en los grandes bosques vecinos, tras haber sido reducidos los huesos a polvo en un molino.

Blobel tenía la misión de descubrir todas las fosas comunes de la región oriental y destruir todos sus rastros. Su oficina era designada, para su camuflaje, con el número «1005». El trabajo lo realizaban dos comandos de judíos a los que se fusilaba tras la limpieza de un sector. El campo de concentración de Auschwitz casi siempre era el elegido para la provisión de judíos destinados al comando «1005».

Durante la visita a Chelmno vi la instalación de exterminio con los camiones utilizados para matar a judíos con residuos de gas de los motores. Pero el Führer del comando local me explicó que el método no era seguro, porque el gas se formaba de manera muy irregular y no bastaba, en muchos casos, para ocasionar la muerte.

Me resultó imposible saber cuántos cadáveres habían sido depositados o incinerados en las fosas comunes de Chelmno.

Blobel estaba informado de manera bastante exacta sobre el número de fosas comunes de la región oriental, pero había prometido guardar el más absoluto secreto.

La orden de Himmler comunicada por la oficina de Eichmann prescribía en un primer momento exterminar, sin excepción alguna, a todos los judíos que llegaran a Auschwitz. Esta orden fue, en efecto, aplicada a todos los judíos procedentes de la Alta Silesia; pero, cuando empezaron a llegar los primeros convoyes de judíos alemanes, se nos ordenó seleccionar a todos los judíos, hombres o mujeres, aptos para el trabajo y emplearlos en la producción de armas. En ese momento, todavía no había en Auschwitz un campo especial para mujeres, y sólo después de recibir esta orden nos vimos obligados a instalarlo.

En los campos de concentración ya habían surgido, y continuaban desarrollándose importantes fábricas de armamento. Al mismo tiempo, se empezaba a emplear a los reclusos en empresas de armamento fuera de los campos. En consecuencia, pronto se sintió una verdadera falta de reclusos, cuando los comandantes de los antiguos campos del

interior del Reich antes se veían obligados a buscar ocupación para el excedente de presos.

Pero los judíos debían ser concentrados únicamente en el campo de Auschwitz. Auschwitz-Birkenau estaba destinado a ser un campo puramente judío, así que los detenidos de otras nacionalidades debían ser trasladados a campos diferentes.

Esta orden nunca fue ejecutada estrictamente, e incluso luego se continuó empleando a judíos en las fábricas de armamento que había fuera de los campos, como consecuencia de la falta de mano de obra.

Los médicos de las SS eran los encargados de seleccionar a los judíos en condiciones de trabajar. Pero a menudo el *Schutzhaftlagerführer* o comandante de custodia protectora se ocupaba de ello, sin que yo lo supiera o aprobara. De ahí surgían fricciones entre los médicos de las SS y los oficiales encargados de la mano de obra. La divergencia de opiniones resultaba de las diferentes interpretaciones que recibían las órdenes del *Reichsführer* por parte de las más altas instancias berlinesas.

La Dirección General de Seguridad del Reich, representada por Müller y Eichmann, estaba sumamente interesada, por razones de seguridad policial, en el exterminio de la mayor cantidad posible de judíos. El médico jefe SS del Reich, que daba las instrucciones a los médicos de las SS para la selección, opinaba que sólo debían ser empleados los judíos realmente aptos para el trabajo. En cambio, los hombres débiles y de edad avanzada que podrían ser incluidos en ese grupo, al cabo de poco tiempo se volvían incapaces de trabajar y contribuían con ello a rebajar el nivel sanitario general: colapsaban las enfermerías, distraían al personal médico, consumían medicamentos para luego acabar en una fosa como los demás.

Por el contrario, la oficina de armamento, representada por Pohl y Maurer, estaba interesada en obtener la mayor cantidad posible de hombres aptos para trabajar en la industria armamentística, aunque poco después se volvieran inútiles. La oposición de intereses se hacía cada vez más evidente como resultado de las casi ilimitadas exigencias de mano de obra formuladas por el Ministerio de Armamento y la Organización Todt. El *Reichsführer* no dejaba de hacer promesas a esas dos administraciones, fijando cifras que era totalmente imposible alcanzar. Como jefe de la Sección D2, Maurer se enfrentaba a la difícil tarea de satisfacer, bien o mal, las permanentes exigencias de esas administraciones; por ello insistiría a los oficiales encargados de recuperar mano de obra en que hallaran la mayor cantidad posible de hombres.

Nunca se pudo obtener una decisión clara de Himmler en este

sentido. Personalmente, yo creía que era necesario seleccionar únicamente a los judíos sanos y vigorosos. La selección se hacía de la siguiente manera: se descargaban los vagones uno por uno; una vez depositados sus equipajes, los judíos pasaban ante un médico de las SS que decidía, mientras ellos marchaban, quiénes eran aptos para el trabajo. Los que aprobaban el reconocimiento marchaban al campo formando pequeños destacamentos[129].

El número de los aptos ascendía, por término medio, a un veinticinco o treinta por ciento del convoy, aunque también estaba sujeto a fuertes oscilaciones. Por ejemplo, los judíos griegos aptos para trabajar no sobrepasaban el quince por ciento. Por el contrario, había convoyes procedentes de Eslovaquia con un ciento por ciento de hombres capaces. Todos los médicos y enfermeros judíos eran enviados al campo.

Desde las primeras incineraciones al aire libre se observó que el método, a la larga, no sería utilizable. Cuando hacía mal tiempo o demasiado viento, el olor se esparcía varios kilómetros a la redonda y toda la población de los alrededores empezaba a hablar de la incineración de judíos, pese a la propaganda del partido y de los órganos administrativos. Todos los SS que participaban en la acción de exterminio habían recibido la severa orden de guardar silencio. Sin embargo, cuando después las autoridades de las SS iniciaron ciertos sumarios, se descubrió que los acusados no habían respetado esta consigna de silencio. Ni siquiera las penas más severas podían impedir los rumores. Más tarde, la defensa antiaérea presentó una queja contra los fuegos nocturnos visibles desde lejos por los aviadores. Pero nosotros estábamos obligados a proseguir las incineraciones durante la noche, para evitar un atasco de convoyes. Había que mantener a toda costa el horario de las diversas «acciones» establecido de la manera más precisa durante una conferencia organizada por el Ministerio de Comunicaciones. De lo contrario, se podían haber producido atascos y desórdenes en las vías férreas interesadas; lo cual, por motivos también militares, había que evitar. Por esas razones se procedió de diversas maneras a una planificación acentuada que proponía la construcción de dos grandes crematorios y, en 1943, la incorporación de dos nuevas instalaciones menores. Después se proyectó una nueva instalación muy superior a las que ya estaban en marcha, pero se desestimó la idea porque, en el otoño de 1944, Himmler dio orden de detener inmediatamente el exterminio de judíos.

Los dos grandes crematorios I y II fueron construidos durante el invierno de
1942-1943

y puestos en funcionamiento en la primavera de 1943. Cada uno disponía de cinco hornos de tres entradas y podían incinerar en veinticuatro horas alrededor de dos mil cadáveres. Consideraciones de orden técnico —peligro de incendio— hacían imposible un aumento de esta capacidad. Los ensayos realizados en este sentido sólo dieron problemas, e incluso en varias ocasiones condujeron a la detención total de las incineraciones. Los dos crematorios, I y II, disponían de vestuarios subterráneos donde desnudarse y una cámara de gas que era posible ventilar. Los cadáveres eran llevados al crematorio en ascensor.

En cada una de las cámaras de gas había espacio para 3000 hombres, pero nunca se alcanzaron esas cifras, pues los convoyes tampoco tenían tanta capacidad.

Los crematorios III y IV, de dimensiones menos importantes, debían tener, según los cálculos de la empresa constructora Topf de Erfurt, capacidad para incinerar cada uno 1500 cuerpos en veinticuatro horas. Debido a la escasez de materiales ocasionada por la guerra, la administración redujo las proporciones de estos crematorios. Por eso aquí los vestuarios y las cámaras de gas estaban sobre el nivel del suelo y los hornos eran más pequeños. Pronto se observó que los hornos —dos en cada una de las cuatro cámaras— no reunían las condiciones. Poco después se renunció al crematorio III. En cuanto al IV, hubo que suspender su utilización, pues después de un breve lapso —entre cuatro y seis semanas— los hornos o las chimeneas se quemaron. Se incineró, entonces, en las fosas preparadas detrás del crematorio.

La instalación provisoria I fue destruida tras comenzar la construcción del sector III del campo Birkenau. La instalación II —después llamada instalación al aire libre o Búnker V— funcionó hasta el final; era utilizada como horno de reemplazo cuando se producían averías en los crematorios I a IV. La capacidad del Búnker V era prácticamente ilimitada en la época en que todavía se podía quemar cadáveres día y noche. Pero, a causa de la actividad aérea enemiga, las incineraciones nocturnas quedaron prohibidas a partir de 1944.

La cifra máxima de muertos e incinerados en veinticuatro horas apenas llegó a superar los nueve mil en todas las instalaciones, excepto en el Búnker III. Corría el verano de 1944, era el momento de la «acción» húngara. A causa de los retrasos en las comunicaciones ferroviarias, nos llegaban cinco trenes en veinticuatro horas en lugar de los tres esperados, y los convoyes eran más numerosos que de costumbre[130].

Los crematorios fueron instalados en el extremo de los dos grandes

ejes del campo de Birkenau. Se trataba de evitar una mayor ampliación del campo, lo que habría complicado las medidas de seguridad. Por otra parte, se pretendía que los crematorios no estuvieran demasiado alejados del campo, porque así, una vez finalizado el exterminio, los vestuarios y las cámaras de gas podían ser utilizados como duchas.

Para no llamar la atención de los transeúntes sobre las instalaciones, se quiso rodear los edificios con setos o muros. Pero nada se pudo hacer por falta de material. Previsoramente, todos los lugares de exterminio fueron protegidos con empalizadas.

También se había proyectado construir una estación para tres vías férreas entre los sectores I y II del campo Birkenau y prolongar las líneas hasta los crematorios III y IV, con el fin de proteger la descarga de los convoyes de la mirada de los curiosos. Pero este proyecto también fue abandonado por escasez de material.

Como el *Reichsführer* buscaba siempre aumentar el número de reclusos empleados en la industria armamentística, Pohl tuvo que recurrir también a los judíos no aptos para el trabajo que pudiesen curarse en un plazo de seis semanas y ser declarados aptos. Hasta entonces, todos los judíos que ya no eran capaces de trabajar se cargaban en el convoy más próximo destinado a las cámaras de gas. Si se hallaban en la enfermería, los mataban con una inyección letal. La orden de Himmler parecía una broma, si se tienen en cuenta las condiciones que entonces reinaban en Auschwitz-Birkenau. Nos faltaba de todo: los medicamentos brillaban por su ausencia; los hombres aquejados por las enfermedades más graves apenas disponían de una cama. La alimentación era del todo insuficiente y el Ministerio de Alimentación reducía constantemente las raciones.

Nuestros reclamos no servían de nada: había que arreglárselas solos. Los resultados fueron que el campo soportaba una irremediable falta de espacio para los reclusos sanos, que el estado sanitario se deterioró rápidamente y las epidemias causaron estragos. La orden citada entrañó, casi de inmediato, un aumento de la mortandad y una notable «degradación» de las condiciones generales; sin embargo, no creo que haya proporcionado a la industria armamentística un solo judío curado y recuperado como apto para el trabajo.

En lo que concierne a las experiencias e investigaciones emprendidas por orden del *Reichsführer*, puedo enumerar las siguientes:

Profesor Clauberg: ensayos de esterilización por medio de inyecciones en las trompas que provocaban inflamación y desecación de esos órganos y conducían a la esterilidad sin perjuicio para el

cuerpo[131].

Doctor Schumann, de la cancillería del Führer: esterilización por medio de rayos X. Desconozco los resultados, pero sostengo que muchas muertes fueron ocasionadas por aplicaciones demasiado fuertes.

El doctor Wirths y su hermano: investigaciones sobre el cáncer, por lo que sé inocuas para la salud[132].

Doctor Mengele: investigaciones sobre mellizos, según parece, puramente teóricas y sin peligro para la salud[133].

El doctor Wirths y algunos médicos del campo: experimentos con inyección de cianuro y metanol practicadas en «judíos de transporte», incapaces de trabajar.

No conozco otros experimentos.

Son «judíos de transporte» los enviados al campo por las oficinas de Eichmann. Los formularios que anunciaban su llegada traían esta anotación: «El convoy corresponde a las instrucciones dadas y debe ser tratado de manera especial».

Todos los judíos que habían llegado previamente, antes de la orden de exterminio, eran considerados «judíos de internación preventiva» o bien judíos pertenecientes a otras categorías de reclusos.

Antes he señalado que el número de judíos enviados a Auschwitz para ser exterminados ascendía a 2 500 000. Esta cifra fue proporcionada por Eichmann a mi superior Glücks cuando éste fue llamado para informar a Himmler, poco antes del sitio de Berlín. Glücks y su sustituto permanente Günther eran, por otra parte, los únicos que disponían de datos para establecer la cantidad total de exterminados. En Auschwitz se quemaban en el acto, conforme a las órdenes del *Reichsführer*, todos los documentos susceptibles de proporcionar datos sobre la cantidad de exterminados.

Como jefe de la Sección D1, yo debía destruir personalmente todos los documentos que llegaban a mi poder. Las demás secciones hacían lo mismo.

Según lo afirmado por Eichmann, fueron igualmente destruidos todos los documentos en las secciones del *Reichsführer* y de la Dirección General de Seguridad del Reich.

Solamente algunas notas manuscritas podrían aún proporcionar ciertas indicaciones. Puede que en tal o cual despacho se hayan podido encontrar documentos o textos de mensajes transmitidos por radio abandonados por negligencia, pero esos papeles no podrían facilitar ninguna información útil sobre la cifra total.

Por mi parte, nunca conocí esa cifra total y tampoco dispongo de puntos de referencia para establecerla. Sólo recuerdo las cifras de las

«acciones» más importantes, que me fueron indicadas por Eichmann o sus delegados:

Mi memoria no conserva cifras relativas a acciones de menor importancia, pero eran insignificantes en comparación con las que acabo de citar. Considero que la cifra de 2 500 000 es demasiado elevada. Incluso en Auschwitz, la capacidad de exterminio tenía sus límites. Las cifras indicadas por antiguos reclusos son producto de su fantasía y no tienen fundamento[134].

«Acción Reinhardt»[135] era la denominación que camuflaba las operaciones de recolección, selección y utilización de todos los objetos procedentes de los convoyes y del exterminio.

Conforme a la orden del *Reichsführer*, todo miembro de las SS que se apropiara de alguno de esos objetos sería castigado con la muerte[136].

Esta operación permitió echar mano de una increíble cantidad de pertenencias, que se elevaba a centenares de millones.

Pese a las severas penalidades, multitud de pertenencias fueron robadas por agentes de las SS, policías, reclusos, empleados civiles, obreros y personal ferroviario. Muchas de esas pertenencias deben de estar aún escondidas o enterradas en los alrededores del campo Auschwitz-Birkenau.

Cuando a su llegada eran descargados los convoyes de judíos, los equipajes permanecían cerca de la vía férrea hasta que las víctimas fueran llevadas a los lugares de exterminio o al campo. Luego, un comando de transporte especial venía a retirar los equipajes y los llevaba hasta el lugar de selección «Canadá I», donde también se los desinfectaba. Al mismo lugar eran remitidas ropas de los exterminados en los Búnkeres I y II y en los crematorios I a IV.

Pero ya en 1942, Canadá I no estaba en condiciones de cumplir regularmente su función. Pese a las nuevas barracas construidas y el trabajo ininterrumpido de los reclusos encargados de la manutención, los equipajes no revisados se acumulaban cada vez más. Y esto sin tener en cuenta que, cada día, el material seleccionado era cargado en vagones cuyo número se elevaba a veces hasta las dos decenas. En 1942 se instaló un nuevo depósito llamado Canadá II, al oeste del sector II de Birkenau. También se construyeron barracas de desinfección y lavaderos. Pero, las treinta barracas se llenaron nada más terminadas. Montañas de equipajes no revisados se acumulaban en las cercanías. Era imposible reforzar los comandos y no se podía pensar en recuperar el retraso durante las «acciones», que duraban de

cuatro a seis semanas. Sólo lográbamos despejar el terreno cuando se producían largos intervalos entre ellas.

Se revisaban las ropas y el calzado para encontrar cosas de valor. Si tenemos en cuenta la cantidad de los que llegaban, ese registro sólo podía ser superficial. Los objetos y ropas eran clasificados y, en parte, enviados al campo cuando podían completar la vestimenta de los detenidos. Una gran cantidad de ropa era puesta a disposición de los refugiados y, más tarde, de las personas que habían perdido sus bienes durante los bombardeos aéreos. Cantidades importantes de ropa fueron enviadas a las fábricas de armamento, para los extranjeros empleados en ellas.

Mantas y colchones, etc., estaban destinados al partido nacionalsocialista. En la medida en que el campo lo necesitara, éste podía completar sus depósitos y también realizar envíos importantes a otros campos.

Las pertenencias eran enviadas a una sección especial de la administración, donde había especialistas encargados de seleccionarlas. Lo mismo ocurría con las divisas y los billetes de banco.

Entre los objetos hallados, sobre todo a la llegada de los judíos procedentes de Europa occidental, se encontraban cosas de gran valor: piedras preciosas evaluadas en millones; relojes de oro y platino recubiertos de diamantes cuyo valor era incalculable; anillos, pendientes, collares, millones de billetes de banco de todos los países. Solía ocurrir que una sola persona llevase centenares de millares, generalmente en billetes de 1000 dólares. Se empleaban todos los escondrijos, ya fuera en las ropas, en las dentaduras postizas o en el cuerpo.

Concluidas las «acciones» más importantes, los bienes seleccionados eran embalados en cofres y enviados al Reichsbank de Berlín como destino final. Una sección especial se ocupaba de la venta de objetos. Eichmann me dijo que los valores y las divisas se negociaban en Suiza y ejercían una influencia decisiva en el mercado de valores suizo.

Los relojes ordinarios eran enviados por millares a Sachsenhausen. Había allí un taller donde cientos de reclusos, supervisados directamente por las secciones D2 de Maurer, clasificaban y reparaban esos relojes que, en su mayor parte, eran enviados luego al frente, para servir a las necesidades de los miembros del Waffen SS y el ejército.

Los dentistas del servicio de ambulancia de las SS se encargaban de fundir los dientes de oro y entregar el producto a la Dirección Central

de Servicios Sanitarios. Incluso fueron halladas piedras preciosas de valor incalculable dentro de muelas empastadas.

El cabello de mujer era enviado a una empresa comercial bávara, que lo utilizaba en la industria armamentística[137].

Las ropas que ya no servían se destinaban a la industria textil. Y los zapatos rotos eran recortados para emplear el cuero en lo que fuera posible; con el resto se hacía polvo de cuero.

Todas estas operaciones con los objetos de valor que habían pertenecido a los judíos provocaban extraordinarias dificultades en el campo.

En primer lugar, ejercían un efecto desmoralizante en los SS que no tenían un carácter lo bastante fuerte para resistir la tentación de apoderarse de los bienes judíos. Ni siquiera la pena de muerte y largos años de prisión surtían un efecto lo bastante disuasorio. Para los detenidos, los valores judíos ofrecían posibilidades inesperadas, que explican, probablemente, la mayoría de las evasiones. El que se apoderaba sin demasiadas dificultades de un anillo, de un reloj o de un objeto de plata, podía obtener algo de los SS o de los trabajadores civiles: alcohol, tabaco, víveres, documentos falsos, armas y municiones. Era un hecho cotidiano. En Birkenau, los hombres detenidos lograban, de esta manera, entrar por la noche en el campo de las mujeres; incluso lograban sobornar a algunas *Kapos*. Todo esto ejercía una nefasta influencia sobre la disciplina del campo. Los que poseían objetos preciosos podían comprar la benevolencia de los jefes de compañía, ocupaciones más cómodas e incluso una estancia en la enfermería o bien una mejor alimentación. Pese a que se realizaban los controles más estrictos, nada se podía hacer contra esos abusos. El oro judío se había transformado en la verdadera calamidad del campo.

Por lo que sé, fuera de Auschwitz existían los siguientes centros de exterminio de judíos:

Chelmno: residuos de gases de motores
Treblinka del Boug: gases de motores
Sobibor, cerca de Lublin: residuos de gases de motores
Belzek, cerca de Lemberg: residuos de gases de motores
Lublin (Maidanek): Cyclon B

Había, además, otros lugares en Europa oriental, especialmente cerca de Riga. Allí los judíos eran fusilados y quemados en hogueras.

Por mi parte, sólo he visto los centros de Chelmno y Treblinka. El primero estaba fuera de servicio. En el segundo asistí a todo el proceso.

Allí había varias cámaras destinadas a varios centenares de

personas y construidas en las inmediaciones de la vía férrea.

Los judíos marchaban directamente a pie, todavía vestidos, hacia las cámaras. En un lugar próximo se hallaban varios motores de grandes camiones y carros de asalto. Puestos en marcha los motores, los residuos de los gases que producían eran llevados a las cámaras por medio de tuberías, y provocaban la muerte a todos los que se encontraban allí. El proceso duraba más de media hora, hasta que el silencio reinaba en las cámaras. Las puertas se abrían al cabo de una hora; los cadáveres eran retirados y se les quitaba las ropas, para quemarlas luego sobre una parrilla de raíles.

El fuego era alimentado con leña; de vez en cuando se arrojaba sobre los cadáveres restos de gasolina. Cuando estuve de visita, todos los hombres habían muerto, pero me dijeron que no siempre los motores funcionaban de manera regular y entonces los gases no eran bastante fuertes para matar a todos los que se hallaban en las cámaras. Muchos de ellos sólo perdían el conocimiento y entonces había que rematarlos a tiro de fusil. Lo mismo escuché decir en Chelmno, y Eichmann también me informó de que deficiencias semejantes fueron comprobadas en otros lugares.

En Chelmno llegó a ocurrir que los judíos cargados en los camiones rompieran los tableros laterales y trataran de huir.

La experiencia ha demostrado que el Cyclon B provocaba la muerte con certeza y rapidez, sobre todo en cámaras secas y herméticas, repletas y provistas de numerosas entradas para el gas. No vi en Auschwitz a un solo judío sometido a la acción del gas que haya quedado vivo media hora después de la entrada del gas en las cámaras de exterminio. Nadie me ha dicho, tampoco, que tal cosa hubiera ocurrido allí.

En Auschwitz, el proceso de exterminio de judíos se efectuaba de la manera siguiente:

Hombres y mujeres eran conducidos por separado a los crematorios de la manera más tranquila posible. En el vestuario donde se desnudaban, los reclusos del comando especial les explicaban, en su propia lengua, que se los había llevado hasta allí para ducharlos y desparasitarlos. Les invitaban a que ordenaran bien sus ropas y recordaran el lugar donde las habían dejado, para recogerlas a la salida. Los reclusos del comando eran los primeros interesados en que esta operación se realizase rápidamente, con calma y sin tropiezos. Tras haberse desnudado, los judíos entraban en la cámara de gas donde, efectivamente había duchas y cañerías de agua, lo que les daba el aspecto de una sala de baños. Primero entraban las mujeres con sus niños. Las seguían los hombres, siempre en minoría[138]. Todo solía

ocurrir en calma, porque los reclusos del comando especial hacían todo lo posible por disipar las inquietudes de los que sentían miedo o sospechaban algo. Por otra parte, esos detenidos y un SS permanecían siempre hasta el último momento en la cámara de gas.

Entonces se echaba rápidamente el cerrojo a la puerta y los enfermeros «desinfectores», ya preparados, dejaban entrar de inmediato el gas por agujeros practicados en el techo. Los recipientes que contenían el gas se arrojaban al suelo y los gases se expandían rápidamente. Por el agujero de la cerradura de la puerta se podía ver que quienes se encontraban más cerca del recipiente caían muertos al instante. Se puede afirmar que, para un tercio del total, la muerte era inmediata. Los demás temblequeaban, se ponían a gritar cuando les faltaba el aire. Pero sus gritos pronto se transformaban en estertores y, en cuestión de minutos, todos caían estirados. Al cabo de veinte minutos a lo sumo, nadie se movía ya. El gas tardaba entre cinco y diez minutos en actuar; la duración dependía de las condiciones del tiempo —seco o húmedo, calor o frío—, de la composición del gas —que no era siempre la misma— y de cómo estaba formado el convoy —mayor o menor cantidad de sanos o enfermos, jóvenes o ancianos—. Las víctimas perdían el conocimiento al cabo de unos minutos, antes o después según la distancia que las separaba del recipiente. Los que gritaban, los viejos, los enfermos, los débiles y los niños caían antes que los sanos y jóvenes.

Una media hora después de introducir el gas, se abría la puerta y se ponía en funcionamiento el ventilador. Los cuerpos no exhibían marcas especiales: no había contorsiones ni cambio de color. Sólo cuando permanecían varias horas tendidos en el suelo dejaban el típico rastro de los cadáveres. Era muy raro encontrar excrementos. Tampoco había lesiones en los cuerpos, y los rostros no estaban crispados. A continuación, el comando especial se ocupaba de arrancar los dientes de oro y de cortar el cabello a las mujeres. Luego, los cuerpos eran subidos en ascensor a la planta baja, donde los hornos ya estaban encendidos. Según la dimensión de los cadáveres, se podía introducir en cada uno de ellos hasta tres a la vez. La duración de la incineración dependía también del tamaño de los cuerpos. Como ya he dicho, los crematorios I y II podían incinerar en veinticuatro horas alrededor de 2000 cuerpos. Para evitar averías, no se debía superar dicha cifra. Las instalaciones III y IV debían de quemar 1500 cadáveres en veinticuatro horas, aunque creo que esta cifra jamás fue alcanzada.

Durante la incineración, que se producía sin pausa, las cenizas caían por los tubos. Reducidas a polvo, se las llevaba al Vístula en

camiones; después, con palas, se las arrojaba al río donde de inmediato se disolvían y eran arrastradas por la corriente. El mismo método era aplicado a las cenizas procedentes de las fosas de incineración del Búnker II y del crematorio IV. El exterminio en los Búnkeres I y II se producía exactamente de la misma manera que en el crematorio. Pero ahí el factor tiempo se hacía notar con más fuerza.

Todos los trabajos requeridos por el proceso de exterminio eran efectuados por los comandos especiales compuestos por judíos.

Cumplían su horrible faena con alelada indiferencia. Sólo querían terminar su trabajo lo antes posible, para descansar más tiempo y ponerse a buscar tabaco o vituallas en las ropas de las víctimas. Aunque estaban bien alimentados y recibían importantes suplementos, a menudo se los veía arrastrando con una mano un cadáver y llevando en la otra algo comestible. Aun durante el trabajo más horrible —la extracción de los cadáveres enterrados en las fosas comunes— y durante la incineración, seguían comiendo tranquilamente.

No se dejaban conmover, ni siquiera al encontrar entre las víctimas a algún ser querido.

Con ocasión de un viaje que hice a Budapest en el verano de 1943 para presentar mi informe a Eichmann, éste me dio a conocer el proyecto de nuevas acciones que se emprenderían contra los judíos.

Por aquel entonces estaban detenidos en Hungría 200 000 judíos de la Ucrania subcarpática. Los habían instalado en unas fábricas de ladrillos de la región y allí esperaban su deportación a Auschwitz.

Según las evaluaciones de la policía húngara, encargada de los arrestos, Eichmann esperaba la llegada de tres millones de judíos.

Su arresto y transporte debían efectuarse a lo largo de 1943. Pero las dificultades políticas planteadas por el gobierno húngaro retrasaron varias veces la fecha de esas operaciones. Sobre todo, el ejército húngaro o, mejor dicho, sus oficiales, se oponían al envío de judíos y procuraban a la mayoría de los hombres refugios en los destacamentos de trabajo cerca de las divisiones del frente, protegiéndolos de la acción de la policía. En otoño de 1944, cuando la ciudad de Budapest fue también englobada en la «acción», sólo quedaban en ella los judíos viejos y enfermos de sexo masculino. Lo más probable es que no hubieran venido de Hungría más de medio millón de judíos.

Rumanía era el país que debía seguir adelante con la operación. Eichmann esperaba, apoyándose en los datos recibidos de su delegado en Bucarest, la llegada de cuatro millones de judíos de Rumanía.

Me explicó, no obstante, que las negociaciones con el gobierno rumano eran difíciles. Los medios antisemitas querían encargarse del

exterminio de judíos en su propio país. Había ya grandes excesos antisemitas: apresaban a los judíos y los arrojaban a los precipicios de los Cárpatos. Pero una parte del gobierno era partidaria de enviar a Alemania a los judíos indeseables.

Mientras tanto, o al mismo tiempo, había que traer de Bulgaria a 2 500 000 de judíos. La administración local estaba de acuerdo, pero quería esperar a la conclusión de negociaciones con Alemania.

Eichmann también me decía que Mussolini había prometido la repatriación de los judíos italianos y de la parte ocupada de Grecia. Aún no se disponía de cifras, ni siquiera aproximadas, pero el Vaticano, la casa real y todos los enemigos de Mussolini deseaban impedir la extradición a toda costa, y Eichmann no contaba para nada.

En última línea venía España. Algunos medios influyentes se habían acercado a los representantes del Reich expresando su deseo de ser liberados de los judíos. Pero Franco y sus círculos allegados se oponían a tales medidas. Eichmann no creía que la extradición pudiera tener lugar.

Todos esos proyectos quedaron reducidos a la nada por los acontecimientos que pusieron fin a la guerra y millones de judíos pudieron salvar la vida.

RUDOLF HÖSS

Cracovia, noviembre de 1946

Anexo II

Mi encuentros con Himmler

Ya había conocido superficialmente a Heinrich Himmler, *Reichsführer* de las SS, en los años 1921 y 1922, cuando como mensajero de mi Freikorp tuve mucho trato con Ludendorff. El general Ludendorff era el protector y el jefe secreto de todos los movimientos nacionalsocialistas y sus organizaciones militares o seudomilitares ocultas, prohibidas por el tratado de paz. Himmler también era miembro de un Freikorp de Baviera, y lo conocí en casa de Ludendorff.

Más adelante, en 1930, durante una reunión de los Artamanen en Sajonia (al ser *Gauleiter* de Baviera, Himmler formaba parte de la sociedad), establecí una relación más íntima con él…

En 1940, Himmler se presentó de improviso en el campo de concentración de Sachsenhausen. Poco antes de encontrarse con los guardias, topó con un destacamento de prisioneros que pasaron por su lado empujando un carrito. Ni los centinelas ni los prisioneros reconocieron al *Reichsführer*, sentado en su coche, y por eso no se quitaron las gorras. Himmler pasó junto a los guardias y condujo directamente hasta el campo de custodia preventiva. Como yo estaba a punto de entrar en el campo (en aquella época era jefe del mismo), pude informarle de inmediato al respecto. Estaba muy irritado, y lo primero que me preguntó tras un saludo cortante fue: «¿Dónde está el comandante?». Al cabo de un rato se presentó el comandante, el *Sturmbannführer* Eisfeld; mientras tanto, Himmler ya había entrado en el campo y, en tono muy airado dijo que él, Himmler, siempre había estado acostumbrado a otra clase de disciplina en los campos de concentración y que, por lo visto, los prisioneros ya no estaban obligados a saludar.

Se negó a escuchar las explicaciones del comandante y no intercambió ni una sola palabra más con él. Realizó una breve inspección del bloque de detención, donde habían ubicado a algunos prisioneros especiales y se marchó en su coche de inmediato. Dos días después, Eisfeld fue destituido de su puesto de comandante de Sachsenhausen y volvieron a llamar al *Oberführer* Loritz (antes comandante de Dachau y después jefe del destacamento de las SS en Klagenfurt) para que lo reemplazara. Con anterioridad, Himmler había destituido a Loritz de su puesto en Dachau por tratar a los prisioneros con excesiva dureza y no haberse ocupado lo suficiente de los asuntos del campo.

En 1942, y a petición de Pohl, Loritz volvió a ser destituido como comandante de Sachsenhausen por los mismos motivos…

Mis encuentros personales con Himmler mientras fui un miembro de las SS fueron los siguientes:

En junio de 1934, durante una inspección de las SS de Pomerania, Himmler me preguntó si me gustaría integrarme como SS en un campo de concentración. Sólo tras consultarlo con mi mujer (porque queríamos establecernos en una granja) accedí a hacerlo, porque quería volver a formar parte del servicio activo. El 1 de diciembre de 1934 fui convocado a Dachau por Eicke, inspector de campos de concentración.

En 1936, Himmler celebró una importante inspección de toda la organización de las SS, incluida la de Dachau, en la que estaban presentes todos los *Gauleiter, Reichsleiter* y *Gruppenführer* de las SS y las SA. En aquel entonces, yo era *Rapportführer* y desempeñaba las funciones de comandante del campo de custodia preventiva, puesto que el titular no se hallaba presente. Himmler estaba de muy buen humor porque toda la inspección se había desarrollado sin inconvenientes. En esa época, el campo de concentración de Dachau funcionaba a la perfección. Los prisioneros estaban bien alimentados, limpios y vestidos y alojados correctamente. La mayoría trabajaba en los talleres y la cifra de enfermos era muy reducida. Todos ellos, un total de 2500, estaban alojados en diez barracones de ladrillo. Las condiciones sanitarias eran adecuadas, disponían de abundante agua corriente; la ropa interior se cambiaba una vez a la semana, y las sábanas, una vez al mes. Un tercio de los reclusos eran prisioneros políticos, y dos tercios, delincuentes profesionales, individuos antisociales y prisioneros obligados a realizar trabajos forzados, homosexuales y unos doscientos judíos.

Durante la inspección, Himmler y Bormann se dirigieron a mí y me preguntaron si estaba satisfecho con mi trabajo y se interesaron por mi

familia. En poco tiempo me ascendieron a *Untersturmführer*.

Como tenía por costumbre, durante esa inspección Himmler eligió a algunos prisioneros y, delante de todos los invitados, les preguntó por qué habían sido arrestados. Algunos líderes comunistas reconocieron abiertamente que eran —y seguirían siendo— comunistas. Sin embargo, algunos delincuentes profesionales minimizaron el catálogo de sus delitos de manera considerable y hubo que refrescarles la memoria mediante un breve repaso al certificado de antecedentes penales donde figuraban los cargos que se les imputaban. Estas cosas eran típicas en las visitas de Himmler, y yo ya las había vivido varias veces. Antes de marcharse, castigó a los que habían mentido adjudicándoles tareas suplementarias los domingos…

Mi siguiente encuentro con Himmler se produjo en el verano de 1938, en el campo de concentración de Sachsenhausen.

Era la primera vez que el doctor Frick, ministro del Interior, inspeccionaba un campo de concentración. Lo acompañaban varios funcionarios de alto rango y los jefes de policía de las ciudades más importantes. Así que Himmler asistió y pronunció un discurso sobre la organización.

A la sazón, yo era el comandante, y durante toda la inspección permanecí junto a Himmler y pude observarlo de cerca.

Estaba de muy buen humor y, evidentemente, complacido de que por fin pudiera mostrar al ministro del Interior y a sus funcionarios uno de los más notorios campos de concentración. Lo abrumaron con preguntas a las que respondió tranquilamente y en un tono amable, aunque a veces sarcástico. Contestó de manera evasiva pero si cabe más amable a las preguntas incómodas, como las relacionadas con la cifra de prisioneros, etc. (siguiendo las órdenes del *Reichsführer* de las SS, el número total de éstos era secreto).

Creo que por aquel entonces el campo de concentración de Sachsenhausen albergaba a 4000 prisioneros, en su mayoría delincuentes profesionales alojados en barracones de madera bien construidos, divididos en dormitorios y salas de estar. La comida era buena y abundante; la ropa, suficiente y siempre limpia, gracias a una moderna lavandería instalada en el propio campo.

El edificio del hospital y los quirófanos eran ejemplares. El número de enfermos, reducido.

A excepción del edificio que albergaba las celdas —en todos los campos, el acceso al mismo estaba prohibido para los visitantes no autorizados, puesto que en gran parte se encontraba ocupado por los prisioneros especiales de la Dirección General de Seguridad del Reich—, las demás instalaciones del campo se podían visitar. Ciertamente,

nada permanecía oculto a la mirada crítica de aquellos experimentados funcionarios del gobierno y de la policía. Frick demostró un gran interés, y durante la cena afirmó que se avergonzaba de no haber visitado un campo de concentración hasta 1938. Eicke describió los otros campos y sus características más destacables.

Aunque disponía de escaso tiempo y no paraban de hacerle preguntas, Himmler encontró la oportunidad de dirigirse a mí e interesarse, una vez más, por mi familia. Tuve la sensación de que no sólo lo hacía por cortesía.

Ya he descrito el siguiente encuentro, en enero de 1940, cuando se produjo el incidente de los prisioneros que no lo saludaron.

En noviembre de 1940, presenté a Himmler mi primer informe oral sobre Auschwitz en presencia del *Sturmbannführer* Vogel, representante del Departamento de WV de la Dirección General de Economía y Administración. Ofrecí un informe detallado y me referí, sin tapujos, a todas las quejas que en aquel momento causaban malestar pero resultaban insignificantes comparadas con las condiciones catastróficas de años venideros. Himmler apenas hizo comentario alguno, sólo dijo que yo, como comandante, era quien debía pedir ayuda, y que el modo en que lo hacía era asunto mío. Añadió que, además, estábamos en guerra, por lo que se imponía improvisar; y que nadie, mucho menos los prisioneros, debía suponer que las condiciones en los campos serían las mismas que en tiempos de paz. Los soldados del frente tenían que prescindir de muchas cosas, y los reclusos, también.

Mis constantes temores acerca del peligro provocado por las inadecuadas instalaciones sanitarias fueron despachadas con un seco: «Usted se fija demasiado en el aspecto negativo de las cosas».

Himmler sólo demostró interés cuando comenté la situación de toda el área del campo y presenté unos planos para ilustrar mis palabras. Entonces su actitud cambió de inmediato. Habló animadamente sobre planes futuros y no dejó de dar órdenes o tomar notas sobre todo lo que había que hacer con el terreno en cuestión.

Auschwitz se convertiría en el principal centro de investigación agrícola de los territorios orientales. Se nos abrían oportunidades de las que nunca antes habíamos disfrutado en Alemania. Había mano de obra suficiente y allí se llevaría a cabo toda la investigación agrícola. Se montarían grandes laboratorios y semilleros y se criaría todo tipo de ganado. Vogel debía tomar medidas inmediatas para reunir a un grupo de especialistas; construir piscifactorías, drenar el terreno y levantar un dique en el río Vístula entrañaba grandes dificultades que

harían parecer insignificantes las quejas del campo antes mencionadas. En su siguiente visita a Auschwitz, Himmler quería verlo todo con sus propios ojos. Se centró en su planificación agrícola, hasta que el asistente de guardia llamó su atención sobre el hecho de que hacía rato que un importante funcionario lo esperaba.

El interés de Himmler por Auschwitz fue en aumento, pero ello no derivó en una mejora de las siniestras condiciones de vida o en un intento por mejorarlas en el futuro, sino más bien en un empeoramiento debido a su negativa a reconocer que existían.

La idea de construir centros de investigación agrícola entusiasmó a mi amigo Vogel. También a mí, puesto que era granjero; pero, como comandante del campo, vi que todos mis planes de convertir Auschwitz en un lugar limpio y saludable se desvanecían, y sólo la afirmación de Himmler de que volvería a vernos me proporcionó una ligera esperanza. Consideré que una inspección personal lo induciría a remediar las evidentes deficiencias.

Mientras tanto, seguí construyendo e «improvisando» en un intento de evitar el peor de los males.

Mis esfuerzos no tuvieron mucho éxito, porque no podía seguir el ritmo del constante incremento de prisioneros. En cuanto se levantaba un edificio capaz de albergar a más de doscientos prisioneros, llegaba otro tren cargado de mil o más. Las protestas ante el inspector de campos de concentración o ante la Dirección General de Seguridad del Reich o ante el jefe de la policía de Cracovia resultaban en vano. «Las medidas ordenadas por el *Reichsführer* deben ser cumplidas», era la respuesta habitual.

Por fin, el 1 de marzo de 1941, Himmler llegó a Auschwitz. Venía acompañado por el *Gauleiter* Bracht, los presidentes administrativos, oficiales de las SS y de la policía de Silesia, altos ejecutivos de IG Farben Industrie y por Glücks, el inspector de campos de concentración. Este último había llegado con anterioridad ¡y no dejó de advertirme de que no informara de nada desagradable al *Reichsführer* Himmler! Lo cierto es que yo no podía decirle nada que no lo fuese. Mediante planos y mapas, le expliqué a Himmler el trazado de los terrenos que se ocuparían y las ampliaciones realizadas, y aproveché para informarle de la situación actual; claro que, en presencia de todos esos extraños, no podía hablarle de las deficiencias que me abrumaban. No obstante, durante el recorrido posterior por la zona a solas en el coche con Himmler y Schmauser, lo compensé describiéndoselas en detalle. Aquello no surtió el efecto deseado. Apenas me prestó atención, ni cuando llamé su atención sobre los mayores motivos de queja que le expuse mientras atravesábamos el

campo: hacinamiento, falta de agua, etc. Cuando insistí en que dejara de enviar prisioneros, me volvió la cara. Así pues, no debía esperar ninguna clase de ayuda por su parte.

En la cantina del hospital de las SS, Himmler empezó a hablar seriamente sobre los nuevos cometidos que había dispuesto para Auschwitz. Se trataba de la construcción de un campo para cien mil prisioneros de guerra. Ya lo había mencionado durante el recorrido, y había indicado aproximadamente dónde debía emplazarse. El *Gauleiter* formuló objeciones y el presidente administrativo trató de impedirlo ante la falta de agua y los problemas de drenaje. Himmler las descartó con una sonrisa:

«Será construido, caballeros —dijo—. Mis motivos para ello son mucho más importantes que sus objeciones. Hay que proporcionar 10 000 prisioneros a la IG Farben Industrie de acuerdo con sus necesidades y según el desarrollo de las obras de construcción. El campo de concentración de Auschwitz deberá ser ampliado para albergar a 30 000 prisioneros en tiempos de paz. Más adelante, tengo la intención de transferir importantes sectores de la industria armamentística al campo. El espacio para albergarlas tiene que quedar libre. ¡Además, habrá centros de investigación agrícola y granjas!».

Y todo eso debía llevarse a cabo cuando en la Alta Silesia ya había una grave escasez de materiales de construcción. El *Gauleiter* llamó la atención de Himmler sobre ello y recibió la siguiente respuesta: «¿Para qué han requisado las SS las fábricas de ladrillo y cemento? Deben incrementar su producción, ¡de lo contrario, el campo de concentración tendrá que hacerse cargo! Los problemas de abastecimiento de agua y drenaje son temas puramente técnicos que deberán resolver los especialistas, pero no pueden plantearse como objeción. Habrá que tomar todas las medidas necesarias para acelerar la construcción. Tendréis que improvisar en la medida de lo posible ¡y cualquier brote de enfermedad será controlado y eliminado de manera implacable! Por principio, la llegada de prisioneros al campo no puede ser interrumpida. Las medidas que la policía de seguridad ya tiene orden de adoptar requieren continuidad. En Auschwitz no hay problemas, al menos yo no los he notado». Después se dirigió a mí y me dijo: «Usted tendrá que arreglárselas de algún modo».

Poco antes de su partida, Himmler encontró tiempo para visitar a mi familia y me dio instrucciones relativas a que ampliase la casa para su uso como residencia oficial. Volvía a ser jovial y dicharachero pese a su actitud brusca durante la anterior conversación.

Mis repetidas objeciones a las declaraciones del *Reichsührer* habían impresionado a Glücks. Él tampoco podía ayudarme, ni estaba en

situación de conseguir ayuda transfiriendo personal. No disponía de oficiales preparados ni podía esperar que otros comandantes de campo estuvieran dispuestos a cederle parte de los suyos en alguna clase de intercambio.

«No le costará demasiado trabajo y ya verá cómo se las arregla», fueron las palabras que pusieron fin a la entrevista con mi oficial superior…

En el verano de 1941, Himmler me convocó a Berlín para informarme de la fatídica orden que preveía el exterminio masivo de los judíos en toda Europa y cuyo resultado supuso convertir Auschwitz en el mayor matadero de la historia…

Mi siguiente encuentro con Himmler tuvo lugar en el verano de 1942, cuando éste visitó Auschwitz por segunda y última vez. La inspección duró dos días y Himmler lo examinó todo muy detalladamente. Entre otros estaban presentes el *Gauleiter* Bracht, el *Obergruppenführer* Schmauser y el doctor Kammler.

Tras su llegada al campo fuimos al casino de oficiales, donde tuve que explicar el trazado del campo mediante planos. Después nos dirigimos a la oficina del arquitecto, donde Kammler presentó diseños y maquetas para explicar las obras en construcción sugeridas o las que ya estaban en marcha; pero esta vez no calló acerca de las dificultades que se interponían en la realización de dichos planes, que incluso imposibilitarían. Himmler escuchó sus palabras con interés, hizo preguntas sobre algunos detalles técnicos y, en general, manifestó su acuerdo con el plan, aunque hizo caso omiso de las dificultades que Kammler señaló repetidas veces. Después recorrimos el campo. Primero fueron inspeccionadas las zonas dedicadas a la agricultura y a las obras de saneamiento, la construcción de la presa, los laboratorios y los viveros de plantas de Raisko, los centros de cría de ganado y los viveros de árboles. Después visitamos Birkenau, incluidos el campo ruso, el sector gitano y un sector judío. A continuación, Himmler subió a la torre de vigilancia, donde le señalaron los diversos sectores del campo y los sistemas de drenaje en construcción y se le mostró el alcance de la ampliación sugerida. Observó el trabajo de los prisioneros e inspeccionó su alojamiento, las cocinas y el hospital. No dejé de llamar su atención sobre las deficiencias del campo, que él también observó. Vio a las víctimas escuálidas de las enfermedades (cuyas causas los médicos le explicaron sin ambages), vio los abarrotados edificios del hospital, se enteró de la mortandad reinante entre los niños del sector gitano y vio a niños que sufrían una atroz enfermedad llamada noma[139]. También vio los masificados barracones y los baños y letrinas insuficientes y primitivos. Los

médicos le informaron del elevado índice de mortandad y, sobre todo, de sus causas. Recibió explicaciones muy precisas, vio cuáles eran las verdaderas condiciones de vida y permaneció en silencio. Cuando regresamos a Birkenau, Himmler, furioso por mis constantes quejas acerca de la lamentable situación del campo, dijo: «¡No quiero oír ni una palabra sobre las dificultades! Un oficial de las SS reconoce su existencia; y, cuando surgen, su tarea consiste en eliminarlas con su propio esfuerzo. ¡Cómo hacerlo es su problema, no el mío!». A Kammler y a Bischoff les dijo aproximadamente lo mismo.

Tras inspeccionar Birkenau, presenció el proceso de exterminio de todo un cargamento de judíos que acababa de llegar. También dedicó unos momentos a observar la selección de judíos sanos sin plantear objeción alguna. No hizo ningún comentario acerca de lo primero, y guardó el más absoluto silencio. Mientras se procedía al exterminio, estudió disimuladamente a los encargados de llevarlo a cabo, incluido yo mismo.

Después visitó la fábrica de caucho sintético. Inspeccionó los edificios con la misma minuciosidad con que inspeccionó a los prisioneros y las tareas que realizaban, y se interesó por su salud. Kammler oyó que decía: «Usted se queja de las dificultades, pero mire lo que ha logrado IG Farben Industrie en un año, ¡y con las mismas dificultades!». Jamás mencionó los cupos, o las oportunidades más favorables, o los miles de obreros especializados (por entonces unos treinta mil) de los que disponía IG Farben Industrie. Himmler quiso saber cuál era la capacidad de trabajo de los prisioneros, y recibió respuestas evasivas por parte de la IG Farben Industrie, lo que significaba, me dijo ¡que yo debía ocuparme de incrementar su eficacia! Una vez más, cómo lograrlo volvía a ser asunto mío, pese a que antes el *Gauleiter* y directivos de la IG Farben Industrie me habían informado de que en poco tiempo se verían obligados a reducir las raciones destinadas a los prisioneros, lo cual, sin duda, afectaría el estado general de éstos.

Tras visitar la fábrica de caucho sintético nos dirigimos a las instalaciones de producción de gas extraído de las cloacas, donde el trabajo se había detenido a causa de la escasez de material.

Era uno de los peores sitios de Auschwitz y afectaba a todo el mundo. Las aguas fecales del campo base eran vertidas al río Sola sin haber sido sometidas a ningún proceso de depuración. La población estaba permanentemente expuesta a toda clase de infecciones, debido a las enfermedades endémicas del campo. El *Gauleiter* explicó la situación a Himmler con mucha claridad y le pidió ayuda. «Kammler aplicará todos sus esfuerzos a resolver el problema», fue la respuesta

de Himmler.

La plantación de *Kok-saghyz* (caucho natural), que después visitó, le pareció mucho más interesante.

Himmler siempre prefería oír hablar de los aspectos positivos que de los negativos. El oficial de las SS que sólo informase de los primeros —o que fuera lo bastante listo para convertir lo negativo en positivo— podía considerarse afortunado y digno de envidia.

La noche del primer día de inspección se celebró una cena a la que asistieron los visitantes y los oficiales del alto mando de Auschwitz.

Antes de cenar, Himmler pidió que se los presentaran a todos. Si alguien despertaba su interés, le preguntaba por su familia y su trabajo. Durante la cena me interrogó sobre diversos oficiales que, por algún motivo, habían llamado su atención.

Aproveché la oportunidad para hablarle de los problemas con el personal, y le dije que numerosos oficiales eran completamente incompetentes para servir en un campo de concentración o estar al mando de tropas. Le rogué que me enviara a algunos sustitutos e incrementase el número de guardias. «¡Le sorprenderá la cantidad de oficiales con que tendrá que conformarse!, —fue su respuesta—. Necesito a todos los oficiales, subalternos y hombres capaces de servir en el frente. Por los mismos motivos, resulta imposible incrementar el número de guardias. Tendrá que idear algún sistema técnico para economizar esa cifra. Debe usar más perros con ese fin. Le diré a mi experto en adiestramiento que venga a verlo dentro de unos días y le explique el nuevo método de sustituir guardias por perros. Apruebo cualquier medida, repito, cualquiera, que sirva para evitar las fugas. ¡Esta plaga de evasiones, que se ha vuelto endémica en Auschwitz, debe ser erradicada!».

Tras la cena, el *Gauleiter* invitó al *Reichsführer* de las SS, a Schmauser, Kammler, Caesar y a mí a su casa cerca de Katowice. Himmler pernoctaría allí, puesto que a la mañana siguiente tenía que hablar con el *Gauleiter* de algunos temas importantes relacionados con el censo de población y el realojamiento. También dijo que deseaba que mi mujer participase en la velada.

Aunque durante el día Himmler solía estar de muy mal humor e incluso se mostraba extremadamente antipático, durante la cena y en compañía de los escasos comensales parecía otra persona.

Se lo veía muy animado, tomaba parte en la conversación y se mostró muy amable, en especial con las damas allí presentes: la esposa del *Gauleiter* y la mía. Habló de todos los temas que surgieron en la conversación. Comentó la educación de los niños, habló de los nuevos edificios, de libros. Se refirió a su experiencia con las divisiones de las

SS destinadas en el frente y de sus visitas a éste con el Führer.

Evitó deliberadamente pronunciar una sola palabra sobre los acontecimientos cotidianos o temas relacionados con el servicio y eludió los intentos del *Gauleiter* por que lo hiciera.

Los invitados no se marcharon hasta bastante tarde. Durante la velada, el consumo de alcohol fue muy escaso. Himmler, que casi nunca bebía, tomó unas copas de vino tinto y fumó, algo inusual en él. Todos estaban bajo el hechizo de su buen humor y su conversación animada. Nunca lo había visto comportarse de ese modo.

Al día siguiente pasé con Schmauser a recogerlo a casa del *Gauleiter* para proseguir con la inspección. Comprobó el estado del campo base, las cocinas, el campo de mujeres (que entonces iba desde el edificio del cuartel general hasta el bloque 11), los talleres, las cuadras, Canadá y DAW, la carnicería y la panadería, el aserradero y el depósito de suministros de las tropas. Lo inspeccionó todo cuidadosamente, observó a los prisioneros y formuló preguntas precisas acerca de los diversos tipos de reclusión y el número de reclusos.

Rehusó la ayuda de un guía, pero esa mañana pidió que le mostraran una cosa y después otra. En el campo de mujeres vio la estrechez del alojamiento, las letrinas insuficientes y las deficiencias del sistema de agua corriente. También quiso comprobar las existencias de ropa. Observó las carencias generalizadas y solicitó explicaciones sobre todos los detalles del sistema de racionamiento y de los suplementos destinados a quienes realizaban los trabajos más duros.

Presenció los latigazos propinados a una delincuente en el campo de mujeres (una prostituta que no dejaba de robar cuanto podía), con el fin de observar el efecto. Antes de que una mujer fuese azotada, Himmler tenía que dar su permiso. Algunas mujeres que habían cometido delitos nimios fueron conducidas a su presencia y se les perdonó el castigo. Habló con Testigos de Jehová y comentó con ellas sus fanáticas creencias.

Cuando dio por concluida su misión, celebró una última reunión en mi despacho y, en presencia de Schmauser, me dijo aproximadamente lo siguiente:

«Ahora que he realizado una minuciosa inspección de Auschwitz he comprobado las deficiencias y dificultades de las que usted me ha hablado. Sin embargo, no puedo hacer nada para remediarlas; tendrá que arreglárselas lo mejor que pueda. Ahora estamos en guerra y debemos aprender a pensar en función de ésta. Las medidas que he ordenado que tome la policía de seguridad no deben interrumpirse

bajo ningún concepto, y en ningún caso en razón de la escasez de alojamiento y demás que ya he observado. El programa de Eichmann seguirá adelante y se intensificará un mes tras otro. Deberá usted encargarse de que la construcción de Birkenau se desarrolle con rapidez. Los gitanos serán eliminados sin piedad, y también los judíos no aptos para el trabajo. Pronto las fábricas de armamento absorberán el primer contingente numeroso de judíos sanos y eso le proporcionará más espacio. También se instalarán fábricas de armamento en Auschwitz, así que deberá estar preparado para ello. Kammler le proporcionará apoyo en los asuntos relacionados con su construcción.

»Los experimentos agrícolas tendrán que realizarse de manera intensiva, porque sus frutos se necesitan con urgencia. He visto su trabajo y los resultados obtenidos, y estoy satisfecho y le agradezco sus servicios. ¡Lo asciendo a *Obersturmbannführerl*»!

Así acabó la gran inspección de Himmler de Auschwitz. Lo vio todo y sabía cuáles serían los resultados finales. ¿Acaso su comentario: «ni siquiera yo puedo ayudarle» fue intencionado?

Tras la reunión celebrada en mi despacho, lo llevé a mi casa y le mostré mis muebles, por los cuales demostró un gran interés; también dedicó un buen rato a charlar con mi mujer y mis hijos.

Luego lo llevé al aeródromo, donde se despidió rápidamente de mí y subió al avión de regreso a Berlín…

Mi último encuentro con Himmler tuvo lugar el 3 de mayo de 1945. Lo que quedaba del cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración había recibido órdenes de seguir a Himmler hasta Flensburg. Glücks, Maurer y yo mismo nos presentamos ante él. Acababa de regresar de una reunión con los miembros supervivientes del gobierno. Estaba animado y de muy buen humor. Me saludó y de inmediato dio las siguientes órdenes:

«Glücks y Höss se disfrazarán de suboficiales del ejército para abrirse paso como rezagados a través de la frontera verde hasta Dinamarca y ocultarse entre los miembros del ejército. Maurer y lo que queda del cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración también desaparecerán dentro del ejército. Cualquier otro asunto quedará en manos del *Standartenführer* Hintz, el jefe de policía de Flensburg». Después nos estrechó la mano ¡y nos dijo que rompiéramos filas!

Iba acompañado por el profesor Gebhardt y por Schellenberg, de la Dirección General de Seguridad del Reich. Al igual que Gebhardt, Glücks dijo que Himmler tenía la intención de ocultarse en Suecia.

Anexo III

Eichmann

El Obersturmbannführer *de las SS, Adolf Eichmann, era jefe de la sección judía IV B4 de la Oficina Central de Seguridad del Reich*

Eichmann era oriundo de Linz y por ello mantuvo una relación amistosa con Kaltenbrunner durante la época en que las SS desarrollaron actividades ilegales en Austria. Tras la ocupación, se incorporó a la SD (Agencia de Seguridad) y, después, a la Gestapo. Finalmente se unió a Müller en la IV Sección de la Dirección General de Seguridad del Reich.

Eichmann se había ocupado de la cuestión judía desde su juventud y tenía un gran conocimiento del material publicado sobre ese tema. Vivió muchos años en Palestina con el fin de obtener mayor información sobre los sionistas y el Estado judío. Eichmann conocía todos los lugares donde se habían establecido los judíos y también su número aproximado, que más adelante fue mantenido en secreto incluso ante los propios judíos. También conocía los hábitos y las costumbres de los judíos ortodoxos, así como los puntos de vista de los judíos asimilados de Occidente.

Fue nombrado jefe de la sección judía debido a ese conocimiento especial.

Yo lo conocí tras haber recibido las órdenes del SS *Reichsführer* de exterminio judío durante su visita a Auschwitz, cuando vino a verme a Auschwitz para comentar los detalles precisos del proceso.

Eichmann era un hombre vivaz y activo de unos treinta años, siempre lleno de vitalidad. No dejaba de fraguar nuevos planes y buscar novedades y mejoras. Jamás descansaba; lo obsesionaban la

cuestión judía y la orden que había recibido para su solución final.

Eichmann tenía que enviar informes constantes al *Reichsführer* SS, directa y oralmente, relacionados con la preparación y la finalización de las medidas individuales. Era el único capaz de proporcionar las cifras exactas.

Lo conservaba casi todo en la memoria. Sus memorandos consistían en unos trozos de papel que siempre llevaba consigo, inscritos con una serie de signos indescifrables para cualquier otro. Ni siquiera Günther, su representante permanente en Berlín, podía proporcionar siempre información detallada. Eichmann viajaba constantemente por asuntos relacionados con el servicio y rara vez se encontraba en su despacho berlinés.

Las disposiciones para emprender una acción contra los judíos fueron tomadas por miembros del personal de Eichmann destacados en los respectivos países y que, por lo tanto, tenían un buen conocimiento de éstos y la capacidad de preparar los trabajos preliminares. Por ejemplo: Wisliceni operaba en Eslovaquia, Grecia, Rumanía y Hungría. Las negociaciones con los países en cuestión eran llevadas a cabo por los representantes diplomáticos alemanes y, en la mayoría de los casos, por delegados especiales del Ministerio del Exterior.

Los gobiernos que accedían a la extradición de los judíos nombraban un departamento para organizar su arresto y entrega. Después, Eichmann comentaba los detalles del transporte directamente con dicho departamento y ellos aprovechaban su experiencia con respecto a los asuntos relacionados con el arresto. En Hungría, por ejemplo, la acción fue llevada a cabo por el Ministerio del Interior y por la policía. Eichmann y sus colegas supervisaban la operación e intervenían, si se realizaba con excesiva lentitud o descuido. El personal de Eichmann también tenía que organizar el transporte y disponer los horarios con el Ministerio de Transporte.

Siguiendo órdenes de Pohl, visité Budapest en tres ocasiones, con el fin de obtener un cálculo aproximado del número de judíos sanos que podíamos esperar. Eso me brindó la oportunidad de observar los métodos de Eichmann para negociar con los departamentos gubernamentales de Hungría y con el ejército. Su actitud era muy firme y práctica, pero también amable y cortés, y era apreciado y bien recibido en todas partes. Los únicos que no valoraban las visitas de Eichmann eran los militares húngaros; el ejército saboteaba la entrega de los judíos siempre que podía, siempre de manera que imposibilitara la intervención del gobierno húngaro. La población húngara, sobre todo del este de Hungría, detestaba en su mayoría a los judíos, y en

1943 pocos judíos de esa zona evitarían ser capturados. Los únicos que se salvaron fueron los que tuvieron la suerte de llegar a Rumanía a través de los Cárpatos.

Eichmann estaba absolutamente convencido de que, si lograba destruir la base biológica del judaísmo en el este exterminándolos por completo, el judaísmo jamás se recuperaría del golpe. En su opinión, los judíos asimilados de Occidente, incluso los de Estados Unidos, serían incapaces de compensar esa inmensa sangría (y tampoco lo desearían), y, por lo tanto, no habría generaciones futuras dignas de mención. Su punto de vista se veía reforzado por los continuos esfuerzos del líder de los judíos húngaros, un sionista fanático, por convencer a Eichmann para que excluyera a los judíos de familia numerosa de los transportes. Eichmann mantuvo varias conversaciones con dicho líder sionista sobre todos los asuntos relacionados con los judíos. Es más: resultaba interesante saber que este hombre disponía de una información muy actual sobre Auschwitz y el número de transportes, y sobre el procedimiento de selección y exterminio. Los viajes de Eichmann y su trato con las autoridades de los diversos países también eran permanentemente vigilados. El líder de los judíos de Budapest podía decirle a Eichmann dónde había estado exactamente en las últimas semanas y con quién había estado negociando.

Eichmann, por su parte, estaba completamente obsesionado con su misión y también convencido de que ese exterminio era necesario para preservar al pueblo alemán de las futuras y destructivas intenciones de los judíos. Así era como concebía su tarea, y dedicaba toda su energía a cumplir con los planes de exterminio hechos por el *Reichsführer* de las SS.

Eichmann también se oponía por completo a la idea de seleccionar a los judíos aptos para el trabajo, porque lo consideraba una constante amenaza a su plan consistente en alcanzar una «solución final»; abría la posibilidad de fugas masivas o de otro acontecimiento que permitiera la supervivencia de los judíos. En su opinión, había que tomar medidas contra todos los judíos que se pudieran capturar, y dichas medidas debían ser llevadas hasta el final lo antes posible, puesto que resultaba imposible prever el resultado final de la guerra. Ya en 1943, dudaba de una victoria alemana total y creía que el final no sería concluyente…

Anexo IV

Müller

Müller, el Gruppenführer *y teniente general de la policía, era el jefe del IV Departamento de la Dirección General de Seguridad del Reich y subdirector de las Fuerzas de Seguridad y de la SD*

Müller sirvió como oficial en la Primera Guerra Mundial y, más adelante, pasó a formar parte de la policía de Baviera. Después de que Hitler asumiera el poder, fue destinado a la policía política de Baviera bajo el mando de Best, quien lo instaló en la oficina de la policía secreta del Estado, en Berlín.

Rápidamente pasó a ocupar una importante posición en esta oficina a las órdenes de Heydrich y, por fin, se convirtió en jefe de la Gestapo.

Müller era oficial de policía por vocación y sólo se convirtió en miembro del partido cuando los nazis asumieron el poder; no se alistó en las SS hasta mucho después.

Su profundo conocimiento de los métodos policiales (siempre fue un ejecutivo activo) y su aptitud para esa tarea resultaron muy útiles en el desarrollo de la Gestapo, y también jugaron un papel decisivo en su organización.

Müller siempre optó por permanecer en segundo plano, porque prefería evitar cualquier vínculo con las operaciones o las acciones. Sin embargo, era él quien organizaba las acciones más importantes de la policía de seguridad y quien planificaba su puesta en práctica.

Tras la partida de Heydrich, se convirtió en la persona más importante de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Kaltenbrunner se limitaba a ser el jefe y se ocupaba, sobre todo, de la

Agencia de Seguridad más conocida como SD.

Müller siempre estaba bien informado acerca de los principales acontecimientos políticos del Reich. Tenía numerosos amigos de confianza que ocupaban todo tipo de puestos oficiales, sobre todo, en el ámbito económico, con los cuales se mantenía en contacto a través de terceros. Era un experto en actuar entre bambalinas.

Müller sólo visitó un campo de concentración en contadas ocasiones y nunca los inspeccionó todos. No obstante, siempre se mantenía al día en todo lo que tenía que ver con ellos. El hecho de que el jefe del departamento político de cada campo fuera un miembro de la policía era fruto del azar.

Eicke y Müller se llevaban muy bien desde la época en que Eicke era comandante de Dachau y Müller trabajaba con la policía política de Baviera.

Averiguar la opinión personal de Müller sobre los asuntos relacionados con los prisioneros de los campos de concentración resultaba imposible. Todas sus declaraciones con respecto a semejantes preguntas empezaban de la siguiente manera: «El *Reichsführer* de las SS desea que» o «Las órdenes del *Reichsführer SS* son». Nadie sabía cuál era su punto de vista.

Como asistente en Sachsenhausen y como comandante de Auschwitz, y más adelante como jefe de la Sección Di, yo trataba con él muy a menudo y, sin embargo, nunca le oí decir: «Mi decisión es la siguiente», u «ordeno que…», o «deseo que…». Siempre se ocultaba detrás de su título de *Reichsführer* o del de jefe de la policía de seguridad y de la SD; aunque los iniciados sabían que quien decidía era él y que tanto el *Reichsführer* como Kaltenbrunner dependían de él en todos los asuntos relacionados con los prisioneros. Era él quien decidía los nombramientos y quien debía ser despedido, y también era quien tenía la última palabra en cuanto a las ejecuciones, propuestas por la Dirección General de Seguridad del Reich; es decir, que en casos importantes él presentaba las órdenes de ejecución al *Reichsführer* de las SS para su firma.

Tenía un conocimiento exhaustivo del delicado y trascendental asunto de los prisioneros especiales. Conocía los detalles exactos de cada uno de los reclusos, dónde estaban alojados y cuáles eran sus principales puntos débiles.

Müller era un trabajador tremendamente versátil y tenaz. Casi siempre estaba de guardia, y se podía contactar con él en su despacho o en su casa tanto de día como de noche, incluidos los domingos y festivos.

Disponía de dos asistentes y de dos empleados a los que mantenía

ocupados por turno de día y de noche.

Además, respondía a todas las solicitudes de información con prontitud, casi siempre a través del *Reichsführer* de las SS: «¡Antes debo obtener la decisión del SS *Reichsführer*!».

A través de Eichmann y de Günther, que tenían un trato mucho mayor con él que yo, sabía que controlaba las acciones contra los judíos en sus aspectos más importantes, aun cuando otorgara a Eichmann bastante libertad en el asunto.

Como ya he dicho, tenía mucha información acerca de los campos de concentración y siempre estaba al tanto de lo que ocurría en Auschwitz, aunque nunca lo hubiera visitado. Conocía todos los detalles, tanto los relacionados con Birkenau como con los crematorios, o el número de prisioneros y la tasa de mortandad con una precisión que a menudo me dejaba atónito.

Mis peticiones personales de que se ralentizaran las acciones para que las deficiencias de los campos pudieran ser remediadas eran en vano, porque siempre se resguardaba tras las órdenes estrictas del *Reichsführer* de las SS, según el cual «las medidas que he mandado tomar deben ser llevadas a cabo sin contemplaciones». Intenté convencerlo al respecto, pero fue inútil; aunque sí logré convencerlo de que cambiara de opinión respecto a otros asuntos en los que los demás siempre habían fracasado, sobre todo más adelante cuando como D1 demostró gran confianza en mis opiniones. Hoy estoy convencido de que no querían mejorar las condiciones de Auschwitz para que el efecto de sus acciones se viera incrementado por su indiferencia.

Puede que Müller tuviera el poder de detener las acciones o de ralentizarlas, y quizás hubiera podido convencer al *Reichsführer* de las SS de que era necesario. Pero no lo hizo, aunque sabía muy bien cuáles serían los resultados; porque hacerlo iba en contra de sus intenciones. Así lo veo ahora, pese a que por aquel entonces era incapaz de comprender la actitud de la Dirección General de Seguridad del Reich.

En repetidas ocasiones, Müller me dijo:

—El *Reichsführer* de las SS opina que la puesta en libertad de prisioneros políticos durante la guerra debe ser denegada por motivos de seguridad. De manera que las solicitudes de puesta en libertad deben reducirse al mínimo y sólo deben ser presentadas en casos excepcionales. El *Reichsführer* de las SS ha ordenado que, por principio, ningún prisionero extranjero debe ser puesto en libertad hasta terminada la guerra. El *Reichsführer* desea que, incluso en los casos de actos de sabotaje sin importancia, se exija la pena de muerte

como medida de disuasión ante los demás.

Dicho esto, no resulta difícil adivinar quién estaba detrás de esas órdenes y esos deseos.

En general podría decirse que la Dirección General de Seguridad del Reich, o al menos su comité ejecutivo y todos sus logros, era Müller.

Personalmente, Müller mantenía una actitud muy correcta, amable y amistosa. Nunca se aprovechaba de su jerarquía o su rango, pero era imposible mantener un contacto estrecho y personal con él, algo que me confirmaron una y otra vez quienes habían sido sus colegas de profesión durante varios años.

Müller era el frío ejecutor y organizador de todas las medidas que el Reichsführer *de las SS consideraba necesarias para preservar la seguridad del Reich.*

Anexo V

Pohl

Conozco al director de la dirección General de Economía y Administración, el SS Obergruppenführer *Oswald Pohl, desde que fui destinado a Dachau el 1 de diciembre de 1934*

Pohl había nacido en Kiel y era el encargado de la nómina en la Marina. Era un miembro veterano del partido y pertenecía a la sección naval de las SA. El *Reichsführer* de las SS lo retiró de allí en 1934 y lo convirtió en director administrativo de las SS.

Aunque, bajo el mando de sus predecesores, dicha oficina sólo jugaba un pequeño papel en los asuntos tratados, Pohl pronto se las arregló para volverse indispensable para el *Reichsführer* de las SS y convertir su propia oficina en temida y todopoderosa. Sus auditores, por ejemplo, seleccionados por él mismo y receptores de su apoyo a cambio de responder ante él, recibían amenazas de todos los jefes administrativos de cada departamento. Sin embargo, los métodos de Pohl infundían orden y precisión en la administración de las SS y llegaron a provocar la destitución de cualquier funcionario administrativo al que considerara descuidado o poco fiable.

Bajo los predecesores de Pohl, los oficiales de alto rango gozaban de una considerable independencia en cuanto al dinero y hacían lo que les venía en gana. Pohl consiguió que el *Reichsführer* de las SS diera instrucciones de que era necesario obtener un permiso para todos los pagos realizados por las SS en general y obligatorio que dichos pagos fueran auditados por él. Eso provocó un gran malestar y mucha irritación, pero Pohl logró salirse con la suya con la energía que lo caracterizaba; de resultas alcanzó una gran influencia sobre los

asuntos de todas las unidades de las SS. Incluso los maniáticos más obstinados entre los oficiales de alto rango de las SS, como Sepp Dietrich y Eicke, tuvieron que plegar velas y pedirle dinero a Pohl cuando querían realizar un gasto no incluido en el presupuesto.

Cada unidad de las SS tenía un presupuesto anual calculado exactamente, que debía ser respetado con absoluta precisión. Los sabuesos de Pohl, los auditores, solían descubrir cada céntimo gastado de más o de menos.

Sin embargo, el objetivo principal de Pohl consistía en lograr que las SS fueran económicamente independientes del Estado y del partido mediante sus propios negocios, y así garantizar que el *Reichsführer* de las SS gozara de la suficiente libertad de acción para llevar a cabo sus planes. Era una tarea con un objetivo de largo alcance, pero Pohl estaba convencido de que se podía llevar a cabo y se afanó por alcanzarlo. Fue él quien inspiró casi todos los negocios de las SS. Para empezar, estaban las Fábricas Alemanas de Armas (DAW), la fábrica de porcelana (Allach), las canteras, las minas de hulla, las fábricas de ladrillos y de cemento que conformaban las Fábricas Alemanas de Minerales y Piedra (Dest), y las fábricas textiles. Y también el WIII Grupo Industrial Alemán de Provisiones que incluía panaderías, carnicerías, tiendas de ultramarinos y cantinas, balnearios, empresas agrícolas y madereras, imprentas y editoriales, todas las cuales representaban ya un poder económico considerable. Pero eso sólo era el principio.

Pohl ya había planeado la creación de empresas industriales de gran magnitud, que incluso eclipsarían a la IG Farben Industrie. Y tenía la suficiente energía para llevarlo a la práctica.

El *Reichsführer* de las SS necesitaba una gran cantidad de dinero para sus investigaciones y sus centros experimentales, y Pohl siempre se lo proporcionaba. Era muy liberal en cuanto a permitir que se gastara dinero para fines excepcionales, y Pohl lo financiaba todo; no le resultaba difícil, puesto que los negocios de las SS producían una enorme cantidad de dinero, a pesar de la gran inversión de capital que requerían.

Los miembros del Waffen SS, los campos de concentración, la Dirección General de Seguridad del Reich, la policía y, más adelante, otros departamentos de servicios eran financiados por el Estado. Las discusiones acerca del presupuesto eran llevadas a cabo en nombre de Pohl por el *Gruppenführer* Frank, su adlátere y su factótum.

Las negociaciones con el Ministerio de Economía sobre el presupuesto general eran auténticas pruebas de fuerza, puesto que sin el dinero proporcionado por el Estado era imposible crear ni una sola

nueva empresa de los miembros del Waffen SS. Frank era astuto y tenaz, y se las ingeniaba para conseguir todo cuanto quería, a menudo tras interminables negociaciones que duraban semanas. Había sido formado por Pohl y éste le guardaba las espaldas. Más adelante, Frank reorganizó la administración de toda la policía, que se había quedado completamente anquilosada. Tras el atentado contra el Führer, Frank se convirtió en el director administrativo del ejército; Pohl se mantenía en segundo plano y lo dirigía.

Durante los primeros años, tras la toma de poder, el cuartel general y la administración de las SS estaban situados en Munich. Durante el mismo período, Pohl vivía en Dachau, cerca del campo; por consiguiente, entró en contacto con éste y con los prisioneros desde el principio, y logró adquirir un profundo conocimiento de sus necesidades. Debido a su gran interés por la construcción de empresas industriales en el campo de concentración de Dachau, pasó mucho tiempo allí, y los domingos solía disfrutar inspeccionando toda la zona del campo. Evitaba deliberadamente penetrar en el campo de custodia preventiva para que Eicke, el inspector de campos de concentración, no tuviera motivos de queja ante el *Reichsführer*. Tanto Pohl como Eicke tenían un carácter fuerte y existía una fricción constante entre ambos que, a menudo, terminaba en violentas peleas. Albergaban opiniones opuestas acerca de casi todo lo que les competía y ése era el caso en cuanto al trato recibido por los reclusos, en la medida en que ello afectaba a Pohl en asuntos como alojamiento, alimentación, ropa y trabajo en las empresas industriales. Durante todo el tiempo que conocí a Pohl, y hasta el derrumbe final, su actitud con respecto a los prisioneros siempre fue la misma: según él, un prisionero lo bastante bien alimentado y vestido siempre trabajaría con diligencia, y el castigo sólo sería necesario como último recurso.

Gracias a una iniciativa de Pohl, se creó un huerto de hierbas medicinales en Dachau. Pohl era un entusiasta del cambio de dieta. Se cultivaron todo tipo de especias y hierbas medicinales, con el objeto de erradicar la costumbre del pueblo alemán de consumir especias extranjeras peligrosas para la salud y de consumir remedios sintéticos, para acostumbrarlo luego a usar las especias alemanas inocuas y de agradable sabor además de hierbas medicinales de todo tipo eficaces contra cualquier clase de dolencia. El consumo de dichas especias se hizo obligatorio para todas las SS y las fuerzas policiales. Más adelante, durante la guerra, casi todo el ejército recibía dichas especias de Dachau. En su huerto de hierbas, Pohl disponía de numerosas oportunidades para hablar con los prisioneros sobre los motivos de su detención y escuchar sus historias acerca de la vida en

el campo. Así, siempre estaba al tanto de lo que ocurría en el campo de concentración de Dachau. Incluso en los años venideros visitó el huerto de hierbas casi todos los meses, y siempre se alojaba en Dachau cuando viajaba a Munich o cuando debía realizar alguna gestión en los alrededores.

Pohl nunca dejó de apoyar las solicitudes de puesta en libertad de los prisioneros que conocía cuando consideraba que habían sido injustamente encarcelados o que sus condenas eran demasiado largas. Esto despertó una hostilidad irreconciliable entre Pohl y Eicke, la Dirección General de Seguridad del Reich y, más adelante, también con Kaltenbrunner. Pohl nunca temía presentar una queja y en los casos excepcionalmente graves se dirigía al mismísimo *Reichsführer*, algo que, por otra parte, procuraba evitar. Pero no tuvo mucho éxito, puesto que, en el tema relacionado con la puesta en libertad de un prisionero, el *Reichsführer* solía respetar las opiniones de la Dirección General de Seguridad del Reich.

En 1941, los campos de concentración fueron incorporados a la Sección D de la Dirección General de Economía y Administración, y sometidos a la autoridad de Pohl.

Se mantenía bien informado sobre todos los campos a través de sus contactos con las empresas industriales colaboradoras, a través de los directores de dichas empresas y su inspector provisional Maurer, y también a través de los directores de los grupos de departamentos y de los departamentos A, B, C y W.

Tras hacerse cargo de los campos, Pohl inició reformas de inmediato acordes con sus propias ideas. Primero destituyó a algunos comandantes de campo, ya fuera porque no cumplían con las nuevas instrucciones de Pohl o porque, como Loritz, ya no eran (según Pohl) aptos para el servicio en un campo de concentración.

Las principales exigencias de Pohl eran las siguientes: un trato correcto de los prisioneros, la ausencia de todo trato con los prisioneros por parte de miembros subordinados de las SS, mejoras en el sistema de aprovisionamiento, la provisión de ropa abrigada para el invierno, un alojamiento adecuado y la mejora de las instalaciones sanitarias. Todas estas mejoras fueron propuestas con el objetivo de mantener a los prisioneros en buen estado para que realizaran las tareas que se les exigían.

Pohl inspeccionaba constantemente todos los campos de concentración, y también una gran proporción de los campos de trabajo. Detectaba las deficiencias y procuraba remediarlas siempre que podía. Si descubría que un oficial o un suboficial habían cometido un fallo, lo trataba sin ningún respeto hacia su persona o su posición.

Por regla general, no anunciaba sus inspecciones, que eran muy minuciosas. No se dejaba guiar, sino que insistía en verlo todo con sus propios ojos. Sin tener en cuenta el tiempo, las personas o los horarios de las comidas, se apresuraba a visitar un lugar tras otro. Su memoria era prodigiosa y jamás olvidaba una cifra, ni aunque sólo hubiera sido mencionada una sola vez. Siempre estaba ojo avizor de aquello que había visto y objetado en inspecciones anteriores.

Además de Dachau, Auschwitz recibía especial atención. Pohl dedicó mucha energía a la construcción y el desarrollo del campo. Kammler a menudo me decía que, en Berlín, Pohl iniciaba cada conferencia sobre la construcción con preguntas acerca de cómo iban las cosas en Auschwitz. El departamento de las SS encargado de las materias primas disponía de un voluminoso archivo de solicitudes, memorandos y cartas airadas enviadas por Pohl en relación con Auschwitz. Yo debo de haber sido el único oficial de las SS que poseía una absoluta autoridad para proporcionar todo lo que necesitaba Auschwitz.

Más adelante, cuando se convirtió en D1, Pohl no dejaba de hostigarme acerca de los defectos que había descubierto en los campos de concentración y sobre los trabajos forzados que no había logrado eliminar, y me exigía que los culpables fueran descubiertos y que los peores abusos fueran rectificados.

Sin embargo, mientras la actitud básica de Himmler permaneciera inalterable, cualquier intento de mejorar las condiciones estaba destinado al fracaso.

Todos los que se habían distinguido por su competencia podían acudir a Pohl en cualquier momento con solicitudes o deseos, y Pohl le ofrecía toda la ayuda de la que era capaz.

Pohl era muy caprichoso y solía pasar de un extremo a otro. Contradecirlo no era aconsejable cuando estaba de mal humor, porque el resultado era un desaire. Pero, cuando estaba de buen humor, se le podían decir las cosas más desagradables, que no se lo tomaba a mal. No resultaba fácil trabajar con él mucho tiempo, y sus asistentes cambiaban con frecuencia y a menudo con sorprendente rapidez.

Pohl disfrutaba haciendo ostentación de su posición y su poder. Su uniforme era deliberadamente sencillo y no llevaba condecoraciones, aunque Himmler lo obligó a llevar la Cruz Alemana, la Cruz de Caballero y la Cruz de Servicio en la Guerra con la que fue condecorado más adelante.

Pese a su edad (tenía más de cincuenta años) era excepcionalmente enérgico y activo, y sumamente duro. Acompañarlo durante un viaje de inspección tenía sus pros y sus contras.

La conducta de Pohl con respecto al *Reichsführer* de las SS era peculiar. Todo lo que hacía, lo hacía a través de Himmler. Todas las cartas y todos los télex eran enviados en nombre de Himmler, y, sin embargo, Pohl sólo iba a verlo en persona cuando aquél lo mandaba llamar.

Para Pohl, cualquier deseo expresado por el *Reichsführer* —y no eran pocos— era una orden. No recuerdo ningún caso en el que Pohl hubiera criticado o expresado desaprobación frente a una orden de Himmler. Una orden del *Reichsführer* de las SS era algo decidido y debía ser cumplida con exactitud. Tampoco le agradaba que se discutiera la interpretación o se planteara la imposibilidad de cumplir dichas órdenes, que a menudo eran muy crípticas. Eso era especialmente así en cuanto a Kammler y a Glücks, ambos muy habladores; Pohl los reprendía con frecuencia por dicho motivo, aunque por otra parte les permitiera tomarse muchas libertades. *Pese a su autoritaria personalidad, Pohl era el ejecutor más dispuesto y obediente de todos los deseos y planes del* Reichsführer *Heinrich Himmler*.

Anexo VI

Maurer

EL Standartenführer *de las SS, Gerhard Maurer, era el director de la Sección D2 de la Dirección General de Economía y Administración*

Era un hombre de negocios y un miembro veterano del partido y de las SS. Procedía de Sajonia y, antes de 1933, ya había ocupado un puesto de responsabilidad en la unidad de las SS de su localidad.

En 1934 ocupó un puesto administrativo en las SS de Munich y Pohl lo incorporó al departamento de auditoría. Pohl ya había tomado nota de su destreza como auditor, de manera que lo empleó en la Oficina Central Administrativa de reciente creación relacionada con las empresas comerciales de las SS, de la que más adelante Pohl lo nombró inspector.

Así, Maurer obtuvo información sobre los campos de concentración y se dedicó, sobre todo, a los asuntos vinculados con el empleo industrial de los reclusos. Tomó conocimiento de las peculiaridades de los comandantes de los campos de custodia preventiva y de su actitud negativa frente a esos planes industriales. La mayoría de los comandantes más veteranos consideraban que los prisioneros empleados en las empresas industriales recibían un trato demasiado bueno, y también que los jefes de dichas empresas descubrían demasiado de lo que ocurría en los campos a través de los reclusos y engañaban a los ejecutivos de esas industrias. Por ejemplo: de repente retiraban a los hombres diestros y los empleaban en otros trabajos, los retenían en el campo o les enviaban prisioneros absolutamente incapaces de trabajar.

Maurer se enfrentó de manera implacable a dichos tejemanejes

proporcionando informes útiles a Pohl. Instigado por Maurer, y con el fin de evitar esas intrigas poco edificantes, más adelante Pohl nombró a los comandantes de los campos directores de todas las empresas instaladas en el campo. Recibían una considerable cantidad de dinero mensual según la envergadura de las industrias y después participaban de las ganancias. El resultado fue que los comandantes prestaron más atención a tales industrias y sus subordinados fueron obligados a reconocer sus necesidades.

Sin embargo, quien convenció a Pohl de que introdujera un sistema de bonificación fue Maurer. Más adelante, en 1944, Maurer redactó a petición de Pohl las normas para el pago de los prisioneros, que establecían que todos debían ser pagados en función del trabajo realizado. No obstante, dichas normas nunca fueron puestas en práctica.

Poco después de la incorporación del cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración a la Dirección General de Economía y Administración, Maurer se convirtió en jefe de la Sección D2, relacionada con el empleo de los prisioneros. Maurer procedió a organizar dicha oficina con gran minuciosidad. Instaló a un oficial encargado de la mano de obra en cada campo, responsable siempre ante él, que recibió instrucciones muy precisas acerca de su tarea, consistente en proporcionar trabajadores de los campos para la industria de la guerra. Ese oficial también tenía que registrar el oficio o la profesión de todos los prisioneros y encargarse de que cada uno fuera empleado según sus habilidades. En su mayoría, los comandantes de los campos de detención preventiva, y también el *Rapportführer* y los oficiales encargados de la mano de obra, intentaron sabotear la tarea del oficial encargado, porque querían seguir manteniendo un control independiente sobre el empleo de los prisioneros. Al principio eso causó un gran malestar, pero Maurer adoptaba medidas estrictas cada vez que le llamaban la atención sobre cualquier incidente de ese tipo.

Maurer era un hombre lleno de energía, con buena vista y oídos agudos. Si algo no funcionaba correctamente en un campo, lo advertía de inmediato y lo ponía en conocimiento del comandante o bien informaba de ello a Pohl.

La confianza de Pohl en Maurer era total. Cuando Glücks pretendía evitar que Pohl se enterara de algo desagradable, Maurer siempre le informaba de ello.

Tras la partida de Liebehenschel, Maurer se convirtió en el segundo de Glücks. Gracias a dicho nombramiento, Pohl transfirió prácticamente todo el cuerpo de inspectores a Maurer. Poco a poco,

Glücks fue confiando los asuntos más importantes a Maurer. Él sólo ostentaba el título de inspector.

Conocí a Maurer estando en Dachau y en Sachsenhausen, pero entablamos mayor intimidad mientras fui comandante de Auschwitz. Siempre nos llevamos bien y trabajamos bien juntos. Logré llamar la atención de Pohl acerca de numerosos asuntos a través de Maurer, algo imposible a través de Glücks. Opinábamos lo mismo acerca de casi todos los problemas vinculados con los prisioneros y la dirección del campo. Sólo diferíamos en cuanto a la selección de judíos sanos. Maurer quería emplear al mayor número posible de judíos, incluso a aquellos que quizá sólo fueran capaces de trabajar durante un tiempo, mientras que yo sólo quería seleccionar a los que eran fuertes y aptos, por motivos que ya he explicado anteriormente. Nunca nos pusimos de acuerdo al respecto y aunque, más adelante, los resultados de la actitud de Maurer quedaron muy claros, él se negó a aceptar su importancia.

Maurer observó el desarrollo de Auschwitz desde el principio, y yo llamé su atención sobre las deficiencias en cada una de sus visitas. Él también las vio con sus propios ojos. Informó de todo ello a Pohl, que en aquel entonces era inspector de las empresas industriales; pero fue en vano.

Maurer siempre estuvo a favor de que los prisioneros fueran bien tratados. Durante sus inspecciones solía hablar con ellos acerca del alojamiento y la alimentación, y del trato que recibían. Pero, muchas veces, hacer eso suponía perjudicarlos en vez de ayudarlos, puesto que los *Kapos* siempre andaban merodeando.

Maurer dedicó una enorme energía a su tarea principal, que consistía en obtener mano de obra para la industria armamentística. Viajaba mucho, inspeccionando el inicio de una empresa en un lugar o el progreso de otra en otro, o resolviendo problemas que surgían entre los directores industriales y los oficiales encargados de la mano de obra, y escuchando quejas de los prisioneros o de los empleadores industriales sobre el mal trato que recibían en el trabajo. Tenía que ocuparse de cientos de asuntos, como la permanente presión por parte del Ministerio de Armamento y la Organización Todt, que pedían más prisioneros, o la protesta permanente de Auschwitz por el exceso de transportes. Maurer estaba muy ocupado, pero nunca se dejaba abrumar por el trabajo y, pese a su personalidad vivaz, conservaba una actitud tranquila.

Debido a sus continuas peticiones de ser enviado al frente, y gracias a Kammler, obtuvo el puesto de comisario en la División de Servicios Especiales de Kammler desde enero hasta mediados de abril

de 1945, que después se convirtió en un cuerpo de artillería.

Maurer poseía una gran comprensión respecto a todos los asuntos relacionados con los prisioneros, aunque siempre los consideraba desde el punto de vista de su empleo como mano de obra. Nunca llegó a comprender que el resultado directo de la selección o la retención de demasiados judíos para usarlos como mano de obra supusiera el deterioro de las condiciones generales de Auschwitz, seguido de un deterioro similar en todos los demás campos. Pero era una verdad indiscutible.

Anexo VII

Globocnik

EL Gruppenführer *Globocnik era jefe de las SS y de la policía de Lublin*

Poco después del inicio de la campaña rusa, el *Reichsführer* de las SS mandó construir un campo de concentración en Lublin. Globocnik traspasó los terrenos seleccionados para este fin a Glücks, el inspector de campos de concentración, junto con el inicio de la construcción y nombró comandante a Koch (hasta entonces comandante de Buchenwald). Luego Globocnik prometió a Glücks que le proporcionaría grandes cantidades de mantas, sábanas y calzado, y también utensilios de cocina, instrumental quirúrgico y medicinas. Por fin, Glücks fue a Auschwitz y me autorizó a ir a Lublin para que eligiera los suministros necesarios. Visité a Globocnik sin dilación, acompañado de Wagner, mi oficial administrativo. Tras ir de acá para allá, logramos reunir cierta cantidad de suministros que nos servirían en Auschwitz. Ahora no recuerdo qué eran, pero incluían equipo quirúrgico, instrumental y medicinas. En cualquier caso, era un botín muy reducido en comparación con lo prometido por Globocnik. Se trataba de artículos requisados en la zona de Lublin y amontonados indiscriminadamente en el edificio de una fábrica.

Conocí a Globocnik durante dicha transacción. Adoptaba un aire de gran importancia por las instrucciones recibidas del *Reichsführer* en cuanto a montar puntos de resistencia policiales en los territorios ocupados. Ideó un plan fantasioso consistente en crear una serie de puntos que se extendieran hasta los Urales. Consideró que no supondría ningún problema e hizo caso omiso de todas las objeciones. Quería eliminar a todos los judíos de la zona de inmediato, excepto a

aquellos necesarios para trabajar en «sus» puestos policiales. Sugirió depositar todas sus propiedades en un centro de recolección y utilizarlas en beneficio de las SS. Hablaba de todo el asunto en su dialecto vienés y en tono despreocupado, sentado ante su chimenea, como si se tratara de una inocente aventura. La actitud de Globocnik me chocó, puesto que para Glücks era un hombre extremadamente competente al que el *Reichsführer* apreciaba.

Mi primera impresión resultó ser correcta. Globocnik era un pomposo entrometido que pretendía destacarse y describir sus caprichosos planes como si en gran parte ya hubieran sido puestos en práctica. Él era el único que lograba que las cosas se hicieran correctamente, ya fuera exterminar a los judíos, reubicar a los polacos o hacer uso de bienes requisados. Logró contarle a Himmler todo tipo de historias extraordinarias, y éste le creyó y lo mantuvo en su puesto aunque se hubiera convertido en un tipo inaguantable; y recibió críticas por parte del SD, del gobernador general y del gobernador del distrito.

Ignoro qué causó su destitución final. Abandonó Lublin y se dirigió a Trieste como oficial superior de las SS y de la policía. No tengo ninguna información sobre sus actividades en Trieste.

La segunda vez que traté con él fue en Lublin, en la primavera de 1943. Habíamos discutido sobre unas máquinas y herramientas que Globocnik había conseguido que la DAW de Lublin (en aquel entonces subordinada a él) entregara en Auschwitz. Había descrito un montón de chatarra como si de maquinaria moderna se tratara, y también la había descrito así en el informe enviado a Pohl.

Como él había ordenado personalmente esos embustes, no estaba satisfecho; pero pasó por alto el asunto sin hacer comentarios y me hizo llegar cinco máquinas realmente modernas y necesitadas con urgencia en la DAW de Auschwitz.

Möckel, mi oficial administrativo, tuvo que rendir cuentas a su departamento, que también había advertido a Pohl de que el equipo prometido no había sido entregado o bien sólo en cantidades ínfimas. Se comprometieron a hacer entregas en gran escala, pero nunca cumplieron.

Por aquel entonces, el *Obergruppenführer* Von Herff, jefe de la Dirección General de Personal de las SS, llegó a Lublin para conocer a los oficiales del departamento de Globocnik y éste aprovechó la oportunidad para mostrarle todas sus instalaciones modelo. Empezó consiguiendo que inspeccionara las inmensas cantidades de bienes judíos reunidos en la antigua fábrica de aviones y «sus» talleres judíos, donde fabricaban los artículos más lamentables, desde cepillos hasta

alfombrillas. Todo lo que hacía lo hacía de una manera que sólo puede ser calificada de ostentosa. Los judíos de los talleres —que en realidad lo habían organizado todo— habían engañado a Globocnik y sus oficiales. Crearon todos los puestos posibles de supervisor para sí mismos y después procedieron a realizar sus propios negocios. Höfle, el oficial del Estado Mayor de Globocnik, me lo confirmó más adelante…

Como era de esperar, Globocnik consideraba «suyo» el campo de concentración de Lublin. Daba órdenes e instrucciones a los comandantes que contravenían por completo las dadas por el cuerpo de Inspectores o por Pohl, lo cual causaba permanentes desacuerdos. Sin embargo, Globocnik siempre conseguía salirse con la suya señalándole al *Reichsführer* la posición especial que Lublin ocupaba. Apenas se molestaba en cumplir las órdenes procedentes de la Dirección General de Seguridad del Reich. Él organizaba «sus propias» acciones policiales. Construía campos de trabajos forzados para los reclusos donde se le antojaba, sin molestarse en informar a Pohl o a la Sección D2, porque según él eran «sus» campos y «sus» prisioneros. Y también consideraba que Sobibor, Belczek y Treblinka eran «sus» centros de exterminio.

Eichmann, que había conocido a Globocnik durante la época de las actividades ilegales de las SS anteriores a la invasión de Austria, se sentía muy molesto con él. Mientras yo me dedicaba a discutir con Eichmann y le pedía que ralentizara los transportes de judíos a Auschwitz, Globocnik no dejaba de decir que nunca eran suficientes. Quería destacarse por «su» exterminio y «su» colección de objetos de valor.

Quien lo aconsejaba acerca del exterminio era el SA *Oberführer* Oldenburgo de la cancillería del Führer, que antes de la guerra había ideado métodos para liquidar a los enfermos mentales.

Tuve la oportunidad de visitar Treblinka durante el mismo viaje de inspección, uno de los centros de exterminio de Globocnik.

El campo de entrenamiento de Trawniki también era creación de Globocnik. Quería formar una unidad separada de guardias rusos y había obtenido el consentimiento del *Reichsführer* de las SS.

Como era de esperar, esos guardias denominados policías no eran de fiar. Destinaron una compañía de ellos a Auschwitz y poco después quince huyeron, llevándose todas las armas y municiones de las que pudieron echar mano, y durante la persecución dispararon contra quienes los perseguían; el resultado fue la muerte de tres jóvenes oficiales. Todos fueron recapturados excepto tres, que lograron escapar. La compañía fue disuelta de inmediato, y sus miembros,

distribuidos entre todos los campos de concentración.

Höfle, su oficial del Estado Mayor, llegó a Oranienburgo en 1944 y debería haber ocupado el puesto de comandante de un campo de custodia preventiva. Pese a la falta de oficiales idóneos como él para ese puesto, Glücks se negó a nombrarlo: llevaba demasiado tiempo con Globocnik. Höfle me contó algunas cosas sobre Globocnik y sus maquinaciones.

Globocnik quería crear una gran colonia alemana en «su territorio». Y, con eso en mente, eligió la zona que rodeaba Zamosch. Prometió al *Reichsführer* de las SS que trasladaría allí a 50 000 nuevos colonos alemanes antes de un año, como modelo de las amplias colonias que más adelante se pretendía construir en el este. Quería reunir la suficiente cantidad de ganado y maquinaria necesaria para ese fin en el menor tiempo posible. Pero la zona que había elegido estaba ocupada por campesinos polacos y, por lo tanto, empezó a evacuarlos inmediatamente. Le daba igual adonde fueran a parar, así que dejó el problema en manos de la UWZ, la Dirección General de Seguridad del Reich o el BDS de Cracovia. Su principal preocupación era preparar la zona para que acogiera a los 50 000 nuevos colonos. Según la descripción de Höfle, dicha colonización organizada por Globocnik debió de haber sido una catástrofe. Además, ni siquiera los propios colonos alemanes estaban satisfechos en absoluto. Sus esperanzas no se vieron cumplidas y, en cambio, ellos se vieron obligados a trabajar duro en condiciones infrahumanas, esperando continuamente que Globocnik les prestara ayuda.

En el verano de 1943, Globocnik visitó Auschwitz por orden de Himmler, con el fin de inspeccionar los crematorios y examinar el método de exterminio. No obstante, lo que observó no lo impresionó. Sus propias instalaciones funcionaban con una rapidez mucho mayor y citó cifras con el fin de destacar la tasa de exterminio diaria (por ejemplo, recuerdo que mencionó la llegada de cinco trenes diarios a Sobibor) y la inmensa cantidad de bienes que había reunido. Exageraba de manera temeraria cuando tenía oportunidad de hacerlo.

Siempre tuve la sensación de que él mismo se creía lo que decía. Eichmann me había dicho que, por motivos técnicos relacionados con el ferrocarril, el número máximo de trenes capaces de llegar a Sobibor era de dos al día.

Tras la anexión de Austria, Globocnik se convirtió en *Gauleiter* de Viena, pero causó tantos inconvenientes que tuvo que ser destituido de inmediato.

En el fondo era una persona de natural bondadoso y, en mi opinión, sus engaños se debían a su pomposidad y presunción. No sé si

se las ingenió para sacar algún provecho de la confusa operación de Rheinhardt en Lublin, pero lo creo muy capaz de hacerlo. No cabe duda de que los oficiales y los hombres de «su territorio» lograron sacar provecho. Los tribunales especiales de las SS tuvieron mucho trabajo y se pronunciaron numerosas sentencias de muerte.

Para Globocnik, requisar y utilizar todo lo que estaba a su alcance se había convertido prácticamente en una obsesión. Quería proporcionar una inmensa suma de dinero al *Reichsführer* y superar incluso a Pohl con «sus negocios». Carecía totalmente de escrúpulos y jamás se preguntó si «sus requisas» eran correctas o no. Claro que esta actitud afectó a sus subordinados y, como casi nadie los controlaba, muchos organizaron sus propias requisas y lo convirtieron en un negocio floreciente; si no, robaban todo aquello de lo que lograban echar mano.

El personal de Globocnik era una auténtica colección de inadaptados; sin embargo, lograron volverse indispensables y apreciados, algo bastante sencillo dado el escaso conocimiento que Globocnik tenía de la naturaleza humana. Cuando había que tapar sus fechorías, Globocnik les prestaba ayuda por su carácter bondadoso y para que sus propias intrigas no salieran a la luz.

El *Reichsführer* de las SS daba crédito a sus palabras cuando Globocnik le aseguraba que, en su esfera de acción, todo estaba en perfecto orden y reinaba la prosperidad.

Anexo VIII

Eicke

EL primer inspector de campos de concentración fue el Obergruppenführer *Theodor Eicke*

Puede ser considerado el auténtico fundador de todos los campos de concentración, salvo Dachau; y también el creador que les dio forma y aspecto.

Eicke era oriundo del Rheinland, Ja región del Rin, y durante la Primera Guerra Mundial luchó en todos los frentes, lo cual le valió ser herido y condecorado numerosas veces. Tras la ocupación del Rheinland, jugó un importante papel en la resistencia contra los franceses. Fue sentenciado a muerte en ausencia por un tribunal militar francés y permaneció en Italia hasta 1928. Cuando regresó a Alemania, se dirigió al NSDAP y se convirtió en miembro de las SS.

En 1933, el *Reichsführer* lo sacó de las SS generales, lo ascendió a coronel y lo nombró comandante de Dachau, un puesto del que ya habían sido destituidos por incompetentes dos de sus predecesores. A partir de aquí, no tardó en reorganizar el campo de acuerdo con sus propias ideas.

Eicke era un nazi inflexible a la antigua usanza. El origen de todas sus acciones se debía al convencimiento de que el nacionalsocialismo había hecho muchos sacrificios y librado una larga batalla para alcanzar el poder y que ahora dicho poder debía ser utilizado en contra de todos los enemigos del nuevo Estado: ésa era su perspectiva de los campos de concentración.

Según su punto de vista, los prisioneros eran enemigos acérrimos del Estado que debían recibir un trato severo y ser eliminados si se resistían. Eicke inculcó la misma actitud a sus oficiales y sus hombres.

En su primer período de servicio como comandante, la mayoría de los guardias provenían de la policía del condado de Baviera y también ocupaban la mayoría de puestos importantes. Para Eicke, la policía era como un trapo rojo para un toro; sobre todo la del condado, que había complicado la vida a los nazis durante las primeras refriegas. En muy poco tiempo reemplazó a todos los policías (a excepción de dos, que incorporó a las SS) con miembros de las SS y echó del campo a los *laponesten*, como se los denominaba en la jerga del campo.

Los prisioneros recibían un trato severo y eran azotados por el menor delito cometido. Las flagelaciones se llevaban a cabo en presencia de todos los guardias (debían estar presentes, como mínimo, dos compañías) con la intención de endurecerlos, según la opinión de Eicke. Los reclutas, sobre todo, eran obligados a presenciarlas.

En aquel momento, casi todos los reclusos eran presos políticos de los partidos comunistas y socialdemócratas bávaros, y también del partido del pueblo bávaro.

De principio a fin, las instrucciones de Eicke eran las siguientes: «El enemigo acecha detrás de las alambradas observando todo lo que hacéis para aprovecharse de vuestros puntos débiles. No os dejéis engañar y mostrad los dientes al enemigo. Cualquiera que demuestre la menor compasión por estos enemigos del Estado debe desaparecer de nuestras filas. Mis hombres de las SS han de ser duros y estar dispuestos a enfrentarse a cualquier eventualidad, porque entre nosotros no hay cabida para los débiles».

Sin embargo, Eicke no permitía que sus hombres tomaran medidas individuales contra los prisioneros. Debían ser tratados con dureza pero también con justicia, y sólo debían ser castigados si él lo ordenaba. Eicke organizó la supervisión del campo de custodia preventiva y así lo mantenía bajo su propio control.

Poco a poco construyó todo el campo y le dio forma según un modelo que más adelante fue utilizado por todos los demás campos de concentración.

Convirtió a los guardias en un cuerpo duro que desempeñaba sus deberes correctamente, pero que no tardaba en desenfundar las armas si un «enemigo del Estado» intentaba escapar.

Eicke castigaba cualquier fallo cometido por un guardia con mucha severidad. No obstante, sus soldados adoraban a «papá Eicke», como ellos lo llamaban. De noche se sentaba junto con sus soldados en la cantina o en sus barracones. Les hablaba en su propio idioma, escuchaba todos sus problemas y les enseñaba a convertirse en lo que él quería: tipos duros que no se negaran a cumplir sus órdenes.

«¡Todas las órdenes deben ser cumplidas, por duras que sean!». Eso

era lo que Eicke exigía y lo que predicaba en todas las instrucciones dadas a sus hombres, y esas instrucciones prevalecieron y pasaron a formar parte integral de ellos. Los hombres que fueron guardias durante el período en que Eicke ocupó el puesto de comandante de Dachau se convirtieron en los futuros comandantes de los campos de custodia preventiva, en *Rapportführer* y en otros oficiales de alto rango de los campos.

Eicke conocía a sus hombres, sabía cómo manejarlos, y la formación que les dio era con visión de futuro.

En 1934 se convirtió en el primer inspector de campos de concentración y al principio lo dirigía todo desde Dachau, pero después se trasladó a Berlín para estar cerca del *Reichsführer*.

Entonces empezó a modificar con gran entusiasmo los campos de Esterwegen, Sachsenburg, Lichtenburg y Columbia según el modelo de Dachau. Los oficiales y hombres de Dachau continuamente eran trasladados a otros campos con el fin de inocularles el «espíritu de Dachau» y una dosis de militarismo prusiano.

El *Reichsführer* le dio absoluta libertad, puesto que sabía que era la persona más idónea a quien confiar los campos. Himmler a menudo destacaba su completo acuerdo con el punto de vista de Eicke respecto a los campos de concentración y los «enemigos del Estado».

En Berlín, Eicke llegó a la conclusión de que el tipo de «instrucción» militar bávaro, alegre y amistoso, que incluía muchas veladas sociales y abundante cerveza bávara, era insuficiente para entrenar a un soldado realmente eficaz, capaz de cumplir cualquier misión.

Por ello buscó un «instructor» militar prusiano y lo encontró en Schulze, un capitán de policía a quien entonces encargó la tarea de inculcar cierto espíritu prusiano en los métodos bávaros escasamente severos y de proporcionar cierta formación prusiana a los oficiales y a los soldados. Cuando el «cerdo prusiano» puso en práctica su sistema de entrenamiento más riguroso, causó con ello un gran malestar en Dachau. Los miembros más veteranos de la guardia de Dachau jamás lo superaron y le pusieron tan difíciles las cosas a Schulze que, al cabo de un año, lograron deshacerse de él.

Alegaron que el motivo de su repentina destitución se debía a que, aunque era un excelente oficial y había alcanzado resultados excepcionales gracias a sus métodos de entrenamiento, no era un nacionalsocialista ni miembro de las SS, ¡y que, por lo tanto, no sabía manejar correctamente a sus hombres!

Tanto cuando era inspector como después, Eicke conservó la costumbre de hablar con los guardias y los oficiales de rango inferior

sin que sus oficiales superiores estuvieran presentes. Eso le permitía disfrutar de la popularidad y la devoción de sus hombres en una medida excepcional, incluso en las SS (donde se adjudicaba especial valor a la camaradería), lo cual el *Reichsführer* observó con mucha atención. Los oficiales superiores desaprobaban profundamente esa costumbre de Eicke. Por una parte, éste se enteraba de todo lo que ocurría en el campo y ningún detalle se le escapaba. Por otra, permanecía informado de manera permanente acerca de la conducta de los oficiales de las SS, tanto cuando estaban de guardia como cuando no lo estaban; así que, como es natural, los hombres de las SS aprovecharon esa oportunidad para hacer circular rumores maliciosos. Muchos oficiales de las SS tuvieron que responder ante Eicke por rumores que sólo existían en la imaginación de los hombres de las SS que los habían hecho circular.

No obstante, Eicke alcanzó su objetivo y logró poner a todos los comandantes de los campos bajo su control.

Más adelante hizo instalar buzones en todos los campos que sólo él podía abrir y que proporcionaba un medio a todos los hombres de las SS de hacerle llegar directamente informes, quejas y denuncias. También tenía confidentes entre los prisioneros de todos los campos que, a espaldas de los demás, le informaban de todo lo que merecía la pena saber.

Desde que empezó a trabajar como inspector de campos de concentración, Eicke adjudicó especial importancia al aumento de los guardias.

Hasta finales de 1935, quienes se encargaban de financiar los campos de concentración eran los distritos en los que estaban instalados, aunque eso no se aplicaba a la financiación de los guardias. Hasta entonces, Eicke había pagado a sus hombres con dinero recaudado por el Ministerio de Economía, con subsidios del partido y con créditos bancarios de las SS y las ganancias de la cantina.

Por fin logró que el *Reichsführer* acordara pedirle al Führer que tomara una decisión al respecto. El Führer autorizó la fundación de veinticinco compañías de cien hombres cada una, que serían financiadas con fondos del Estado. Pero, de momento, los diversos distritos seguirían siendo los encargados de la financiación de los campos de concentración.

Eicke ya había dado el primer paso decisivo para incrementar el número de guardias, que más adelante pasaron a llamarse «División Totenkopf».

Mientras tanto, se planificó y se preparó la construcción de más campos de concentración. La compra de terrenos adecuados y las

disposiciones para obtener el dinero necesario dieron lugar a importantes problemas que, sin embargo, fueron superados gracias a la perseverancia de Eicke.

Se crearon Sachsenhausen y Buchenwald. Desde el principio fueron construidos por prisioneros bajo la administración de Eicke, y ellos eran los únicos encargados de decidir cómo se construirían. El resultado fue un conflicto con Pohl, que mientras tanto, había sido puesto al mando de todas las construcciones de las SS y era el responsable de su financiación.

El campo de Esterwegen fue clausurado y trasladado a Sachsenhausen, y algo similar ocurrió con Berlín-Columbia, Sachsenburg, Lichtenburg y Bad Suiza, que fueron trasladados a Buchenwald; más adelante, Lichtenburg se convertiría en un campo para mujeres. Antes de la guerra, Flossenburg, Mauthausen y Gross-Rosen también estaban administrados por Eicke. Al principio eran únicamente campos de trabajo que Eicke había planeado utilizar en las canteras compradas por las SS, pero pronto se convirtieron en campos de concentración independientes.

Eicke hizo construir todos esos campos de modo autocrático, y aprovechó la experiencia adquirida para librar sus interminables batallas con Pohl.

Pohl, por su parte, quería conseguir más espacio para albergar a los prisioneros y también previo el futuro desarrollo de los campos con mayor claridad que Eicke, que adoptó una actitud estrecha de miras al respecto. Eicke estaba a favor de mantener los campos compactos para que resultara más sencillo vigilarlos, y se oponía a cualquier ampliación importante. Lo siguiente supone un ejemplo, experimentado por mí mismo cuando era ayudante en Auschwitz.

Corre el año 1938. Se ha planificado la construcción de un nuevo campo de mujeres y Lichtenburg no resulta adecuado como campo de concentración por su reducido tamaño. Tras una búsqueda prolongada, Pohl y Eicke eligen una zona junto al lago, cerca de Ravensbrück. El *Reichsführer* manifiesta su aprobación. Se organiza una conferencia que debe celebrarse entre Pohl y Eicke en el lugar elegido, con el fin de comentar los detalles de la construcción. El comandante de Sachsenhausen —que deberá aportar presos para la construcción y organizar su alojamiento— también es invitado a asistir, al igual que yo. Aún no se ha decidido el tamaño del campo de mujeres. Eicke calcula que, como mucho, no serán más de 2000 prisioneras. Pohl quiere construir un campo para 10 000. Eicke dice que es una locura y que jamás se alcanzará esa cifra.

Pohl quiere que el campo sea construido de manera que pueda

ampliarse en un futuro para albergar la cifra de prisioneras que él prevé. Eicke insiste obstinadamente en que no serán más de 2000 y considera que incluso esa cifra es exagerada. ¡Eicke acaba imponiéndose con sus 2000!

Se construye el campo de concentración de mujeres de Ravensbrück que, más adelante, deberá ser permanentemente ampliado bajo muy difíciles condiciones y de un modo muy poco metódico. Finalmente, Ravensbrück acabó albergando hasta a 25 000 mujeres, alojadas en barracones donde apenas cabían, y los resultados fueron inevitables. El cálculo de Pohl había sido correcto y previsor. Eicke, en cambio, siempre demostró estrechez de miras y mezquindad respecto a los campos de concentración.

Debido a su incapacidad de prever el futuro, resultó imposible ampliar el nuevo campo para alojar a la inmensa cantidad de personas que resultaron encarceladas durante la guerra.

Sin embargo, se siguió ampliando el campo en detrimento de las prisioneras, que estaban cada vez más apiñadas. Ya he descrito el resultado de ese abarrotamiento: no sólo resultaba prácticamente imposible aumentar el alojamiento, sino que además resultaba imposible mejorar el abastecimiento de agua y las cloacas, difícilmente adecuadas en condiciones normales. Eso incurriría en futuros defectos que luego fue imposible remediar.

Pese a la estrechez de miras demostrada por Eicke en todo lo relacionado con los campos de concentración, era muy liberal en todo lo relacionado con las tropas. Reforzar la División Totenkopf se había convertido en su principal preocupación. Para él, los campos de concentración para sus «enemigos del Estado» sólo eran medios para alcanzar un fin.

En posteriores conferencias presupuestarias no dejaba de presentar argumentos abrumadores sobre la amenaza de los «enemigos del Estado» y, por consiguiente, de la necesidad de incrementar el número de guardias.

Los nuevos barracones en construcción nunca eran lo bastante amplios para él, ni los muebles, lo bastante cómodos. Por cada centímetro cuadrado ahorrado en los campos, el espacio destinado a las tropas se multiplicaba por diez. Eicke tuvo que llegar a un acuerdo con Pohl, con el fin de obtener el dinero suficiente para amueblar las dependencias de las tropas.

Eicke lo ignoraba todo con respecto a la naturaleza humana y se dejó engañar una y otra vez por las apariencias y las astutas palabras de los hombres que sabían cómo presentarse a sí mismos como aptos y competentes, y su confianza en estos individuos era excesiva. Sus

opiniones sobre las personas tendían a depender del azar o de su estado de ánimo. Si un oficial de las SS caía mal a los demás o, si por algún motivo Eicke no lo aguantaba, lo mejor que podía hacer dicho oficial era intentar que lo trasladaran a otro destino lo antes posible.

Cualquier oficial o subalterno (Eicke albergaba la esperanza de convencerlos de sus ideas) a quien consideraba no apto para servir con las tropas era trasladado a otro destino (después de 1937, instigado por Eicke, las tropas y los campos de concentración se separaron) o trasladado a un puesto en un campo de concentración. El resultado fue que, poco a poco, el personal de los comandantes empezó a estar formado por oficiales y subalternos totalmente ineficaces, de los cuales Eicke no quería desprenderse del todo debido a los años que habían sido miembros del partido o de las SS. Quienes tendrían que preocuparse por ellos eran los comandantes de los campos. No dejaban de trasladarlos en un intento de encontrar un puesto idóneo, y en su mayoría acabaron en Auschwitz, lugar que el inspector de campos de concentración gradualmente convirtió en un basurero para el personal descartado. Si Eicke hubiera apartado a esos oficiales incapaces de su comandancia, más adelante los campos de concentración se habrían ahorrado muchas brutalidades y situaciones desagradables. Los efectos de la filosofía de Eicke se harían sentir durante muchos años.

Que comandantes de campos como Koch y Loritz disfrutaran de su absoluta confianza es atribuible al desconocimiento de Eicke de la naturaleza humana, puesto que resultaba imposible deshacerse de ellos incluso después de incidentes sumamente desagradables. En sus campos podían hacer lo que les viniera en gana.

Los dejaba hacer y jamás se metía con ellos, pese a estar bien informado acerca de todo lo que ocurría.

Tras la separación de las tropas de los campos de concentración, el interés de Eicke por los comandantes de campo se redujo. Su principal preocupación eran las tropas. Los trabajos relacionados con la ampliación de los campos se realizaban bajo su autoridad, pero él sólo se ocupaba del aspecto exterior y las disposiciones internas dejaron de interesarle. Nunca se desprendió de su obsesión por los «enemigos del Estado»; pero, a esas alturas, dicha obsesión estaba desfasada, puesto que sólo un diez por ciento de los reclusos era presos políticos y los demás eran delincuentes profesionales, individuos asociales, etc. Las órdenes posteriores de Eicke y las reglas con respecto a asuntos relacionadas con los presos fueron dadas en su despacho, y aún se basaban en sus experiencias en Dachau. No realizó más innovaciones y tampoco generó más alborotos. A pesar de su inagotable capacidad

para el trabajo, de su resistencia y de su impulso permanente de llevar a cabo mejoras y reformas, no tenía nada más que ofrecer a los campos de concentración. Dedicaba todas sus energías a las tropas. Su puesto de inspector de campos de concentración sólo era simbólico.

Cuando las tropas alemanas ocuparon los Sudetes, Eicke estaba con la División Totenkopf de la Alta Baviera, nombre que más adelante recibió el regimiento de guardias de Dachau. El 4.º Regimiento asistió en la ocupación de Danzig, y unidades aisladas de la División Totenkopf también participaron en la campaña polaca. Después de la campaña, Eicke recibió órdenes del Führer para que formara la División Totenkopf lo antes posible. Él mismo fue nombrado teniente general.

Al principio de la guerra, todas las principales unidades Totenkopf destinadas en los campos fueron reemplazadas por reservistas de las SS generales. Eso también se intentó como solución provisional durante la ocupación de Checoslovaquia. Provocó numerosos problemas, porque los reservistas veteranos no sabían nada acerca de la vigilancia de prisioneros y muchos no eran físicamente aptos para las arduas exigencias del servicio. Los delincuentes profesionales enseguida se aprovecharon de muchos de ellos, tanto para que los ayudaran a escapar como para que cometieran delitos similares.

El campo de Dachau fue evacuado para permitir la formación de la División Totenkopf, y los prisioneros fueron trasladados a Flossenburg y Mauthausen. Tras la formación de la División F y su marcha al campo de entrenamiento, los prisioneros regresaron.

Mientras se formaba la división, el *Brigadeführer* Glücks, que hasta aquel momento había sido el jefe del Estado Mayor del inspector de campos de concentración, fue nombrado inspector por orden del *Reichsführer*.

La División Totenkopf primero participó de la lucha en Francia y, después, se dedicó a cumplir con sus deberes de ocupación en la frontera española; hasta que se produjo la campaña contra Rusia, donde participaron en las batallas más sangrientas. Se vieron rodeados en varias ocasiones, por ejemplo, en Demiansk, y sufrieron terribles bajas.

El comportamiento de Eicke durante el desarrollo de esa división fue el esperado.

Los departamentos del ejército hicieron todo lo posible para evitar y retrasar el desarrollo. Primero iba a ser una división motorizada; después, una de caballería; y, después, una parcialmente motorizada.

Eicke observó, impasible, lo que ocurría y se dedicó a robar las armas y el equipo necesario siempre que podía. Así logró reunir toda

su artillería pesada apropiándose de los transportes destinados a Rumanía.

Entonces, el entrenamiento para convertir guardias del servicio activo en duros soldados empezó a dar sus frutos. Los logros de la División Totenkopf sólo fueron posibles gracias al durísimo entrenamiento al que Eicke había sometido a las tropas y por el afecto que éstas sentían por él.

En la primavera de 1942 fue derribado durante un vuelo de reconocimiento cerca de Charkov, mientras buscaba una compañía de tanques comandada por su yerno. Lo único que encontraron fue un trozo de su uniforme con la Cruz del Caballero con Hojas de Roble y Espadas.

Así encontró la muerte del soldado, que había buscado desde la muerte en combate de su único hijo acaecida poco antes.

Anexo IX

Glücks

El segundo inspector de campos de concentración fue el Gruppenführer *Richard Glücks*

Glücks era oriundo de Düsseldorf y, antes de la Primera Guerra Mundial, había pasado varios años en Argentina. Cuando estalló la guerra, logró engañar al control británico colándose como polizón en un barco noruego y acabó alistándose en el ejército. Durante toda la guerra sirvió como oficial de artillería y, después, fue nombrado oficial de enlace con la comisión del armisticio para, más adelante, alistarse en el Freikorp, distrito del Ruhr. Hasta el momento en que Hitler asumió el poder, se dedicaba a los negocios.

Glücks fue uno de los primeros miembros del partido y de las SS. En las SS, empezó pasando unos años como oficial de Estado Mayor del Sector Superior Occidental y después mandó un regimiento de las SS generales en Schneidenmühl. En 1936, se unió a Eicke como oficial del Estado Mayor en el cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración.

La actitud de Glücks era la de un típico administrativo que desconoce cualquier asunto práctico. Creyó que podía dirigirlo todo desde su escritorio. Bajo el mando de Eicke, apenas hizo notar su presencia en relación con los campos, y las ocasionales visitas que hizo a campos individuales en compañía de Eicke no le afectaron, puesto que no vio ni descubrió nada.

En ese aspecto, tampoco ejercía influencia sobre Eicke en su calidad de oficial de Estado Mayor, puesto que Eicke se encargaba de esos asuntos personalmente, en gran parte a través de contactos personales con los comandantes durante su inspección de los campos.

Pero Eicke le tenía mucho aprecio y las opiniones de Glücks sobre asuntos relacionados con el personal eran prácticamente decisivas, lo que suponía una desventaja para el personal del comandante. Diversos comandantes habían intentado darle la espalda a Glücks, pero su estatus con Eicke permaneció inalterable.

Como ya he dicho antes, cuando estalló la guerra los guardias del servicio activo fueron trasladados para cumplir deberes militares y sus puestos fueron ocupados por reservistas de las SS generales.

Además se crearon nuevas formaciones de la División Totenkopf con personal más joven, que al principio iba a ser utilizado para reforzar la policía y como tropas de ocupación. Luego, Eicke se convirtió en «Inspector general de la División Totenkopf y de Campos de Concentración», con Glücks como jefe de Estado Mayor. Cuando Eicke recibió el encargo de desarrollar la División Totenkopf, el cuerpo general de inspectores de la División Totenkopf quedó a cargo de la oficina administrativa de los miembros del *Waffen SS* bajo Jüttner, y Glücks se convirtió en inspector de campos de concentración y también en subordinado a la oficina de administración (más adelante, la oficina del cuartel central) de los miembros de los SS. En 1941, el cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración fue incorporado a la Dirección General de Economía y Administración bajo el nombre de Sección D.

El *Reichsführer* de las SS nunca confió demasiado en Glücks y a menudo consideró cambiarlo de empleo, pero Eicke y Pohl siempre lo apoyaron y gracias a ello conservó su puesto de inspector.

El nombramiento de Glücks como inspector no supuso ninguna diferencia para los campos. Glücks siempre consideró que las disposiciones de Eicke y sus órdenes e instrucciones no debían modificarse, ni cuando resultó evidente que estaban desfasadas. Es más, pensaba que su puesto como inspector sólo era provisional. No se consideraba autorizado para realizar ni el más mínimo cambio en la organización existente del campo sin el permiso del *Reichsführer*. Todos los cambios sugeridos por los comandantes fueron rechazados o postergados. Durante todo el tiempo que ocupó el puesto, el *Reichsführer* le provocaba a Glücks un pavor casi increíble: una llamada telefónica de Himmler lo sumía en la confusión; si se veía obligado a visitarlo en persona, se quedaba como paralizado varios días antes de la visita; su imperturbable calma lo abandonaba por completo cuando Himmler le pedía que le enviara informes o comentarios.

Por lo tanto, procuraba evitar cualquier cosa que pudiera provocar una discusión con Himmler, una negativa o, aún peor, una

reprimenda.

Los incidentes que ocurrían en los campos nunca lo afectaron demasiado, siempre y cuando no tuviera que informar a Himmler al respecto.

Había que informar de las huidas y, siempre que se producía alguna, Glücks se inquietaba mucho. La primera pregunta que hacía todas las mañanas era: «¿Cuántos han escapado?». Auschwitz le causó más problemas que ningún otro campo.

El persistente temor que le infundía Himmler determinó su actitud respecto a los campos de concentración que, a grandes rasgos, era la siguiente: Haced lo que os venga en gana, mientras no llegue a oídos del *Reichsführer*.

Cuando se convirtió en subordinado de Pohl, volvió a respirar. Ahora había alguien más fuerte que él capaz de desviar los golpes, pero jamás dejó de temer al *Reichsführer*, puesto que éste siempre le pedía informes o lo convocaba; aunque Pohl lo ayudó a zafarse de muchos problemas.

Sólo inspeccionaba los campos cuando existía un motivo muy importante para hacerlo, o a petición del *Reichsführer* o de Pohl.

Como solía decir, no observaba nada durante sus inspecciones y siempre se alegraba cuando el comandante no insistía en que visitara todo el campo. «Siempre pasa lo mismo en todos los campos. Nunca me muestran lo que no quieren que vea y lo demás ya lo he visto tanta veces que no me interesa». Prefería quedarse sentado en la cantina de los oficiales hablando de cualquier tema menos de lo que preocupaba a los comandantes.

Glücks poseía un irreprimible sentido del humor renano y veía el lado cómico de todo. Hacía que los asuntos más graves parecieran graciosos, se reía de ellos, los olvidaba y no tomaba ninguna decisión al respecto. Era imposible enfadarse con él: Glücks era así.

Nunca me tomó en serio. Consideraba que mis problemas y quejas perpetuas acerca de Auschwitz eran exagerados y, si Pohl o Kammler confirmaban mis puntos de vista, se quedaba atónito. Jamás me prestó ayuda de ninguna clase, aunque bien podría haberlo hecho, por ejemplo, trasladando a oficiales y subalternos cuya presencia en Auschwitz se había vuelto intolerable. Pero quería ahorrarles problemas a los demás comandantes y hacía cualquier cosa con tal de evitarlos; Auschwitz sólo le causaba problemas que perturbaban la sagrada tranquilidad del inspector de campos de concentración.

En la práctica, las inspecciones realizadas por Glücks en Auschwitz eran inútiles y jamás dieron resultado. El lugar le disgustaba: le parecía demasiado extenso y desordenado, y le causaba demasiados

problemas. Además, los comandantes siempre le presentaban demasiadas quejas y exigencias. En dos ocasiones, Glücks quiso deshacerse de mí y ponerme bajo el mando de un oficial de rango superior, pero temía hacerlo debido al *Reichsführer*. Eso se debía al elevado número de huidas que superaban a todo lo conocido hasta entonces en los campos y que tantos problemas le causaban con el *Reichsführer*. Para Glücks, Auschwitz era una espina perpetuamente clavada, por problemático y porque a Himmler le interesaba demasiado.

Glücks no quería tener nada que ver con las acciones de exterminio contra los judíos, y tampoco quería oír hablar de ellas. El hecho de que las condiciones catastróficas surgidas más adelante estuvieran directamente relacionadas con dichas acciones le resultaba incomprensible y, ante ellas, adoptó la misma actitud desvalida que ante todas las dificultades en todos los campos; en gran parte, lo dejó todo en manos de los comandantes, para que éstos lo solucionaran lo mejor que pudieran. «No me hagáis tantas preguntas —era su respuesta habitual durante las reuniones con los comandantes—, vosotros sabéis mucho más que yo». Justo antes de una de esas reuniones, solía decir a Liebehenschel lo siguiente: «¿Qué diablos les digo a los comandantes? ¡Yo no sé nada!». Y ése era el inspector de campos de concentración, el oficial superior del comandante del campo, que supuestamente debía darle indicaciones y consejos acerca de cualquier problema que pudiera surgir, ¡y para quien la única responsable era la guerra! Cuando más adelante los comandantes recurrieron a Pohl en busca de ayuda, Glücks se resintió.

Glücks era demasiado débil y no le gustaba ofender a sus subordinados. En concreto, era demasiado indulgente con los comandantes y oficiales más veteranos, que eran sus favoritos. Oficiales que deberían haber sido llevados ante el tribunal de las SS, o al menos retirados del servicio en los campos, eran mantenidos en su puesto por Glücks por pura bondad.

Esa bondad también hizo que perdonara muchos fallos cometidos por su personal.

Cuando, tras la partida de Liebehenschel a Auschwitz, Maurer se convirtió en el sustituto de Glücks, y yo, en jefe de la Sección D1, Maurer y yo eliminamos a casi todos los oficiales y hombres del personal, que hasta entonces habían sido considerados indispensables. Eso provocó ciertas discusiones con Glücks, pero al final Maurer lo amenazó con contárselo a Pohl y, apesadumbrado, Glücks tuvo que ceder.

Poco a poco le pasó el mando a Maurer, un mando que en realidad

nunca había ejercido en exceso. Aparte de Maurer, a quien debía frenar cuando consideraba que sus medidas eran excesivamente severas, su única preocupación era el *Reichsführer*.

Glücks era el polo opuesto de Eicke. Ambos albergaban puntos de vista extremos y ambos fueron los responsables del desarrollo de los campos de concentración de un modo que, inevitablemente, acabó en tragedia.

Anexo X

En aplicación de la sentencia que lo condenó a muerte el 2 de abril de 1947, Rudolf Höss fue ahorcado en Auschwitz.

Extractos de la sentencia

Tribunal Supremo Polaco[140]. Veredicto dado en la causa Rudolf Franz Ferdinand Höss, excomandante del campo de concentración de Auschwitz, instruida del 11 de marzo de 1947 al 2 de abril de 1947. Número del acta del Tribunal Supremo Polaco: 4 – 46.

Sentencia dictada en nombre de la República Polaca

2 de abril de 1947
El Tribunal Supremo Polaco,
presidido por el juez del Tribunal Supremo Polaco, doctor Alfred Eimer, asistido por los jueces del Tribunal Supremo Polaco:
Witold Kutzner
y
Dr. Josef Zembaty
y los asesores, diputados de la Dieta Legislativa:
Michel Gwiazdowicz,
Wincenty Kapczynski,
Aleksander Olchowicz
y
Franciszek Zmijewski,
en presencia de los procuradores del Tribunal Supremo Polaco:
Dr. Tadeusz Cyprien
y
Miecyslaw Siewierski
y de los pasantes encargados de la redacción de los informes:

Irmina Zmyslowska

y

Bogdan Rentflejsza

que instruyeron en Varsovia, del 19 al 29 de marzo de 1947, la causa

Rudolf Franz Ferdinand Höss,

nacido el 25 de noviembre de 1900

en Baden-Baden, hijo de Francisco Javier Höss y de Paulina Speck, casado, padre de cinco hijos, creyente, ciudadano alemán, detenido provisoriamente en Varsovia,

acusa al encausado:

1. Entre el 1 de septiembre de 1939 y mayo de 1945, en territorio del Reich alemán y, entre el 1 de mayo de 1940 y septiembre de 1944, en territorio ocupado de la República Polaca, de haber formado parte de la organización criminal que actuaba bajo el nombre de Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista (NSDAP) y se había fijado como meta la sumisión de los otros pueblos, planificando, organizando y perpetrando crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad; y de haber formado parte especialmente de la organización criminal de los comandos de seguridad (Schutzstaffeln-SS).

2. En el período que va del 1 de mayo de 1940 a finales de octubre de 1943, siendo comandante del campo de concentración de Oswiecim, enteramente concebido y agrandado por él en territorio ocupado de la República Polaca; luego, en el período que va de diciembre de 1943 a mayo de 1945, siendo jefe de la Sección D1 en la Oficina General de Economía y Administración de las SS y, además, durante los meses de junio, julio y agosto de 1944, siendo jefe de las SS en Oswiecim, de haber dirigido, como uno de los creadores del sistema alemán e hitleriano de tortura y destrucción de los pueblos en los campos de concentración y lugares de exterminio previstos a tal efecto, la aplicación de este sistema en el campo de Oswiecim, que estaba bajo sus órdenes, contra la población civil polaca y judía y también contra personas de otras numerosas nacionalidades que vivían en territorios de Europa ocupados por los alemanes, así como contra prisioneros de guerra soviéticos; y, actuando así, ya fuera personalmente ya fuera por medio del personal subalterno del campo, de haber causado deliberadamente la muerte:

a) de alrededor de 300 000 personas encerradas en el campo en calidad de prisioneros inscritos en el registro del campo;

b) de alrededor de 4 000 000 de personas, principalmente judías, que fueron llevadas al campo en furgones procedentes de diversos países, con el objeto de ser directamente exterminadas y que, por esta razón, no figuraron en el registro;

c) de alrededor de 12 000 prisioneros de guerra soviéticos, encerrados en el campo de concentración contraviniendo las prescripciones del derecho internacional sobre el régimen de los prisioneros de guerra; por asfixia en las cámaras de gas habilitadas en el campo, por fusilamiento y en casos particulares por ahorcamiento, por inyecciones mortales de fenol o a causa de experiencias médicas que provocaban la muerte, por la privación sistemática y gradual de alimentos, por la creación en el campo de condiciones de vida especiales que ocasionaban una mortandad general, por el excesivo trabajo impuesto a los prisioneros y por el trato inhumano, que causaba la muerte instantánea o graves lesiones corporales.

3. De haber ejercido su crueldad contra prisioneros del campo:

a) físicamente —creando para ellos condiciones de vida especiales, que provocaban dolores y sufrimientos físicos, y agravando las enfermedades, especialmente con las torturas infligidas a los prisioneros durante los interrogatorios y con el sistema inhumano de castigos vigente en el campo— y

b) moralmente —atentando de hecho y de palabra contra la dignidad humana de los prisioneros, especialmente de las mujeres, obligándolos a soportar, por la fuerza, toda clase de sufrimientos y humillaciones, así como el conjunto del sistema concentracionario.

4. De haber dirigido el saqueo masivo de los bienes, principalmente joyas, ropas y otros objetos de valor, sustraídos a las personas que llegaban al campo, sobre todo, a las que eran enviadas directamente de los furgones a las cámaras de gas para ser exterminadas; o a las personas que fallecían en el campo, lo cual, ha mentido, daba lugar a la profanación del cadáver, consistente en arrancarle los dientes de oro y las prótesis y en cortar el pelo a las mujeres.

Son crímenes previstos en el capítulo I, artículo 4, párrafo 1 del Decreto del 31 de agosto de 1944, con la enmienda del 15 de diciembre de 1946 (texto enmendado publicado en la *Gaceta de las Leyes* de la República Polaca —*Dziennik Ustaw R. P.* N.º 69, pág. 337). Y en el capítulo 11, crímenes que tienen el carácter de delito permanente, previstos en el artículo I, punto 1 y en el artículo 2 de ese mismo decreto, así como en los artículos 225; 235, párrafo 1; 236,

párrafo 1; 246, 248 y 259 del Código Penal de 1932 y pasibles de la pena prevista en el artículo 1 de este decreto sobre la base del artículo 6, punto 2; 8 y 14 del Decreto del 22 de enero de 1946 (*Gaceta de las Leyes* de la República Polaca —*Dziennik Ustaw R. P.* N.º 59, pág. 325).

Y declara al acusado Rudolf Franz Ferdinand Höss culpable:

1. De haber formado parte, entre el 1 de septiembre de 1939 y mayo de 1945, en territorio del Reich alemán y entre el 1 de mayo de 1940 y septiembre de 1944 en territorio de la República Polaca, de la organización criminal que actuaba bajo el nombre de comandos de seguridad (Schutzstaffeln-SS) y servía al Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán (NSDAP), del que igualmente formaba parte el acusado, para cometer crímenes de guerra y contra la humanidad, habiéndose fijado como meta la sumisión de los otros pueblos; se trata, por lo tanto, de crímenes previstos en el artículo 4 del Decreto del 31 de agosto de 1944, con la enmienda del 15 de diciembre de 1946 (texto enmendado publicado en la *Gaceta de las Leyes* de la República Polaca —*Dziennik Ustaw R. P.* N.º 69, pág. 377).

2. En el período que va del 1 de mayo de 1940 a finales de octubre de 1943, siendo comandante del campo de concentración de Oswiecim, enteramente proyectado y ampliado por él en territorio ocupado de la República Polaca; luego, en el período que va de diciembre de 1943 a mayo de 1945, siendo jefe de la Sección D1 de la Oficina General de Economía y Administración de las SS y, además, durante los meses de junio, julio y agosto de 1944, siendo jefe de guarnición SS en Oswiecim, de haber dirigido, como uno de los creadores del sistema alemán e hitleriano de tortura y destrucción de los pueblos en los campos de concentración y lugares de exterminio previstos a tal efecto, la aplicación de este sistema en el campo de Oswiecim, que estaba bajo sus órdenes, contra la población civil polaca y judía y también contra las personas de otras numerosas nacionalidades que vivían en territorios de Europa ocupados por los alemanes, así como contra prisioneros de guerra soviéticos y, actuando así, ya fuera personalmente ya fuera por medio del personal subalterno del campo, de haber deliberadamente:

1. Participado en el asesinato:

a) De alrededor de 300 000 personas encerradas en el campo en calidad de prisioneros, inscritos en el registro del campo.

b) De una cantidad de personas que es difícil determinar con

exactitud, pero que asciende por lo menos a 2 500 000, principalmente judías, que fueron llevadas al campo en furgones procedentes de diversos países, con el objeto de ser directamente exterminadas y que, por esta razón no figuran en el registro.

c) De por lo menos 12 000 prisioneros de guerra soviéticos, encerrados en el campo contraviniendo las prescripciones del derecho internacional sobre el régimen de los prisioneros; por ejemplo, por asfixia en las cámaras de gas, por incineración en vida, por fusilamiento, por inyecciones letales, por experimentos médicos, por inanición, por la creación de especiales condiciones de vida concentracionaria que implicaban una mortandad general, etc.

2. De haber ejercido una actividad nefasta sobre las personas que conformaban la población civil, los militares y los prisioneros de guerra:

a) manteniéndolos en estado de esclavitud debido a su encierro en un campo cerrado y sometiéndolos a los tormentos más diversos, físicos y morales, tales como la privación de alimentos, la obligación de realizar trabajos sobrehumanos, torturas, castigos inhumanos, heridas graves, atentados contra la dignidad humana, etc.;

b) participando en el saqueo masivo de los bienes, principalmente joyas, ropas y otros objetos de valor, sustraídos a las personas que llegaban al campo, sobre todo, a las que eran enviadas directamente de los furgones a las cámaras de gas para ser exterminadas; o a las personas que fallecían en el campo, lo cual a menudo daba lugar a la profanación del cadáver, consistente en arrancarle los dientes de oro y las prótesis y en cortar el pelo a las mujeres, cometiendo de tal manera crímenes previstos en el artículo 1, punto 1 y en el artículo 2 del decreto promulgado.

3. En virtud del artículo 1 del decreto promulgado con aplicación del artículo 33, párrafo 2 del Código Penal, condena al acusado

a la pena de muerte

4. Sobre la base del artículo 7 del decreto promulgado, con aplicación del artículo 52, párrafo 2 del Código Penal, se pronuncia por la privación, a perpetuidad, de los derechos públicos y cívicos y la confiscación de la totalidad de los bienes del condenado; por otra parte, traspasa al Tesoro del Estado todas las costas del proceso.

/—/ Doctor Alfred Eimer
Presidente

Witold Kutzner Doctor Josef Zembaty
Jueces del Tribunal Supremo Polaco
M. Gwiazdowicz W. Kapczynski
A. Olchowicz F. Zmijewski
Asesores, diputados de la Dieta Legislativa

Notas

[1] El padre de Rudolf Höss, Franz Xavier Höss, era viajante. (N. del traductor). < <

[2] Se trataba del 21 Regimiento de Dragones, estacionado en Badén. <<

[3] Höss resultó herido en dos ocasiones, en Mesopotamia y en Palestina. En 1917 y 1918 recibió la Cruz de Hierro, de primera y segunda clase respectivamente, la Media Luna de Hierro y la Medalla al Servicio de Badén. < <

[4] Unidad de voluntarios integrada por antiguos soldados inicialmente formada para cuidar las fronteras y como cuerpo antidisturbios. Höss pertenecía a los Freikorps Rossbach, con los que luchó en los estados bálticos, Mecklemburgo, el Ruhr y la Alta Silesia. < <

[5] Tribunales secretos medievales que juzgaban y dictaban sentencia.
<<

[6] El Tribunal Estatal para la Defensa de la República se estableció tras la promulgación, el 26 de junio de 1922, de la Ley para la Defensa de la República. Pero no puede afirmarse que hubiera sido «especialmente» creado para luchar contra los asesinatos de que era responsable la *Vehmgericht*. El párrafo 7 de la ley en cuestión demuestra que dicho tribunal tenía competencia para juzgar casos en los que el acusado lo fuera por crímenes cometidos directamente contra la República (como una forma del Estado) y miembros de su gobierno. Así pues, no se dedicaba a perseguir únicamente los crímenes cometidos por la citada organización. La razón por la cual este tribunal intervino en Leipzig, en el llamado Proceso de Parchim, en lugar de dejar que el caso lo llevara el tribunal del distrito de Schwerin, fue que el fiscal de éste había declarado que Höss y casi todos sus cómplices en el crimen pertenecían a la denominada Unión para el Desarrollo Profesional de la Agricultura, una organización ilegal continuadora de la proscrita Comunidad de Trabajadores Rossbach, sucesora a su vez de los Freikorps Rossbach, también declarados fuera de la ley. Dado que esta organización era enemiga de la forma republicana de gobierno, los crímenes políticos cometidos por sus miembros eran competencia del tribunal especial. < <

[7] La descripción que hace Höss del asesinato que se juzgaba en el proceso de Parchim, celebrado entre el 12 y el 15 de marzo de 1924, es tendenciosa en su favor, y como tal contiene inexactitudes. Según todas las pruebas presentadas ante el tribunal, se trató de un crimen especialmente brutal. Se había decidido que un maestro de escuela llamado Kadow era un espía comunista infiltrado en la organización Rossbach. Höss y otros —entre ellos Martin Bormann, indirectamente implicado— pasaron la noche del 31 de mayo al 1 de junio de 1922 bebiendo, tras lo cual secuestraron al citado Kadow, lo llevaron a un bosque y lo golpearon con palos y ramas casi hasta la muerte, antes de degollarlo y, finalmente, pegarle dos tiros. Nunca se encontró prueba alguna que relacionara a Kadow con el caso Schlageter. Sin embargo, dado que las autoridades francesas del Ruhr lo condenaron a muerte pocos días después del asesinato de Kadow, es posible que Höss se convenciese a sí mismo de que, en efecto, éste era quien había «entregado a Schlageter a los franceses». No existe ninguna razón para creer que el hombre que presentó pruebas contra Höss y otros vendió su historia al *Vörwarts*. Se llamaba Jurisch, y el Tribunal para la Defensa de la República llegó a la conclusión de que contó dicha historia, implicándose a sí mismo, porque temía que los miembros de la organización Rossbach lo mataran por saber demasiado. < <

[8] Höss fue arrestado el 28 de junio de 1923. El 15 de marzo de 1924 fue condenado a diez años de prisión, de los cuales seis meses se dieron por cumplidos. < <

[9] Erich Zeigner, primer ministro y ministro de Justicia del estado de Sajonia, fue destituido de sus funciones por un decreto presidencial del 29 de octubre de 1923, acusado de instaurar un régimen comunista. Más tarde fue juzgado por abuso de poder, concretamente por destruir documentos públicos y desviar fondos públicos con fines partidistas. El 29 de marzo de 1924 fue condenado a tres años de prisión. < <

[10] Entre uno y otro combate de los cuerpos francos, Höss trabajó como empleado agrícola y jefe de equipo en propiedades situadas al este del Elba. < <

[11] Antigua moneda alemana que equivale a un céntimo de marco. < <

[12] Se refiere a la amnistía del 14 de julio de 1928. < <

[13] Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista). < <

[14] Rossbach fue el responsable de que Höss visitase Múnich, donde en noviembre de 1922 se unió al NSDAP con el número de afiliado 3240. < <

[15] En 1929. < <

[16] Este comentario requiere ser ampliado. De acuerdo con los archivos de las SS, Höss se unió a éstas en calidad de «candidato» (*Anwarter*) el 20 de septiembre de 1933. El 1 de abril de 1934 fue aceptado como miembro de la organización y, el 20 de abril, ascendido al cargo de Sturmmann (miembro de primera clase). En la declaración jurada que presentó el 14 de marzo de 1946 a las fuerzas británicas que lo mantenían prisionero, describió su trayectoria, desde que salió de la prisión hasta que fue enviado al campo de concentración de Dachau, en los siguientes términos: «Período 1929 − 1934, con varias organizaciones agrícolas en Brandeburgo y Pomerania. Heinrich Himmler era también miembro de la Liga de los Artamanen (*Gauleiter*, Bavaria) […] En 1933, en el estado de Sallentin, Pomerania, formé un destacamento montado de las SS. Como antiguo soldado de caballería, lo hice a petición del partido y de las autoridades del Estado… Cuando pasaba revista a las SS en Stettin, Himmler reparó en mí —ya nos conocíamos de la Liga de los Artamanen— y me instó a que me uniese a la administración de un campo de concentración. Así fue como llegué a Dachau en noviembre de 1934». < <

[17] La unidad de las SS a la que Höss se unió como *Unterscharführer* (cabo) el 1 de diciembre de 1934 se había constituido a principios de ese mismo año a instancias de Theodor Eicke, con el nombre de Unidad de Guardia de la Alta Baviera. Eicke era comandante en Dachau desde finales de junio de 1933, año en que redactó la Ordenanza de Disciplina y Castigo que debía aplicarse en los campos de concentración, así como el reglamento de las unidades de guardia de los mismos. En mayo de 1934, Eicke recibió el encargo de «racionalizar» los campos de concentración, algunos de los cuales, como el de Oranienburgo cercano a Berlín, habían estado bajo la tutela de las SA; mientras que otros, como Dachau, eran responsabilidad de las SS. Eicke desempeñó un papel muy importante en el asesinato de Roehm y sus seguidores más próximos y la eliminación de las SA como fuerza política de choque el 30 de junio de 1934. Al mes siguiente fue ascendido al cargo de inspector de campos de concentración y comandante de las *Totenkopfverbande* («Unidades de la Calavera»), a las que se incorporó la Unidad de Guardia de la Alta Baviera. Para las opiniones de Höss sobre Eicke, véase Anexo VIII. < <

[18] El comandante era responsable máximo del campo en su totalidad. El oficial de las SS responsable del campo que acogía a prisioneros se denominaba *Schutzhaftlagerführer* (jefe de la custodia preventiva del campo), cuyo principal asistente —y oficial de las SS que estaba más directamente en contacto con los prisioneros— era el *Rapportführer*. A sus órdenes se hallaban los oficiales de las SS responsables de los distintos bloques originariamente llamados compañías. < <

[19] El 1 de marzo de 1935, Höss fue ascendido a *Blockführer* (jefe de compañía); el 1 de abril, a *Scharführtr* (sargento); el 1 de julio, a *Oberscharführer* (sargento primero), y el 1 de marzo de 1936, a *Hauptscharführer* (brigada). Del 1 de abril de 1936 a septiembre del mismo año fue *Rapportführer* de Dachau. En junio de 1936, Himmler y Bormann visitaron el campo y tanto el comandante de éste, Loritz, como su antecesor, Eicke, recomendaron ante ellos a Höss para un ascenso. Himmler y Bormann se mostraron impresionados por su hoja de servicios, y el 13 de septiembre de 1936 Höss fue ascendido a *Untersturmführer* (alférez), lo que significaba su ingreso en el cuerpo de oficiales de las SS. Entre septiembre de 1936 y mayo de 1938, cuando fue destinado al campo de concentración de Sachsenhausen, cumplió en Dachau las funciones de *Effektenverwalter*, oficial responsable de la administración de suministros y posesiones de los prisioneros. < <

[20] Himmler. < <

[21] Campo dependiente del complejo Auschwitz-Birkenau. < <

[22] Literalmente, «estudiosos de la Biblia», como se denomina a los Testigos de Jehová (*Zeugen Jehovas*). < <

[23] En la mayor parte de los casos, el internamiento no iba precedido de un juicio o un proceso. A partir de 1939, las liberaciones fueron absolutamente excepcionales y no guardaban relación alguna con la noción de extinción de la pena o clemencia. Las SS, y no los tribunales regulares, constituían el principal «proveedor» de los campos de concentración. < <



[24] *Arbeit macht frei* fue la frase que Höss hizo colocar sobre la puerta principal del campo de Auschwitz. < <

[25] Eicke fue designado teniente general de los SS y comandante militar de la Totenkopdivision en 1939, y murió en 1943 en el frente ruso. Richard Glücks lo reemplazó como inspector de campo. Véase, en el Anexo VIII, la descripción que Höss hace de Eicke. < <

[26] Höss se refiere a Heinrich Himmler, «líder nacional de las SS» (abreviado RFSS en alemán). < <

[27] El campo de concentración de Oranienburgo-Sachsenhausen, cerca de Berlín, era el «cuartel general» del aparato concentracional nazi. De allí partía la mayor parte de las directivas generales para la administración de los campos, las normas disciplinarias, etc. También era allí donde se llevaban la contabilidad general y las estadísticas de los campos. De acuerdo con los archivos de las SS, Höss fue transferido a Sachsenhausen el 1 de agosto de 1938. < <

[28] Se refiere al *Standartenführer* de las SS, Hermann Baranowski. De 1936 a principios de 1938, fue comandante del campo de prisioneros preventivos de Dachau, a las órdenes de Loritz. Allí conoció a Höss, cuyo traslado a Sachsenhausen solicitó. <<

[29] Höss se refiere, presumiblemente, a la huelga de enero de 1918. <<

[30] Himmler. < <

[31] Se refiere al *Gruppenführer* de las SS Heinrich Müller, jefe de la Sección IV (Gestapo) de la Reichsicherheitshauptamt (RSHA, Dirección General de Seguridad del Reich). Véase el Anexo IV. < <

[32] Para más información sobre los Testigos de Jehová en los campos de concentración, véase Eugen Kogan, *The Theory and Practice of Hell*, así como las actas de Nüremberg,
NG-190.
< <

[33] No ocurría lo mismo con los «prominentes» franceses, pongamos por caso en Neuengamme. Los «prominentes» eran sobre todo expolíticos, oficiales superiores o altos funcionarios detenidos por su «calidad» y no por una acción efectiva de resistencia. En este segundo supuesto, recibían el tratamiento común. < <

[34] Detenido el 1 de julio de 1937 y encarcelado, primero, en la prisión de Moabit; después, en Sachsenhausen. < <

[35] Sacerdotes católicos y pastores protestantes. < <

[36] Tras haber mantenido una conversación con su hermano Martin Niemöller, el pastor Wilhelm Niemöller realizó los siguientes comentarios sobre este fragmento en una carta dirigida al Instituto de Historia Contemporánea el 8 de marzo de 1958:

1. La afirmación de que «todos los protestantes reaccionarios» asistían a su centro de reuniones en Dahlem es errónea. Debido a las circunstancias imperantes, el número de personas cultas asistentes al divino oficio religioso en Dahlem superaba al de muchas otras parroquias berlinesas. El hecho de que los fieles de Dahlem fueran más sensibles no quiere decir que fueran «reaccionarios» o estuvieran «descontentos». Porque dicha feligresía ha durado mucho más que el nacionalsocialismo. Véase mi libro *Kampf und Zeugnis der Bekennenden Kirche* (Bielefeld, 1948), página 197.

2. Niemöller jamás predicó la «resistencia». Los nacionalsocialistas no sabían de qué trataba su sermón. Por su parte, la Iglesia confesional intentaba proclamar que los hombres, hombres son, aunque se llamen Hitler, y que Dios es Dios. Dejaba bien claro que un judío también era humano.

3. A Niemöller no se le permitía escribir cartas tan a menudo como él deseaba. Normalmente, podía enviar a su esposa dos cartas por mes. Pero hubo períodos de muchos meses en que no se le permitía escribir ninguna. No es seguro que Höss leyera carta alguna de Niemöller, ya que la censura la realizaba un «departamento político». Asimismo, la señora Niemöller tenía prohibido llevarle a su esposo ni libros ni nada mientras estaba en Sachsenhausen. Después de su traslado a Dachau, el pastor ya podía tener un cupo de libros en su poder, aunque eran sometidos a una censura doblemente estricta. Por otra parte, el tiempo que podía pasar fuera de su celda —primero veinte minutos y luego una hora— era controlado a rajatabla; este aspecto sólo se lo tomaban con más tranquilidad en Dachau.

4. Höss insinúa que lo más característico del encarcelamiento de Niemöller eran los habituales interrogatorios sobre los deseos del preso. Yo mismo me permití visitar en una ocasión a mi hermano, preso en Sachsenhausen (29 de septiembre de 1938), y salí con una impresión muy diferente: el comandante nunca había interrogado al recluso sobre sus «deseos»; de hecho, el recluso en cuestión no recuerda haber visto nunca al comandante. La afirmación de que su celda estaba provista de todas las «comodidades» es pura invención

por parte de Höss.

5. Hitler no tenía interés en persuadir a Niemöller de ninguna de las maneras. La visita a la que Höss se refiere es la del almirante Von Lanz, realizada por propia iniciativa con el fin de convencer a Niemöller para que manifieste su intención de evitar tratar «cuestiones políticas» en el futuro. El almirante no pertenecía a la Iglesia confesional.

6. La petición de readmisión en la Marina por parte de Martin Niemöller data del 7 de septiembre de 1939. No contiene referencia alguna a su posible empleo como comandante de submarino. La frase relativa al rechazo de Hitler, y especialmente a los supuestos motivos del rechazo son pura invención. Lo cierto es que el 29 de septiembre de 1939, Keitel escribió una carta dirigida a: «El reverendo teniente general (r) Niemöller, Oranienburgo, cerca de Berlín, Campo de concentración de Sachsenhausen». La carta, escrita de su puño y letra, decía lo siguiente: «En respuesta a su petición del 7 de septiembre de 1938, lamento informarle que no está previsto restituirlo en el ejército. *Heil*, Hitler! Coronel general Keitel». Si mal no recuerdo, fue después de esto cuando renunció al derecho a llevar uniforme.

7. Es absurdo que Niemöller esperara obtener la libertad convirtiéndose al catolicismo. Se sabe que en Dachau había muchos católicos devotos. De 1941 en adelante, compartió su espacio con tres de ellos (Neuhäusler y otros). Estudió en detalle, y durante años, las doctrinas de la Iglesia católica; pero sólo cuestiones de fe, que Höss no alcanzaba a comprender.

8. La afirmación de que el obispo provincial D. Wurm se encontraba en Dachau es una extraña invención. Este obispo de Wurttemberg nunca estuvo en Dachau ni en Poznan. Sólo en 1934 permaneció bajo arresto domiciliario, cuando vivía en Stuttgart. En el bloque de celdas de Dachau, el único clérigo evangélico era Martin Niemöller. Los demás pastores se hallaban en la barraca 26 del «Bloque de los sacerdotes». La confusión puede deberse al hecho de que el director general D. Bursche, jefe de la Iglesia evangélica polaca, se encontraba en Sachsenhausen, donde murió estando allí Martin Niemöller. El comandante de custodia preventiva de Sachsenhausen debería haber sido informado de ello. < <

[37] Cada internado llevaba en su chaqueta un triángulo de color: rojo para los políticos, verde para los condenados de derecho común, violeta para los sectarios de la Biblia, rosa para los homosexuales, negro para los antisociales, etc. <<

[38] Después, todos los evadidos apresados eran siempre ahorcados en presencia de los reclusos. < <

[39] Comandante de custodia protectora. < <

[40] Baranowski, muerto en 1939. < <

[41] La creación de Auschwitz habría estado decidida desde finales de 1939. El SS Glücks lo confirma a Himmler en una carta enviada en febrero de 1940. Höss fue nombrado comandante el 4 de mayo de 1940. < <

[42] A unos sesenta kilómetros de Cracovia. <<

[43] Antiguos cuarteles y caballerizas. < <

[44] El acondicionamiento de Auschwitz en 1940 fue efectuado en gran parte por deportados, mayoritariamente alemanes, venidos de Sachsenhausen que, luego, ocuparon las funciones de dirección entre los internados. < <

[45] A propósito de Palitzsch, Höss ha dicho que pisoteaba los cadáveres para saciar su voluntad de poder. Llevado ante un tribunal SS por haber mantenido relaciones con una internada judía de Auschwitz, Palitzsch fue enviado al frente donde murió. < <

[46] Ambos lugares se encuentran en la frontera polaco-eslovaca, a unos cien kilómetros de Auschwitz. < <

[47] Una zona de 40 km que abarcaba tres pueblos polacos; entre ellos, Birkenau. < <

[48] Se trata de la construcción de Birkenau (Auschwitz II), a la que seguiría el acondicionamiento del conjunto de los comandos de Monowitz para el I. G. Farben (Auschwitz III). Auschwitz IV quedó interrumpido por la derrota hitleriana. < <

[49] Himmler fue varias veces a Auschwitz, especialmente en 1942, cuando se construyeron nuevos crematorios. < <

[50] Este fin fue claramente enunciado por el SS Pohl, jefe de la WSHA, bajo el término de «exterminio por el trabajo». Consistía en utilizar hasta el último aliento de vida de los deportados y aniquilar a quienes no pudieran seguir produciendo. < <

[51] Buna-Monowitz. Fábrica de caucho sintético construida por I. G. Farben que utilizaba a los internados de Auschwitz como mano de obra. < <

[52] Al fomentar este estado de cosas, los responsables de las SS lograron mantener el sistema concentracionario con un mínimo de vigilancia: un centenar de SS por término medio en cada campo. El derecho de vida o muerte que ciertos presos se arrogaban sobre sus camaradas, con el consentimiento de las SS, es uno de los peores aspectos del universo de los campos. < <

[53] En términos concentracionarios, esto se le llama «organizar». < <

[54] El triángulo de tela de colores variables según la categoría del internado y sobre el cual figuraba la inicial de su nacionalidad. < <

[55] En Auschwitz se denominaba «Canadá» a los barracones donde estaban depositadas las múltiples riquezas que eran arrebatadas a los recién llegados (joyas, divisas, etc.) y que alimentaban un gigantesco tráfico. < <

[56] Mensajes salidos de Auschwitz llegaron inclusive a la BBC. <<

[57] Por ejemplo, ser los elegidos en una «selección» de víctimas para la cámara de gas. < <

[58] Sobre todo, cuando se trataba de polacos que conocían bien los alrededores y contaban con cómplices fuera. < <

[59] El bloque II en Auschwitz I. <<

[60] Arbeitstatistik. < <

[61] Dato inexacto, pese a las aparentes similitudes: cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la URSS aún no se había adherido a la convención de Ginebra; los prisioneros de guerra rusos no recibieron ninguna protección y casi todos fueron exterminados en los campos de concentración nazis. < <

[62] El 18 de agosto de 1942 —es decir, después de la evasión colectiva relatada más abajo—, sólo 163 prisioneros de guerra soviéticos fueron registrados en Auschwitz. De éstos, 96 sobrevivieron hasta el final. < <

[63] De los 10 000 prisioneros de guerra rusos que llegaron a Auschwitz, una comisión especial de la Gestapo declaró el mes de noviembre de 1941 en Katowice que unos trescientos eran comisarios o fanáticos comunistas. Fueron separados del resto y ejecutados. <<

[64] *Kriminalpolizei*, también conocida como Kripo en su forma abreviada. < <

[65] Equivalente femenino de las Juventudes Hitlerianas (HJ). <<

[66] Lucie Adelsberger cuenta en su libro *Auschwitz Ein Tatsachenbericht* (Berlín, 1956) que, en la primavera de 1943, habría en Birkenau unos dieciséis mil gitanos. También constata que vivían hacinados en barracones. «Era normal que hubiera 800, 1000 o más personas por bloque». Cabe recordar que esos barracones estaban pensados para albergar a 300. < <

[67] El noma causa la destrucción de los tejidos. Esta enfermedad estaba casi erradicada en los países civilizados. Los médicos deportados, que sólo la conocían en teoría, observaron numerosos casos, sobre todo, en Auschwitz. <<

[68] La noche del 31 de julio al 1 de agosto de 1944. <<

[69] Primer comandante del campo de custodia preventiva de Birkenau (Auschwitz II) en 1944. < <

[70] Periódico de propaganda antisemita que intercalaba en sus páginas material pornográfico. < <

[71] No se sabe de dónde sacó Höss estos datos, pues no se ha hallado nada que los corrobore. < <

[72] La palabra empleada en el original alemán es *Judenrein*, o «limpio de judíos», término usado por los nazis para referirse a zonas o ciudades donde todos los judíos habían sido exterminados. < <

[73] Fue uno de los últimos aspectos de la «Solución final». < <

[74] Según el caló del campo, se transformaban en «musulmanes». < <

[75] Höss finge ignorar que se «ayudaba» a los judíos a morir en proporciones notables, ya fuera individualmente o de forma colectiva. En noviembre de 1943 fue transferido de su puesto de comandante de Auschwitz a la Dirección General de Economía y Administración (WVHA) de las SS en Berlín. El cuerpo de Inspectores de Campos de Concentración estaba subordinado desde abril de 1942 a este cuasiministerio, a partir del cual se formó la Sección D. En noviembre de 1943, Höss pasó a encargarse de la sección política (*Amt D1*) de dicha Sección. <<

[76] Proporcionalmente, el número de mujeres que escaparon a la deportación es más elevado que el de los hombres. < <

[77] Desde mediados de mayo de 1942, el campo de mujeres recién construido en Birkenau fue considerado el principal campo de detención para presas alemanas y no alemanas. En julio de 1942, la Dirección General de Seguridad del Reich informó a la policía y a todos los miembros de seguridad que, en adelante, las mujeres detenidas debían ser enviadas a Auschwitz. En septiembre de ese mismo año, Himmler ordenó que todas las mujeres del campo femenino de concentración de Ravensbrück fueran trasladadas a Auschwitz, y que Ravensbrück quedara «limpio de judías». Cierto número de reclusas no judías ya había sido enviado de Ravensbrück a Auschwitz como *Kapos* para el nuevo campo de concentración femenino; eran, principalmente, criminales y antisociales. < <

[78] Budy, comando de represalias situado a 8 km de Auschwitz. A menudo se empleaba allí a los *Kapos*, reclutados entre criminales de ambos sexos para que sembraran el terror entre los presos. < <

[79] Una de las empresas agrícolas dirigidas desde Auschwitz. En Harmense, también había una planta de procesamiento de pescado. < <

[80] Campo experimental perteneciente a Auschwitz donde se realizaron investigaciones sobre plantas de las que se pudiera obtener caucho. Contaba con un centro de cultivo dirigido por el doctor Caesar, que en febrero de 1942 fue puesto al frente de todo el trabajo agrícola llevado a cabo por los presos de Auschwitz. < <

[81] *Action Rheinhardt* era el nombre en clave con que se conocía la operación consistente en coleccionar y comercializar ropa, objetos de valor y otras pertenencias, entre ellas empastes de plata y pelo de mujer arrancados a los judíos masacrados. < <

[82] Robados en el «Canadá», al margen de la «acción Reinhardt». < <

[83] Porra de caucho. < <

[84] Anweiserin. < <

[85] Globocnik, jefe de la policía de Lublin, tenía bajo su mando la mayoría de los campos de ese distrito (Sobibor, Belzek, Treblinka, Maidanek) donde los judíos fueron exterminados en masa, especialmente en automóviles que servían como cámaras de gas. < <

[86] Orden del 30 de marzo al 6 de junio de 1941, titulada «Instrucciones para el tratamiento de los comisarios políticos». < <

[87] Especialista del S. D. (servicio de Seguridad) en cuestiones judías y, más concretamente, en exterminios. < <

[88] Adjunto de Globocnik en el distrito de Lublin. <<

[89] *Sonderkommando*: comando de la cámara de gas y del crematorio, integrado por deportados que vivían aislados en un barracón y no podían mezclarse con otros reclusos. < <

[90] Hay que mencionar al respecto que, en verano de 1944, el destacamento especial de judíos realizó un intento armado de evasión de Birkenau con ayuda de otros reclusos del campo femenino, del «Canadá», etc. Sin embargo, fue un auténtico fracaso: 455 presos y 4 suboficiales murieron durante el enfrentamiento. < <



[91] Jefe de la oficina de la Gestapo en el distrito de Katowice, donde se encontraba Auschwitz. < <

[92] El río Sola, que vierte sus aguas al Vístula unos kilómetros al norte de Auschwitz, constituía la frontera natural del campo de concentración. < <

[93] A causa del creciente número de detenidos en Auschwitz (140 000 en 1943), Pohl decidió dividir el campo en tres administraciones separadas: Auschwitz I (Stammlager), II (Birkenau) y III (Monowitz). El 10 de noviembre de 1943, Höss fue nombrado jefe de la sección política de la Inspección de Campos del WVHA. < <

[94] Se trata del SS Heinrich Müller, de quien Höss habló extensamente en su declaración ante el tribunal de Nüremberg. Según Höss, Müller tenía una «frialdad de hielo» y era el dócil ejecutor de todas las órdenes de Himmler. Tras el asesinato de Heydrich, pasó a encargarse de la dirección general del servicio de Seguridad del Reich. < <

[95] Inexplicablemente, Höss se muestra confuso respecto a la organización en la que trabajaba. De acuerdo con un plan organizativo de la Dirección General de Seguridad del Reich que databa del 1 de octubre de 1943, no existía ninguna subsección IVb. Lo que había era una Sección (*Amtsgruppe*) IVb de la Dirección General de Seguridad del Reich que constaba de cuatro subsecciones, las tres primeras de las cuales tenían que ver con el catolicismo, el protestantismo, las sectas y la masonería, respectivamente; mientras que la cuarta (Eichmann) se encargaba de la cuestión judía. Una subsección administrativa especial para todo lo relacionado con la custodia preventiva formaba parte de la Sección IVe, dirigida por el doctor Berndorff, y se la conocía como subsección IVc2. < <

[96] Los judíos privilegiados, americanos e ingleses, o naturales de países neutrales. A partir de 1944, el campo fue destinado a los enfermos y poco después, con el avance de los aliados, se usó como lugar de repliegue de todos los campos evacuados. En abril de 1945, Bergen-Belsen era un inmenso mortuorio. < <

[97] Josef Kramer había sido adjunto de Höss en Auschwitz durante cinco meses, y luego, hasta finales de 1944, comandante de Natzweiler-Struthof (Alsacia), donde también experimentó con el gas Cyclon B. Fue arrestado por los ingleses en Bergen-Belsen cuando liberaron el campo. < <

[98] Encargado en la Dirección de Construcciones de las SS. < <

[99] Bergen-Belsen fue creado en la primavera de 1943 como campo de concentración para judíos privilegiados, también conocidos como judíos «de intercambio»: personas de nacionalidad británica o americana, o bien procedentes de alguna potencia neutral, personas que supuestamente tenían algún valor negociador. Hasta entrado el año 1944, el número de judíos en Bergen-Belsen no superó los quince mil, y en aquella época las condiciones del campo eran relativamente buenas, sin duda mucho mejores que en otros campos. Pero el invierno de 1944—1945 se convirtió en un campo receptor de presos enfermos. Durante la evacuación de los campos localizados en el este y en el oeste, Auschwitz, Sachsenhausen, Natzweiler, etc., un torrente de presos, la mayoría enfermos, empezó a llegar a Bergen-Belsen, hasta hacer que la población alcanzara la cifra de 50 000 personas, que vivían en las más deplorables condiciones y sufrían 250 o 300 muertes en sus filas. El campo fue liberado por los británicos el 15 de abril de 1945. < <

[100] Conjunto de los comandos de Dora (sector de Nordhausen), comando de Buchenwald que se hizo autónomo al comienzo de 1944 y comprendía gran cantidad de fábricas subterráneas. La visita en cuestión tuvo lugar en marzo de 1945. «Mittelbau» fue el nombre dado en el verano de 1943 al complejo de campos de trabajo, fábricas subterráneas, etc., controlado por la Mittelwerke Company y ubicado en las montañas del Harz, concretamente cerca de Salza. La mayor parte del trabajo consistía en la producción de armas V, y empleaban a muchos presos procedentes del campo de concentración de Buchenwald. A este complejo de campos también se lo conocía como Dora, y las condiciones de vida y trabajo que allí predominaban, incluso en 1943, eran catastróficas. El 28 de octubre de 1944, la mayoría de reclusos empleados en la zona estaba concentrada en un campo llamado Dora, que entonces albergaba a unas 24 000 personas; mientras que otros 8000 presos concentrados en campos de trabajo eran controlados desde Dora. En la primavera de 1945, en Dora, o Mittelbau, se alojaban unos 50 000 presos, pese al elevado índice de mortalidad. Cuando, en abril de 1945, las tropas americanas llegaron a las montañas del Harz, Himmler dio orden de que todos los reclusos de Dora fueran ejecutados en la cámara de gas subterránea. Una serie de accidentes impidió que esta orden se llevara a cabo, y finalmente a mediados de abril los presos fueron evacuados a Bergen-Belsen. < <

[101] Millares de reclusos liberados en el campo de Belsen morirían después. Los ingleses, que hallaron un osario con 13 000 cadáveres, tuvieron que quemar con lanzallamas las barracas de madera para erradicar la epidemia de tifus. < <

[102] Sin embargo, todos los deportados se muestran unánimes al respecto: pese a temer la muerte, se regocijaban con los bombardeos aliados y cualquier otro ataque a las fuerzas vivas del Reich (por ejemplo, durante los bombardeos del otoño de 1944 a las fábricas Gustloff, comando de Buchenwald). < <

[103] Según varias estadísticas realizadas por especialistas alemanes, la cantidad de víctimas civiles de los bombardeos sobre Alemania ascendería a unas 500 000. <<

[104] Esta orden de Himmler dataría de mediados de enero de 1945. El proyecto de evacuación de Auschwitz había sido elaborado por él y las autoridades del campo en otoño de 1944. < <

[105] La evacuación de Auschwitz comenzó el 17 de enero de 1945. Los soviéticos liberaron el campo el 24 de enero y hallaron en él a varios millares de enfermos que los SS no habían logrado exterminar antes de su partida. Los deportados que sobrevivieron a la evacuación de Auschwitz fueron repartidos entre los diversos campos y comandos de Alemania donde la superpoblación intensificó aún más la mortandad. <<

[106] Campo instalado en la Baja Silesia en 1941, adonde fue conducido —y en parte exterminado— un importante contingente de evacuados de Auschwitz. < <

[107] Heinrich Schmauser era un general de las SS, jefe del distrito sureste (Silesia), alto cargo de las SS y jefe de policía de su provincia. Como tal, debía ejecutar las órdenes de Himmler relativas a la evacuación de Auschwitz y los campos silesios. < <

[108] Especialmente, el CICR y la Cruz Roja sueca. < <

[109] Una península en el Báltico, al oeste de Rügen. < <

[110] El profesor Karl Gebhardt, amigo íntimo de Himmler, fue condenado a muerte en Nüremberg por sus experiencias médicas con detenidos. < <

[111] Himmler se suicidó en Luneburg luego de ser capturado en los últimos días de mayo de 1945, después de haber intentado organizar guerrillas nazis y «Wehrwolf» en el norte de Alemania. <<

[112] Hans Fritzche, responsable de la radio y la prensa en el Ministerio de Educación y Propaganda desde 1938, fue absuelto en Nüremberg. < <

[113] Se refiere al secretario de Estado, el doctor Josef Bühler, exgobernador general de Cracovia. Fue condenado a muerte en Varsovia el 20 de julio de 1948. < <

[114] El doctor Curt von Burgsdorff había servido como vicesecretario de Estado para la Administración en el protectorado de Bohemia-Moravia entre 1939 y 1942. Desde diciembre de 1943 hasta enero de 1945 fue gobernador del distrito de Cracovia en el Gobierno General. Sólo lo hallaron culpable de participar en el «gobierno criminal fascista», por lo que el Tribunal Popular Polaco le aplicó la sentencia mínima; y, como ya llevaba tres años en prisión esperando a ser procesado, enseguida quedó libre de cargos y regresó a Alemania. < <

[115] Göth participó en la destrucción del gueto de Cracovia antes de dirigir el campo de exterminio de Plaszow. Fue condenado a muerte en Cracovia el 5 de septiembre de 1946. < <

[116] Término políticamente correcto empleado para permitir al servicio de Seguridad practicar detenciones sin juicio previo y enviar arbitrariamente al campo o a la muerte a todo individuo considerado molesto. <<

[117] La autobiografía de Höss presenta un interés histórico, un interés «ejemplar» tan considerable, que se imponía su edición en varios idiomas. Su vida privada sólo pertenece al lector en la medida en que aclare el comportamiento «histórico» del personaje. Los editores franceses, ingleses, polacos y alemanes tampoco han creído oportuno publicar las cartas de adiós de Höss a su familia. < <

[118] En polaco, Oswiecim. Sobre la solución final, véase *Procesos de Nüremberg, Die Eindlósung*, de Gerard Reitlinger, los libros de Wulf y Poliakov, etc. < <

[119] Es imposible determinarlo exactamente. Para Francia eran, en general, convoyes de 1200 personas. Para el exterminio de judíos húngaros, las llegadas eran de unos 15 000 judíos por día. < <

[120] Procedimiento experimentado primero por los SS en la URSS, a partir de 1941. < <

[121] Antes de la construcción de los cuatro grandes crematorios. < <

[122] En el Museo de Auschwitz se hallan textos relativos a conferencias y correspondencia intercambiada con mujeres encargadas de las construcciones o la entrega de gas. < <

[123] Antiguos edificios de la Sociedad del Monopolio polaco de tabacos, utilizados por los SS como almacenes de ropa y materiales. < <

[124] Fritzsch reconoció ser el inventor del sistema de exterminio de prisioneros por medio del Cyclon B. < <

[125] El Cyclon B se presenta en piedras azules, de las que se desprende el gas bajo el efecto de chorros de vapor de agua. < <

[126] Porque allí estaban todas las riquezas. < <

[127] El *Sonderkommando*. Uno de ellos se sublevó en octubre de 1944 y fue exterminado en gran parte (unos 250 hombres), pero hizo saltar dos crematorios, retrasando de esta manera la obra de exterminio. <<

[128] Uno de los más terribles campos de exterminio de judíos en Polonia. < <

[129] Así quedaban excluidos, desde su llegada, los niños menores de quince años, las mujeres embarazadas acompañadas de niños y, en general, los hombres y mujeres mayores de cincuenta años. < <

[130] Entre mayo y julio de 1944 fueron exterminados en Auschwitz 400 000 judíos húngaros. < <

[131] El profesor Clauberg se jactaba de esterilizar a todas las judías. Esos ensayos costaron la vida a muchas de ellas. Detenido en 1955, Clauberg murió en la cárcel de Kiel, en 1957, mientras se instruía su proceso. < <

[132] Afirmación gratuita. <<

[133] Salvo cuando el doctor Mengele sacrificaba a los gemelos para estudiar «científicamente» sus cadáveres. < <

[134] Las cifras que da Höss no pueden ser tomadas en consideración. La cantidad de judíos de Eslovaquia es muy inferior a la real. No indica las cifras de judíos de Croacia, Italia, los países bálticos, Rumanía, etc. Si no se hallan los archivos de partidas de cada país, tampoco se puede esperar establecer un balance definitivo. <<

[135] Así llamada por el nombre de su promotor, Reinhardt Heydrich, asesinado en Checoslovaquia en 1942. < <

[136] No obstante, los SS llevaban a cabo un fructuoso tráfico, llegando incluso a hacer pedidos oficiales para obtener, por ejemplo, un cochecito de niño. < <

[137] En el momento de la liberación, se encontraron en Auschwitz toneladas de cabello femenino. < <

[138] Debido a la selección previa cuando llegaba el convoy, que reservaba mayor cantidad de hombres que de mujeres. <<

[139] Tipo de gangrena que destruye, de forma súbita, rápida y progresiva, las membranas mucosas de la boca, las mejillas y otros tejidos. Se presenta en niños desnutridos que viven en condiciones higiénicas deficientes. < <

[140] Höss fue entregado a Polonia por el Tribunal Internacional de Nüremberg, en aplicación del principio clásico universal de que es el país donde se ha cometido el crimen el que debe juzgar al o a los responsables. Como es sabido, Auschwitz está en Polonia. < <